

A woman in a white, strapless, sequined dress is shown from the waist up, floating underwater. Her arms are outstretched, and she appears to be in a graceful, suspended position. The background is dark and slightly hazy, suggesting an underwater environment. The title text is overlaid on the image in a white, serif font.

la
oscura
verdad
de
mara
dyer

MICHELLE HODKIN

MAEVA  young

ePUB

Mara Dyer está convencida de que lo más extraño que le puede suceder es despertar en un hospital sin acordarse de por qué ni cómo ha llegado hasta allí.

Está equivocada.

Sospecha que la Policía en realidad no sabe nada del accidente en el que murieron sus amigos y que ella no puede recordar.

Está en lo cierto.

Mara Dyer cree que después de todo lo que le ha pasado es imposible que se vuelva a enamorar.

Se equivoca de nuevo.



eBooks con estilo

Michelle Hodkin

La oscura verdad de Mara Dyer

Mara Dyer - 1

ePUB v1.0

Edusav 18.04.13

más libros en epubgratis.me

Título original: *The unbecoming of Mara Dyer*

Michelle Hodkin, 2011

Traducción: Sonia Fernández Ordáz, 2013

Diseño/retoque portada: Elsa Suárez Girard

Editor original: Edusav (v1.0)

ePub base v2.1

*A mi abuelo Bob, que me llenó la imaginación de historias
a Janie, que siempre conseguía que los otros niños se
sintieran celosos, y a mi madre, que me quiere demasiado.*

Mara Dyer no es mi verdadero nombre, pero me dijo mi abogado que tenía que escoger alguno. Un seudónimo. Un nom de plume para utilizar con mis compañeros de curso, con los que estoy preparando la selectividad. Sé que es extraño tener un nombre falso, pero creedme, ahora mismo es lo más normal dentro de la vida que llevo. Ni siquiera creo que sea del todo prudente haberos contado este detalle. Pero si no fuese tan bocazas, nadie sabría que una adolescente de diecisiete años a la que le gusta Death Cab for Cutie era la responsable de los asesinatos. Nadie sabría que en algún lugar hay una estudiante con una nota media de notable y una lista de bajas en su haber. Y es importante que lo sepáis, para que no seáis los siguientes en la lista.

Todo empezó el día del cumpleaños de Rachel. Esto es lo que recuerdo.

«Mara Dyer»

██████████, Nueva York
██████████

ANTES

Laurelton, Rhode Island

El abecedario barroco se retorció a la luz de las velas y hacía que los caracteres y los números bailasen en mi cabeza. Se veían mezclados y confusos, como en una sopa de letras. Cuando Claire me puso la pieza en forma de corazón en la mano, di un respingo. Normalmente no era tan asustadiza, y deseé que Rachel no se hubiese dado cuenta. La güija fue el regalo que más le gustó aquella noche, obsequio de Claire. Yo le había regalado una pulsera; no se la había puesto.

Arrodillada encima de la alfombra, le pasé la pieza a Rachel. Claire hizo un gesto con la cabeza que rezumaba desdén. Rachel la dejó sobre el tablero.

–No es más que un juego, Mara. –Sonrió. Sus dientes parecían aún más blancos bajo aquella luz tenue. Rachel había sido mi mejor amiga desde que íbamos a la guardería; ella tenía la piel oscura y era muy atrevida, yo era pálida y cautelosa. Pero no tanto cuando estábamos juntas. Ella hacía que me sintiese valiente. Casi siempre.

–No tengo nada que preguntarle a ningún muerto –le dije. Y a los dieciséis años, ya somos demasiado mayores para esto, no le dije.

–Pregúntale si Jude va a querer volver contigo.

La voz de Claire sonaba inocente, pero yo sabía lo que ocultaba. Mis mejillas se encendieron, pero contuve las ganas de soltarle un bufido y me lo tomé a broma.

–¿Puedo pedir un coche? ¿Es como si hablásemos con un Santa Claus muerto?

–Bueno, como es mi cumpleaños, empiezo yo. –Rachel apoyó los dedos sobre la pieza, y Claire y yo hicimos lo mismo.

–¡Oh!, Rachel, pregúntale cómo te vas a morir.

Rachel expresó su aprobación con un grito y yo le lancé a Claire una mirada asesina. Desde que había venido a vivir aquí hacía seis meses, se había pegado a mi mejor amiga como una lapa hambrienta. Sus dos misiones en la vida eran hacerme sentir como la tercera en discordia y torturarme porque me gustaba su hermano Jude. Y yo estaba tan harta de una como de la otra.

–Recuerda que no debes empujar –me ordenó Claire.

–Lo pillo, gracias. ¿Algo más?

Pero Rachel nos interrumpió antes de que nos pusiésemos a discutir.

–¿Cómo me voy a morir? –preguntó.

Las tres fijamos la vista en el tablero. Sentía un hormigueo en los muslos por llevar tanto tiempo arrodillada en la alfombra de Rachel, y notaba humedad detrás de las rodillas. No pasaba nada.

Y de repente pasó. Nos miramos mientras la pieza se movía bajo nuestros dedos. Describió un semicírculo sobre el tablero, pasó por delante de la A, de la K, y se arrastró lentamente dejando atrás la L.

Se detuvo delante de la M.

–¿Con una mecha? –preguntó Claire; le temblaba la voz de emoción. No sé qué veía Rachel en ella. La pieza se movió en otra dirección. Pasó de largo ante la E.

Se situó frente a la A.

Rachel puso cara de extrañeza.

–¿Masacrada? –sugirió.

–¿Masticada? –preguntó Claire—. A lo mejor vas al bosque, enciendes una mecha, provocas un incendio y te come el oso *Smokey*, el de las campañas del servicio forestal.

Rachel se echó a reír, y con ello ahuyentó el miedo que me había encogido el estómago. Cuando nos sentamos a jugar, había tenido que hacer un verdadero esfuerzo para no hacer un gesto de hastío con los ojos y burlarme de la actitud melodramática de Claire. Ahora ya no.

La pieza se movió en zigzag por el tablero y le cortó la risa en seco.

R.

Permanecemos en silencio. Mantuvimos la mirada fija en el tablero mientras la pieza retrocedía hacia la letra anterior.

A.

Y ahí se paró.

Esperamos a que la pieza señalase la letra siguiente, pero se quedó inmóvil. Al cabo de tres minutos, Claire y Rachel retiraron las manos. Me di cuenta de que me estaban mirando.

–Quiere que le preguntes algo –dijo Rachel en tono suave.

–Si te refieres a Claire, estoy segura de que tienes razón. –Me puse en pie, temblorosa y con náuseas. Para mí había terminado el juego.

–Yo no moví la pieza –dijo Claire con los ojos como platos mientras miraba a Rachel y luego a mí.

–¿Palabrita del Niño Jesús? –pregunté con sarcasmo.

–¿Por qué no? –contestó Claire con muy mala idea. Se levantó y se acercó a mí. Demasiado. Vi el peligro en sus ojos verdes.

–Yo no la moví –repitió—. Quiere que tú le preguntes algo.

Rachel me dio la mano y la ayudé a levantarse del suelo. Miró a Claire a los ojos.

–Te creo –le dijo–, pero mejor hagamos otra cosa.

–¿Como qué? –La voz de Claire no tenía expresión y le sostuve la mirada, sin miedo. Ya empezábamos otra vez.

–Podemos ver *El proyecto de la bruja de Blair*.

Era la película favorita de Claire, naturalmente.

–¿Qué os parece?

La voz de Rachel tenía un tono indefinido, pero firme.

Aparté la vista de Claire, asentí y logré componer una sonrisa. Claire hizo lo mismo. Rachel se relajó, pero yo no pude. Sin embargo, solo por ella intenté tragarme mi enfado y mi desazón cuando nos sentamos a ver la película. Rachel metió el DVD en el reproductor y apagó las velas.

Seis meses después las dos estaban muertas.

DESPUÉS

Hospital de Rhode Island Providence, Rhode Island

Abrí los ojos. Sonaba un *bip, bip, bip* continuo y regular procedente de una máquina a mi izquierda. Miré a mi derecha. Otra máquina emitía un sonido silbante junto a la mesilla de noche. Me dolía la cabeza y estaba desorientada. Forcé la vista para intentar distinguir la posición de las agujas del reloj que colgaba de la pared junto a la puerta del cuarto de baño. Oí voces fuera. Me senté en la cama del hospital, arrugando las delgadas almohadas al cambiar de postura para intentar oír lo que decían. Noté un picor debajo de la nariz. Era un tubo. Intenté mover las manos para quitármelo, pero cuando las miré vi que había más tubos. Unidos a agujas. Saliendo de mi piel. Sentí que algo rígido tiraba de mis manos y se me cayó el alma a los pies.

–Quitádmelos –susurré al aire. Vi el punto exacto donde el acero penetraba en mi vena. Comencé a respirar más deprisa y un grito surgió de mi garganta–. Quitádmelos – dije más fuerte.

–¿Qué? –preguntó una vocecita cuya procedencia no fui capaz de adivinar.

–¡Quitádmelos! –grité.

Varias siluetas llenaron la habitación; distinguí el rostro de mi padre, desencajado y más pálido que de costumbre.

–Cálmate, Mara.

Entonces vi a mi hermano pequeño, Joseph, con los ojos abiertos de par en par y muy asustado. Unas manchas negras me impidieron distinguir las caras de los demás y luego todo lo que vi fue una maraña de tubos y agujas, y tuve la sensación de que algo me apretaba la piel reseca. No era capaz de pensar. No era capaz de hablar. Pero aún podía moverme. Moví una mano hacia el brazo contrario y arranqué el primer tubo. Noté un dolor agudo. Y me proporcionó algo a lo que aferrarme.

–Respira tranquila. No pasa nada. No pasa nada.

Pero sí pasaba. No me escuchaban y tenían que quitármelos. Intenté decírselo, pero aumentó la oscuridad y engulló la habitación.

–¿Mara?

Pestañeeé, pero no vi nada. El silbido y el *bip, bip, bip* habían enmudecido.

–**N**o tires, cariño.

Mis párpados se agitaron al oír la voz de mi madre. Se inclinó sobre mí para colocarme bien una de las almohadas y una cortina de pelo negro cayó sobre su piel color avellana. Intenté moverme para apartarme y no estorbar, pero apenas podía sostener la cabeza erguida. Vislumbré a dos enfermeras a sus espaldas con expresión malhumorada. Una de ellas tenía una magulladura roja en una mejilla.

–¿Qué me pasa? –susurré con voz ronca. Tenía los labios secos como el papel.

Mi madre me apartó de la cara un mechón de pelo sudoroso.

–Te han dado algo para que te relajés.

Respiré hondo. El tubo de mi nariz había desaparecido. Y también los de las manos. En su lugar había unas vendas de gasa. Varias manchas de sangre habían traspasado la tela. Sentí como si se me hubiese quitado un peso de encima y mis labios dejaron escapar un profundo suspiro. Ahora que ya no tenía las agujas, logré ver la habitación con claridad.

Miré a mi padre, que estaba sentado junto a la pared opuesta con expresión de impotencia.

–¿Qué ha pasado? –pregunté confusa.

–Has sufrido un accidente, cielo –respondió mi madre. Mi padre me miró a los ojos, pero no dijo nada. Era mamá la que llevaba la voz cantante.

Tenía un mar de confusión en la cabeza. Un accidente. ¿Cuándo?

–¿El otro conductor está...? –comencé, pero no pude terminar.

–No fue un accidente de tráfico, Mara. –Mamá hablaba con voz tranquila. Firme. Su voz de psicóloga, me di cuenta–. ¿Qué es lo último que recuerdas?

Esa pregunta me alteró aún más que despertar en una habitación de hospital, que ver los tubos clavados en mi piel o que cualquier otra cosa. La miré con atención por primera vez. Tenía ojeras, y sus uñas, normalmente con una manicura perfecta, estaban sin arreglar.

–¿Qué día es hoy? –pregunté en voz baja.

–¿Qué día crees que es? –A mi madre le encantaba contestar a las preguntas con otras preguntas.

Me froté la cara con las manos. Tenía la piel tan seca que casi hacía ruido al rozarla.

–¿Miércoles?

Mi madre me miró con atención.

–Domingo.

Domingo. Dejé de mirarla para examinar la habitación. No me había fijado en las flores, pero había ramos por todas partes. Justo al lado de mi cama tenía un jarrón con rosas amarillas. Las favoritas de Rachel. Encima de una silla junto a la cama había una caja con mis cosas de casa; una vieja muñeca de trapo, que mi abuela me había regalado cuando era un bebé, descansaba en su interior con el brazo apoyado en el borde.

–¿Qué es lo que recuerdas, Mara?

–El miércoles tuve un examen de historia. Volví a casa en coche y... –Rebusqué en mi cabeza intentando localizar mis ideas, mis recuerdos. Me vi entrando en casa. Yendo a por una barrita de cereales a la cocina. Subiendo a mi habitación en el primer piso, tirando la cartera y buscando *Tres obras tebanas*, de Sófocles. Escribiendo. Luego dibujando en mi cuaderno. Luego... nada.

Un temor paulatino y progresivo serpenteó por mi estómago.

–Nada más –le dije mirándola.

Observé que un tic nervioso hacía palpar un músculo sobre el párpado de mi madre.

–Estuviste en el Tamerlane... –comenzó.

Oh, Dios.

–El edificio se vino abajo. Alguien dio el aviso sobre las tres de la madrugada del jueves. Cuando la Policía llegó, te oyó.

Mi padre carraspeó.

–Estabas gritando.

Mi madre lo fulminó con la mirada antes de volverse de nuevo hacia mí.

–El edificio se derrumbó y quedaste atrapada en una bolsa de aire en el sótano, pero cuando te encontraron estabas inconsciente. Quizá te desmayaste por la deshidratación, pero también es posible que algo te golpease y te hiciese perder el conocimiento. Tienes unos cuantos moretones –dijo mientras me apartaba el pelo hacia un lado.

Detrás de ella vi su torso reflejado en el espejo que había sobre el lavabo. Me pregunté qué aspecto tendrían «unos cuantos moretones» cuando se te ha caído encima un edificio.

Me incorporé. Las dos enfermeras silenciosas se pusieron tensas. Parecían más bien perros guardianes.

Mis articulaciones protestaron cuando estiré el cuello por encima de las barras laterales de la cama para verme. Mi madre se miró en el espejo conmigo. Tenía razón; una sombra azulada destacaba sobre mi pómulo derecho. Me eché el pelo hacia atrás para ver su extensión, pero eso era todo. Por lo demás, tenía un aspecto... normal. Normal tratándose de mí y normal tratándose de cualquiera. Volví la vista hacia mi madre. Qué distintas éramos. Yo no había heredado ninguno de sus elegantes rasgos de los nativos del norte de la India; no tenía el óvalo perfecto de su cara ni su pelo negro y brillante. Por el contrario, tenía la nariz aristocrática y el mentón de mi padre. Y aparte del moretón, no parecía que se me hubiese caído un edificio encima. Entrecerré los ojos al pensarlo, luego me apoyé sobre las almohadas y me quedé mirando al techo.

–Dicen los médicos que te vas a recuperar –dijo mi madre con una débil sonrisa–. Hasta te puedes venir a casa esta noche, si te sientes lo suficientemente bien.

Bajé la vista para mirar a las dos enfermeras.

–¿Por qué están aquí? –le pregunté a mi madre mientras las miraba sin disimulo. Me estaban poniendo de los nervios.

–Están cuidándote desde el miércoles –respondió, y señaló a la enfermera de la magulladura en la mejilla con un gesto de la cara–. Es Carmella –dijo, y luego señaló a la otra–. Y ella Linda.

Carmella, la de la magulladura en la mejilla, sonrió, pero no era una sonrisa afectuosa.

–Tienes un buen gancho de derecha.

Fruncí el ceño. Miré a mi madre.

–Cuando te despertaste antes tuviste un ataque de pánico, y tenían que estar aquí cuando te volvieras a despertar por si acaso seguías... desorientada.

–Ocurre muy a menudo –explicó Carmella–. Y si ahora te encuentras bien, nosotras ya podemos irnos.

Hice un gesto afirmativo con la cabeza; tenía la garganta seca.

–Gracias. Lo siento.

–Tranquila, cielo –dijo. Sus palabras sonaban falsas. Linda seguía sin abrir la boca–. Avísanos si necesitas algo.

Se giraron, salieron de la habitación en perfecta sincronía y me dejaron sola con mi familia.

Me alegré de que se fuesen. Y entonces me di cuenta de que probablemente mi reacción hacia ellas no había sido normal. Tenía que pensar en otra cosa. Recorrí la habitación con la vista, y finalmente la detuve en la mesilla de noche, en las rosas. Estaban frescas, lozanas. Me pregunté cuándo las habría

traído Rachel.

–¿Ha venido a verme?

Una sombra oscureció el rostro de mi madre.

–¿Quién?

Mi padre hizo un ruido extraño e incluso mi madre, mi competente y perfecta madre, pareció incómoda.

–No –continuó mi madre–. Te las han enviado sus padres.

Hubo algo en su tono de voz que me hizo sentir un escalofrío.

–Entonces no ha venido a verme –dije en voz baja.

–No.

Tenía frío, mucho frío, pero había empezado a sudar.

–¿Ha llamado?

–No, Mara.

Sentí ganas de gritar al oír su respuesta. Pero en lugar de hacerlo alargué el brazo.

–Déjame tu teléfono. Quiero llamarla.

Mi madre intentó sonreír, pero fracasó estrepitosamente.

–Ya hablaremos de eso después, ¿vale? Necesitas descansar.

–Quiero llamarla ahora. –Mi voz estaba a punto de quebrarse. Toda yo estaba a punto de quebrarme.

Mi padre logró decírmelo.

–Estaba contigo, Mara. Y Claire y Jude también –dijo.

No.

Noté como si algo me oprimiese el pecho y apenas me dejase aliento para hablar.

–¿Están en el hospital? –pregunté porque era lo que debía hacer, aunque por la expresión de mis padres supe cuál sería la respuesta.

–No lo resistieron –dijo mi madre despacio.

No podía ser. Aquello no podía estar pasando. Algo viscoso y horrible comenzó a subirme por la garganta.

–¿Cómo? ¿Cómo murieron? –logré preguntar.

–El edificio se vino abajo –dijo mi madre en tono pausado.

–¿Cómo?

–Era un edificio muy viejo, Mara. Ya lo sabes.

No podía hablar. Por supuesto que lo sabía. Cuando mi padre se trasladó a Rhode Island al terminar sus estudios de derecho, había representado a la familia de un chico que había quedado atrapado en el interior del edificio. Un chico que había muerto. Daniel tenía prohibido acercarse, aunque mi perfecto hermano mayor no tenía el menor interés en pasarse por allí. Ni yo.

Pero por alguna razón, fui. Con Rachel, Claire y Jude.

Con Rachel. Rachel.

De repente me vino a la cabeza la imagen de Rachel entrando resuelta en la guardería llevándome de la mano. De Rachel apagando las luces de su habitación y contándome sus secretos después de haber escuchado los míos. Ni siquiera tuve tiempo para procesar las palabras «Claire y Jude también», porque la palabra «Rachel» ocupaba mi mente. Noté cómo una lágrima rodaba por mi acalorada mejilla.

–¿Y si...? ¿Y si solo se quedó atrapada, como yo? –pregunté.

–No, cariño. Los buscaron. Encontraron... –Mi madre se calló de pronto.

–¿Qué? –insistí casi con un chillido– ¿Qué encontraron?

Mi madre se quedó pensando mientras me miraba. Me observó con atención. No dijo nada.

–Dímelo –le pedí con voz nerviosa–. Quiero saberlo.

–Encontraron... restos –dijo vagamente–. Se han ido, Mara. No lo resistieron.

Restos. Trozos, quería decir. Una violenta sensación de náusea me revolvió el estómago. Deseé poder vomitar. Pero en lugar de eso me quedé con la mirada fija en las flores que la madre de Rachel había enviado, y luego cerré los ojos con fuerza y busqué algún recuerdo, cualquier recuerdo, de aquella noche. Qué estábamos haciendo allí. Qué los mató.

–Quiero saber todo lo que pasó.

–Mara...

Reconocí su habitual tono tranquilizador y me aferré a las sábanas con los puños apretados. Intentaba protegerme, pero en realidad me estaba torturando.

–Tienes que contármelo –supliqué con la sensación de tener la garganta llena de ceniza.

Mi madre me miró con los ojos llenos de lágrimas y expresión de estar destrozada.

–Lo haría si pudiera. Pero tú eres la única que lo sabe.

Laurelton Memorial Cemetery, Rhode Island

El sol se reflejaba en el brillante ataúd de caoba de Rachel y cegaba mis ojos. Mantuve la mirada fija en él, dejé que la luz me secara las córneas y deseé que fluyesen las lágrimas. Debería estar llorando. Pero no era capaz.

En cambio, todos los demás eran capaces y eso hacían. Gente con la que ella nunca hablaba, incluso gente que le caía mal. Todo el colegio estaba allí, reivindicando haber formado parte de su vida. Todos excepto Claire y Jude. Su entierro sería por la tarde.

Era un día blanco y gris, uno de los típicos días de frío cortante de Nueva Inglaterra. Uno de los últimos que yo iba a pasar allí.

El viento soplaba y hacía que mis rizos me golpeasen las mejillas. Un puñado de asistentes me separaron de mis padres, siluetas negras que se recortaban sobre el cielo immaculado y sin color. Me arrebujé en mi abrigo y me lo apreté contra el cuerpo para protegerme de los ojos de mi madre, que me miraba sin pestañear. Había observado todos mis movimientos desde el momento en que salí del hospital; fue la primera que acudió a mi lado aquella noche cuando grité tanto que desperté a los vecinos, y la que me sorprendió llorando con la cara oculta en mi armario al día siguiente. Pero solo cuando me encontró dos días después, aturdida, pestañeando y aferrando un trozo de espejo roto con las manos cubiertas de sangre, insistió en que me viese un especialista.

Lo que hizo el psicólogo fue darme un diagnóstico: trastorno de estrés postraumático. Aparentemente, las pesadillas y las alucinaciones eran lo más normal en mi estado, y hubo algo en mi manera de comportarme en su consulta que le obligó a recomendar mi ingreso en una clínica.

No podía permitir que ocurriese. En lugar de eso, yo recomendé que nos mudásemos.

Recuerdo la expresión de mi madre y el modo en que entrecerró los ojos cuando saqué el tema unos días después de aquel desastre de consulta. Muy cautelosa. Muy suspicaz, como si yo fuese una bomba que alguien había puesto debajo de su cama.

—De verdad, creo que me vendría bien —le dije sin creérmelo en absoluto. Pero llevaba dos noches sin pesadillas, y aquel episodio del espejo que yo no recordaba parecía tratarse de un caso aislado. El psicólogo había exagerado, igual que mi madre.

—¿Por qué lo crees? —Habló con un tono natural y tranquilo, pero seguía con las uñas mordidas hasta la carne.

Intenté recordar la conversación, casi un soliloquio, que había mantenido con el psicólogo.

—Ella siempre estaba en esta casa; todo lo que miro me hace pensar en ella. Y si vuelvo al mismo colegio, la seguiré viendo allí también. Pero quiero volver a clase. Lo necesito. Necesito pensar en otra cosa.

—Lo comentaré con tu padre —me dijo mientras escudriñaba mi rostro. Advertía en cada arruga de su frente, en cada inclinación de cabeza, que ni siquiera era capaz de entender cómo su hija había llegado a aquello; cómo había podido salir de casa a escondidas y acabar en el último sitio donde debía estar. Me lo había preguntado, pero por supuesto yo no pude darle ninguna respuesta.

De pronto oí la voz de mi hermano como salida de la nada y me sobresalté.

–Me parece que casi ha terminado –dijo Daniel.

Mi corazón comenzó a latir más despacio cuando miré a mi hermano mayor. Tal como él había predicho, en aquel momento el sacerdote nos pidió que inclinásemos la cabeza para rezar.

Me moví incómoda, aplasté la hierba mojada con las botas, y miré a mi madre. No éramos religiosos y, la verdad, no sabía muy bien qué tenía que hacer. Si existía algún protocolo sobre cómo comportarse en el funeral de tu mejor amiga, nadie me lo había enseñado. Pero mi madre inclinó la cabeza, con su melena corta cayendo sobre su piel perfecta sin quitarme la vista de encima, y observándome para ver lo que hacía. Miré hacia otro lado.

Tras unos segundos que me parecieron una eternidad, las cabezas se irguieron como con ansia por que todo terminase y la multitud se disolvió. Daniel permaneció a mi lado mientras mis compañeros de clase se acercaban por turnos para decirme cuánto lo sentían y para prometerme que seguiríamos en contacto. No había vuelto al colegio desde el día del accidente, pero algunos habían venido a verme al hospital. Probablemente por simple curiosidad. Nadie me preguntó cómo había ocurrido, y me alegré, porque no habría podido decírselo. Seguía sin saberlo.

Unos graznidos rompieron el silencio del funeral cuando cientos de pájaros negros pasaron volando por encima de nuestras cabezas con un apresurado batir de alas. Se posaron sobre un grupo de árboles deshojados que se alzaba en el aparcamiento. Hasta los árboles se vestían de luto.

Me giré hacia mi hermano.

–¿No aparcaste debajo de donde se han posado esos cuervos? –Asintió y echó a andar hacia el coche–. Genial –proseguí–. Ahora vamos a tener que limpiar la mierda de todo el grupo.

–Bandada

Me paré en seco.

–¿Qué?

Daniel se volvió hacia mí.

–Se llama bandada de cuervos. No grupo. Y sí, vamos a tener que limpiar excrementos de pájaro, a no ser que prefieras ir con papá y mamá.

Sonreí aliviada sin saber por qué.

–Paso.

–Ya me parecía a mí.

Daniel se detuvo para esperarme y me alegré de poder librarme de mis padres. Nos separamos del grupo y miré hacia atrás para cerciorarme de que mi madre no nos observaba. Pero estaba ocupada hablando con la familia de Rachel, a quien conocíamos desde hacía años. Era demasiado fácil olvidarme de que ellos también tendrían que dejarlo todo: mi padre su bufete de abogados, mi madre a sus pacientes. Y Joseph, aunque solo tenía doce años, aceptó sin demasiadas explicaciones que nos íbamos a vivir a otro sitio y accedió a separarse de sus amigos sin una sola queja. Cuando lo pensé, me di cuenta de que era a mí a quien le había tocado la lotería con mi familia. Hice un recordatorio mental de que tenía que portarme mejor con mi madre. Después de todo, ella no tenía la culpa de que nos fuésemos.

La culpa era mía.

SEIS SEMANAS DESPUÉS

Miami, Florida

Mara, acabas conmigo.

–Solo es un minuto.

Miré con los ojos entornados a la araña que se interponía entre el plátano que tenía en mi plato del desayuno y yo. Las dos estábamos intentando llegar a un acuerdo.

–Déjame a mí, venga. Vamos a llegar tarde. –Daniel se estaba poniendo malo solo de pensarlo. Don Perfecto siempre era puntual.

–No. La matarás.

–¿Y?

–Y entonces estará muerta.

–¿Y?

Contesté sin apartar la vista de mi contrincante arácnido.

–Imagínate. La familia araña desprovista de su matriarca. Sus hijitos esperando en la telaraña, pendientes de su madre durante semanas hasta que se den cuenta de que ha sido asesinada.

–¿Es una hembra?

–Sí. –Acerqué la cara a la araña–. Se llama *Roxanne*.

–Ya, claro. Saca a *Roxanne* de ahí antes de que se tope con la página de Opinión del *Wall Street Journal* de Joseph.

Me detuve.

–¿Y por qué compra nuestro hermano *The Wall Street Journal*?

–Dice que le hace mucha gracia.

Sonreí. La verdad es que tenía gracia. Volví a contemplar a *Roxanne*, que se había apartado cuatro o cinco centímetros hacia un lado como reacción a la amenaza de Daniel. Corté un trozo de papel de cocina e intenté atraparla, pero retrocedí casi sin querer. Durante los últimos diez minutos había repetido varias veces la misma maniobra: alargar la mano hasta ella y retirarla. Quería guiar a *Roxanne* hacia su libertad, sacarla de nuestra cocina y llevarla a algún país donde fluyese en abundancia la sangre de miles de insectos voladores. Un país también conocido como nuestro jardín trasero.

Pero parecía que no iba a ser capaz de rematar la faena. Aún tenía hambre y quería comerse el plátano. Intenté alcanzarla de nuevo y mi mano se paró en el aire.

Daniel soltó un suspiro melodramático y metió una taza en el microondas. Apretó unos botones y la bandeja comenzó a dar vueltas.

–No deberías quedarte delante del microondas. –Daniel pasó de mí–. Podría provocarte un tumor cerebral.

–Ah, ¿sí?, no me digas.

–¿Acaso quieres confirmarlo?

Daniel observó mi mano, todavía suspendida entre mi cuerpo y el de *Roxanne*, paralizada.

–Tu nivel de neurosis solo es equiparable al de los personajes de una de esas películas que hacen para la tele.

–Puede, pero no tendré un tumor cerebral. ¿No preferirías evitarlos, Daniel?

Abrió la despensa y sacó una barra de cereales.

–Toma –dijo, y me la lanzó, pero últimamente no había manera de hacerme comer nada hasta el mediodía. La barra de cereales cayó con un ruido sordo a mi lado sobre la encimera. *Roxanne* salió huyendo y la perdí de vista.

Daniel fue a por las llaves y se acercó a la puerta. Salí tras él hacia la luz cegadora, sin haber desayunado.

–¡Vamos! –dijo con falso entusiasmo–. No irás a decirme que no estás motivada a tope para nuestro primer día de clase. –Se acercó al coche mientras procuraba no pisar las diminutas lagartijas que se deslizaban por el camino de azulejos de nuestra nueva casa–. Otra vez.

–Me pregunto si estará nevando en Laurelton en este momento.

–Es probable. Eso no lo voy a echar de menos.

Cuando creía que era imposible llegar a tener más calor, el interior del coche me demostró que estaba equivocada. El calor comenzó a asfixiarme. Entre espasmos y sin ser capaz de articular palabra, le pedí a Daniel por señas que abriese la ventanilla.

Mi hermano me miró extrañado.

–¿Qué? –le pregunté.

–No hace tanto calor.

–Yo me estoy asfixiando. ¿Tú no?

–No... Hace como veintidós grados.

–Supongo que aún no estoy acostumbrada –dije.

Solo llevábamos un mes en Florida, pero no habría reconocido mi vida anterior ni entre un millón. Odiaba ese lugar.

Daniel aún mantenía su expresión de extrañeza.

–¿Sabes que mamá tenía intención de llevarte al colegio hoy a ti sola?

Solté un bufido. No me apetecía jugar a médico y paciente aquella mañana. En realidad, ninguna mañana. Consideré la posibilidad de comprarle unas agujas de hacer punto o una caja de acuarelas. Necesitaba un *hobby* que no consistiese en estar encima de mí todo el tiempo.

–Gracias por llevarme. –Nuestras miradas se cruzaron–. En serio.

–No hay problema –dijo, y puso una sonrisa bobalicona antes de incorporarse al atasco de la I-95. Mi hermano se pasó buena parte del camino dando golpes con la frente en el volante. Íbamos tarde, y cuando llegamos al aparcamiento, lleno, ya no se veía ni un solo estudiante entre todos aquellos coches relucientes y lujosos.

Alcancé la ordenada y lustrosa mochila de Daniel, que estaba perfectamente colocada en el asiento de atrás como si fuese un pasajero. Se la di y salí del coche a toda prisa. Nos acercamos a la historiada verja de hierro de la Academia Croyden de Artes y Ciencias, nuestro nuevo centro de estudios superiores. La verja exhibía una gigantesca divisa de hierro forjado; un escudo en el centro con una banda que lo cruzaba en diagonal desde la esquina superior derecha y lo dividía en dos partes iguales. Lo

coronaba un yelmo con un león a cada lado. El colegio parecía un poco fuera de lugar, teniendo en cuenta la zona venida a menos donde se encontraba.

–Bueno, lo que no te he dicho es que esta tarde te recoge mamá –dijo Daniel.

–Traidor –murmuré entre dientes.

–Lo sé. Pero es que tengo que hablar con una de las orientadoras académicas sobre mis solicitudes de ingreso en la universidad y hoy solo está libre después de las clases.

–¿Y qué sentido tiene? Sabes que te van a admitir de todos modos.

–Eso está por ver –dijo. Lo miré entornando un ojo–. ¿Qué haces?

–Nada, te estoy mirando mal –seguí mirándolo con un ojo entornado.

–Pues parece que te está dando un ataque al corazón. Bueno, mamá te recogerá ahí –me explicó, y señaló un callejón sin salida al otro extremo del recinto–. Procura portarte bien.

Reprimí un bostezo.

–Es demasiado temprano para que te pongas en plan gilipollas.

–Y cuidado con esas expresiones. Son muy poco apropiadas.

–¿Y a quién le importa? –Mientras caminábamos iba girando la cabeza para leer los nombres de exalumnos ilustres de Croyden inscritos en las arcadas de ladrillo que teníamos sobre nuestras cabezas. La mayoría eran nombres del estilo de Heathcliff Rotterdam III, Parker Preston XXVI, Annalise Bennet Von...

–Oí que Joseph llamaba así a alguien el otro día. Lo aprendió de ti. –Yo me eché a reír–. No tiene ninguna gracia.

–Por favor. No son más que palabras.

Abrió la boca para contestar cuando Chopin sonó en su bolsillo. Música de Chopin, no el auténtico Chopin, gracias a Dios.

Daniel sacó el teléfono y me indicó moviendo los labios «mamá», luego señaló la pared acristalada de las oficinas de administración de la Academia Croyden.

–Vete –me dijo, y me fui.

Sin mi hermano para distraerme, por fin conseguí empaparme del esplendor immaculado y los jardines demasiado recargados del recinto. Finísimas briznas de hierba color verde esmeralda, cortadas con apenas un milímetro de diferencia entre ellas, cubrían el suelo. El colegio estaba dividido en cuatro secciones delimitadas por flores y con una exuberante profusión de plantas. Una sección albergaba la biblioteca, llena de ostentosas columnas; otra, la cafetería y un gimnasio sin ventanas. Las clases y la zona de administración ocupaban los otros dos cuadrantes. Pasillos exteriores cubiertos y senderos de ladrillo conectaban las estructuras entre sí y conducían a una fuente que gorgoteaba en el centro del espacio que ocupaba el césped.

Casi esperaba que surgieran criaturas de los bosques del interior de los edificios y comenzasen a cantar. Todo en aquel lugar parecía gritar: «¡Aquí estamos de maravilla y tú también lo estarás!». No me extrañaba que mi madre lo hubiese elegido.

Me sentí vestida como una pordiosera con vaqueros y camiseta; en Croyden era obligatorio llevar uniforme, pero gracias a nuestro traslado de última hora todavía no los habíamos recibido. El cambio de un centro público a otro privado en el último curso de secundaria (y encima a mitad de trimestre) ya habría sido tortura suficiente por sí mismo sin el insulto añadido de la faldita tableada y los calcetines hasta la rodilla. Pero mi madre era una esnob y no se fiaba de los colegios públicos en una ciudad tan

grande. Y después de todo lo que había pasado en diciembre, yo no me encontraba en condiciones de discutir con un mínimo de coherencia.

Recogí los horarios y el plano en la secretaría y salí de nuevo al patio en el momento en que Daniel colgaba el teléfono.

–¿Qué tal mamá? –pregunté.

Mi hermano se encogió de hombros levemente.

–Quería saber cómo iba todo. –Miró los papeles–. Nos hemos perdido la primera hora, así que tu primera clase es... –Daniel buscó y anunció finalmente– álgebra II.

Perfecto. Sencillamente perfecto.

Miró a su alrededor y contempló el patio descubierto; las puertas de las clases daban directamente al exterior, como las habitaciones de los moteles. Solo unos segundos después, Daniel señaló el edificio más lejano.

–Debería estar allí, a la vuelta de aquella esquina. Escucha –prosiguió–, quizá ya no te vea hasta la hora de la comida. ¿Te apetece que comamos juntos, o que hagamos algo? Tengo que hablar con el director y con el jefe del departamento de música, pero puedo buscarte después...

–No, no hace falta. Estaré bien.

–¿En serio? Es que no hay nadie con quien me apetezca más compartir el fiambre misterioso, sea lo que sea.

Mi hermano sonreía, pero noté que estaba nervioso. Daniel había mantenido una actitud vigilante muy de hermano mayor desde mi salida del hospital, aunque bastante más discreta que la de mi madre y, por tanto, menos agobiante. Pero precisamente por eso tenía que esforzarme el doble para convencerlo de que ese día no me iba a venir abajo. Me puse mi mejor máscara de adolescente *ennui* y me protegí con ella como si fuese una armadura mientras me acercaba al edificio.

–En serio, estoy bien –dije mientras hacía un gesto de impaciencia con los ojos para dar más efecto–. Venga, vete antes de que fracases en el instituto y mueras solo y pobre. –Acentué mis palabras con un empujoncito suave y nos separamos.

Pero al alejarme, mi endeble fachada comenzó a resquebrajarse. Qué cosa más ridícula. No era mi primer día de guardería, aunque sí mi primer día de clase sin Rachel... en toda mi vida. Iba a ser el primero de otros muchos. Necesitaba algo a lo que aferrarme. Me tragué el dolor que me atenazaba la garganta e intenté descifrar mi horario:

Inglés avanzado	Srta. Leib	Aula B35
Álgebra II	Sr. Walsh	Aula 264
Historia de América	Sra. McCreery	Aula 4
Arte	Sra. Gallo	Aula L
Español I	Srta. Morales	Aula 213
Biología II	Sra. Prieta	Anexo

Imposible. Deambulé por el camino que conducía al edificio y busqué los números de las aulas, pero encontré las máquinas expendedoras antes que el aula de álgebra. Había cuatro seguidas, adosadas a la

fachada trasera del edificio, frente a unas pequeñas cabañas abiertas con techo de paja que había diseminadas por el recinto. Al verlas me acordé de que no había desayunado. Miré a mi alrededor. Ya llegaba tarde. Por unos minutos más no iba a pasar nada.

Dejé los papeles en el suelo y revolví en el interior de mi bolso en busca de calderilla. Pero al meter una moneda de 25 centavos en la máquina se me cayó la otra que tenía en la mano. Me agaché para buscarla, porque solo tenía dinero para comprar una cosa. La encontré, la introduje en la máquina y apreté la combinación de letra y número que iba a proporcionarme mi salvación.

Se quedó atascada. Increíble.

Volví a apretar los números. Nada. Mis M&M's se habían quedado atrapados en el interior.

Puse las manos a ambos lados de la máquina e intenté sacudirla. Ni por esas. Luego le di una patada. Nada.

Miré la máquina con ojos asesinos.

–Suéltalos. –Enfaticé mis palabras con más patadas inútiles.

–Tienes un problema de control de la ira.

Me giré como un rayo al oír aquel cálido y musical acento británico a mi espalda.

La persona a la que pertenecía estaba sentada sobre una mesa de picnic bajo una de las cabañas. Por su desaliño general casi no me fijé en su rostro. El chico –si es que se le podía llamar así, porque parecía universitario, no un estudiante de bachillerato– llevaba unas Converse sin cordones. Cubría su cuerpo, delgado y fibroso, con una camisa blanca y unos pantalones pitillo color gris oscuro. Llevaba el nudo de la corbata casi deshecho, los puños de la camisa desabrochados; había dejado la chaqueta a su lado de cualquier manera y estaba sentado echado hacia atrás apoyado sobre las palmas de las manos.

Su barbilla y su marcado mentón se veían algo descuidados, como si llevara varios días sin afeitarse, y bajo aquella sombra sus ojos parecían grises. Los mechones de su pelo castaño apuntaban en todas direcciones. Tenía el pelo como de recién levantado. Se le podía considerar pálido en comparación con el resto de la gente que había visto en Florida hasta aquel momento, lo cual significaba que no tenía la piel de color naranja.

Era guapísimo. Y me sonreía.

Me sonreía como si me conociese. Volví la cabeza, preguntándome si habría alguien detrás de mí. No. No había nadie. Cuando me giré de nuevo hacia él, ya no estaba allí.

Parpadeé desorientada y me agaché para recoger mis cosas. Oí unos pasos que se acercaban, pero se detuvieron justo antes de llegar hasta mí.

La chica rubia del bronceado perfecto llevaba zapatos de cordones y tacón y calcetines largos blancos además de una falda tableada color gris oscuro y azul marino justo por encima de la rodilla. Se me encogió el corazón al pensar que una semana después yo llevaría la misma ropa.

Iba del brazo de un chico rubio impecablemente acicalado e increíblemente grande. Los dos vestían chaquetas con el escudo de Croyden, y los dos inclinaron sus narices perfectas con pecas perfectamente distribuidas sobre ellas para mirarme con desdén.

—Ándate con cuidado —dijo la chica. Con una voz que destilaba veneno.

¿Cuidado con qué? No había hecho nada. Pero decidí no decírselo, teniendo en cuenta que en aquel colegio solo conocía a una persona y teníamos el mismo apellido.

—Lo siento —dije, aunque sin saber por qué—. Me llamo Mara Dyer. Soy nueva.

Obvio.

La cara puritánicamente bonita de la Chica de la Máquina Expendedora compuso a duras penas una sonrisa hueca.

—Bienvenida —me dijeron, y se marcharon.

Curioso. No me sentía bienvenida en absoluto.

Aparté de mi mente los dos encuentros y, mapa en mano, recorrí el edificio sin éxito. Subí las escaleras y anduve por todo el piso superior antes de encontrar por fin mi aula.

La puerta estaba cerrada. No me hacía ninguna gracia la idea de entrar tarde, o mejor dicho, de entrar, fuese tarde o no. Pero ya me había perdido una clase y además estaba allí, así que al diablo con todo. Abrí la puerta y entré.

Comenzaron a abrirse grietas en las paredes al tiempo que veintitantas cabezas se giraron hacia mí. Las fisuras se expandieron como una telaraña, cada vez más hacia arriba. Hasta que el techo empezó a resquebrajarse. Se me secó la garganta. Nadie dijo una palabra a pesar de que el aula se llenó de polvo y de que creí que me iba a ahogar.

Y es que no le estaba pasando lo mismo a nadie. Solo a mí.

Una de las luces se desprendió del techo y fue a estrellarse justo delante del profesor, al tiempo que disparaba una lluvia de chispas hacia mí. No eran reales. Pero aun así intenté esquivarlas y me caí.

Oí el ruido que hizo mi cara al golpear el suelo de linóleo pulido. Sentí que el dolor me taladraba el entrecejo. De mi nariz comenzó a manar sangre tibia que se deslizó sobre la boca y rodó hasta la barbilla. Tenía los ojos abiertos, pero seguía sin ser capaz de ver nada a través de la polvareda gris. Sin embargo, sí podía oír. La clase entera dio un respingo simultáneo, mientras que el profesor rodeado de chispas trataba de averiguar cómo me encontraba. Curiosamente, lo único que hice fue quedarme tendida en el suelo sin hacer caso de las voces apagadas que oía alrededor. Prefería seguir dentro de mi burbuja de dolor antes que afrontar la humillación que con toda seguridad llegaría al ponerme en pie.

—¿Está bien, eeh...? ¿Puede oírme? —La voz del profesor sonaba cada vez más angustiada.

Intenté decir mi nombre, pero creo que sonó más bien como «Me estoy muriendo».

–Que alguien vaya a buscar a la enfermera Lucas antes de que se desangre en mi aula.

Al oír aquello, me levanté con esfuerzo, aún mareada y apoyándome en unos pies que no parecían pertenecerme. Nada como la amenaza de enfermeras y agujas para hacerme levantar el culo.

–Estoy bien –afirmé, y recorrí el aula con la vista. Un aula como otra cualquiera. Sin polvo. Sin grietas–. En serio –insistí–. No hace falta que venga la enfermera. Es que a veces me sangra la nariz. –Risitas, más risitas. Tómalo a broma–. No me duele nada. Y además ya ha dejado de sangrar.

Y era cierto, aunque lo más probable es que pareciese un monstruo de circo.

El profesor me miró con recelo antes de contestar:

–Mmm... ¿Entonces de verdad no se ha hecho nada? ¿Quiere ir al baño a lavarse? Podremos presentarnos formalmente cuando vuelva.

–Sí, gracias –respondí–. Ahora mismo vuelvo.

Estaba deseando librarme de aquel mareo y miré con disimulo al profesor y a mis nuevos compañeros. Todos sus rostros mostraban una mezcla de sorpresa y horror. Incluida la Chica de la Máquina Expendedora, según pude observar.

Salí de clase. Noté que andaba tambaleándome, como un diente a punto de caerse y que puedes arrancar de un simple tirón. Cuando dejé de oír los susurros de la voz temblorosa del profesor, prácticamente eché a correr. Al principio hasta pasé de largo el baño de las chicas, pues no me había fijado en la puerta batiente. Volví sobre mis pasos y, una vez dentro, me concentré en el dibujo de los horriblos azulejos color yema de huevo, conté los lavabos e hice todo lo posible por evitar mirarme al espejo. Intenté tranquilizarme con la esperanza de ser capaz de controlar el ataque de pánico que me provocaría la visión de la sangre.

Respiré despacio. No quería lavarme, no quería volver al aula. Pero cuanto más tiempo pasara allí, más probable era que el profesor enviase a la enfermera para atenderme. Y yo no quería que eso ocurriese de ninguna manera, así que me situé delante de la encimera húmeda, que estaba cubierta de toallitas de papel arrugadas, y alcé la vista.

La chica del espejo sonreía. Pero no era yo.

Era Claire. Su pelo rojizo descansaba sobre mis hombros en el sitio que debía ocupar mi pelo castaño. Luego su imagen comenzó a distorsionarse en el espejo de un modo siniestro. El cuarto se inclinó y noté que me hacía caer hacia uno de sus lados. Me mordí la lengua, me aferré con fuerza a la encimera. Cuando alcé la vista de nuevo, el rostro que me miraba desde el espejo volvía a ser el mío.

Mi corazón latía con fuerza contra mis costillas. No había pasado nada. De la misma manera que en el aula tampoco había pasado nada. Y yo estaba bien. Quizá un poco nerviosa por ser mi primer día de clase. Mi desastroso primer día de clase. Pero al menos estaba lo suficientemente dispersa como para que mi estómago se olvidara de revolverse al ver la sangre seca sobre la piel.

Cogí un puñado de toallitas de papel del dispensador y las humedecí. Me las llevé a la cara para limpiármela, pero el olor acre del papel mojado acabó por revolverme el estómago. Intenté no vomitar.

Fracasé.

Tuve la suficiente presencia de ánimo como para apartarme la melena de la cara mientras vaciaba el escaso contenido de mi estómago en el lavabo. En aquel momento me alegré de que la casualidad hubiera frustrado mis intentos por desayunar.

Cuando terminaron las arcadas vacías, me enjuagué la boca, hice unas gárgaras y escupí en el lavabo. Una fina película de sudor cubría mi piel, que tenía esa palidez inconfundible de haber acabado de vomitar. Una primera impresión irresistible, desde luego. Al menos mi camiseta se libró de mis fluidos corporales.

Me apoyé sobre el lavabo. Si me saltaba el resto de la clase de álgebra, lo más probable era que el profesor fuese capaz de organizar sobre la marcha una olimpiada matemática con él a la cabeza para encontrarme y comprobar que no había muerto. Así que volví a sumergirme con valentía en el calor implacable y emprendí el regreso al aula. La puerta seguía abierta; me había olvidado de cerrarla después de mi poco protocolaria salida, y oí la voz monótona del profesor que resolvía una ecuación. Respiré hondo y entré despacio.

En cuestión de segundos, el profesor estaba a mi lado. Los gruesos cristales de sus gafas conferían a sus ojos una característica más propia de los insectos. Escalofriante.

—¡Ah, ya tiene usted mucho mejor aspecto! Por favor, siéntese ahí mismo. Por cierto, soy el señor Walsh. Creo que antes no entendí su nombre.

—Mara. Mara Dyer —dije con voz pastosa.

—Bueno, señorita Dyer, desde luego sabe usted causar sensación al entrar en escena.

Las risitas sofocadas de toda la clase flotaban en el aire.

—Ya, bueno, sensación de torpeza, me temo.

Me senté en primera fila, donde el señor Walsh me había indicado, en un pupitre vacío frente a la mesa del profesor, que era el más cercano a la puerta. Todos los de aquella fila estaban libres excepto el que yo ocupé.

Durante ocho penosos minutos y veinte interminables segundos, permanecí sentada en mi pupitre, inmóvil y muerta de calor en el séptimo círculo de mi propio infierno personal. Percibía el sonido de la voz del profesor, pero no me enteraba de nada. La vergüenza conseguía ahogar aquella voz, y sentía cada poro de mi piel dolorosamente desnudo, expuesto al saqueo de las miradas expoliadoras de mis

compañeros de clase.

Intenté no hacer caso de la salva de cuchicheos que podía oír, pero no descifrar. Noté un hormigueo en la cabeza, y me di unos golpecitos en la parte posterior como si el calor de las miradas anónimas pudiese quemarme el pelo y dejar mi cráneo al descubierto. Miré la puerta con desesperación, deseosa de huir de aquella pesadilla, aunque sabía perfectamente que en cuanto saliese aumentarían los cuchicheos.

Sonó el timbre que señalaba el final de mi primera clase en Croyden. Un éxito rotundo donde los haya.

Me quedé rezagada para separarme del éxodo masivo hacia la puerta, sabiendo que me iban a hacer falta un libro y una pequeña charla informativa sobre el programa de la asignatura. El señor Walsh me advirtió con exquisita cortesía de que tendría que examinarme dentro de tres semanas igual que el resto de la clase; luego volvió a su mesa, se puso a revolver papeles y me dejó para que encarase el resto de la mañana.

Por suerte, transcurrió sin incidentes dignos de mención. A la hora de comer, agarré mi cartera repleta de libros y me la eché al hombro. Decidí buscar un lugar tranquilo y apartado para sentarme y leer el libro que había traído. Después del episodio de la vomitona no tenía ni pizca de hambre.

Bajé los escalones de dos en dos; llegué hasta el límite del recinto y me detuve junto a la valla que lo separaba de una gran parcela de terreno descuidado. Los árboles eran más altos que el colegio y uno de sus edificios quedaba por completo a la sombra. El chirrido inquietante de un pájaro rasgó el aire sin brisa. Estaba claro que me encontraba en una especie de pesadilla en un parque jurásico pijo. Abrí mi libro muy decidida por la página en que lo había dejado, pero desistí cuando me di cuenta de que estaba leyendo el mismo párrafo una y otra vez. Se me volvió a formar un nudo en la garganta. Me apoyé en la alambrada; el metal atravesó el fino tejido de mi camiseta dejando marcas en la piel, y cerré los ojos en señal de desafío.

Alguien se rio a mi espalda.

Levanté la cabeza con brusquedad al tiempo que se me congelaba la sangre. Era la risa de Jude. La voz de Jude. Me levanté despacio y me giré hacia la valla, hacia la jungla, mientras aferraba el metal con los dedos y buscaba la procedencia de la voz.

Solo árboles. Por supuesto. Porque Jude estaba muerto. Como Claire. Y como Rachel. Lo cual significaba que había sufrido tres alucinaciones en menos de tres horas. Lo cual no era bueno.

Me giré en dirección al colegio. Estaba vacío. Miré el reloj y me entró el pánico: solo quedaba un minuto para la siguiente clase. Tragué saliva con dificultad, me colgué la cartera y eché a correr hacia el edificio más cercano, pero cuando di la vuelta a la esquina, paré en seco y me quedé helada.

Jude estaba a poco más de diez metros de distancia. Sabía que no podía estar allí, que no estaba allí, pero estaba allí, serio y con cara de pocos amigos bajo la visera de la gorra de los Patriots que no se quitaba jamás. Y parecía que quería hablar.

Volví la espalda y recuperé mi paso normal. Me alejé de él, al principio despacio, luego a la carrera. Una vez miré hacia atrás por encima del hombro, solo para comprobar si seguía allí.

Allí seguía.

Y estaba muy cerca.

Gracias a un inexplicable golpe de suerte, abrí como una loca la puerta de la primera aula que encontré, y resultó ser la de español. Y por la cantidad de pupitres que estaban ocupados, ya llegaba tarde.

–¿Señorita *Deer*? –dijo la profesora con voz estentórea.

Aturdida y nerviosa, entré y cerré la puerta detrás de mí.

–Bueno, en realidad es Dyer.

Por haberla corregido o por llegar tarde, jamás lo sabré, la profesora me castigó; me obligó a permanecer de pie delante de toda la clase mientras me disparaba una pregunta tras otra en español, a las cuales yo solo era capaz de responder «No sé». Ni siquiera se presentó; se quedó allí sentada mientras se le contraían nerviosamente los músculos de sus venosos antebrazos al garabatear muy engreída en su cuaderno de notas. La Inquisición española cobró un nuevo significado para mí.

Y así continuó durante veinte largos minutos. Cuando por fin terminó, me hizo sentarme en el pupitre que había junto a su mesa, de cara al resto de los alumnos. Brutal. No despegué la vista del reloj mientras contaba los segundos para el final de la clase. Cuando sonó el timbre, salí disparada hacia la puerta.

–Por tu aspecto, creo que no te vendría nada mal un abrazo –dijo una voz a mi espalda.

Me giré para encontrarme con un chico bajito y sonriente que llevaba abierta la camisa blanca del uniforme. Debajo llevaba una camiseta amarilla en la que se leía «SOY UN ESTEREOTIPO».

–Eres muy generoso –dije mientras intentaba sonreír, pero creo que me las podré arreglar sin él.

Era importante no comportarme como una loca.

–Oh, no te lo estaba ofreciendo. Solo estaba haciendo una observación. –El chico se apartó unas rastas de la frente y extendió la mano–. Me llamo Jamie Roth.

–Mara Dyer –le dije, aunque él ya lo sabía.

–Oye, ¿eres nueva aquí? –En sus ojos brilló una mirada pícaro.

Otra igual brilló en los míos.

–Qué gracioso. Eres muy gracioso.

Me dedicó una reverencia exagerada.

–Por cierto, no te preocupes por Morales. Es la peor profesora del mundo.

–¿Entonces, siempre es tan odiosa con todos? –le pregunté cuando nos encontramos a una distancia prudencial del aula. Recorrí el recinto con la mirada por si había algún otro muerto que solo yo pudiese ver mientras me cambiaba la cartera de hombro. Ni uno. De momento la cosa iba bien.

–Quizá no tan odiosa. Pero casi. La verdad es que tuviste suerte de que no te tirase la tiza. Por cierto, ¿qué tal tu nariz?

Lo volví a mirar, no me lo podía creer. ¿Estaba en la clase de álgebra II por la mañana?

–Mejor, gracias. Eres la primera persona que me pregunta. Bueno, en realidad, la primera persona que me ha dicho algo agradable.

–¿Entonces, te han dicho cosas desagradables? –Me pareció ver un destello plateado en su boca mientras hablaba. ¿Un pendiente en la lengua? Interesante. No le pegaba nada.

Asentí con la cabeza mientras con la mirada me empapaba de mis compañeros. Sabía que el uniforme colegial admitía variantes –distintas opciones de camisas y chaquetas, pantalón o falda, y chalecos para los muy atrevidos–; pero cuando busqué alguna señal reveladora de alguna tribu urbana –zapatos

estrafalarios, o estudiantes con el pelo teñido de negro y maquillaje a juego—, no vi ninguna. No era solo por el uniforme; es que de alguna manera todos tenían exactamente el mismo aspecto. Perfectamente arreglados, absolutamente correctos, sin un pelo fuera de su sitio. Jamie, con sus rastas, su pendiente en la lengua y la camiseta debajo de la camisa era uno de los pocos que se salían de lo común.

Y por supuesto, el chico despeinado que había visto por la mañana. Noté un codazo en las costillas.

—¿Eh, chica novata? ¿Quién te dijo qué? No tengas en vilo a este pobre tipo...

Sonreí con ironía.

—Hace un rato una chica me dijo que «me anduviera con cuidado». —Le describí a la Chica de la Máquina Expendedora y vi cómo arqueaba las cejas sorprendido. Y el tipo que iba con ella fue igual de antipático.

Jamie sacudió la cabeza.

—Así que te acercaste a Shaw, ¿eh? —Luego se sonrió—. Dios, el chico está imponente.

—Eeeh... ¿Por casualidad, ese tal Shaw tiene superabundancia de músculos y lleva la camisa con el cuello subido? Iba del brazo de la susodicha.

Jamie se echó a reír.

—Esa descripción valdría para un buen número de cretinos engreídos de Croyden, pero desde luego no para Noah Shaw. Probablemente era Davis, ahora que lo pienso.

Arqueé las cejas interrogante.

—Aiden Davis, superestrella de *lacrosse* y forofó de *Project Runway*, el programa ese de telerrealidad sobre moda. Antes de Shaw, él y Anna salían juntos. Hasta que él salió del armario y ahora son superamigos íntimos para siempre jamás. —Jamie pestañeó.

Empezaba a encantarme aquel chico.

—¿Entonces qué le hiciste a Anna? —preguntó.

Le lancé una mirada de horror fingido.

—¿Cómo que qué le hice?

—Bueno, tuviste que hacer algo que llamase su atención. Normalmente no se dignaría a fijarse en ti, pero sacaré las uñas si Shaw comienza a revolotear a tu alrededor — dijo, y me miró detenidamente antes de continuar—. Cosa que hará, porque ya ha agotado las limitadas reservas de chicas de Croyden. Literalmente.

—Bueno, pues no tiene por qué preocuparse —revolví entre mis papeles para buscar el horario y el plano y luego miré a mi alrededor e intenté localizar el anexo donde tenía la clase de biología—. No tengo ningún interés en robarle el novio a nadie —dije; ni de salir con ningún chico, no dije, teniendo en cuenta que mi último novio estaba muerto.

—Ah, no, no es su novio. La plantó el año pasado después de salir con ella dos semanas. Todo un récord para Shaw. Y luego ella se volvió aún más loca por él, como les pasa a todas. «Ni el infierno tiene la furia de una mujer despechada» etc., etc., como dijo Congreve. Antes Anna era la típica niña modelo, decentita, pero después de salir con Shaw se podría escribir un cómic sobre las múltiples aventuras de su vagina. Hasta podría llevar capa como los superhéroes.

Solté un bufido. Recorrí con la vista todos los edificios que tenía delante. Ninguno de ellos parecía ser un anexo.

—¿Y al chico con el que se paseaba tan cariñosa no le importa? —pregunté distraída.

Jamie alzó una ceja.

—¿A la Reina Malvada? Fijo que no.

Ah.

—¿Y por qué le llamáis así?

Jamie me miró como si yo fuese idiota.

—Quiero decir, ¿por qué exactamente? —pregunté intentando no parecerlo.

—Digamos que hace tiempo intenté mantener una amistad con Davis. En sentido platónico —aclaró Jamie—. No soy su tipo. De todos modos, todavía me estallan las mandíbulas cuando bostezo. —Me hizo una demostración.

—¿Te pegó?

Atravesamos el patio, dejamos atrás la fuente que gorgoteaba y nos detuvimos ante el edificio que estaba más alejado de la zona de oficinas. Examiné los carteles que había en la puerta de cada aula. Sin orden ni concierto. No iba a encontrar aquel lugar en la vida.

—Ya lo creo que me pegó. Davis tiene un gancho de derecha brutal.

Vaya, aparentemente ya teníamos algo en común.

—Pero más tarde se lo devolví.

—¿Ah, sí? —Jamie no tendría ninguna posibilidad en una pelea a navajazos con Aiden Davis ni aunque Aiden fuera un rollo de papel higiénico.

Jamie sonrió con complicidad.

—Lo amenacé con el Ébola.

Pestañeé.

—En realidad no tengo Ébola. Es un agente de nivel de bioseguridad 4.

Volví a pestañear.

—En otras palabras, imposible que lo pueda conseguir una persona de nuestra edad, ni aunque tu padre sea médico. —Parecía contrariado.

—Yaaaa —le dije sin moverme.

—Pero Davis se lo creyó y casi se caga. Fue un momento memorable. Hasta que el muy cabronazo les fue con el cuento a los orientadores. Que se lo creyeron. Y llamaron a mi padre, para comprobar que efectivamente en mi casa no había Ébola. Idiotas. Una broma sin importancia sobre fiebre hemorrágica y ya te tachan de «inestable» —sacudió la cabeza, luego su boca dibujó una sonrisa—. Veo que lo estás flipando.

—No... —Sí que lo estaba, pero solo un poco. ¿Quién era yo para ponerme en plan tiquismiquis en lo concerniente a los amigos?

Me guiñó el ojo y asintió con la cabeza.

—Ya. ¿Qué clase tienes ahora?

—Creo que biología con Prieta. En el anexo, donde demonios esté.

Jamie señaló un enorme arbusto lleno de flores que se encontraba a unos trescientos metros de distancia. En dirección opuesta.

—Detrás de la buganvilla.

—Gracias —le dije mientras intentaba verlo—. No lo habría encontrado en la vida. ¿Y qué clase tienes tú?

Se encogió de hombros bajo la camisa y la chaqueta.

–En teoría, física avanzada, pero hoy me la voy a saltar.

Física avanzada. Impresionante.

–Entonces... ¿estás en mi curso?

–Estoy en primero de bachillerato –dijo Jamie; debió de darse cuenta de mi escepticismo porque añadió rápidamente–. Me pasaron a un curso superior. Probablemente absorbí los genes de mis padres por ósmosis.

–¿Ósmosis? ¿No querrás decir genética? –pregunté–. No es que seas bajo.

Era mentira, pero piadosa.

–Soy adoptado –dijo Jamie–. Y por favor. Soy bajo. Tampoco es el fin del mundo. –Jamie volvió a encogerse de hombros, luego se dio un par de golpecitos con el dedo en su muñeca sin reloj–. Mejor será que vayas a clase de Prieta antes de que se te haga tarde. –Se despidió con un gesto de la mano–. Hasta luego.

–Adiós.

Como quien no quiere la cosa, había hecho un amigo. Me di unas palmaditas virtuales de aprobación en la espalda; Daniel se sentiría orgulloso. Mamá se sentiría aún más orgullosa. Pensaba darle la noticia como un gato que se presenta con un ratón muerto y se lo ofrece a su dueño. A lo mejor bastaba para evitar la terapia.

En el supuesto, claro está, de que me guardase las alucinaciones de aquel día para mí solita.

Me las arreglé para sobrevivir el resto del día sin meterme en líos y sin que me tuviesen que llevar al hospital. Cuando terminaron las clases, mi madre me estaba esperando en el callejón, exactamente donde Daniel dijo. Siempre se lucía en esos pequeños «momentos mamá», y ese día estuvo a la altura.

–¡Mara, cariño! ¿Qué tal ha ido tu primer día? –Su voz destilaba un exceso de entusiasmo. Se subió las gafas de sol a la frente y se inclinó para darme un beso. Entonces se puso tensa– ¿Qué te ha pasado?

–¿Cómo?

–Tienes sangre en el cuello.

Mierda. Creí que me la había limpiado del todo.

–Me sangró la nariz. –La verdad, pero no toda la verdad y nada más que la verdad.

Mi madre se quedó callada. Entornó los ojos con cara de preocupación. Muy típico, y también muy fastidioso.

–¿Qué? Jamás en la vida te ha sangrado la nariz.

Quise preguntar «¿Y tú qué sabes?», pero por desgracia, lo sabía. Hubo un tiempo en que le contaba todo. Esos días pertenecían al pasado.

Seguí en mis trece.

–Pues hoy sí.

–¿Así porque sí? ¿Sin venir a cuento? –Me taladró con su mirada penetrante de terapeuta, esa que significa: «No te lo crees ni tú, así que deja de mentir».

No iba a admitir que había tenido la impresión de que mi clase se estaba desmoronando en el mismo momento en que entré. Ni que se me habían aparecido mis amigos muertos, cortesía de mi trastorno de estrés postraumático. No había tenido ningún síntoma desde que nos mudamos. Fui a los funerales de mis amigos. Recogí mi habitación. Salí con mis hermanos. Hice todo lo que se suponía que debía hacer para evitar convertirme en uno de los casos que trataba mi madre. Y no merecía la pena pasar por lo que me haría pasar si le contase lo que había ocurrido hoy.

La miré a los ojos.

–Sin venir a cuento. –Seguía sin tragárselo–. Te estoy diciendo la verdad –mentí–. Y ahora ¿me puedes dejar en paz? –Pero en el mismo momento en que dije estas palabras, supe que lo lamentaría.

No me equivoqué. El resto del trayecto a casa permanecimos en silencio, y cuanto más tiempo pasamos sin hablar, más consciente fui de lo nerviosa que se estaba poniendo.

Intenté pasar de ella y distraerme fijándome en el camino a casa, pues pocos días después tendría que hacerlo yo sola al volante porque Daniel tenía cita con el dentista, al que hacía tiempo que debería haber visitado. Resultaba ligeramente reconfortante que Don Perfecto fuera propenso a las caries.

Las casas que pasábamos eran todas bajas y rectilíneas, con delfines de plástico y espantosas estatuas de estilo griego en los jardines. Parecía como si la corporación municipal se hubiese reunido y acordado fabricar una Miami totalmente desprovista de atractivo. Pasamos centro comercial tras centro comercial; todos ellos anunciaban ¡Michaels! ¡Kmart! ¡Home Depot! con entusiasmo colectivo. Por mucho que lo intentaba no era capaz de entender por qué hacía falta tener más de un sitio de esos en cincuenta millas a la redonda.

Llegamos a nuestro nuevo hogar después de una hora de trayecto entre un tráfico infernal, que me

revolvió el estómago por segunda vez en el mismo día. Después de llevar el coche hasta el final del camino de entrada a casa, mi madre se bajó de un humor de perros. Yo me quedé dentro sin moverme. Mis hermanos aún no habían llegado, era imposible que mi padre estuviese ya de vuelta, y no quería meterme yo sola en la guarida del lobo.

Permanecí con la mirada fija en el salpicadero mientras me recreaba, melodramática, en mi propia amargura, hasta que un golpecito en la puerta del coche me sobresaltó.

Alcé la vista y vi a Daniel. La luz del día había ido disminuyendo para dar paso al crepúsculo, y tras él el cielo aparecía de un color azul intenso. Algo dentro de mí dio un toque de alarma. ¿Cuánto tiempo llevaba allí sentada?

Daniel me miró a través de la ventanilla cerrada.

—¿Un día difícil?

Intenté dejar a un lado mi desazón.

—¿Cómo lo sabes?

Joseph cerró de un golpe la puerta del Civic de Daniel, y luego se acercó con una enorme sonrisa en el rostro y su mochila sobrecargada sujeta entre los brazos. Salí del coche y le di un golpecito en el hombro.

—¿Qué tal tu primer día?

—¡Genial! Me he apuntado al equipo de fútbol y mi profesor me pidió que hiciese una prueba para la obra de teatro la semana que viene, y en mi clase hay unas chicas muy guays pero también hay una un poco rarita que se puso a hablar conmigo pero de todos modos fui amable con ella.

Sonreí. Por supuesto, Joseph siempre se apuntaba a todas las actividades extraescolares. Era extrovertido y con muchas aptitudes. Mis dos hermanos lo eran.

Los comparé mientras caminaban codo con codo hacia casa con las mismas zancadas largas. Joseph se parecía más a nuestra madre y tenía su mismo pelo lacio, al contrario que Daniel y yo. Pero los dos habían heredado su tez morena, mientras que yo tenía la piel de Blancanieves de mi padre. Y nuestros rostros no mostraban el más mínimo aire de familia. Me daba un poco de pena.

Daniel abrió la puerta. Cuando nos mudamos hacía un mes, me sorprendí al darme cuenta de que en realidad me gustaba la casa nueva. Flores y bojés cuidadosamente podados flanqueaban la reluciente puerta principal, y el jardín era enorme. Recuerdo que mi padre dijo que debía de tener unos cuatro mil metros cuadrados.

Pero no era un hogar.

Entramos los tres a la vez, como un frente unido. Oí a mi madre merodeando por la cocina, pero cuando nos oyó entrar apareció en el vestíbulo.

—¡Chicos! —dijo casi a gritos—. ¿Qué tal os ha ido el día? —Abrazó a mis hermanos y pasó de mí deliberadamente mientras yo me quedaba unos pasos atrás.

Joseph volvió a contarle todo con detalle y entusiasmo juvenil, y Daniel esperó pacientemente a que mamá comenzase a lanzarle su retahíla de preguntas mientras los seguía hacia la cocina. Al ver una oportunidad para escaparme, me metí por el largo pasillo que conducía a mi habitación y que tenía tres puertas acristaladas a un lado y varias fotografías de familia al otro. Había fotos de mis hermanos y mías de cuando éramos bebés y niños pequeños, y también algunas de esas fotos inevitables y embarazosas que hacen en los colegios de primaria. Y luego, fotos de mis abuelos y otros parientes. Una de ellas me llamó

la atención.

Una vieja fotografía en blanco y negro de mi abuela el día de su boda me devolvió la mirada desde su marco dorado. Estaba sentada tranquilamente con sus manos decoradas con *henna* cruzadas sobre el regazo y su pelo brillante color azabache peinado con una perfecta raya al medio. El *flash* de la foto había arrancado un destello al *bindi* que lucía entre las cejas de arco perfecto, y estaba impresionante con aquella tela tan aparatosa de diseños elaborados que recorrían el borde de su sari como si estuviesen bailando. Una extraña sensación surgió y desapareció antes de que pudiese identificar qué era. Luego Joseph apareció corriendo por el pasillo y a punto estuvo de tirarme al suelo.

–¡Perdón! –gritó antes de doblar la esquina a toda velocidad.

Aparté los ojos de la foto, huí hacia mi habitación nueva y cerré la puerta a mi espalda.

Me dejé caer sobre mi mullido edredón blanco y me quité las zapatillas con ayuda del tablero del pie de la cama. Cayeron sobre la alfombra con un ruido sordo. Volví la vista hacia las paredes desnudas y oscuras de mi cuarto. Mi madre quería que la pintásemos de rosa, como mi antigua habitación, por no sé qué tonterías de psicólogos de seguir anclado a lo que nos es familiar. Qué idiotez. El color de la pintura no me iba a devolver a Rachel. Así que logré que se compadeciese de mí y me dejase escoger un azul noche muy *emo* en vez del rosa. La habitación parecía más fresca y los muebles blancos más sofisticados. Pequeñas rosas de cerámica colgaban de la lámpara que mi madre había elegido, pero con las paredes tan oscuras no hacían que la habitación pareciese excesivamente femenina. Funcionó. Y por primera vez en mi vida tenía mi propio cuarto de baño, lo cual era una mejora considerable.

No había colgado ningún dibujo ni ninguna fotografía en las paredes ni tenía intención de hacerlo. El día antes de irnos de Rhode Island quité el *collage* de fotos y dibujos que había colgado; dejé para el final un boceto a lápiz en el que aparecía Rachel de perfil. Entonces contemplé la única imagen que quedaba de ella y me asombré de lo sería que había salido. Especialmente si la comparamos con la expresión de entusiasmo que tenía en el colegio la última vez que recuerdo haberla visto con vida. No vi el aspecto que tenía en el funeral.

El ataúd estaba cerrado.

–¡Cariño! ¿Estás dormida?

Me sobresalté al oír la voz de mi madre. ¿Cuánto tiempo había pasado? Me puse nerviosísima. Noté un hilillo de sudor que me bajaba por la parte posterior del cuello, aunque no tenía calor. Me senté en la cama.

–No.

Sus ojos escrutaron mi rostro.

–¿Tienes hambre? –preguntó.

Había desaparecido cualquier rastro de enfado. Ahora se la veía preocupada. Otra vez.

–La cena está casi lista –dijo.

–¿Ha llegado papá?

–Aún no. Está trabajando en un nuevo caso. Probablemente llegará tarde.

–Enseguida voy a la cocina.

Mi madre entró en mi cuarto con paso indeciso.

–¿Has tenido un mal día?

Cerré los ojos y suspiré.

–Nada que no me esperase, pero prefiero no hablar de ello.

Apartó la vista de mí y me sentí fatal. Quería a mi madre, de verdad. Era muy atenta. Me cuidaba con esmero. Pero durante el último año se había vuelto fastidiosamente omnipresente. Y en el último mes había resultado casi insoportable tenerla mariposeando a mi alrededor a todas horas. El día que nos mudamos pasé en silencio el viaje de dieciséis horas a Florida, aunque habíamos ido en coche por mí; me daba miedo el avión, las alturas en general. Y cuando llegamos, Daniel me dijo que después de que me diesen el alta en el hospital, un día oyó cómo papá y mamá hablaban de la posibilidad de internarme en algún centro. Mamá estaba a favor, por supuesto, ¡así estaría vigilada todo el tiempo! Pero yo no tenía la menor intención de preparar las pruebas de acceso a la universidad en una celda con paredes acolchadas, y como estaba claro que el efecto de mi gran proeza –asistir a los funerales– ya se había diluido, debía mantener mi chaladura bajo control. Parecía que la cosa funcionaba. De momento.

Mamá no insistió y me dio un beso en la frente antes de volver a la cocina. Me levanté y recorrí el pasillo en calcetines, con cuidado de no resbalar sobre el suelo de madera barnizada.

Mis hermanos ya habían puesto la mesa y mi madre aún no había terminado de hacer la cena, así que me fui a la salita, me hundí en el mullido sofá de cuero y encendí la tele. Salían las noticias en una pantallita en segundo plano, pero le quité el sonido para consultar la guía de programas.

–Mara, vuelve a ponerlo un momento, por favor –me pidió mamá. Obedecí.

Tres fotografías flotaban en una esquina de la pantalla.

–Gracias a la Unidad de búsqueda y rescate del departamento de Policía de Laurelton, esta mañana han sido recuperados los cuerpos de Rachel Watson y Claire Lowe, pero los investigadores están encontrando dificultades para localizar los restos de Jude Lowe, de dieciocho años de edad, debido a que hay partes del conocido edificio que aún siguen en pie, pero podrían derrumbarse en cualquier momento.

Entrecerré los ojos sin apartarlos del televisor.

–¿Pero qué...? –susurré.

–¿Mmm? –Mi madre entró en la sala y me quitó el mando a distancia. En ese momento las fotos de mis amigos se desvanecieron. En su lugar apareció una fotografía de una chica de pelo oscuro que sonreía feliz desde una esquina de la pantalla junto a la presentadora.

–Los expertos están siguiendo una nueva línea de investigación en el caso del asesinato de la alumna de segundo de bachillerato Jordana Palmer –decía la presentadora con voz cantarina–. La Policía de Metro Dade está llevando a cabo una búsqueda con un equipo de unidades caninas en los alrededores de la casa de los Palmer, y Canal 7 tiene la secuencia.

Las imágenes de la pantalla dieron paso a un vídeo bastante movido de un equipo de policías con uniformes color beis acompañados de grandes pastores alemanes que patrullaban un mar de hierbas altas tras una hilera de casas pequeñas de nueva construcción.

–Nuestras fuentes aseguran que la autopsia practicada a la joven de quince años revela datos muy inquietantes sobre la causa de su muerte, pero las autoridades no van a desvelar ningún detalle.

–Como ya hemos dicho, las líneas de investigación son el resultado de los testimonios de los vecinos que se han ofrecido a hablar, y hoy seguiremos esas líneas –dijo el capitán Ron Roseman del departamento de Policía de Metro Dade–. Aparte de eso, no puedo divulgar nada más que pueda complicar nuestra investigación.

A continuación los presentadores pasaron a hablar alegremente de una iniciativa de alfabetización en el distrito escolar de Broward. Mamá me devolvió el mando.

–¿Puedo cambiar? –pregunté con cuidado de que no me temblara la voz. Ver a mis amigos muertos en la tele me había alterado, pero no podía dejar que me lo notaran.

–Quizá sea mejor que la apagues. La cena está lista – dijo. Parecía inquieta, más de lo normal. Yo empezaba a pensar que era ella quien debería medicarse, y no era la primera vez.

Mis hermanos se acercaron a la mesa y puse una especie de sonrisa medio torcida cuando me senté junto a ellos. Intenté reírme de sus bromas mientras cenábamos, pero no podía borrar de mi mente las imágenes de Rachel, Jude y Claire que acababa de ver. No, de ver no. De imaginar en una alucinación.

–¿Te pasa algo, Mara? –La pregunta de mi madre me hizo salir del trance. La expresión de mi cara debía de reflejar mis sentimientos.

–No, nada –contesté con un tono jovial. Me levanté con la cabeza inclinada hacia delante para que el pelo me tapase la cara. Llevé mi plato al fregadero para enjuagarlo antes de meterlo en el lavavajillas.

Se me resbaló de las manos cubiertas de jabón y se rompió contra el acero. En visión periférica, vi que Daniel y mi madre intercambiaban una mirada. Era un pez de colores sin un castillo donde esconderme.

–¿Estás bien? –me preguntó Daniel.

–Sí. Es que se me resbaló. –Recogí los trozos del fregadero y los tiré a la basura antes de irme a hacer los deberes.

Mientras recorría el pasillo camino de la habitación, eché una mirada al retrato de mi abuela. Sus ojos me sostuvieron la mirada y me siguieron. Me vigilaban. Por todas partes.

La misma sensación escalofriante de estar siendo espiada me acompañó al colegio al día siguiente. No podía quitármela de encima. Al entrar en el aparcamiento del colegio, Daniel me dijo:

–Oye, deberías pensar en tomar un poco el sol.

Lo fulminé con la mirada.

–¿En serio?

–Solo lo digo porque tienes una pinta un poco enfermiza.

–Tomo nota –dije muy seca–. Oye, como no te des prisa en encontrar sitio vamos a llegar tarde.

El sonido de Rachmaninov salió flotando de los altavoces, lo que no contribuyó a aplacar el humor irritable en que me encontraba.

Ni el de Daniel, por lo visto.

–De verdad que me están entrando ganas de ponerme a jugar a los coches de choque en este sitio –dijo entre dientes. Aunque habíamos salido pronto, nos llevó cuarenta minutos llegar al colegio y ya había una cola de coches de lujo considerablemente larga esperando para entrar.

Observamos cómo dos coches se aproximaron desde extremos opuestos con la intención de conseguir un mismo sitio para aparcar. Los neumáticos de uno de los vehículos que estaban esperando, un mercedes negro, chirriaron cuando su conductor lo metió en la plaza de aparcamiento de un acelerón al tiempo que cortaba el paso al otro coche, un Focus azul. El conductor del Focus protestó con una pitada larga y aguda.

–Qué locura –dijo Daniel.

Asentí en silencio mientras la persona que iba al volante del mercedes salía del coche junto a otro pasajero. Reconocí la impecable melena rubia incluso antes de verle la cara. Anna, por supuesto. Luego reconocí la expresión agria de su omnipresente compañero, Aiden, cuando salió del asiento del copiloto.

Cuando por fin encontramos sitio, Daniel me sonrió antes de separarnos.

–Mándame un mensaje si necesitas algo, ¿vale? Sigue en pie la propuesta de comer juntos.

–No te preocupes, estaré bien.

La puerta todavía estaba abierta cuando llegué a clase de inglés, pero ya estaban ocupados la mayoría de los pupitres. Me senté en uno de los pocos sitios que quedaban libres en segunda fila e hice caso omiso de las risitas de un par de alumnos a los que reconocí de la clase de álgebra II. La profesora, la señorita Leib, estaba escribiendo en la pizarra. Cuando terminó, sonrió a la clase.

–Buenos días, chicos. ¿Quién sabe decirme el significado de esta palabra?

Señaló al encerado, donde había escrito la palabra «hamartia». Me sentí mucho más segura, porque ya había dado ese tema. Punto para el sistema de educación pública de Laurelton. Lancé una breve mirada a mi alrededor. Nadie había levantado la mano. Bah, qué demonios. Levanté la mía.

–Ah, la chica nueva. –Necesitaba el uniforme con urgencia; la sonrisa de la señorita Leib era sincera cuando se apoyó en su mesa–. ¿Tu nombre?

–Mara Dyer.

–Encantada, Mara. Venga, dínoslo.

–Error fatal –dijo alguien en voz alta. Con acento británico. Me giré a medias y habría reconocido al chico de ayer inmediatamente aunque no hubiese tenido el mismo aspecto desaliñado, con el cuello de la

camisa abierto, el nudo de la corbata aflojado y las mangas remangadas. Seguía siendo guapísimo, y seguía sonriendo. Lo miré con los ojos entornados en señal de protesta.

La profesora hizo lo mismo.

–Gracias, Noah, pero le he preguntado a Mara. Y además «error fatal» no es la definición más precisa, en cualquier caso. ¿Quieres intentarlo tú, Mara?

Claro que quería, sobre todo ahora que sabía que el Chico Británico era el famoso Noah Shaw.

–Significa «error» o «fallo» –respondí–. A veces se denomina «error trágico».

La señorita Leib hizo un gesto de aprobación con la cabeza.

–Muy bien. Voy a arriesgarme y a suponer que ya leíste *Tres obras tebanas* en tu anterior colegio.

–Sí –respondí al tiempo que intentaba vencer mi timidez.

–Entonces nos llevas ventaja. Nosotros acabamos de terminar *Edipo rey*. ¿Puede decirme alguien que no sea Mara cuál fue el error trágico de Edipo?

Noah fue el único que levantó la mano.

–¿Dos veces en el mismo día, señor Shaw? Está usted desconocido. Por favor, muestre su brillante intelecto a la clase.

Noah contestó sin apartar los ojos de mí. Ayer me equivoqué; no tenía los ojos grises, sino azules.

–Su error fatal fue su falta de autoconocimiento.

–O su orgullo –contraataqué.

–¡Un debate! –La señorita Leib aplaudió–. Me encanta. Y aún me gustaría mucho más si el resto de la clase diera señales de vida, pero qué le vamos a hacer.

La profesora se giró hacia la pizarra y escribió mi respuesta y la de Noah debajo de la palabra «hamartia».

–Creo que hay argumentos para defender las dos teorías: que la incapacidad de Edipo para reconocer quién era (para conocerse a sí mismo, por así decirlo) fue la causa de su ruina, o que su orgullo, o mejor dicho, su exceso de orgullo, fue lo que le condujo a su trágico final. Y para el próximo lunes quiero que todos me entreguéis un trabajo de cinco páginas con vuestros brillantes análisis sobre este tema.

Hubo una protesta general.

–Os lo podéis ahorrar. La próxima semana empezamos con los antihéroes.

Y continuó con su clase, aunque la mayor parte de las cosas que dijo yo ya las había dado. Algo aburrida, saqué mi manoseado y apreciadísimo ejemplar de *Lolita* y lo escondí detrás de mi cuaderno. El aire acondicionado del aula no debía de estar encendido, y el ambiente se fue haciendo más irrespirable a cada minuto. Cuando por fin sonó el timbre, me moría por tomar un poco de aire fresco. Me puse en pie de un salto y tiré la silla sin querer. Me agaché para levantarla y ponerla en su sitio, pero alguien había sido más rápido que yo.

Noah.

–Gracias –dije cuando nuestras miradas se cruzaron. Me miraba con la misma expresión de complicidad que el día anterior. Ligeramente aturdida, desvié la vista y recogí mis cosas antes de salir del aula a toda prisa. Un tropel de alumnos que entraba en ese momento me empujó y se me cayó el libro al suelo. Una sombra oscureció la cubierta antes de que me diera tiempo a cogerlo.

–«Hay que ser un artista y un loco, una criatura de melancolía infinita, para reconocer al instante al diablillo mortífero entre las muchachas sanas» –dijo con su acento británico fundiéndose con las palabras

y una voz dulce y suave—. «Pasa desapercibida entre ellas y no es consciente de su fantástico poder.»

Me quedé mirándolo inmóvil, boquiabierto y sin palabras. Me habría reído; la verdad es que la situación era bastante ridícula. Pero su manera de decírmelo, su manera de mirarme, eran escandalosamente íntimas. Como si conociese todos mis secretos. Como si no tuviese secretos para él. Pero antes de que se me ocurriese una respuesta, Noah se agachó y recogió mi libro.

—*Lolita*—dijo mientras le daba la vuelta en sus manos; sus ojos se pasearon por los labios pintados de rosa de la cubierta, y luego me lo entregó. Nuestros dedos se rozaron y una corriente cálida me recorrió las yemas de los dedos. Mi corazón latía tan fuerte que probablemente él podía oírlo.

—Vaya... —Nuestras miradas volvieron a encontrarse. Así que eres una guarrilla que tiene problemas con su padre, ¿eh? —Alzó una de las comisuras de la boca haciendo un flemático gesto de condescendencia.

Me dieron ganas de quitárselo de un bofetón.

—Bueno, eres tú el que lo cita. Y mal, por cierto. Así que, ¿tú qué eres?

Su media sonrisa se convirtió en sonrisa entera.

—Oh, desde luego yo sí que soy un guarrillo que tiene problemas con su padre.

—Vale, me has pillado.

—Aún no.

—Giliboinas —mascullé mientras echaba a andar hacia el aula que me correspondía. No me sentía demasiado orgullosa de soltar palabrotas en una conversación con un completo desconocido. Pero fue él el que empezó.

Noah me alcanzó y empezó a caminar a mi mismo ritmo.

—¿No querrás decir gilipollas? —Parecía que le había hecho mucha gracia.

—No —contesté, esta vez en tono más alto—. Quiero decir giliboinas. La boina que lleva puesta el mamón que va subido a los hombros del gilipollas. El grado más alto dentro de la categoría de los gilipollas —dije como si estuviese leyendo la definición en un diccionario moderno de palabrotas.

—Creo que me has pillado.

Todavía no. Las palabras surgían en mi mente sin mi permiso, y en cuanto vi la puerta de la clase de álgebra me escabullí hacia el interior y me zafé de él.

Me senté al fondo con la esperanza de librarme de las miradas que había padecido el día anterior y perderme en la incomprensibilidad de la explicación. Le rompí la columna a *Lolita* y la escondí debajo del bolso. Saqué papel milimetrado y un lápiz. Luego guardé ese lápiz y saqué otro. Noah me estaba sacando de quicio. Y eso no era nada sano.

Pero entonces entró Anna con sus andares afectados, acompañada de su voluminoso amigo y cortó en seco el hilo de mis pensamientos. Parecían la perfecta pareja del mal. Me pilló mirándola y aparté la vista inmediatamente, pero no pude evitar sonrojarme. Con el rabillo del ojo vi que me estaba mirando mientras se sentaba en la tercera fila.

Sentí una oleada de alivio cuando Jamie se deslizó en el sitio libre que había junto al mío. Mi único amigo en Croyden hasta el momento.

—¿Qué tal? —preguntó con una sonrisa.

Le devolví la sonrisa.

—Sin hemorragias nasales.

—De momento —dijo Jamie al tiempo que me guiñaba el ojo—. Bueno, ¿y a quién más has conocido? ¿A

alguien interesante? Aparte de mí, claro.

Bajé la voz y me puse a hacer rayas en el papel milimetrado.

—¿Alguien interesante? No. Pero algo mamoncete sí.

El hoyuelo de la mejilla de Jamie se hizo más profundo.

—Déjame adivinarlo. ¿Una especie de cabrón desaliñado con una sonrisa que te pone cachonda?

Puede.

Jamie hizo un gesto con la cabeza como si ya lo supiese.

—Ese sonrojo me dice que efectivamente era él.

—Puede —dije como sin darle importancia.

—Así que has conocido a Shaw. ¿Y qué te dijo?

Me pregunté por qué Jamie mostraba tanto interés.

—Es un idiota.

—Sí, eso ya lo has dicho. Ahora que lo pienso... —dijo de repente—, eso es lo que dicen todas. Y sin embargo el chico se pone morado de...

—Muy bien, chicos, sacad vuestros problemas y pasádselos a vuestros compañeros de la primera fila, por favor. —El señor Walsh se puso en pie y escribió una ecuación en la pizarra.

—Preciosa vista —susurré. Me guiñó un ojo justo en el momento en que Anna se giraba para mirarme.

Mi segundo día transcurrió en un mar de monótona trivialidad. Clases, deberes, chistes malos de los profesores, deberes, trabajo para hacer en clase, deberes. Cuando terminó, Daniel me estaba esperando a la entrada del colegio y me alegré de verlo.

—Oye —dijo—, camina deprisa para que tengamos una mínima posibilidad de salir de aquí antes de que los coches colapsen la única salida. —Le obedecí, y me preguntó—: ¿Qué tal el segundo día? ¿Mejor que el primero?

Pensé en el día anterior.

—Ligeramente —contesté—. Pero ¿podríamos no hablar de mí? ¿A ti qué tal te ha ido?

Se encogió de hombros.

—Lo normal. La gente es igual en todas partes. No hay muchos que destaquen.

—¿No hay muchos? ¿Entonces hay gente que sí destaca?

Me miró e hizo un gesto de fastidio con los ojos.

—Algunos.

—Venga, Daniel. ¿Dónde está ese entusiasmo de Croyden? A ver, que yo lo oiga.

Muy diligente, Daniel me hizo un resumen de su curso de segundo de bachillerato, y justo me estaba hablando de una violinista extraordinaria que había en su clase de música cuando llegamos a casa. Se oían las noticias atronando desde la sala de estar, pero mis padres aún no habían llegado. Debía de ser mi hermano pequeño.

—¿Joseph? —gritó Daniel por encima del estruendo.

—¿Daniel? —gritó él a su vez.

—¿Dónde está mamá?

—Salió a comprar algo para la cena, hoy papá viene temprano.

–¿Ya has hecho los deberes? –Daniel revolvió en el correo que había encima de la mesa de la cocina.

–¿Y tú? –preguntó Joseph sin levantar la vista.

–Los voy a hacer ahora mismo, pero en cualquier caso, yo no estoy pasmado viendo... ¿Qué estás viendo?

–La CNBC.

Daniel se detuvo.

–¿Por qué?

–Hacen un resumen de las tendencias de los mercados –contestó Joseph sin apartar la vista de la tele.

Daniel y yo nos miramos. Luego agarró un sobre increíblemente gordo que no tenía remitente.

–¿De dónde ha salido esto?

–Lo trajo el cliente nuevo de papá dos minutos antes de que llegárais.

La cara de Daniel cambió de expresión.

–¿Qué pasa? –le pregunté.

La nueva expresión desapareció.

–Nada.

Se dirigió a su habitación, y un minuto más tarde yo me fui a la mía, dejando que Joseph se enfrentase solo a las consecuencias de que lo pillaran viendo la tele antes de haber hecho los deberes. Pero con su encanto seguro que se libraba de ellas en cinco segundos.

Un rato después, un golpe fuerte en la puerta me rescató inesperadamente de las profundidades de mi libro de español, que ya había decidido que era la asignatura que más odiaba. Incluso más que las matemáticas.

Mi padre asomó la cabeza por la puerta entreabierta.

–¿Mara?

–¡Papá! ¡Hola!

Mi padre entró en mi habitación, visiblemente cansado, aunque impecable a pesar de haberse pasado el día entero con el traje puesto. Se sentó en la cama a mi lado, y su corbata de seda brilló con la luz.

–Bueno, ¿qué tal tu nuevo colegio?

–¿Por qué todo el mundo me pregunta por el colegio? –dije–. Hay más cosas de que hablar.

Fingió asombro exagerado.

–¿Como qué?

–Como el tiempo, o los deportes.

–Pero tú odias los deportes.

–Ya, pero odio el colegio todavía más.

–Entendido –dijo mi padre con una sonrisa. Y se puso a contarme una historia de su trabajo, y justo cuando me estaba describiendo cómo un juez había arremetido contra una empleada por llevar «zapatos de prostituta» ese día, mi madre nos llamó para cenar. Era mucho más fácil reír cuando mi padre estaba en casa, y aquella noche me quedé frita en cuanto me acosté.

Pero no permanecí dormida mucho tiempo.

Abrí un ojo cuando los golpes en la ventana se hicieron demasiado fuertes como para ignorarlos. La figura de la ventana acercó su rostro al cristal e hizo esfuerzos por ver el interior de mi habitación. Sabía quién era, y no me sorprendí al verlo. Me escondí bajo las mantas calientes con la esperanza de que se marchase.

Volvió a llamar. No había habido suerte.

–Estoy dormida.

Golpeó el cristal aún más fuerte, y la vieja ventana vibró en su marco de madera. O la rompía, o despertaba a mis padres. Y ninguna de las dos posibilidades era deseable.

Me acerqué a la ventana con lentitud y la entreabrí.

–No estoy en casa –susurré lo suficientemente alto para que me oyese.

–Qué graciosa. –Jude abrió la ventana del todo y me sobresaltó una ráfaga de aire frío–. Se me está quedando el culo helado ahí fuera.

–Ese problema tiene fácil solución. –Crucé los brazos encima de mi camiseta sin mangas.

Jude parecía desconcertado. Sus ojos estaban casi ocultos por la visera de su gorra de béisbol, pero era obvio que estaba inspeccionando mi indumentaria nocturna.

–Dios mío. Pero si ni siquiera estás vestida.

–Estoy vestida. Estoy vestida con el pijama. Estoy vestida con el pijama porque son las dos de la madrugada.

Me miró con ojos burlones y abiertos de par en par.

–¿Te has olvidado?

–Sí –mentí. Me asomé ligeramente a la ventana y miré el camino de entrada a mi casa–. ¿Están esperando en el coche?

Jude negó con la cabeza.

–Ya están en el psiquiátrico. Solo quedamos nosotros. Vámonos.

Me desperté a medianoche con un grito a punto de brotar de mi garganta y una opresión en el pecho, empapada en sudor y miedo. Recordaba. *Recordaba*. Y el torrente de recuerdos resultaba casi doloroso. Jude junto a mi ventana, para recogerme y llevarme al lugar donde me esperaban Rachel y Claire.

Así fue como llegué allí aquella noche. El recuerdo no me provocaba escalofríos de terror, pero el hecho de que existiera sí, o casi. O quizá no eran escalofríos de terror, sino de emoción. Estaba completamente segura de que no era fruto de los sueños. Rebusqué en cada rincón de mi consciencia para intentar encontrar algo más, pero no había nada; no tenía ni idea de por qué habíamos ido allí.

La adrenalina corría a raudales por mis venas y no era capaz de quedarme dormida de nuevo. El sueño —el recuerdo— se repetía sin cesar una y otra vez, y me alteraba más de lo que debería. ¿Por qué ahora, tan de repente? ¿Qué podía hacer yo? ¿Qué debía hacer? Tenía que recordar la noche en que perdí a Rachel, por su propio bien. Por el mío. Aunque mi madre no estuviera de acuerdo; mi mente se protegía del trauma, decía. Si trataba de forzarlo sería «insano».

Tras la segunda noche con el mismo sueño, el mismo terror, comencé a darle la razón en silencio. Aquel día en el colegio estuve hecha un trapo, y al día siguiente igual. La brisa de Miami era cálida, pero aun así sentía en mis brazos el aire gélido de Nueva Inglaterra. Veía a Jude junto a mi ventana cada vez que cerraba los ojos. Pensaba en Rachel y Claire, que estaban esperándome. En el psiquiátrico. *En el psiquiátrico*.

Pero con todo el trabajo que tenía en Croyden necesitaba, más que nada en el mundo, relajarme. Y así fue como aquella mañana de viernes comencé a fijarme en pequeños detalles. La columna de mosquitos en continuo movimiento que estuve a punto de tragarme cuando salí del coche de Daniel en el aparcamiento. El aire cargado de humedad. Cualquier cosa para evitar volver a pensar en el nuevo sueño, o recuerdo, o lo que fuese, que había pasado a formar parte de mi repertorio nocturno. Me alegré de que Daniel tuviese cita con el dentista aquella mañana. No me apetecía hablar.

Cuando llegué al colegio, el aparcamiento estaba todavía vacío. Tardé mucho menos en llegar de lo que había calculado pensando en el tráfico. Se veían fogonazos de relámpagos entre nubes lejanas de color púrpura que se extendían sobre el cielo como una colcha oscura. Iba a llover, pero yo no podía estarme quieta. Tenía que hacer algo, tenía que moverme y sacudirme de encima el recuerdo que seguía angustiándome.

Abrí la puerta del coche y eché a andar; dejé atrás varios solares desiertos y abandonados y algunas casas destartadas. No sé cuánto tiempo llevaba caminando cuando oí el gemido.

Me detuve y esperé a oírlo de nuevo. Ante mí se alzaba una alambrada de tela metálica reforzada con alambre de espino. No había hierba, solo tierra compacta de color marrón claro y barro donde el suelo se había mojado con la lluvia que había caído la noche anterior. Había chatarra tirada por todas partes: piezas de maquinaria, trozos de cartón y basura. Y una pila enorme de madera. También clavos desperdigados por el suelo.

Me acerqué al alambre de espino sin hacer ruido y me puse de puntillas para intentar tener una visión total del terreno. Nada. Me agaché, con la esperanza de conseguir una mejor perspectiva. Mis ojos captaron la panorámica de un montón de piezas de coches y recorrieron la chatarra desperdigada por todas partes hasta llegar a la pila de madera. La piel de la perra, de pelo corto y color beis, se camuflaba

entre el polvo debajo de las tablas precariamente amontonadas. Estaba esquelética y se le marcaban todos los huesos bajo el pellejo maltrecho. Acurrucada y hecha una bola, estaba temblando a pesar del calor sofocante. Tenía el hocico oscuro cubierto de cicatrices y las orejas, que casi no se le veían, rasgadas y echadas hacia atrás.

Se hallaba en un estado verdaderamente lamentable.

Busqué la manera de entrar en el solar, pero no la encontré. Me agaché y llamé a la perra con el tono de voz más alto y a la vez cariñoso que fui capaz de articular. Salió reptando de debajo de la pila y se acercó a la valla con paso indeciso y vacilante mientras intentaba ver lo que había al otro lado de la alambrada con sus húmedos ojos marrones.

Jamás en mi vida había visto una imagen tan patética. No podía dejarla allí, no en ese estado. Iba a tener que saltarme las clases y sacarla de aquel sitio.

Entonces me fijé en el collar.

El collar de cuero estaba cerrado con un candado y unido a una cadena tan pesada que era increíble que la perra pudiese tan siquiera tenerse en pie. Ni siquiera era necesario asegurarla a una estaca clavada en el suelo; así no podía ir a ningún sitio.

Le acaricié el hocico desde el otro lado de la alambrada e intenté averiguar si podría quitarle el collar sin abrirlo, pasándolo alrededor de la cabeza alargada y huesuda. La llamé con mimo para que se acercara más y así poder comprobar si lo tenía muy apretado, pero justo cuando lo estaba consiguiendo, una voz con acento nasal rompió el silencio unos pasos detrás de mí.

—¿Qué coño te crees que estás haciendo con mi perra?

Levanté la vista. El hombre estaba del mismo lado de la valla en el que me encontraba yo, y además muy cerca. Demasiado cerca. Debería haberlo oído acercarse. Llevaba una camiseta interior de tirantes y unos vaqueros rotos, y tenía el pelo largo y graso con enormes entradas.

¿Qué se le dice a alguien a quien estás intentando robarle el perro?

—Hola.

—Te he preguntado qué estás haciendo con mi perra.

Me miró con unos ojos de color azul clarísimo inyectados en sangre; intenté tragarme mis deseos de apalearle hasta la muerte con la rama de un árbol y me puse en pie. Mis opciones, dada mi condición de adolescente y sin saber si aquel gañán gilipollas tenía una pistola o una navaja en el bolsillo, eran muy limitadas.

Puse la voz más inocente y bobalicona que pude.

—Iba de camino a clase y vi a su perro. ¡Es una monada!, ¿qué raza es? —Confiaba en que fuera suficiente para que no acabara siendo su desayuno. Contuve la respiración.

—Es un pitbull, ¿es que nunca habías visto uno? —Escupió, y su boca arrojó al suelo una flema de una sustancia asquerosa.

Tan esquelético, no. Jamás había visto un animal ni una persona tan en los huesos.

—No. ¡Qué preciosidad de perrita! ¿Come mucho?

Una pregunta descaradamente tonta. Mi falta de tacto me iba a causar la ruina cualquier día. Quizá aquel mismo día.

—¿Y a ti qué te importa?

Muy bien. Juégatela o escápate.

–Está muerta de hambre, y esa cadena que lleva al cuello pesa demasiado. Tiene mordiscos en las orejas y cicatrices en la cara. ¿Es que no puede cuidarla mejor? –dije con una voz cada vez más chillona–. No se merece esto. –Comencé a flaquear.

Tensó la mandíbula, y al mismo tiempo todos los músculos de su cuerpo. Se acercó hasta que su cara quedó a unos centímetros de la mía. Contuve la respiración, pero no me moví.

–¿Quién coño te crees que eres? –preguntó entre dientes con voz áspera–. Lárgate. Y si te vuelvo a ver por aquí, la próxima vez no seré tan amable.

Tomé aire sin querer, y con él una bocanada de olor irrespirable. Miré a la perra, estaba encogida como si intentara protegerse de su dueño. No quería dejarla allí, pero no tenía manera de sortear los obstáculos: la alambrada de púas, el collar con el candado y la gruesa cadena. Y su dueño. Así que aparté la vista y eché a andar.

Entonces oí un grito.

Cuando me di la vuelta como un rayo, la perra se había encogido de miedo de tal manera que estaba pegada al suelo. A su lado estaba el dueño con la cadena en la mano. Seguramente le había dado un tirón fuerte.

El pedazo de cabrón me sonreía.

Noté cómo crecía dentro de mí un sentimiento de odio que me desbordaba. Jamás había aborrecido a nadie como a ese hombre en aquel momento; me temblaban las manos por el acto violento que querían realizar pero no podían. Así que me di la vuelta y eché a correr para aliviar un poco el temblor provocado por la furia que dominaba mis brazos y mis piernas y que surgía de algún lugar oscuro que yo ni siquiera sabía que existía. Mis pies golpeaban el suelo con fuerza y deseaban poder aplastar la sonrisa de aquella cara de mierda. Y mientras esa idea me taladraba el cerebro, lo vi. El gañán tenía el cráneo abierto, con un hueco grande y carnoso a un lado de la cabeza. Una densa nube de moscas le taponaba la boca. La sangre manchaba el suelo color arena junto a la pila de madera y formaba un gran charco cada vez más oscuro en torno a su cuerpo.

Merecía morir.

Sin aliento y empapada en sudor, rodeé el aparcamiento pasando junto a la puerta de entrada y miré el reloj. Siete minutos para la clase de inglés. Saqué mi cartera del coche a toda prisa, salí disparada y logré llegar a clase un minuto antes de que sonara el timbre. Genial.

La señorita Leib cerró la puerta nada más entrar yo y me instalé en el primer pupitre que había libre. Allí estaba Noah, con el mismo aspecto indolente, aburrido y descuidado de siempre. Estaba sentado en el pupitre sin libros ni cuaderno, pero eso no le impidió contestar a todas y cada una de las preguntas que le hizo la señorita Leib. Pedante.

Mi mente revoloteaba sobre el telón de fondo de la clase. Tenía que hacer algo por aquella perra. Ayudarla de alguna forma. Estaba empezando a visualizar un tenebroso plan que incluía un cortaalambres, un pasamontañas y una maza cuando sonó el timbre. Me dirigí a la puerta, ansiosa por llegar a la clase siguiente, pero ya se había formado un grupo de alumnos delante de la puerta que taponaba la salida.

Cuando por fin escapé de los confines del aula, me encontré cara a cara con Anna. Arrugó la nariz con cara de asco.

–¿Es que no te duchas?

Es posible que oliera un poco a tigre después de la carrera de aquella mañana, pero no estaba de humor para aguantar sus tonterías. Hoy no. Abrí la boca, dispuesta a permitir que fluyera con toda libertad una sarta de insultos.

–Prefiero mil veces la ausencia de ducha que el exceso de perfume, ¿tú no, Anna?

Aquella voz solo podía ser la de Noah. Me giré. Estaba detrás de mí con una sonrisa casi imperceptible.

Anna abrió de par en par sus ojos azules. La expresión de su rostro se transformó de malvada a inocente. Como por arte de magia, solo que más perverso.

–Si son las únicas opciones supongo que sí, Noah. Pero no me inclino por ninguna de las dos.

–Pues parecía que sí –dijo él.

No debía de ser el comentario que Anna esperaba.

–Por... por cualesquiera de ellas –balbució al tiempo que volvía a clavar su mirada en mis ojos como si me estuviera lanzando puñales antes de alejarse. Fabuloso. Ahora sí que no había ninguna duda de que entre ella y yo iba a haber más que palabras.

Me giré para enfrentarme a Noah. Me sonrió con insolencia y me enfurecí.

–No tenías por qué haber dicho nada –le dije–. Lo tenía yo bajo control.

–Sería suficiente un simple «gracias».

Las primeras gotas de lluvia comenzaron a repiquetear en el tejado del pasillo cubierto.

–Voy a llegar tarde a clase –dije, y eché a andar a paso rápido. Noah comenzó a caminar al mismo ritmo.

–¿Qué tienes ahora? –preguntó en tono suave.

–Álgebra II.

Lárgate. Huelo mal. Y tu compañía me fastidia que ni te imaginas.

–Te acompaño.

Fatal. Cambié la mochila de hombro y me mentalicé para caminar incómoda y en silencio. De pronto y sin venir a cuento, Noah tiró de mi cartera y me obligó a detenerme bruscamente.

–¿Eso lo has dibujado tú? –preguntó mientras señalaba el dibujo que decoraba mi cartera.

–Sí.

–Tienes talento –dijo. Lo miré a la cara. Ni rastro de sarcasmo. Ni de burla. ¿Era posible?

–Gracias –respondí, desarmada.

–Ahora te toca a ti.

–¿Me toca hacer qué?

–Dedicarme un cumplido.

No le hice ni caso.

–Mara, podemos seguir andando en silencio o puedes preguntarme algo hasta que lleguemos a clase.

De verdad que me sacaba de quicio.

–¿Y qué te hace pensar que siento alguna curiosidad por ti? –pregunté.

–Nada –contestó–. De hecho, estoy completamente seguro de que no sientes ninguna curiosidad. Es fascinante.

–¿Por qué?

Mi aula estaba justo al final del pasillo. Ya faltaba poco.

–Porque la mayoría de las chicas que he conocido aquí me preguntan de dónde soy cuando notan mi acento. Y normalmente les encanta disfrutar del placer de mi conversación.

Oh, qué arrogancia.

–Por cierto, es inglés.

–Ya, hasta ahí llego.

Solo quedaban tres metros.

–Nací en Londres.

Poco más de dos metros. Y no pensaba responder.

–Mis padres se vinieron a vivir aquí hace dos años.

Metro y pico.

–No tengo un color favorito, aunque me horroriza el amarillo. Es un color espantoso.

Medio metro.

–Toco la guitarra, me encantan los perros y odio Florida.

Noah Shaw no jugaba limpio. Sonreí, muy a mi pesar. Y entonces llegamos al aula.

Me dirigí como una flecha al fondo de la clase y me instalé en un pupitre en uno de los rincones.

Noah me siguió. Y ni siquiera estaba matriculado en esa asignatura.

Se sentó en el pupitre al lado del mío, y deliberadamente no presté ninguna atención a lo bien que le sentaba la ropa con esa constitución tan delgada cuando se sentó. Jamie entró, se sentó en el pupitre que tenía al otro lado y me dirigió una larga mirada antes de sacudir la cabeza. Saqué el papel milimetrado y me dispuse a hacer unas operaciones. Lo cual significa que estuve haciendo garabatos hasta que se acercó el señor Walsh para recoger los deberes que había mandado el día anterior. Se detuvo junto al pupitre que ocupaba Noah.

–¿En qué puedo ayudarlo, señor Shaw?

–Voy a asistir como oyente a su clase de hoy, señor Walsh. Necesito desesperadamente refrescar mis

conocimientos de álgebra.

–Ajá –dijo el señor Walsh muy seco– . ¿Y trae usted la autorización?

Noah se levantó y salió del aula. Regresó cuando el señor Walsh estaba corrigiendo los deberes del día anterior, y, como era de esperar, entregó una nota al profesor. El señor Walsh no dijo nada, y Noah volvió a sentarse a mi lado. ¿Qué clase de colegio era ese?

Cuando el señor Walsh comenzó a hablar de nuevo, me puse a garabatear furiosamente en mi cuaderno sin hacerle caso. La perra. Noah me había distraído y tenía que pensar cómo iba a rescatarla.

Me pasé la mañana pensando en ella. No pensé en Noah, aunque se quedó mirándome fijamente durante toda la hora de álgebra con la misma determinación que un gatito cuando juega con un ovillo. No lo miré ni una vez mientras tomaba apuntes, y no me fijé ni por un momento en su insistente expresión socarrona mientras me movía inquieta en la silla.

Ni en cómo se pasaba la mano por el pelo cada cinco segundos.

Ni en cómo se rascaba una ceja cada vez que el señor Walsh me hacía una pregunta.

Ni en cómo apoyó su firme mejilla en una mano y...

Se me quedó mirando.

Cuando por fin acabó la clase, Anna parecía a punto de cometer un asesinato; Jamie tomó nota de ello antes de que yo pudiera decir una palabra, y Noah esperó mientras yo recogía mis cosas. Él no tenía cosas. No tenía cuadernos. Ni libros. Ni mochila. Era surrealista. Y se me debía de notar la perplejidad en la cara, porque ahí estaba otra vez esa sonrisita maliciosa.

Decidí que la próxima vez que lo viese tenía que llevar puesto algo amarillo. Amarillo de la cabeza a los pies, a ser posible.

Caminamos en silencio hasta que me fijé en una puerta batiente.

El baño. Genial idea.

Cuando llegamos a la altura de la puerta, me volví hacia Noah.

–Voy a tardar un rato. No creo que quieras esperarme. –Llegué a atisbar ligeramente su expresión de horror antes de empujar la puerta con una fuerza incontenible. Juego para mí.

En el baño había unas cuantas chicas de edad imprecisa, pero no me prestaron ninguna atención cuando salieron. Me alegré de haberme librado de Noah, así fui capaz de mantener a raya la parte de mí que quería saber cuál era la canción que más le gustaba tocar con la guitarra. Jamie ya me había advertido sobre estas tonterías: Noah estaba jugando conmigo, y sería idiota si lo olvidaba.

Y nada de todo aquello era importante. La perra sí lo era. Durante la clase de álgebra, mientras estaba concentrada sin hacer caso a Noah, había decidido llamar al departamento de maltrato animal y presentar una denuncia contra el Cretino Maltratador. Saqué mi móvil. Seguramente enviarían a alguien a investigar mi denuncia, y vería que la perra se hallaba al borde de la muerte. Y entonces se la llevarían de allí.

Llamé a información, pedí el número y me lo apunté en la mano a toda prisa. El teléfono sonó tres veces antes de que una voz femenina contestara:

–Departamento de maltrato animal. Le habla la agente Díaz, ¿en qué puedo ayudarle?

–Sí, hola, llamo para presentar una denuncia sobre un perro maltratado.

Me resultó imposible permanecer tranquila el resto del día, sabiendo que después del colegio tenía que acercarme a ver a la perra para asegurarme de que estaba bien. Me revolví inquieta en la silla en todas las clases, y en la de español me gané trabajo extra.

Cuando acabaron las clases, bajé volando las escaleras, que estaban resbaladizas, y casi me desnuco. Ya no llovía, al menos de momento, pero se había filtrado agua por la cubierta de los corredores, con lo cual resultaba peligroso andar. Estaba a medio camino del aparcamiento cuando sonó mi teléfono; no era un número conocido, y además tenía que prestar atención a cómo caminaba. No contesté y eché a correr en dirección a la casa de la perra. Cuando doblé la esquina vi luces intermitentes. Me dio un vuelco el estómago. Quizá era una buena señal. Quizá habían detenido al tipo. De todos modos, comencé a andar con paso más lento, mientras rozaba con los dedos el muro a punto de desmoronarse que había enfrente de la valla, cerrada con una cadena. Escuché las voces y el sonido metálico de la radio de la policía que tenía ante mí. Mientras me acercaba a la casa, vi un coche patrulla con la luz de emergencia encendida y un coche particular.

Y una ambulancia. Se me erizó el vello de la nuca.

Cuando llegué al patio, la puerta de la casa estaba abierta. Había gente junto a los coches y la ambulancia, que estaba en silencio. Mis ojos escudriñaron el terreno en busca de la perra, pero cuando llegaron a la pila de madera se me heló la sangre.

No se le veía la boca debido a la cantidad de moscas que zumbaban y bullían sobre ella y sobre el lateral del amasijo carnosos que había sido el cuero cabelludo del hombre. El suelo estaba completamente negro bajo su cabeza abierta, pero la mancha aparecía roja en los bordes de la camiseta sucia.

El dueño de la perra estaba muerto. Exactamente como yo lo había imaginado.

Los árboles, la acera y las luces intermitentes comenzaron a girar a mi alrededor cuando me di cuenta: el primer desgarró incuestionable en el delicado tejido de mi salud mental.

Me reí. Estaba loca.

A continuación vomité.

Unas manos grandes me sujetaron los hombros. Con el rabillo del ojo vi acercarse a una mujer con traje y a un hombre con uniforme oscuro; pero aparecían desenfocados y prácticamente fuera de mi campo visual. ¿De quién eran las manos que me estaban agarrando?

–Muy bien, fantástico. ¡Sácala de aquí, Gadsen! –dijo la voz femenina. Sonaba muy lejana.

–Cállate, Foley. Podías haber marcado un perímetro de seguridad creo yo –dijo la voz masculina a mi espalda. Me giró mientras me limpiaba la boca. También llevaba traje–. ¿Cómo te llamas? –preguntó con voz autoritaria.

–M... Mara –tartamudeé. Casi no podía oír mi propia voz.

–¿Podéis decirle a los sanitarios que vengan? –gritó. Quizá haya sufrido un *shock*.

Pegué un respingo. Sanitarios no. Hospitales no.

–Estoy bien –dije, y deseé que los árboles dejaran de bailotear. Inspiré varias veces para calmarme. ¿De verdad estaba ocurriendo?–. Es que nunca había visto un cadáver.

Lo dije antes de darme cuenta de que era cierto. No había visto a Rachel, ni a Claire ni a Jude en sus funerales. No quedaron restos suficientes como para poder verlos.

–Es solo para echarte un vistazo –dijo el hombre– mientras te hago unas preguntas, si no tienes inconveniente. – Hizo una seña al sanitario.

Sabía que era una batalla perdida.

–De acuerdo –le dije. Cerré los ojos, pero seguía viendo la sangre. Y las moscas.

Pero ¿dónde estaba la perra?

Abrí los ojos y la busqué, pero no la vi por ninguna parte.

El sanitario se acercó e intenté concentrarme para no parecer trastornada. Respiré despacio y a ritmo regular mientras me examinaba los ojos con una linterna. Me hizo un reconocimiento general, y justo cuando parecía que estaba terminando, oí por casualidad la voz de la detective:

–¿Dónde coño está Díaz?

–Dijo que venía enseguida. –La voz pertenecía al hombre que había hablado conmigo un minuto antes.

–¿Quieres ir a atar al perro como es debido?

–Eeh, no.

–No he querido tocarlo –dijo la mujer–. Está plagado de pulgas.

–Damas y caballeros, con ustedes, la persona más delicada de Miami.

–Vete a la mierda, Gadsen.

–Tranquilízate. El perro no se va a escapar. Apenas puede andar así que como para correr. Tampoco importa. Es un pitbull, lo que harán será ponerle una inyección letal.

¿Qué?

–Es imposible que lo haya hecho el perro. El tipo tropezó y se abrió la cabeza con la estaca que hay junto al montón de madera, ¿la ves? Ni siquiera hace falta que nos lo confirmen los peritos.

–No he dicho que lo hiciera el perro. Lo único que he dicho es que le van a poner una inyección letal de todos modos.

–Qué pena.

–Al menos dejará de sufrir.

Después de todo lo que había soportado, iban a poner una inyección a la perra. Iban a matarla.

Por mi culpa.

Volví a tener náuseas. Me temblaba la mano mientras el sanitario me tomaba el pulso.

–¿Cómo te encuentras? –preguntó con voz suave. Su mirada era amable.

–Bien –mentí–. En serio. Ahora estoy perfectamente. –Tenía la esperanza de que estas palabras bastaran para convencerlo de que era verdad.

–Entonces ya hemos terminado. ¡Detective Gadsen!

El detective y la mujer del traje se acercaron, y el hombre, el detective Gadsen, dio las gracias al sanitario mientras se dirigía a la ambulancia. Había una pequeña cuadrilla inspeccionando el lugar, algunos llevaban uniforme y otros no, y acababa de llegar un camión con las palabras «MÉDICO FORENSE» escritas en la parte trasera. Notaba la lengua cubierta de una viscosa capa de miedo.

–Mara, ¿verdad? –me preguntó el detective Gadsen mientras su compañera sacaba su cuaderno de notas; asentí con la cabeza–. ¿Cómo te apellidas?

–Dyer –respondí. Su compañera lo apuntó. Su traje color canela tenía manchas de sudor bajo la zona de las axilas. El hombre también las tenía. Pero por primera vez desde que estaba en Miami, yo no tenía calor. Estaba temblando.

–¿Qué fue lo que te trajo aquí esta tarde, Mara? –preguntó.

–Eehh... –Tragué saliva–. Yo fui la persona que llamó para denunciar el estado del perro–. No tenía ningún sentido mentir sobre eso. Había dado mi nombre y mi número de teléfono al departamento de maltrato animal de la Policía.

No apartó los ojos de mi rostro, pero percibí un cambio en su expresión. Esperó a que continuase.

Carraspeé.

–Solo quería acercarme después de clase para comprobar si lo habían recogido.

Al oírlo, hizo un signo de asentimiento.

–¿Viste a alguien más cuando estuviste aquí esta mañana? –Negué con la cabeza–. ¿A qué colegio vas?

–A Croyden. –La detective también lo apuntó. Odié que lo hiciera.

Me hizo unas cuantas preguntas más, pero yo no podía evitar buscar a la perra con la vista todo el tiempo. Debieron de llevarse el cuerpo mientras me reconocían, porque ya no estaba allí. Se oyó el ruido de una puerta metálica al cerrarse de golpe y me sobresalté. No me había dado cuenta de que el detective Gadsen se había quedado en silencio. Estaba esperando a que yo dijese algo.

–Lo siento –dije mientras comenzaban a caer gotas gruesas sobre la chatarra metálica como si fuesen balas. Iba a caer otro chaparrón, y además enseguida–. No le he oído.

El detective Gadsen me miró escrutador.

–He dicho que mi compañera te acompañaría hasta el colegio. –Parecía que la detective quería pasar al interior de la casa.

–Estoy perfectamente –sonreí para demostrar lo perfectamente que estaba–. Queda aquí cerca. Pero

gracias de todos modos –dije.

–Me quedaría mucho más tranquilo si...

–Ya te ha dicho que está bien, Vince. ¿Puedes venir a ver esto?

El detective Gadsen me observó con atención.

–Gracias por dar parte.

Me encogí de hombros.

–Tenía que hacer algo.

–Por supuesto. Y si recuerdas algo más –añadió el detective mientras me entregaba su tarjeta–,

llámame a cualquier hora.

–Lo haré. Gracias.

Eché a andar, pero, en cuanto doblé la esquina, me apoyé en el fresco muro de estuco y me quedé escuchando.

Un par de pies crujieron al caminar sobre la gravilla, y pronto se oyeron otras pisadas. Los detectives hablaban entre ellos, y a continuación se les unió una tercera voz que yo no recordaba haber oído. Debía de haber alguien dentro de la casa desde antes de que yo llegase.

–Lo más probable es que haya muerto hace unas siete horas.

–¿Sobre las nueve de la mañana, entonces?

Las nueve. Solo unos minutos después de que yo me fuese. Era incapaz de tragar de lo seca que tenía la garganta.

–Eso es lo que yo deduzco. El calor y la lluvia no ayudan. Ya sabes lo que pasa.

–Ya sé lo que pasa.

Les oí hablar de temperatura, lividez, caídas y trayectorias sobre el torrente de sangre que latía en mis oídos. Cuando los pasos y las voces se dejaron de oír, me arriesgué a echar un vistazo al otro lado del muro.

Ya no estaban allí. ¿Quizá habían entrado en la casa? Y desde ese ángulo podía ver a la perra. Estaba atada con una cuerda larga a un neumático, en el otro extremo del patio, y su piel casi se confundía con el color suelo. La lluvia ya caía con fuerza, pero ni se inmutaba.

Corrí hacia ella sin pensármelo dos veces. Mi camiseta se empapó al instante. Fui esquivando porquería y piezas de coches, y avanzando con la mayor cautela posible, agradecida a la lluvia por enmascarar el sonido de mis pasos. Pero si había alguien atento en el interior de la casa, probablemente me oiría. Y desde luego me vería. Cuando llegué junto a la perra, los cielos se abrieron inmisericordes al tiempo que me arrodillaba y la desataba. Tiré de ella con suavidad.

–Ven –le susurré al oído.

La perra no se movió. Quizá ni podía hacerlo. Tenía el cuello húmedo e irritado por donde habían cortado el grueso collar y no quería hacerle daño. Pero entonces las voces comenzaron a elevarse, a medida que se aproximaban. No había tiempo.

Pasé un brazo por debajo de las costillas de la perra y la ayudé a levantarse. Estaba débil, pero se mantuvo en pie. Volví a susurrarle al oído y le di un empujoncito suave en un flanco para que se moviese. Dio un paso, pero ninguno más. Todas mis células zumbaban presas de pánico.

Así que la cogí en brazos. No pesaba tanto como debería, pero aun así pesaba. Avancé tambaleándome y a largas zancadas hasta que salimos del patio. Tenía el pelo empapado de lluvia y sudor que me chorreaban por la cara y el cuello. Cuando doblamos la esquina de la casa estaba jadeando.

Me temblaban las rodillas cuando la deposité de nuevo en el suelo.

No estaba segura de poder llevarla todo el camino hasta el coche de Daniel. ¿Qué podía hacer? No me había parado a pensarlo, pero ahora me veía superada por la envergadura del lío en el que me había metido. La perra necesitaba un veterinario. No llevaba dinero. Mis padres no eran demasiado amantes de los animales. Y yo había cometido un robo en el escenario de un crimen.

El escenario de un crimen. De nuevo apareció en mi mente la imagen de la cabeza despanzurrada del hombre, roja y brillante como una sandía, sobre el suelo. Desde luego, estaba muerto. Solo unas horas después de que yo hubiese deseado su muerte. Y de la misma manera que yo había imaginado.

Una coincidencia. Tenía que serlo.

Tenía que serlo.

La perra lloriqueó y me devolvió a la realidad de golpe. Me agaché para acariciarla e intenté que diese un paso, con cuidado de que la correa no le rozase el cuello. Tenía pinta de dolerle mucho.

Insistí para que avanzase y busqué mi móvil en el bolsillo. Tenía un nuevo mensaje de voz. De mi madre, desde su nueva consulta. No podía llamarla en aquel momento, tenía que llevar a la perra a una clínica. Llamaría al 411 para preguntar por algún veterinario cercano. Luego ya pensaría cómo iba a dar a mis padres la noticia –¡sorpresa! de que teníamos un perro. Tendrían que compadecerse de la chiflada de su hija y de su infortunada compañera. Estaba más que dispuesta a explotar la tragedia por un buen fin.

La lluvia cesó tan bruscamente como había empezado, y dio paso a una estela de tenue neblina. Y cuando doblamos la esquina previa al aparcamiento, reconocí el andar particular de un capullo particular que caminaba hacia nosotras. Se pasó los dedos por el pelo empapado como si fuesen rastrillos y rebuscó algo en el bolsillo de la camisa. Intenté esconderme detrás del primer coche que vi aparcado para zafarme de él, pero justo en ese mismo instante la perra ladró. Pillada.

–Mara –dijo al acercarse. Inclino la cabeza y el atisbo de una sonrisa hizo que se le marcaran unas arruguillas en los ojos.

–Noah –repliqué con el tono de voz más inexpresivo que fui capaz de poner. Seguí caminando.

–¿No me vas a presentar a tu amiguito? –Clavó su mirada clara en la perra. Su mandíbula se fue tensando a medida que fue captando los detalles (su piel ajada, la columna que se le marcaba en el lomo, las cicatrices...) y durante un segundo su expresión fue de rabia fría y silenciosa. Pero su gesto desapareció con la misma rapidez con que había aflorado.

Intenté parecer natural, como si saliese todas las tardes a dar un paseo bajo la lluvia acompañada de un animal escuálido.

–Tengo otras cosas que hacer, Noah. –Y ninguna de su incumbencia.

–¿Adónde vas?

Hubo algo en su tono de voz que no me gustó.

–Dios mío, Noah, eres como la peste.

–¿Una parábola épica magistralmente diseñada, poderosamente simple y con una repercusión moral atemporal? Caramba, muchas gracias. Es una de las cosas más bonitas que me han llamado en mi vida –dijo con cínica satisfacción.

–La enfermedad, Noah, no el libro.

–Pasaré por alto esa aclaración.

–¿Te importaría pasarla por alto mientras te apartas de mi camino? Tengo que buscar un veterinario.

–Miré a la perra; tenía la vista fija en Noah y movió el rabo débilmente cuando él se inclinó para acariciarla–. Para este perro que me he encontrado.

Mi corazón latió con fuerza cuando mi boca verbalizó la mentira.

Noah levantó una ceja, después miró el reloj.

–Hoy es tu día de suerte. Conozco a un veterinario que está a seis minutos de aquí.

Vacilé.

–¿En serio? –Qué casualidad.

–En serio. Ven. Yo te llevo.

Valoré la situación. La perra necesitaba ayuda, y con urgencia. Y la obtendría mucho, muchísimo antes si Noah conducía. Con mi sentido de la orientación podría terminar dando vueltas por South Miami hasta las cuatro de la madrugada.

Iría con Noah.

–Gracias –le dije, y acompañé mis palabras con una inclinación de cabeza.

Sonrió, y los tres nos encaminamos a su coche. Un Prius. Abrió la puerta trasera, tomó la correa y, a pesar de su pelaje ajado y de que estaba plagada de pulgas, cogió a la perra en brazos y la depositó en el asiento.

Si se meaba, me moría. Tenía que avisar.

–Noah –dije–, me la he encontrado hace un par de minutos. Es... está abandonada, y no sé nada de ella, ni si está adiestrada, ni ninguna otra cosa, y no quiero que te estro...

Noah puso su índice sobre mi labio superior y el pulgar bajo mi labio inferior para formar una pinza y ejerció una delicadísima presión, haciéndome callar. Noté una sensación de mareo y como si mis párpados aleteasen mientras estaban cerrados. Qué vergüenza. Casi me daban ganas de suicidarme.

–Cállate –dijo con suavidad–. No importa. Vamos a que le echen un vistazo, ¿vale?

Asentí dócilmente y en silencio mientras mi pulso galopaba desbocado en mis venas. Noah rodeó el coche para abrir la puerta del acompañante y dejarme entrar. Subí al coche.

Me acomodé en el asiento, plenamente consciente de lo cerca que estábamos uno del otro. Noah rebuscó en su bolsillo y sacó un paquete de tabaco, y después un mechero. Hablé antes de que me diera tiempo a pensarlo.

–¿Fumas?

Una sonrisa pícaro brilló como un destello.

–¿Quieres uno? –preguntó. Cada vez que arqueaba las cejas de ese modo se le marcaban las arrugas de la frente de una manera que resultaba de lo más atractiva.

Desde luego, algo me estaba pasando. Lo achaqué a mi salud mental, cada vez más deteriorada, y evité mirarlo a los ojos.

–No, no quiero. El tabaco es apestoso.

Noah volvió a guardar el paquete en el bolsillo de su camisa.

–No fumo si te molesta –dijo, pero su manera de decirlo me sacó de quicio.

–No es que me moleste a mí –repliqué–. Si a ti no te importa aparentar cuarenta años cuando tengas veinte, oler a cenicero ni tener cáncer de pulmón, ¿por qué me iba a importar a mí?

Las palabras salieron de mi boca como un torrente. Una impertinencia, pero no pude evitarlo. Me sentí un poco mal y volví los ojos hacia él para comprobar si le había molestado.

Por supuesto que no. Parecía divertido.

–Me hace muchísima gracia que cada vez que enciendo un cigarro, los americanos me miren como si me fuese a mear encima de sus hijos. Y gracias por tu preocupación; pero no he estado enfermo ni un solo día en toda mi vida.

–Pues mejor para ti.

–Sí, desde luego. Bueno, ¿te importa que lleve a este perro famélico que tengo en el asiento de atrás al veterinario?

Y dejé de sentirme mal. Una oleada de calor se extendió desde mis mejillas hasta los hombros.

–Perdona, ¿te resulta difícil conducir y hablar a la vez? No hay problema, ya me callo.

Noah abrió la boca como si fuese a decir algo, luego la volvió a cerrar e hizo un gesto con la cabeza. Salió del aparcamiento y permanecimos en un incómodo silencio durante nueve minutos, gracias a un atasco.

Cuando llegamos a la consulta del veterinario, Noah salió del coche y se dirigió a la puerta del acompañante. La abrí de golpe por si acaso tenía pensado abrírmela él. No alteró su paso resuelto; por el contrario, abrió la puerta trasera y sacó a la perra en brazos. Afortunadamente, el tapizado estaba libre de fluidos caninos. En lugar de dejarla en el suelo, Noah la cargó hasta la entrada del edificio. Ella se acurrucó contra su pecho. Traidora.

Según nos acercábamos a la puerta, me preguntó cómo se llamaba. Y me encogí de hombros.

–No tengo ni idea. Ya te lo dije, me la encontré hace diez minutos.

–Sí –respondió Noah, y ladeó la cabeza–, me lo dijiste. Pero van a necesitar un nombre para hacerle la ficha.

–Bueno, pues escoge tú uno.

Me moví nerviosa haciendo bascular el peso de mi cuerpo de un pie al otro, cada vez más nerviosa.

No tenía ni idea de cómo iba a pagar la consulta del veterinario, ni de qué iba a decir cuando nos atendiesen.

–Mmmm... –murmuró Noah; miró a la perra con expresión seria–. ¿Cómo te llamas?

Eché la cabeza hacia atrás, desesperada. Lo único que quería era que aquello acabara cuanto antes.

Noah no me hizo el menor caso y se tomó su tiempo. Después de lo que me pareció una eternidad, sonrió.

–*Mabel*. Te llamas *Mabel* –le dijo a la perra. Ella ni siquiera lo miró; seguía cómodamente acurrucada en sus brazos.

–¿Podemos entrar ya? –pregunté.

–Eres un caso –afirmó–. Y ahora, por favor, pórtate como un caballero y ábreme la puerta. Tengo las manos ocupadas.

Obedecí sin alterar mi gesto de enfado.

Cuando entramos, la recepcionista abrió unos ojos como platos al ver el estado en que se hallaba la perra. Salió a buscar al veterinario de inmediato, y mi mente se puso a funcionar a toda máquina, intentando idear algo que decir, y arreglármelas para que me dieran el tratamiento sin tener que pagarlo. Una voz alegre procedente del otro extremo de la gran sala de espera interrumpió mis pensamientos.

–¡Noah! –Una mujer menudita salió de una de las salas de consulta. Tenía un rostro agradable, iluminado por la sorpresa–. ¿Qué estás haciendo aquí? –preguntó con una sonrisa al tiempo que él se inclinaba y la saludaba con dos besos en las mejillas. Curioso.

–Hola, mamá –dijo Noah–. Esta es *Mabel* –señaló a la perra que aún llevaba en brazos con la cabeza–. Mi compañera Mara se la encontró cerca del colegio.

Me costó un serio ejercicio de voluntad hacer un gesto con la cabeza. La sonrisa de Noah revelaba que era perfectamente consciente de mi desconcierto y que se estaba divirtiendo.

–Me la llevo para pesarla. –Le hizo una señal a una auxiliar, que cogió a la perra de los brazos de Noah con delicadeza. Noah y yo nos quedamos en la sala de espera. Solos.

–Bueno –comencé a decir–. ¿Y no se te ocurrió decirme que el veterinario era tu madre?

–No me lo preguntaste –contestó. Y tenía razón, desde luego. Pero aun así.

Cuando su madre volvió, nos explicó los distintos tratamientos que le iban a aplicar y que incluían dejar a la perra en observación el fin de semana. Di gracias a Dios en silencio. Eso me daría algún tiempo para pensar qué iba a hacer con ella.

Cuando terminó de desgranar la lista de dolencias de *Mabel*, la madre de Noah me miró expectante. Supuse que no podía seguir posponiendo la cuestión del pago de la factura.

–Eeeh... doctora Shaw. –Me horrorizó el tono de mi propia voz–. Lo siento, no... no llevo dinero encima, pero si la recepcionista hace un cálculo aproximado, puedo ir al banco y...

La doctora Shaw me interrumpió con una sonrisa.

–No es necesario, Mara. Gracias por... ¿recogerla, habéis dicho?

Tragué saliva y mi mirada se posó momentáneamente en mis zapatos antes de enfrentarme a la suya.

–Sí, la encontré.

Parecía algo escéptica, pero sonrió.

–Gracias por traerla. No habría durado mucho.

Si ella supiera... La imagen del gañán tendido sobre el suelo oscurecido por la sangre apareció de

nuevo en mi mente como un fogonazo e intenté que no se reflejase en mi rostro. Dílas más efusivas gracias a la madre de Noah y a continuación él y yo nos dirigimos al coche. La zancada de Noah era tan larga como dos de las mías y llegó antes que yo, así que me abrió la puerta del acompañante.

–Gracias –dije antes de alzar la vista y encontrarme con su expresión petulante y autosuficiente–. Por todo.

–De nada –dijo con voz engolada y un odioso tono triunfal; tal como me lo imaginaba–. Bueno, ¿y ahora me vas a contar la verdad de cómo encontraste a la perra?

Aparté la vista.

–¿De qué estás hablando? –Confiaba en que no se diese cuenta de que no era capaz de mirarlo a los ojos.

–Cuando te vi llevabas a *Mabel* sujeta con una correa corredera. Por las heridas que tiene en el cuello, es imposible que la hubiese usado. ¿De dónde la sacaste?

Al verme atrapada, hice lo que haría cualquier mentiroso que se precie. Cambié de tema. Me fijé en su ropa.

–¿Por qué siempre parece que te acabas de caer de la cama?

–Porque normalmente eso es lo que pasa. –El modo en que arqueó las cejas hizo que me sonrojase.

–Qué estilo.

Noah apoyó la espalda en el respaldo del asiento y se echó a reír. Hizo un ruido escandaloso.

Me encantó esa reacción, y al instante comencé a flagelarme mentalmente por haberlo pensado. Pero se le marcaban las arruguitas junto a los ojos y su sonrisa iluminaba todo su rostro. La luz cambió, y Noah, que aún seguía riéndose, soltó el volante, se llevó una mano al bolsillo y sacó el paquete de tabaco. Condujo con la rodilla mientras cogía un cigarrillo, abrió un pequeño encendedor de plata y lo encendía con un movimiento ágil.

Intenté hacer caso omiso del modo en que curvó los labios en torno al cigarrillo, cómo lo sujetó entre el pulgar y el dedo corazón y se lo llevó a la boca con gesto casi reverente.

Esa boca. Fumar era un mal hábito, sí. Pero estaba tan guapo cuando fumaba...

–Odio los silencios incómodos –dijo Noah, y con ello interrumpió mis nada limpios pensamientos; inclinó ligeramente la cabeza hacia atrás y unos mechones de su pelo rebelde y ondulado resplandecieron bajo un rayo de sol que se filtraba por la ventanilla del coche–. Me ponen nervioso –añadió.

Ese comentario provocó que pusiera los ojos en blanco con gesto de incredulidad.

–Me cuesta trabajo creer que haya algo que te pueda poner nervioso.

Y lo dije de corazón. Era imposible imaginar que Noah no se sintiese cómodo en cualquier situación. Y no solo cómodo: aburrido. Aburrido, guapísimo, arrogante, apuesto. Y yo estaba sentada a su lado. Muy cerca. Mi pulso se aceleró y se puso al mismo ritmo que mis pensamientos. Estaba tramando alguna fechoría, seguro.

–Es cierto –continuó–. Yo también pierdo los papeles cuando la gente se me queda mirando.

–Menuda chorrada –dije mientras los sonidos de Miami se colaban por la ventanilla.

–¿Cómo? –Noah me miró, la viva imagen de la inocencia.

–No eres tímido.

–¿No?

–No –dije entornando los ojos–. Y aparentar que lo eres te hace parece un idiota.

Noah fingió haberse ofendido.

–Me has herido en lo más hondo con tu grosera descripción.

–Pásame los pañuelos de papel.

Noah dibujó una amplia sonrisa mientras los coches que teníamos delante avanzaban a trompicones.

–Vale. Quizá «tímido» no sea la palabra más apropiada –dijo–. Pero sí me siento... inquieto... cuando hay demasiada gente alrededor. No me gusta ser el centro de atención. –Me observó detenidamente–. Un vestigio de mi oscuro y misterioso pasado.

Me costó trabajo no echarme a reír.

–En serio.

Dio otra larga calada al cigarrillo.

–No. Pero es que fui un niño un poco raro. Recuerdo que, cuando teníamos unos doce o trece años, todos mis amigos tenían sus novietas. Y yo me iba a la cama sintiéndome un perdedor y deseando hacerme mayor y presentable algún día.

–¿Presentable?

–Sí. Presentable. Atractivo. Y así fue.

–¿Así fue qué?

–Una mañana me desperté, fui al colegio, y las chicas se fijaron en mí. Algo bastante inquietante, la verdad.

Su sinceridad me pilló con la guardia baja. Procuré que no se me notara.

–Pobre Noah –dije con un suspiro.

Noah sonrió satisfecho y mantuvo la vista al frente.

–Al final me di cuenta de cómo podía aprovecharlo, pero no hasta que nos vinimos a vivir aquí. Por desgracia.

–Estoy segura de que te las arreglaste perfectamente.

Se giró hacia mí y alzó una ceja.

–Aquí las chicas son muy aburridas.

Y volvió a aparecer la arrogancia.

–Los americanos somos muy paletos.

–Los americanos no. Solo las chicas. Aquí en Croyden.

Me di cuenta de que habíamos llegado al aparcamiento. Y de que habíamos aparcado. ¿Cómo había sucedido?

–Bueno, la mayoría –concluyó Noah.

–Pues parece que te las apañas bastante bien.

–Sí, pero esta semana las cosas van especialmente bien.

Qué horror. Moví la cabeza despacio, sin molestarme en ocultar mi sonrisa.

–Tú no eres como las demás chicas.

Di un respingo acompañado de risa.

–¿En serio?

Y Jamie decía que era delicado.

–En serio –contestó sin darse cuenta de mi sarcasmo. O sin hacerle caso. Noah dio una última calada a lo poco que le quedaba del cigarrillo, expulsó el humo por las fosas nasales, ahora dilatadas, y tiró por la ventanilla los restos de aquel bastoncillo cancerígeno.

Me quedé boquiabierta.

–¿Eso que acabo de ver eras tú tirando basura?

–Conduzco un coche híbrido. Una cosa compensa la otra.

–Eres horrible –dije sin convicción.

–Lo sé –dijo Noah, con ella.

Puso una sonrisa traviesa, luego se giró hacia mi asiento para abrirme la puerta, rozando mi brazo con el suyo al inclinarse sobre mi cuerpo. Abrió la puerta, pero no se movió. Su cara estaba a pocos centímetros de la mía, y vi tonos dorados en su sempiterno atisbo de barbita. Olía a sándalo y a océano, y ligeramente a tabaco. Apenas era capaz de respirar.

Cuando sonó mi móvil, pegué tal bote que me di con la cabeza en el techo del coche.

–¿Qué co...?

El teléfono siguió sonando, desconocedor del daño que me había hecho. La melodía de «Dear mama», de Tupac, que Joseph había asignado al tono de llamada, delataba a la culpable.

–Lo siento, tengo que...

–Espera –comenzó a decir Noah. Mi corazón latía a un ritmo frenético, y solo en parte debido a la sorpresa. Los labios de Noah estaban a solo unos centímetros de mi cara, mi teléfono protestaba en mi mano y yo estaba metida en un buen lío.

Hice acopio de toda la voluntad de que fui capaz y salí del coche. Le dije adiós con la mano sin mucho entusiasmo mientras cerraba la puerta. Contesté al teléfono.

–¿Sí?

–¡Mara! ¿Dónde estás? –La voz de mi madre sonaba histérica.

Giré la llave de contacto del coche de Daniel y eché una mirada rápida al reloj. Era tardísimo. Fatal.

–Ya estoy yendo a casa. –Hice chirriar los neumáticos al dar marcha atrás, y estuve a punto de chocar contra el coche que estaba aparcado detrás.

–¿Dónde has estado? –preguntó mi madre.

Estaba contando cada nanosegundo que yo tardaba en contestar, así que le dije la verdad.

–Me encontré cerca del colegio una perra famélica que estaba en muy malas condiciones, así que tuve que llevarla al veterinario.

Hala, ya estaba.

Se produjo un silencio al otro lado de la línea, hasta que por fin preguntó:

–¿Y ahora dónde está?

Algún imbécil que iba detrás de mí tocó el claxon cuando estaba girando para entrar en la autovía.

–¿Dónde está el qué?

–La perra, Mara.

–Sigue en la clínica.

–¿Y con qué has pagado?

–No he pagado nada; me vio un compañero de clase y me llevó a la clínica donde trabaja su madre, que es veterinaria, y nos atendió gratis.

–Ah, muy oportuno. –Ahí estaba de nuevo; ese tono de voz. Lo conocía perfectamente, y a fondo. No respondí. Ya hablaremos cuando llegues –dijo mi madre. Muy cortante.

No es que me muriera de ganas de llegar, pero en cuanto tuve ocasión pisé el acelerador a tope. Me arriesgué a que me parase la poli, y pasé de ciento cuarenta cuando pude. Cambiaba de un carril a otro a cada momento. No hice caso de las bocinas furiosas. Miami me estaba contagiando.

Poco después estaba enfilando el camino de entrada a casa. Entré sigilosamente, como un criminal, con la esperanza de escabullirme y meterme en mi cuarto sin que me vieran, pero mi madre estaba estratégicamente apostada en el brazo del sofá en la sala, que estaba a un nivel algo más bajo. Estaba esperándome. Ninguno de mis hermanos se encontraba a la vista ni se les oía. Qué desgraciados.

–Tenemos que hablar. –Su expresión era artificialmente tranquila. Me preparé para el ataque que se me venía encima.

–Tienes que contestar al teléfono cuando te llame. Siempre.

–La primera vez no me di cuenta de que eras tú. No reconocí el número.

–Es el número de mi consulta, Mara. Te dije que lo guardaras en la memoria del móvil en cuanto nos vinimos a vivir aquí, y además te dejé un mensaje de voz.

–No tuve tiempo de escucharlo. Lo siento.

Mi madre se inclinó hacia delante y sus ojos escudriñaron mi rostro.

–¿De verdad existe la perra?

Le devolví la mirada sin pestañear, desafiante.

–Sí.

–Entonces, si llamo a la clínica veterinaria mañana por la mañana y les pregunto, ¿me lo confirmarán?

–¿No te fías de mí?

Mi madre no contestó. Se quedó allí sentada, con las cejas arqueadas y esperando que dijera algo.

Apreté los dientes, y luego hablé.

–La veterinaria se llama doctora Shaw, y la clínica está en Miami Beach, cerca del colegio –le dije–.

No me acuerdo del nombre de la calle.

Su expresión no cambió.

Yo ya estaba harta.

–Me voy a mi habitación –dije. Cuando le volví la espalda, dejó que me fuese.

Cerré la puerta algo demasiado fuerte. Encerrada en mi cuarto, no podía postergar más ponerme a pensar en todo lo que había ocurrido ese día. Noah. *Mabel*. El dueño. Su muerte.

Algo estaba cambiando. Tenía la frente cubierta de gotitas de sudor, aunque sabía que era imposible. Era imposible. Yo estaba en clase a las nueve de la mañana cuando murió el gañán. Tenía que haber muerto antes. El forense estaba equivocado. Aunque no fuese más que una suposición, como él mismo había dicho.

Exactamente, eso había sido. Me había imaginado mi conversación con él. Me había parecido que se había acercado demasiado sigilosamente, pero jamás se me acercó. Ya estaba muerto. Todo el episodio no había sido más que otra alucinación; como era de esperar, por otra parte, teniendo en cuenta mi trastorno de estrés postraumático.

Pero aun así. Lo de hoy era... distinto. La confirmación de que estaba más loca de lo que yo pensaba que podía llegar a estar. Mi madre trabajaba con los que solo tenían un ligero trastorno. El mío era un trastorno delirante. Anormal. Psicótico.

Cuando aquella noche me senté a cenar con mi familia, me sentí extraña y preocupantemente tranquila mientras comía, como si lo estuviese presenciando todo a distancia. Hasta logré ser amable con mi madre. En cierto modo, lo de estar convencida de mi enajenación era tranquilizador, pero de una extraña manera. El capullo aquel había muerto antes de que nos encontrásemos esa mañana. No, un momento... jamás llegamos a encontrarnos. Me inventé que habíamos mantenido una conversación para adquirir cierto dominio sobre una situación ante la cual me veía impotente; eran las típicas palabras de mi madre; pero más o menos tenían sentido. Cuando salí del hospital, dijo, me veía impotente para volver a traer a Rachel a mi lado. Justo antes de mencionar –de meter a la fuerza en la conversación– la idea de acudir a terapia o tomar una medicación que me ayudaran a sobrellevarlo. Y por supuesto ahora me sentía impotente para irme de Florida y volver a mi casa. Pero una perra famélica, desatendida y desamparada era algo que sí podía solucionar.

Así que era eso. Estaba loca con toda seguridad. Pero entonces, ¿por qué me parecía que había algo más? ¿Me había perdido algo?

La risa de mi madre durante la cena me devolvió al mundo real. Su cara entera se iluminaba cuando sonreía, y me sentí culpable por haberla puesto tan nerviosa.

Decidí no contarle nada sobre mi pequeña aventura de aquella mañana; si me prestaba más atención, terminaría por convertirse en el ojo rojo de Sauron. Y seguiría adelante con su amenaza de terapia o

medicación. Ninguna de las dos opciones sonaba particularmente atractiva y, la verdad, ahora que ya sabía lo que me ocurría, me sentía capaz de lidiar con ello yo sola.

Hasta que me quedé dormida.

Metimos el coche por un largo camino de entrada que se extendía tras una verja de hierro oxidado. Gruesas ramas de árboles sin hojas se arqueaban sobre el coche y arañaban el techo. Las únicas luces en la carretera silenciosa eran los faros. A pesar de la calefacción, yo estaba temblando.

Jude me rodeó con su brazo y puso música de Death Cab. Miré por la ventanilla. Los faros del coche iluminaron un coche parado con el motor en marcha, que se encontraba a poco más de cinco metros y que inmediatamente reconocí como el de Claire. El cristal estaba empañado y apagó el motor en cuanto aparcamos. Alargué la mano hacia la puerta y Jude hizo lo propio con mi cintura. Apreté los dientes. Ya me encontraba al límite, y no tenía ganas de volver a rechazarlo otra vez aquella noche.

Me escabullí con un giro.

–Nos están esperando.

No quería dejarme salir.

–¿Seguro que estás preparada? –Parecía escéptico.

–Pues claro –mentí. Sonreí para dar más énfasis a mis palabras.

–Porque si quieres podemos dar la vuelta y marcharnos.

No puedo negar que su sugerencia me pareció tentadora. Con un frío tan espantoso, las mantas calentitas normalmente le ganan la partida a las excursiones a medianoche.

Pero aquella noche era diferente. Rachel llevaba un año suplicándome que lo hiciésemos. Y ahora que se había ganado a Claire para su causa, mi neurosis podía hacerme perder a mi mejor amiga.

Así que en lugar de decir que sí, un sí rotundo, alcé los ojos al cielo con gesto de fastidio.

–Te dije que iba a ir. Y voy a ir.

–O también podemos quedarnos aquí. –Jude intentó atraerme hacia él, pero giré la cabeza y se encontró con mi mejilla.

–¿Es que quieres irte tú? –pregunté, a pesar de que sabía la respuesta.

Jude se apartó, ofendido.

–Yo ya he hecho esto antes. No es más que un viejo edificio. Tampoco es para tanto.

Salió del coche y lo seguí. Después no iba a haber quien lo aguantase, pero merecía la pena. Solo llevábamos saliendo dos meses, y lo cierto es que durante el primero me gustaba de verdad. ¿Y a quién no? Era la viva imagen del típico chico sano americano. Pelo rubio oscuro y ojos verdes, como Claire. Hombros anchos, de defensa del equipo de fútbol. Y era tan dulce... Dulce como la miel. El primer mes.

¿Y últimamente? No tanto.

La puerta del acompañante del coche de Claire se cerró de un golpe y Rachel corrió a saludarme con su melena oscura al viento.

–¡Mara! Qué alegría que hayas venido. Claire creyó que te ibas a rajarse en el último momento. –Me abrazó.

Eché una mirada a Claire, que aún estaba encogida junto al coche para protegerse del frío. Entornó los ojos ligeramente como respuesta. Tenía cara de decepción y de pocos amigos, probablemente porque tenía la esperanza de que al final yo no apareciese.

Erguí la cabeza.

–¿Y perderme la oportunidad de pasar la noche en este prestigioso hospital psiquiátrico? Ni loca. –

Puse el brazo sobre el hombro de Rachel y le sonreí. Luego miré a Claire provocadora.

–¿Por qué habéis tardado tanto? –preguntó Claire.

Jude se encogió de hombros.

–Mara se quedó dormida.

Claire esbozó una sonrisa gélida.

–¿Por qué será que no me sorprende?

Abrí la boca para decir algo desagradable, pero Rachel me agarró la mano, que se me había quedado congelada en los escasos minutos que llevaba fuera del coche, y se me adelantó.

–Qué más da, el caso es que ya está aquí. Lo vamos a pasar genial, te lo prometo.

Alcé la vista hacia el majestuoso edificio gótico que se erguía ante nosotros. Genial. Sí, seguro.

Jude se echó aliento en las manos y se puso los guantes. Me armé de valor para afrontar el rollo de noche que nos esperaba. Podía hacerlo. Quería hacerlo. Claire se había burlado de mí por montar el numerito en el cumpleaños de Rachel, pero no le iba a dar más motivos. Ya estaba harta de oír hablar del incidente de la güija. Después de aquella noche, ya no tendría que volver a escuchar nada más.

Mientras contemplaba el edificio, el miedo comenzó a correr a raudales por mis venas. Rachel sacó la cámara del bolsillo y abrió el obturador; luego cogió mi mano derecha mientras Jude se colocaba al otro lado para asirme la izquierda. Sin embargo, ni la compañía ni el contacto físico consiguieron que lo que estábamos a punto de hacer me pareciese menos terrorífico. Pero ni en sueños iba a perder los papeles delante de Claire.

Claire sacó su cámara de vídeo de la mochila y se la colgó al hombro. Comenzó a andar hacia el edificio y Rachel la siguió sin soltarme la mano. Llegamos hasta una verja destartada con varios carteles de «PROHIBIDO EL PASO» clavados a lo largo de toda la superficie de la deteriorada madera, y miré instintivamente a la siniestra institución que se alzaba ante mí y se cernía sobre nosotros como salida de un relato de Edgar Allan Poe. La arquitectura del Hospital Estatal para Enfermos Mentales Tamerlane era imponente, y resultaba aún más lóbrega por la hiedra que trepaba serpenteante por la escalera de entrada y las enormes paredes de ladrillo. Las fachadas con sus ventanas de piedra estaban casi comenzando a desmoronarse por efecto del deterioro.

El plan era pasar la noche en el edificio abandonado y volver a casa al amanecer. Rachel y Claire querían explorarlo a fondo e intentar encontrar el ala de los niños y las salas donde se administraba terapia de choque. Según los cánones de la literatura de terror, aseguraba Rachel, esas serían las habitaciones que con más probabilidad contarían con alguna presencia paranormal, y ella y Claire tenían la intención de documentar nuestra aventura para la posteridad. Apasionante.

Jude comenzó a andar a paso lento y se situó a mi lado, y lo cierto es que agradecí su presencia mientras Claire y Rachel trepaban por la verja de madera carcomida para saltar al otro lado. Luego me tocó a mí. Jude me aupó, pero yo vacilé mientras me aferraba a la frágil madera. Tras unas palabras de ánimo, finalmente logré encaramarme con su ayuda. Caí de pie sobre un crujiente montón de hojas secas.

La manera más fácil de acceder al edificio era por el sótano.

Sabía que Rachel quería ir al psiquiátrico. Pero no recordé por qué había accedido a ir yo también hasta la noche siguiente a la muerte del pedazo de mierda del dueño de *Mabel*.

El sábado intenté prepararme para soñar más, recordar más... visualizar su muerte. Me metí temblando entre las sábanas y me debatí entre querer o no querer verla de nuevo. Y la vi, pero se repitió el mismo sueño. Y tampoco hubo nada nuevo el domingo por la noche.

El hecho de recordar era un buen síntoma. Se estaba produciendo con lentitud, pero al menos se estaba produciendo. Y sin psicólogos ni fármacos psicotrópicos que alterasen la mente. Estaba claro que la mía ya estaba suficientemente alterada.

Casi me alegré de haber encontrado a *Mabel* y así tener algo por lo que preocuparme y poder abstraerme durante el fin de semana; aunque no tuve valor para intentar averiguar el número de teléfono de Noah. El lunes pensaba preguntarle en clase de inglés cómo se encontraba la perra; pero cuando llegué él no estaba.

En vez de escuchar, mi mente y mi lápiz vagaron sin rumbo y a la deriva por el cuaderno mientras la señorita Leib recogía nuestros trabajos y nos explicaba la diferencia entre los héroes y antihéroes de las tragedias. Cada vez que un alumno entraba o salía del aula volvía la vista hacia la puerta con la esperanza de que Noah llegase antes de que sonara el timbre. Pero no llegó.

Cuando acabó la clase, miré mi dibujo antes de cerrar el libro y meterlo en mi bolsa.

Los ojos color gris antracita de Noah me miraban entornados desde el papel, con la cabeza inclinada hacia atrás y las arruguitas del contorno de sus ojos marcadas por la risa. Se rozaba el labio superior con el pulgar, con la mano ni abierta ni cerrada junto a su boca, que dibujaba una sonrisa radiante. Se reía con una expresión casi tímida. La piel clara de su frente aparecía suave, relajada y risueña.

Se me hizo un nudo en el estómago. Pasé a la hoja anterior y me di cuenta horrorizada de que había trazado a la perfección el perfil elegante de Noah, desde sus mejillas hasta la leve prominencia de su nariz clásica. Y en la página anterior a aquella, sus ojos me devolvieron la mirada, distante e inaccesible.

Me dio miedo seguir mirando hojas. Necesitaba ayuda con urgencia.

Metí el cuaderno en la bolsa de cualquier manera y eché una mirada furtiva con la esperanza de que nadie me hubiese visto. Estaba a medio camino hacia la clase de álgebra cuando noté un ligero golpecito en la espalda. Pero cuando me giré, no había nadie detrás de mí. Moví la cabeza. De pronto me sentí extraña, como si estuviese flotando y formara parte del sueño de otra persona.

Cuando llegué al aula del señor Walsh solo oí risas a mi alrededor. Algunos chicos silbaron cuando entré. ¿Quizá porque por fin llevaba el uniforme del colegio? No lo sabía. Algo estaba pasando, pero no entendía qué. Me temblaban las manos, así que cerré los puños cuando me senté en el pupitre que había junto al que ocupaba Jamie. Fue entonces cuando noté el crujido de un papel que se arrugaba detrás de mí. El crujido de un papel que llevaba pegado a la espalda.

O sea, que era verdad que alguien me había tocado la espalda. Al menos, aquello no había sido una alucinación. Alargué la mano y despegué el papel, en el que se leía la palabra «PUTÓN» escrita en una hoja arrancada de un cuaderno. Entonces las risitas discretas estallaron y se convirtieron en carcajadas. Jamie alzó la vista, desconcertado, y yo me puse colorada como un tomate al tiempo que arrugaba la hoja. Anna se reía como una loca con la cabeza echada hacia atrás.

Sin pensar en lo que hacía, abrí el puño y coloqué la bola de papel arrugado sobre la palma de la mano.

Y luego se la tiré a la cara.

–Ingeniosa –dije al mismo tiempo que la bola daba en el blanco.

Las mejillas bronceadas de Anna enrojecieron en un primer momento, y luego se le marcó una vena en la frente. Abrió la boca para insultarme, pero el señor Walsh la cortó antes de que le diese tiempo. Punto para mí.

Jamie sonrió y me dio unas palmaditas en el hombro en cuanto terminó la clase.

–Buena jugada, Mara.

–Gracias.

Aiden empujó a Jamie cuando se dirigía a la puerta, lo que causó que se golpeará el hombro contra el marco. Se volvió hacia él antes de salir del aula.

–¿Es que no tienes un jardín que cuidar?

Jamie lo siguió con la vista y se frotó el hombro.

–Necesita que alguien le clave un puñal en el ojo –murmuró cuando Aiden ya se había ido–. Bueno. Gilipollas aparte, ¿qué tal te ha ido en tu primera semana?

Ah, pues lo normal. Vi un tío muerto. Se me estaba yendo la cabeza. Nada nuevo.

–No mal del todo.

Jamie hizo un gesto de asentimiento.

–Un gran cambio respecto a tu antiguo colegio, ¿no?

Cuando me preguntó aquello, la silueta inmóvil de Rachel se materializó en mi mente.

–¿Tanto se me nota?

–Llevas la impronta de la escuela pública escrita de arriba abajo.

–Vaya, muchas gracias.

–Eh, que es un piropo. Me he pasado la mayor parte de mi vida sentado en clase con estos mamones. No es una cosa de la que uno pueda sentirse orgulloso. Créeme.

–¿Te refieres a ir a un colegio privado o a ir a Croyden? –le pregunté mientras nos dirigíamos a las taquillas.

–Por lo que me han contado mis amigos que van a otros centros, creo que este nivel de gilipollez es específico de Croyden. Fíjate en Anna, por ejemplo. Tiene un coeficiente intelectual solo ligeramente superior al de un cadáver y sin embargo contamina la clase de álgebra II con su estupidez.

Decidí no comentar que seguramente yo había tenido los mismos problemas que ella con los deberes.

–La cantidad de dinero que tus padres donan es directamente proporcional a la lata que te dejan dar sin que te pase nada –dijo Jamie mientras dejaba los libros y sacaba los de la clase siguiente. Cuando una sombra se interpuso entre nosotros y la luz del sol de mediodía que entraba por la ventana, alcé la vista.

Era Noah. Como siempre, llevaba desabrochado el primer botón de la camisa, las mangas remangadas, y ese día llevaba una estrechísima corbata de punto aflojada en torno al cuello. Me fijé inmediatamente en el cordón negro que llevaba colgado y que se veía bajo el cuello abierto de la camisa. Le quedaba bien. Le quedaba genial, a pesar de las sombras que oscurecían su piel justo debajo de los ojos. Vi que tenía el pelo en su habitual estado caótico cuando se pasó la mano por el mentón. Cuando me pilló mirándolo, me puse colorada. Él puso sonrisa de suficiencia. Luego se alejó sin decir una palabra.

–Así es como empieza –suspiró Jamie.

–Cállate. –Me giré para que no notase el tono más intenso de rojo que estaba adquiriendo.

–Si no fuese tan cretino, aplaudiría –dijo Jamie–. Se podría encender un fuego con las chispas que saltan entre vosotros dos.

–Estás confundiendo la animosidad amarga con el aprecio sincero –le dije; pero cuando pensé en la semana anterior y en cómo se había portado Noah con *Mabel*, no me sentí nada segura de tener razón.

Jamie respondió con un triste movimiento de cabeza.

–Solo es cuestión de tiempo.

Le lancé una mirada asesina.

–¿El qué?

–Que emprendas el paseo de la vergüenza al salir de su antro de perdición.

–Gracias por tener esa opinión de mí.

–No es culpa tuya, Mara. Las chicas no pueden evitar volverse locas por Shaw, especialmente en un caso como el tuyo.

–¿Un caso como el mío?

–Está claro que Noah está colado por ti –dijo Jamie con un tono que rezumaba sarcasmo. Cerró su taquilla con llave y yo volví la espalda para irme. Jamie me siguió–. Y a nadie le amarga un dulce.

Lo miré por encima del hombro con una sonrisa de suficiencia.

–En cualquier caso, ¿qué pasa con él, exactamente?

–¿Además de que por prestarte atención ha provocado que Anna esté dispuesta a lanzarte toda su artillería pesada, quieres decir?

–Además de eso.

Escogió sus palabras con cuidado mientras caminábamos hacia las mesas de picnic, atajando entre los parterres de flores y haciendo crujir la tierra bajo nuestros pies.

–Noah no es de los que sale con una chica. Lo que hará será joderte, tanto en sentido literal como figurado. Todo el mundo lo sabe (sus conquistas lo saben), pero fingen que no les importa hasta que se acerca a la siguiente. Y entonces se quedan solas y con la reputación por los suelos. Anna es el mejor ejemplo; pero no es más que una de tantas. Me contaron que una chica de segundo de bachillerato de Walden intentó suicidarse después de que... Bueno, después de que él consiguiera lo que quería y se quedara a gusto, nunca mejor dicho, y no la volviera a llamar.

–Bueno, parece una reacción un poco exagerada por parte de ella.

–Quizá, pero no me gustaría que te pasara a ti –dijo Jamie; yo fruncí el ceño–. Ya tienes bastante con lo que tienes –añadió con una sonrisa de oreja a oreja.

Se la devolví.

–Qué magnánimo.

–De nada. Date por advertida. Que te vaya muy bien.

Cambié de hombro la cartera de los libros.

–Gracias por decírmelo –le dije a Jamie–. No me interesa nada, pero está bien saberlo.

Jamie movió la cabeza.

–Ajá. Cuando todo haya terminado y estés con el corazón roto y escuchando música triste de esa con la que te dan ganas de suicidarte, recuerda que te lo dije.

Se fue y me dejó a la puerta de la clase de historia. Palabras sabias, pero que olvidé al momento ante la perspectiva de la siguiente clase.

A la hora de comer volví a intentar sacar alguna chorrada de la máquina expendedora. Estaba revolviendo en mi bolsa buscando cambio, cuando oí unos pasos que se acercaban. Por alguna extraña razón no quise girarme para ver quién era.

Noah se puso a mi lado y me rozó el hombro cuando echó un dólar en la máquina. Me hice a un lado para quitarme de en medio.

–¿Qué saco? –preguntó.

–¿Qué quieres?

Me miró e inclinó la cabeza, y una de las comisuras de sus labios esbozó una sonrisa.

–Esa pregunta es un poco complicada.

–Galletas de animales, entonces.

Me dio la impresión de que se quedaba un poco sorprendido, pero en cualquier caso apretó la tecla E4 y la máquina obedeció. Me dio el paquete de galletas. Yo se lo devolví, pero puso las manos detrás de la espalda.

–Quédate con ellas –me dijo.

–Puedo comprármelas yo misma, gracias.

–No me importa –respondió.

–Qué sorpresa –dije—. Por cierto, ¿cómo está *Mabel*? Quería preguntarte esta mañana, pero no estabas en clase.

Noah me miró con rostro inexpresivo.

–Tenía un compromiso previo. Y sigue resistiendo. Pero de momento no se va a mover de allí. Quienquiera que la dejara llegar a ese estado merece una muerte lenta y dolorosa.

Me sentí mareada de repente y tragué saliva con dificultad antes de hablar.

–Dale las gracias de nuevo a tu madre por cuidar de ella –dije al tiempo que procuraba vencer la sensación de mareo y me dirigía a una de las mesas de picnic. Me senté encima del tablero rayado y abrí el paquete de galletas. Quizá lo único que necesitaba era comer algo—. Se portó genial. –Le arranqué la cabeza a un elefante de un mordisco—. Avísame cuando pueda ir a recogerla.

–Lo haré. –Noah se acercó de dos zancadas a la mesa, se sentó a mi lado y se reclinó hacia atrás apoyado sobre los brazos, pero mantuvo la mirada al frente. Yo seguí mordisqueando las galletas en silencio junto a él.

–Sal a comer conmigo este fin de semana –dijo de repente.

Casi me atraganto.

–¿Me estás pidiendo que salga contigo?

Noah abrió la boca para responder justo en el momento en que un grupo de chicas mayores salía en tropel por la puerta que había detrás de la escalera contra incendios. Al verlo, redujeron el paso, pasaron por delante de nosotros pavoneándose, y dejaron tras ellas la estela de un «Hola, Noah» pronunciado a coro. Noah simuló no hacer caso, pero lo traicionó inmediatamente un ligerísimo atisbo de sonrisa que comenzó a asomar en las comisuras de sus labios.

Esa era justo la advertencia que yo necesitaba.

–Gracias por la invitación, pero me temo que no puedo aceptarla.

–¿Ya tienes planes? –Su tono de voz dejó entrever que lo único que quería era oír qué excusa le daba.

Le concedí su deseo.

–Sí, una cita con toda la mierda que me he perdido en clase –dije, y a continuación traté de tranquilizarme–. Por lo de haber llegado con el curso empezado y esas cosas.

No quería hablar de ello en aquel momento. Sobre todo no quería hablarlo con él.

–La nota de los exámenes trimestrales cuenta un veinte por ciento para la nota final, y no puedo permitirme el lujo de echarla a perder.

–Puedo ayudarte con los estudios –dijo Noah.

Lo miré. Las pestañas oscuras que enmarcaban sus ojos de color azul grisáceo no me ayudaban nada a salir airosa de la situación. Ni la sonrisa levemente maliciosa que se dibujó en su cara. Me giré y miré hacia otro lado.

–Estudio mejor sola.

–No creo que eso sea cierto –dijo.

–No me conoces lo suficiente como para hacer esa afirmación.

–Pues solucionémoslo –dijo con total naturalidad. Continuó con la mirada fija al frente y unos mechones de su cabello despeinado sobre los ojos.

Estaba acabando conmigo.

–Escucha, Shaw...

–Ah, así que ahora empezamos con la tontería esa de llamarme por el apellido, ¿eh?

–Muy gracioso. Pídeselo a otra.

–No quiero pedírselo a otra. Y en realidad tú tampoco quieres que lo haga.

–Error. –De un salto, me bajé de la mesa y eché a andar. Si no lo miraba, todo iría bien.

Noah me alcanzó de un par de zancadas.

–No te he pedido que te cases conmigo. Te he invitado a comer. ¿Qué pasa, que te da miedo que eche a perder la imagen que estás esforzándote por dar aquí?

–¿Qué imagen? –pregunté con brusquedad.

–De adolescente sensible, introspectiva, medio agobiada, solitaria, con la mirada perdida en la lejanía mientras dibuja hojas secas que caen de ramas desnudas y... –La voz de Noah se fue apagando, pero su expresión de regodeo descarado no.

–Ah, no, si me encanta, continúa, por favor. –Seguí caminando deprisa hasta que de pronto apareció ante mí otro baño de chicas. Abrí la puerta con la intención de dejar fuera a Noah mientras me recobraba un poco.

Pero entró detrás de mí.

Dos chicas de cursos inferiores estaban delante del espejo poniéndose brillo de labios.

–Largaos –les dijo Noah con tono de fastidio. Como si fuesen ellas las que no pintaban nada en el aseo de chicas. Pero no esperaron a oírlo una segunda vez. Salieron pitando a tal velocidad que me habría reído si no hubiese sido yo la que estaba atónita del susto.

Noah volvió su mirada hacia mí y vi un destello más allá de sus ojos.

–¿Qué problema tienes? –preguntó en voz baja.

Lo miré. Su despreocupada indiferencia había desaparecido. Pero no estaba enfadado. Ni siquiera molesto. Parecía más bien... curioso. Su expresión tranquila no presagiaba nada bueno.

–No tengo ningún problema –dije con seguridad. Di un paso adelante y miré a Noah con los ojos entornados. Estoy libre de problemas.

Su larga silueta, realizada por el trazo suelto de su camisa por fuera y sus pantalones de corte ajustado parecía fuera de lugar al recortarse sobre los horrorosos azulejos amarillos. Mi respiración se aceleró.

–No soy tu tipo –acerté a decir.

Entonces Noah dio un paso hacia mí, y una sonrisa maliciosa curvó una de las comisuras de su boca. Mierda.

–No tengo ningún tipo.

–Pues peor aún –dije, y juro por Dios que intenté que mi voz sonara mezquina al decirlo–. Entonces es que tienes tan pocos escrúpulos como dicen.

Pero quería sentirlo más cerca.

–Son todo calumnias.

Su voz era poco más que un susurro. Dio otro paso, tan cerca de mí que fui capaz de percibir el aura cálida de su pecho. Me miró, franco y sincero y con aquel revoltijo de pelo sobre sus ojos, y yo quería y no quería y tenía que decir algo.

–Lo dudo. –Fue lo mejor que se me ocurrió. Su cara estaba a pocos centímetros de la mía. Iba a besarlo, y me iba a arrepentir.

Pero en aquel momento no fui capaz de que me importara.

Dicen que él le mandó por correo electrónico una foto de su... Oh. Hola, Noah.

La voz se interrumpió a mitad de la frase y adiviné una sonrisa coqueta en su tono. Noah cerró los ojos. Se apartó de mí y se giró para mirar a las inoportunas. Yo parpadeé e intenté centrarme.

–Señoras... –dijo a las chicas boquiabiertas acompañado de un gesto de la cabeza. Luego se fue.

Las chicas estallaron en risitas y me miraron de reojo mientras se retocaban el maquillaje frente al espejo. Yo continuaba aturdida y desencajada, con la mirada fija en la puerta. Solo cuando sonó el timbre fui por fin capaz de andar de nuevo.

No volví a ver a Noah hasta el miércoles por la noche.

Había pasado el día bastante alterada por la falta de sueño, malestar general y algo de angustia por lo que había pasado entre nosotros. El lunes me había dejado de lado como si nada. Como Jamie me había advertido que iba a pasar. Y mentiría si dijera que no me dolió.

No tenía ni idea de qué le iba a decir a Noah cuando volviera a verlo, si es que le decía algo. Pero la clase de inglés llegó, y se fue, y él no apareció. Tomé apuntes de la explicación de la señorita Leib, y cuando terminó anduve por ahí sin hacer nada y escudriñando el recinto por si veía a Noah sin entender por qué.

En álgebra intenté concentrarme en los polinomios y las parábolas, pero estaba quedando penosamente claro que aunque podía salir airoso en bio, historia e inglés, en mates iba de pena. El señor Walsh me preguntó dos veces en clase y en cada una de ellas mi respuesta fue gravemente incorrecta. Todos los ejercicios que había entregado me los devolvía cubiertos de furiosas anotaciones con lápiz rojo y puntuados con una nota espantosa al final de cada página. Quedaban pocas semanas para los exámenes y no tenía esperanzas de ponerme al día.

Cuando acabó la clase, un retazo suelto de una conversación captó mi interés e hizo que me olvidara de mis pensamientos.

–He oído que se la comió después de matarla. Debió de ser una especie de instinto caníbal –dijo una chica detrás de mí. Rubricó su comentario con el estallido de un globo de su chicle. Me giré.

–Eres boba, Jennifer –le espetó un chico que se llamaba Kent, creo–. Se la comieron los caimanes, no el pedófilo.

Antes de que pudiese oír más, Jamie dejó caer su carpeta sobre el pupitre.

–¿Qué hay, Mara?

–¿Has oído eso? –le pregunté cuando Jennifer y Kent salían del aula.

Jamie pareció un poco desconcertado al principio, pero cambió la expresión cuando se dio cuenta.

–Ah. Jordana.

–¿Cómo? –Me sonaba el nombre e intenté recordar de qué.

–Eso era de lo que hablaban. De Jordana Palmer. Alumna de segundo de bachillerato del instituto de Dade. Conozco a una persona que conoce a otra que la conocía. O algo así. Muy triste.

Las piezas encajaron.

–Creo que oí algo sobre ella en las noticias –dije en voz baja–. ¿Qué le pasó?

–No sé toda la historia. Solo que se suponía que tenía que haber ido a casa de una amiga... pero nunca llegó. Encontraron su cuerpo pocos días después y está claro que la asesinaron, pero aún no se

sabe cómo. Su padre es poli, y creo que lo están llevando todo en secreto o algo así. Eh, ¿estás bien?

Fue entonces cuando noté el sabor de la sangre. Por lo visto me había mordido el labio inferior hasta que me lo abrí. Saqué la lengua para limpiarme la gota.

–No –dije con toda franqueza mientras me dirigía a la puerta.

Jamie me siguió.

–¿Quieres contármelo?

No quería. Pero cuando lo miré a los ojos fue como si no tuviera otra alternativa. El peso de todo lo extraño que me había sucedido (el hospital psiquiátrico, Rachel, Noah) surgió como impulsado por un resorte y luchó por brotar de mi garganta.

–Sufrí un accidente hace unos meses. Mi mejor amiga murió. Por eso nos vinimos a vivir aquí. –Prácticamente vomité las palabras. Cerré los ojos y expulsé aire, impactada por aquel exceso de información. ¿Qué me estaba pasando?

–Lo siento –dijo Jamie al tiempo que bajaba la vista.

Había conseguido que se sintiera violento. Fabuloso.

–No pasa nada. No me pasa nada. No sé por qué te acabo de contar todo esto.

Jamie se balanceó sobre sus pies, incómodo.

–Tranquila –dijo; luego sonrió–. Bueno, ¿cuándo quieres que estudiemos álgebra?

Un cambio de tema aleatorio, y además ridículo. Era imposible que Jamie ganase algo por tenerme como compañera de estudio; imposible, cuando clavaba todas y cada una de las preguntas que le disparaba el señor Walsh.

–¿Eres consciente de que mi habilidad para las matemáticas es aún más deficiente que mis habilidades sociales?

–Imposible. –La boca de Jamie dibujó una sonrisa burlona.

–Gracias. En serio; seguro que tienes cosas más interesantes que hacer con tu tiempo que perderlo con los casos desesperados.

–Ya he aprendido pársel. ¿Qué más me queda por hacer?

–Aprender élfico.

–Eres una auténtica gansa. Me encanta. Te espero en la zona de las mesas a la hora de comer. Trae tu cerebro y algo que hacer con él –dijo mientras se alejaba–. Ah, por cierto, llevas la solapa abierta –dijo casi por encima del hombro.

–¿Cómo?

Jamie señaló mi bandolera con una sonrisa, luego se fue hacia el aula donde tenía la clase siguiente. Cerré mi cartera.

Cuando me reuní con él a la hora acordada, libro de mates en mano, era todo sonrisas, dispuesto y preparado para ser testigo de mi torpeza. Sacó su papel milimetrado y su libro de texto, pero mi mente se quedó fría cuando eché un vistazo a los números que cubrían la página brillante. Tuve que hacer acopio de toda mi voluntad para concentrarme en lo que Jamie me decía mientras desarrollaba la ecuación y me la explicaba con toda su paciencia. Y al cabo de pocos minutos, como si alguien hubiera apretado un botón en mi cerebro, los números comenzaron a cobrar sentido. Resolvimos un problema tras otro hasta que terminamos la tarea de toda la semana. Media hora, y un trabajo impecable, para lo que normalmente me habría llevado dos y me habría acarreado un suspenso tras todo mi esfuerzo.

Solté un largo silbido.

–Caray. Eres bueno.

–Te lo has currado tú, Mara.

Hice un gesto de negación con la cabeza. Él hizo un gesto de afirmación con la suya.

–Vale –reconocí–. Sea como sea, gracias.

Se inclinó en una reverencia exagerada antes de dirigirnos a la clase de español. Por el camino hablamos de cosas triviales, y mantuvimos a los muertos a raya para que no se colaran en nuestra conversación. Cuando llegamos al aula, Morales se dirigió a la pizarra con su andar pesado y escribió una lista de verbos para que los conjugásemos. Como siempre, fui la primera a la que le preguntó. Mi respuesta fue incorrecta. Me tiró un trozo de tiza y con ello rompió en mil pedazos mi buen humor, fruto de la sesión de estudio a la hora de comer.

Cuando terminó la clase, Jamie se ofreció para ayudarme también con español. Acepté.

Al final del día metí en la taquilla el libro de texto, que ya no me hacía falta. Necesitaba disfrutar un poco con mi cuaderno de bocetos, sin dibujar a Noah. Coloqué mis libros a un lado de la taquilla y rebusqué entre los papeles para tirar de una semana entera, pero no lo vi. Revisé mi bandolera, pero tampoco estaba allí. Irritada, dejé caer la bolsa para buscar mejor, y se deslizó por la última columna de taquillas al tiempo que se llevaba con ella unos papeles de color rosa que estaban pegados al metal con cinta adhesiva, antes de caer al suelo. Nada. Decidí sacar los libros uno por uno mientras un frío ártico y crudo me atenazaba el estómago. Cada vez más atropelladamente, puse todo patas arriba y dejé caer mis cosas al suelo hasta que la taquilla quedó completamente vacía.

Mi cuaderno de bocetos había desaparecido.

Las lágrimas amenazaron con asomarse a mis ojos, pero llegó un grupo de alumnos a la zona de las taquillas y me prohibí llorar en público. Despacio, volví a meter los libros en la taquilla y arranqué la hojita que se había quedado pegada en el de álgebra. Un baile de disfraces en South Beach organizado por un miembro de la élite de Croyden para celebrar el Día del Profesor, que se conmemoraba al día siguiente. No me molesté en leer los detalles y la dejé caer al suelo de nuevo. No iba conmigo.

Nada de todo aquello iba conmigo. Ni Florida ni sus hordas de mosquitos y de rubios con piel bronceada. Ni Croyden y sus estudiantes, todos dolorosamente cortados por el mismo patrón. En Jamie había encontrado un amigo, pero echaba de menos a Rachel. Y ella ya no estaba.

A la mierda. Arranqué una hoja de otra taquilla y la metí en mi bolsa. Necesitaba una fiesta. Fui corriendo a la verja de atrás para reunirme con Daniel. Estaba extrañamente atractivo con el uniforme de Croyden, y con gesto alegre hasta que me vio; entonces su cara se convirtió en una máscara de preocupación de hermano mayor.

–Esta tarde se te ve especialmente tristona –dijo.

Me metí en el coche.

–He perdido mi cuaderno de dibujo.

–Vaya –dijo; y un segundo después preguntó–: ¿Tenía algo importante?

¿Aparte de los distintos bocetos hechos con todo detalle de la persona más insultantemente guapa del centro? No, creo que no.

Cambié de tema.

–¿Por qué tenías esa cara de felicidad, hasta que llegué y eché a perder tu buen humor?

–¿Cara de felicidad? No soy consciente de que tuviera un aspecto especialmente feliz –dijo. Se le caló el coche. Luego aceleró. Echó un vistazo al indicador de velocidad; se puso a más de cien por hora antes de coger la autopista. Para Daniel, aquello era vivir peligrosamente. Qué sospechoso.

–Tenías cara de felicidad –dije mientras taladraba a mi hermano con la mirada–. Suéltalo.

–Voy a ir a la fiesta de esta noche.

Lo miré con incredulidad. Aquello sí que no iba con Daniel.

–¿Con quién vas?

Se puso colorado y se encogió de hombros. No podía ser. ¿Es que a mi hermano... le gustaba alguna chica?

–¿Con quién? –insistí.

–Con la violinista. Sophie. –Me quedé mirándolo con la boca abierta–. No es una cita –aclaró inmediatamente, vamos a vernos allí.

Comenzó a ocurrírseme una idea justo cuando salíamos de la autopista.

–¿Te importa si me apunto? –Ahora fue Daniel el que se quedó mirándome con cara de pasmo–. Te prometo no interferir en tus progresos amorosos.

–Bueno, te iba a decir que sí, pero ahora...

–Ah, venga... Lo único que necesito es que me lleves.

–Perfecto. Pero ¿con quién vas a quedar tú?

Mmm. Yo no tenía pensado quedar con nadie. Solo quería bailar y sudar y olvidar y...

–¿Qué demonios...? –masculló Daniel en el momento en que giramos la esquina y enfilamos nuestra calle. Una enorme concentración de furgonetas de unidades móviles de informativos y de gente se apiñaba delante del camino de entrada a nuestra casa. Daniel y yo nos miramos, y supe que estábamos pensando lo mismo.

Algo iba mal.

La marea de reporteros se fue apartando para dejar paso al coche de Daniel. Echaron un vistazo al interior del vehículo mientras avanzaba; los cámaras parecían estar guardando sus equipos, y los satélites de las unidades móviles ya estaban recogidos. Fuese lo que fuese lo que había ocurrido, se disponían a marcharse.

En cuanto Daniel paró, salí del coche como un cohete en dirección a la puerta de entrada y pasé junto a los coches de mi madre y mi padre. El coche de mi padre, que a esas horas no pintaba nada allí.

Estuve a punto de marearme cuando finalmente entré en la casa como un rayo, con Daniel pisándome los talones. Mis oídos se llenaron del ruido de los disparos de una máquina electrónica y de la música de un videojuego; la silueta familiar de nuestro hermano pequeño, sentado en el suelo con las piernas cruzadas, tenía la vista fija en la pantalla. Cerré los ojos e inspiré hondo con las fosas nasales dilatadas mientras intentaba tranquilizar a mi corazón antes de que me estallara en el pecho.

Daniel fue el primero en hablar.

–¿Qué demonios ha pasado aquí?

Joseph hizo un amago de girarse para mirar a Daniel, molesto por la interrupción.

–Papá se va a encargar de un caso muy importante, o algo así.

–¿Puedes apagar eso?

–Es solo un segundo, no quiero morir. –El avatar de Joseph aporreó a un malo bigotudo hasta dejarlo reducido a un charco de una sustancia viscosa y espesa.

Mis padres aparecieron sin hacer ruido en el marco de la puerta de la cocina.

–Apágalo, Joseph.

La voz de mi madre transmitía agotamiento. Mi hermano suspiró y detuvo el juego.

–¿Qué pasa? –preguntó Daniel.

–Estoy llevando un caso que irá pronto a juicio –dijo mi padre–, y hoy han anunciado que seré el defensor del acusado.

Por la expresión de Daniel, vi que ya sabía algo del asunto, pero yo no entendía nada.

–Acabamos de trasladarnos –dije yo–, ¿no es un poco demasiado rápido?

Mis padres se miraron. Estaba claro que me había perdido algo.

–¿Qué? ¿Qué pasa?

–Me he hecho cargo del caso de un amigo –dijo mi padre.

–¿Por qué?

–Se ha retirado.

–Vale.

–Antes de que nos viniésemos.

Hice una pausa para asimilar lo que estaba oyendo.

–O sea, que el caso era tuyo desde antes de trasladarnos a Florida.

–Sí.

Eso no debería tener ninguna importancia, a no ser que... Tragué saliva e hice la pregunta cuya respuesta sabía de antemano.

–¿Cuál es? ¿Qué caso?

–El asesinato de Jordana Palmer.

Comencé a masajearme la frente. Tampoco era para tanto. Mi padre había llevado otros casos de asesinato antes de aquel, e intenté dominar las náuseas que me provocaba mi estómago revuelto. Mi madre fue a la despensa a buscar lo necesario para la cena, y sin saber por qué, sin tener ni la más mínima idea de por qué, de pronto visualicé miembros de un cuerpo humano en un plato.

Sacudí la cabeza para librarme de aquella visión.

–¿Por qué no nos lo dijiste? –pregunté a mi padre.

Luego miré a Daniel, pues me extrañaba que estuviese tan callado. Él rehuía mi mirada. Ah. Era a mí a quien no se lo habían dicho.

–No queríamos que te preocupases. No después de... pero ahora que las cosas se están caldeando, creo que es mejor así. ¿Te acuerdas de mi amigo Nathan Gold? –me preguntó mi padre; yo asentí con la cabeza–. Cuando decidimos trasladarnos, me pidió que me hiciese cargo de su caso. Voy a dar varias ruedas de prensa en las próximas dos semanas. No sé cómo se enteraron de nuestra dirección; debería haber pedido a Gloria que enviase una nota de prensa sobre el cambio de abogado antes de que se filtrase la noticia –añadió casi como si estuviese hablando solo.

Todo eso estaba muy bien, pero odiaba que todos me estuviesen tratando como un objeto frágil y delicado. Y seamos sinceros: probablemente no eran «todos». No me cabía ninguna duda de que mi madre, como mi psiquiatra no oficial, tenía la última palabra sobre la información que podía o no podía llegarme.

Me volví hacia ella.

–Me lo podías haber contado, ¿sabes? –Se escondió tras la puerta abierta de la nevera; de todos modos seguí hablando–. Echo de menos a mis amigos, y sí, es bastante desquiciante que esa niña haya muerto, pero no tiene nada que ver con lo que le sucedió a Rachel. No tienes por qué tenerme al margen de asuntos como este. No entiendo por qué me tratas como si fuera la última mona.

–Joseph, vete a hacer los deberes –dijo mi madre. Mi hermano se había ido acercando cautelosamente a la sala y estaba a punto de alcanzar el mando a distancia en el momento en que mi madre pronunció su nombre.

–Pero mañana no hay clase.

–Pues vete a tu cuarto.

–Pero ¿qué he hecho? –gimió.

–Nada. Solo quiero hablar un momento con tu hermana.

–Mamá –la interrumpió Daniel.

–Ahora no, Daniel.

–¿Quieres que te diga una cosa, mamá? Habla con Daniel –dije–. Yo no tengo nada más que contarte.

Mi madre no respondió. Se la veía cansada; preciosa, como siempre, pero cansada. Las luces empotradas dibujaban un halo alrededor de su pelo.

Después de una pausa, Daniel volvió a hablar.

–Bueno, esta noche hay una fiesta y...

–Puedes ir –dijo mi madre.

–Gracias. Había pensado que Mara viniese conmigo.

Mi madre me dio la espalda y dedicó a Daniel toda su atención. Daniel cruzó una mirada conmigo y

se encogió de hombros como diciendo: «Es lo menos que puedo hacer».

Mi madre vaciló antes de responder.

–Es una fiesta del colegio –dijo Daniel. Estaba claro que solo se preocupaba cuando yo era el tema de conversación–. Mañana no hay clase.

–¿Dónde es?

–En South Beach –contestó Daniel.

–¿Y vais a estar allí todo el tiempo?

–Sí. No voy a dejarla sola.

Se giró hacia mi padre.

–¿Marcus?

–Por mí vale –dijo mi padre.

Entonces mi madre me miró con atención. No se fiaba de mí ni un pelo, pero se fiaba plenamente de su perfecto hijo mayor. Misterios sin resolver.

–Muy bien –dijo al fin–. Pero os quiero en casa como mucho a las once. Sin excusas.

Fue una demostración impresionante de la influencia de Daniel, lo reconozco. No lo suficientemente efectiva para hacerme olvidar lo enfadada que estaba con mi madre, pero la perspectiva de salir de casa e ir a algún sitio que no fuese el colegio me ayudó a levantar el ánimo. Quizá hasta me lo pasaba bien y todo.

Salí de la cocina para ir a ducharme. El agua caliente escaldó mis delicados omóplatos, y me apoyé sobre los azulejos y dejé que el agua resbalase por mi piel. Tenía que pensar en un disfraz; no quería ser la única que no fuese adecuadamente vestida.

Salí de la ducha y me puse una camiseta y unos pantalones de yoga antes de desenredar la maraña de pelo húmedo. Era inútil rebuscar en mi cómoda. O en mi armario.

Pero en el armario de mi madre...

Casi siempre llevaba falda o traje pantalón y camisa. Siempre profesional; americana cien por cien. Pero sabía que tenía un sari o dos arrinconados en alguna parte de ese enorme y monocromático armario suyo. Podrían servir.

Fui de puntillas a la habitación de mis padres y abrí la puerta con cuidado. Seguían en la cocina. Me puse a rebuscar entre la ropa de mi madre para intentar encontrar algo apropiado.

–¿Mara?

Ooops. Me giré. El rostro de mi madre mostraba claras señales de nerviosismo y la piel sobre sus pómulos aparecía tensa.

–Solo buscaba algo que ponerme –dije–. Lo siento.

–No pasa nada, Mara. Me gustaría que pudiéramos...

Respiré despacio.

–¿Podemos dejarlo para más tarde? Dijo Daniel que iba a haber tráfico y tengo que conseguir un disfraz.

La frente de mi madre se llenó de arrugas. Sabía que quería decirme algo, pero esperaba que no lo hiciera, al menos en aquel momento. Me llevé una sorpresa cuando una sonrisa cómplice transformó su rostro poco a poco.

–¿Es una fiesta de disfraces? –preguntó; asentí con la cabeza–. Creo que puedo tener algo –dijo. Pasó junto a mí y desapareció en las profundidades de su vestidor. Minutos después, emergió con un porta

trajes que llevaba contra su pecho como si fuese un bebé, y unas sandalias de tiras y tacón peligrosamente alto colgadas de los dedos—. Creo que esto te quedaría bien.

Miré la funda con recelo.

—No será un traje de novia, ¿verdad?

—No —sonrió y me lo tendió—. Es un vestido. Un vestido de mi madre. Usa mi barra de labios roja, recógete el pelo y puedes ir de modelo *vintage*.

Una amplia sonrisa se dibujó en mi rostro, a juego con la de mi madre.

—Gracias —le dije, y de corazón.

—Solo te pido un favor.

Arqueé las cejas a la espera del aviso preventivo.

—No te alejes de Daniel.

Su voz sonaba crispada, y me sentí culpable. Asentí con la cabeza y le di las gracias de nuevo por el vestido antes de volver a mi habitación para probármelo. El grueso plástico de la funda crujió cuando abrí la cremallera, y de dentro surgió un brillo de seda de un intenso verde esmeralda. Saqué el vestido de la funda y casi me quedo sin aliento. Era alucinante. Esperaba que me sirviera.

Fui al cuarto de baño para intentar ponerme máscara de pestañas sin perforarme los ojos, pero cuando me miré en el espejo, vi a Claire detrás de mi imagen.

Me guiñó un ojo.

—Pasadlo bien, chicos.

Salí disparada del baño y me senté encima de la cama con la boca seca y las manos temblorosas. Quería gritar; pero cerré los ojos y me obligué a respirar con normalidad. Claire había muerto. No estaba en mi cuarto de baño, y no tenía nada que temer. Mi mente me estaba jugando malas pasadas. Y aquella noche yo iba a ir a una fiesta y tenía que arreglarme. Cada cosa a su tiempo.

Primero el maquillaje. Me dirigí al espejo que había detrás de la puerta de mi habitación, pero me detuve. Allí no había nadie. Solo mi trastorno de estrés postraumático.

Pero ¿por qué iba a correr el riesgo?

Recorrí el pasillo hasta la habitación de mis padres sin hacer ruido.

–¿Mamá? –Llamé al tiempo que asomaba la cabeza por la puerta. Estaba sentada encima de su cama con las piernas cruzadas y tecleando en su portátil. Alzó la vista. ¿Me puedes maquillar tú? –pregunté.

Su sonrisa no podía haber demostrado más entusiasmo. Me llevó a su cuarto de baño y me sentó en una silla delante del tocador. No me senté de cara al espejo por si acaso.

Noté cómo me delineaba los ojos; pero cuando sacó la barra de labios la corté.

–Paso. Voy a parecer un payaso.

Asintió con gesto de seriedad burlona y volvió a concentrarse en su trabajo, enroscando y recogiendo mi pelo hacia atrás tan tirante que me dolía la cara. Cuando terminó, me dijo que me mirase al espejo.

Le sonreí, justo lo contrario a mi reacción interna.

–¿Sabes una cosa? Me fío de ti –le dije, y le di un beso en la mejilla antes de salir del cuarto.

–Espera un momento –me indicó mi madre a mi espalda. Me detuve, y abrió su joyero. Sacó un par de pendientes; cada uno de ellos tenía una esmeralda engastada en el centro rodeada de diamantes.

–Oh, Dios mío –dije al verlos; eran impresionantes–. Mamá, no puedo...

–Son solo un préstamo, no un regalo –dijo con una sonrisa–. A ver, estate quieta.

Me puso los pendientes.

–Lista –me dijo, con las manos encima de mis hombros–. Estás preciosa.

Sonreí.

–Gracias, mamá.

–De nada. Pero no los pierdas, ¿eh? Eran de mi madre.

Hice un gesto de asentimiento y volví a mi habitación. Había llegado el momento de ponerme el vestido. Lo mejor sería ponérmelo por los pies, así podría parar a tiempo si corriese peligro de romperlo. Ante mi gran sorpresa, se deslizó sin el menor problema. Pero la tela tenía un peligroso escote tanto por delante como por detrás y enseñaba mucho más de lo que yo estaba acostumbrada a mostrar. Mucho más.

Pero ya era demasiado tarde. Una mirada rápida al reloj me advirtió de que solo quedaban cinco minutos para la hora a la que Daniel debía salir para reunirse con su amorcito. Me subí a los zapatos que mi madre me había dado. Eran un pelín estrechos, pero no hice caso y, prácticamente de puntillas, me dirigí al vestíbulo. Me crucé con Joseph cuando iba a su habitación.

–¡Madre mía, Daniel! ¡Ven a ver a Mara!

Colorada y furiosa, lo aparté de un empujón y me quedé junto a la puerta de entrada, deseando abrirla y esperar a mi hermano en el coche. Pero las llaves las tenía él. ¿Quién si no?

Daniel salió de la sala vestido con traje y con el pelo engominado; peinado hacia atrás con efecto mojado, y mi madre apareció casi inmediatamente. Se quedaron allí de pie y me dedicaron una mirada mucho más larga de lo necesario mientras yo me movía nerviosa y fingía aburrimiento para ocultar mi turbación.

Finalmente fue Daniel quien habló.

–Caray, Mara. Pareces... Pareces... –Arrugó la cara en su esfuerzo por encontrar la expresión adecuada.

Hubo un fugaz cambio en la expresión de mi madre, que desapareció antes de que me diese tiempo a identificarlo.

–Una modelo –dijo mi madre radiante.

–Ah, yo iba a decir una dama de dudosa reputación. – Lancé a Daniel una mirada cargada de veneno—. Pero sí, claro.

–Nada de eso, Daniel. Cállate. –Estaba llamando la atención a su niño bonito; no pude evitar esbozar una sonrisa socarrona.

–Estás preciosa, Mara. Y además pareces mayor. Daniel –mi madre se volvió hacia Daniel y lo miró a los ojos–, cuidala bien. No la pierdas de vista.

Respondió con un saludo militar.

–Sí, señora.

Ya en el coche, Daniel puso música india. Sabía que a mí no me gustaba especialmente.

–¿Puedo cambiar?

–No.

Lo fulminé con la mirada, pero no me prestó la más mínima atención mientras sacaba el coche. No volvimos a hablar hasta llegar a la autopista.

–Bueno, ¿y tú de qué se supone que vas vestido? –pregunté mientras nos incorporábamos al sinfín de coches que se detenían y arrancaban en medio del atasco.

–De Bruce Wayne.

–Ja.

–Por cierto, perdona –hizo una pausa sin apartar la vista de la carretera– por no haberte contado lo del caso de papá.

No dije nada.

–Mamá me pidió que no te lo contase.

Mantuve la mirada al frente.

–Y por supuesto tú obedeciste.

–Creyó que hacía lo más conveniente.

–Ojalá dejase de hacerlo.

Daniel se encogió de hombros y permanecimos en silencio el resto del trayecto. Avanzamos a trompicones entre el tráfico hasta que finalmente nos desviamos hacia Lincoln Road. Era absolutamente alucinante. Luces de neón, unas tenues y otras estridentes, iluminaban los edificios. En las aceras brillaban *drag queens* junto a juerguistas ligeros de ropa. El aparcamiento estaba imposible, pero finalmente encontramos sitio cerca del club y pagamos un dineral indecente por el privilegio. Cuando salí del coche, los cristales rotos que alfombraban la acera crujieron bajo mis pies.

Fui caminando detrás de Daniel despacio y con cuidado, consciente de que un mal paso me enviaría de cabeza al cemento tapizado de cristales y colillas, lo cual estropearía mi salida de adolescente normal. Y el vestido.

Nos pusimos a la cola y esperamos nuestro turno. Cuando llegamos junto al gorila de la puerta, el típico musculitos, le pagamos el precio de la entrada y él nos estampó un sello en la mano sin ningún ceremonial. Daniel y yo pasamos al otro lado del cordón de seguridad para entrar en el bullicioso club y me di cuenta de que su aplomo flaqueaba un poquito. Al menos en lo concerniente a la falta de experiencia en fiestas estábamos empatados.

El local era una ingente y palpitante masa de cuerpos. Se contorsionaban a nuestro alrededor en perfecta sincronía mientras avanzábamos hombro con hombro. El grado de desnudez era verdaderamente impresionante; un puñado de ángeles con pinta de putones, diablas y hadas se contoneaba sobre *stilettos* en dirección a la barra, metiendo barriga y sacando pecho para lucir sus canalillos resplandecientes. Para gran disgusto mío, reconocí a Anna entre ellos. Había cambiado su atuendo de chica decente por un increíblemente escueto atavío de ángel, con los correspondientes halo y alitas. Se había excedido con el maquillaje, el *wonderbra* y los tacones, y tenía toda la pinta de estar destinada a convertirse en la causante de la crisis de los cuarenta de cualquier oficinista. Agarré a mi hermano del brazo y él fue abriendo paso hasta el otro extremo del local, donde había quedado en reunirse con su amada.

Mientras esperábamos, reconocí la canción que sonaba en el *remix* que retumbaba en los altavoces y me sonreí. Minutos después, Daniel me dio un golpecito en el hombro y seguí la dirección de su mirada hasta que le sonrió a una rubia menudita vestida con un mono de trabajo y la cara embadurnada de maquillaje de teatro que simulaba grasa. Gritó o articuló en silencio el nombre de mi hermano; era imposible distinguir entre lo uno y lo otro. La música engullía todos los demás sonidos en aquel espacio.

Su melena corta rebotaba y se balanceaba bajo su mentón mientras se acercaba a nosotros. Cuando llegó, Daniel tuvo que pegar la boca a su oreja para presentarnos.

–¡Esta es Sophie! –gritó.

Hice un gesto de asentimiento y sonreí. Era mona. Daniel tenía buen gusto.

–¡Encantada de conocerte! –grité.

–¿Qué? –gritó ella a su vez.

–¡Encantada de conocerte!

La expresión de su cara revelaba que seguía sin oír lo que yo le había dicho. Pues vale.

La música cambió a un ritmo algo más lento y Sophie comenzó a tirar de Daniel para llevárselo hacia el hervidero de gente. Él se volvió hacia mí (para solicitar mi permiso, supongo), y le animé con un gesto de la mano. Sin embargo, en cuanto se marchó comencé a sentirme incómoda. Me abrí paso hasta la barra, donde no me iban a servir nada, sin propósito ni razón aparente para estar allí. ¿Qué podía esperar? Había ido a bailar, y había ido con mi hermano, que había quedado con otra persona. Debería haber pedido a Jamie que viniera. Qué idiota había sido. Ahora no tenía más alternativa que zambullirme en el torbellino humano y ponerme a dar vueltas. Porque eso no sería inapropiado.

Eché la cabeza hacia atrás resignada y me apoyé en el borde romo de la barra metálica. Cuando volví a erguirme, dos tipos (uno de ellos vestido con una sudadera de los Miami Heat y el otro disfrazado de lo que quise pensar que era una caricatura irónica de un personaje imbécil de un programa de telerrealidad

permanentemente sin camisa) me miraron a los ojos. No me interesaban en absoluto. Aparté la mirada, pero con el rabillo del ojo vi que se estaban acercando. Me sumergí en medio de la multitud sin ningún estilo y me libré por los pelos de recibir un codazo en la cara por parte de una chica con un disfraz que únicamente podía describirse como «golfa de Gryffindor». De pena.

Cuando por fin llegué a otro extremo del local, mis ojos recorrieron el gentío y se empaparon de la visión de los cuerpos medio desnudos y de los disfraces al tiempo que intentaban reconocer a algún compañero de colegio que no tuviese una pinta indigna.

Y lo reconocieron.

Noah estaba completamente vestido y, según me pareció distinguir, no iba disfrazado. Llevaba vaqueros oscuros y una sudadera con capucha, a pesar del calor. Y estaba hablando con una chica.

Una chiquilla de una belleza despampanante, toda piernas, coronadas por un vestido mínimo y centelleante y alitas de hada. Su cara me pareció vagamente familiar pero no supe ubicarla; probablemente era alumna de nuestro colegio. Noah la escuchaba extasiado, y estaba rodeada por un semicírculo de chicas disfrazadas: una diablesa, una gata, un ángel y... ¿una zanahoria? Mmm. Me gustó la chica-hortaliza, pero las demás me horrorizaron.

En aquel preciso momento, Noah alzó la cabeza y me pilló mirándolo. No fui capaz de interpretar su expresión, ni siquiera cuando se inclinó hacia el hada y le dijo algo al oído. Ella se volvió para mirarme; Noah alargó el brazo para detenerla, pero no pudo evitar que nuestras miradas se encontraran. Ella soltó una risita y se tapó la boca con la mano antes de girarse de nuevo.

Noah se estaba burlando de mí. Sentí una oleada de humillación que subía desde la boca del estómago y se me agolpaba en la garganta. Me di la vuelta y me abrí paso a empujones entre los cuerpos que invadían la burbuja de mi espacio vital. Deseaba marcharme con las mismas ansias con que había querido asistir al baile.

Encontré a Daniel y le dije a gritos al oído que no me encontraba bien y que le preguntase a Sophie si podía llevarlo luego a casa. Daniel se quedó preocupado; insistió en llevarme él, pero yo no iba a permitirlo. Le dije que lo único que necesitaba era respirar, y por fin logré que me diese la llave y me dejase ir.

Reprimí la desazón que sentía y me dirigí a la salida lo más rápido que pude. Mientras avanzaba empujando a la gente me pareció que alguien gritaba mi nombre a mis espaldas. Me detuve, tragué saliva, y en contra de lo que me aconsejaba mi buen criterio, me giré.

No había nadie.

Para cuando llegué a casa, había logrado recobrar la compostura. Llegar con la cara surcada de lágrimas y sin Daniel no contribuiría a mejorar la relación entre mi madre y yo, y precisamente estábamos comenzando a hacer progresos. Pero cuando enfilé el camino de entrada, su coche no estaba allí. Ni el de mi padre. Las luces estaban también apagadas. ¿Dónde estaban? Fui a la puerta de entrada con la llave en la mano y me dispuse a abrirla.

La puerta se abrió sola. Ni siquiera llegué a tocarla.

Me quedé parada en el umbral con los dedos a solo unos centímetros del picaporte. Mantuve la mirada fija, con el corazón en la garganta, y levanté la vista lentamente para recorrer toda la altura de la puerta. Nada extraño. Quizá se habían olvidado de cerrar con llave.

Empujé la puerta con una mano para abrirla del todo, me quedé inmóvil en el umbral, y escudriñé el interior de la casa a oscuras. Las luces del pasillo, de la sala y del comedor estaban apagadas, pero se veía un hilillo de claridad tras la esquina del corredor procedente del salón. Debían de haberse olvidado de apagarla.

Recorrí el espacio con la vista. Los cuadros seguían colgados en las paredes. El biombo chino antiguo de ébano y nácar estaba en el mismo sitio que cuando me fui. Todo estaba en el lugar que le correspondía. Respiré hondo, cerré la puerta a mi espalda y encendí a toda prisa las luces de la fachada, una detrás de otra.

Mejor así.

Cuando entré en la cocina en busca de algo que comer, me fijé en la nota que estaba pegada a la puerta de la nevera:

Hemos ido al cine con Joseph. Volveremos sobre las 10.30.

Un vistazo rápido al reloj me reveló que todavía eran las nueve. Seguramente se acababan de ir. Lo más probable es que Joseph hubiese sido el último en salir y se hubiera olvidado de cerrar la puerta con llave.

Nada de qué preocuparse.

Inspeccioné el interior de la nevera. Yogur. Batido de chocolate. Pepinos. Restos de lasaña. La cabeza me dolía y me recordaba las mil horquillas que mi madre me había clavado en el cráneo. Cogí un yogur y una cuchara y a continuación me dirigí a mi habitación para cambiarme de ropa. Pero en el momento en que puse el pie en el vestíbulo, me quedé helada.

Cuando salí de casa con Daniel, todas las fotos familiares estaban colgadas en la pared de la izquierda, enfrente de las tres puertas acristaladas de la derecha.

Pero ahora todas las fotografías estaban a la derecha. Y las puertas acristaladas a la izquierda.

El yogur se me escapó de las manos y puso perdida la pared. La cuchara repiqueteó contra el suelo y el sonido me hizo volver bruscamente a la realidad. Tenía una mala noche. Me estaba imaginando cosas. Salí del vestíbulo caminando hacia atrás, luego corrí a la cocina y cogí un paño que estaba colgado de la puerta del horno. Cuando volviese al vestíbulo, todo estaría de nuevo en su sitio.

Volví al vestíbulo. Todo estaba en su sitio.

Corrí a mi habitación, cerré la puerta y me hundí en la cama. Estaba muy alterada. No tenía que haber salido; desde luego, no era una fiesta lo que yo necesitaba. Todo había resultado muy angustiante y estresante y probablemente me estaba provocando un episodio de estrés postraumático. Necesitaba relajarme. Necesitaba desprenderme de aquella ropa.

Primero los tacones. No tenía los pies acostumbrados a ese tipo de tortura y una vez que me los quité, todo mi cuerpo suspiró aliviado. Me dolía todo: tobillos, pantorrillas, muslos. Aún vestida, fui al baño con paso lento y abrí el grifo de la bañera. El agua caliente relajaría mis músculos. Me relajaría a mí. Encendí la lámpara de calor, que proyectó una irradiación rojiza y acogedora sobre el color blanco del lavabo y los azulejos. El sonido del agua ahogó mis pensamientos, e inhalé el vapor que emergía de la bañera y dibujaba volutas en el aire. Comencé a quitarme las horquillas, que quedaron amontonadas a un lado del lavabo como crisálidas negras y brillantes. Me dirigí al armario para quitarme el vestido, pero de nuevo me quedé helada.

En el suelo del armario había una caja abierta. No tenía consciencia de haberla cogido de la estantería. Ni de haber arrancado la cinta adhesiva que cerraba la tapa y abrirla en el tiempo que llevábamos viviendo allí. ¿La había dejado ahí? Debía de haberlo hecho. Me arrodillé ante la caja. Era la que mi madre me había traído al hospital, y debajo de varios retazos de mi vida anterior (apuntes, dibujos, libros, la vieja muñeca de trapo que tenía desde que era un bebé) encontré un montón de fotografías impresas en papel brillante perfectamente sujetas con una goma. Unas cuantas escaparon revoloteando y cayeron al suelo, y recogí una de ellas.

Era una foto del verano anterior. Visualicé la escena como si estuviera ocurriendo en ese momento. Rachel y yo juntamos nuestras mejillas mientras mirábamos a la cámara que ella sujetaba frente a nuestras caras. Nos reíamos con la boca abierta; el sol arrancaba destellos a nuestros dientes y el viento jugueteaba con varios mechones de pelo brillante. Oí el chasquido del obturador al plasmar la imagen en el carrete que ella había insistido en usar aquel verano porque quería aprender a revelar fotos. Luego la impresión se había oscurecido hasta dejar nuestras siluetas blancas como esqueletos sobre la imagen del negativo.

Coloqué la foto encima de mi escritorio con cuidado, volví a guardar la caja en el armario y cerré la puerta. Cuando me di cuenta de que se había hecho el silencio, casi me quedé sin respiración. Me aparté del armario y fui al baño a ver qué pasaba. El grifo estaba cerrado. Cayó una sola gota en el agua, que sonó como una bomba en medio de aquella quietud. El agua había rebosado y hacía que los azulejos de cerámica reflejasen la luz como un espejo.

No recordaba haber cerrado el grifo.

Pero debía de haberlo hecho.

Pero en cualquier caso era imposible que hubiera entrado allí.

Apenas era capaz de respirar cuando cogí dos toallas y las arrojé al suelo. Se oscurecieron al absorber el agua y quedaron empapadas en cuestión de segundos. El agua se escurría entre mis pies. Tenía que quitar el tapón de la bañera. Me acerqué con cuidado, pero mi yo interno gritaba: «Mala idea». Me incliné sobre el borde.

Los pendientes de diamantes y esmeraldas brillaban en el fondo. Me llevé las manos a la cabeza. Sí. Allí estaban.

En mi mente resonaban las palabras de mi madre: «Pero no los pierdas, ¿eh? Eran de mi madre».

Cerré los ojos con todas mis fuerzas e intenté respirar con normalidad. Cuando los abriera, sería valiente.

Comprobé la temperatura del agua con el dedo. No pasó nada.

Por supuesto que no iba a pasar nada. No era más que una bañera. Me había distraído con las fotos, el agua se había desbordado y luego cerré el grifo sin darme cuenta. Todo iba bien. Metí el brazo de golpe.

Durante un segundo no fui capaz de pensar. Fue como si no sintiese nada del codo para abajo. Como si el resto de mi brazo jamás hubiera existido.

Luego el dolor abrasador penetró en mi piel, en mis huesos, hacia dentro, hacia fuera. Un grito sin sonido me desfiguró la boca y luché por sacar el brazo del agua, pero no se movía. No podía moverme. Me desplomé junto a la bañera. Allí me encontró mi madre una hora después.

–¿Cómo dices que ocurrió?

El médico de urgencias aparentaba mi edad. Me vendó con gasa la piel hinchada y enrojecida del antebrazo mientras yo apretaba los dientes y luchaba por contener un chillido.

–Bañera –logré decir con voz ronca. Él y mi madre intercambiaron una mirada.

–Debiste de estar algún tiempo con el brazo dentro del agua –me dijo mirándome a los ojos–. Tienes unas quemaduras muy serias.

¿Qué podía decir yo? ¿Que había probado el agua antes de meterlo y que no me pareció que estuviese tan caliente? ¿Que sentí como si algo me agarrase el brazo y no lo soltase? Vi en los ojos del médico que pensaba que estaba loca; que lo había hecho a propósito. Nada de lo que yo pudiese decir para intentar explicárselo iba a arreglar las cosas.

Así que desvié la mirada.

Apenas recordaba nada del traslado al hospital, excepto que Joseph y mis padres venían conmigo. Y a Dios gracias tampoco recordaba cómo mi madre debió de recogerme del suelo del cuarto de baño y meterme en el coche. Era prácticamente incapaz de mirarla. Cuando el médico terminó de vendarme el brazo, se la llevó aparte al pasillo.

Me concentré en el ardiente dolor de mi brazo para intentar no pensar en el sitio donde me encontraba. El olor a desinfectante invadía mis fosas nasales, el aire del hospital se filtraba bajo mi piel. Cerré las mandíbulas con fuerza para vencer las náuseas y me apoyé contra la ventana para notar el frescor del cristal en mi cara.

Mi padre debía de estar rellenando algún formulario, porque Joseph estaba solo esperando sentado fuera. Parecía tan pequeño... E inmóvil. Tenía la mirada fija en el suelo, y la cara...

Dios mío. La cara de auténtico pánico. Noté un dolor agudo en la garganta. Tuve una breve visión de lo aterrizado que debió de sentirse cuando estuve ingresada la otra vez al ver a su hermana mayor postrada en una cama de hospital. Y ahora volvíamos a estar en un hospital sin que hubieran pasado siquiera tres meses. Sentí alivio cuando por fin regresó mi madre y salimos de aquella sala. Permanecimos en silencio durante todo el camino de regreso a casa.

Cuando llegamos, Daniel estaba allí. Se dirigió a mí en cuanto entré.

–Mara, ¿estás bien?

Asentí con la cabeza.

–Solo una quemadura.

–Daniel, quiero hablar un momento con Mara –dijo mi madre–. Dentro de un rato iré a tu habitación.

Su voz sonaba a amenaza; pero Daniel permaneció imperturbable, más preocupado por mí que por cualquier otra cosa.

Mi madre recorrió delante de mí el camino hasta mi habitación y una vez allí se sentó en mi cama. Yo me senté en la silla.

–Voy a pedir cita para que te vean mañana –dijo.

Hice un gesto de conformidad mientras ante mis ojos aparecía el rostro aterrorizado de Joseph. No era más que un niño. Ya le había hecho sufrir bastante. Y entre la quemadura, los espejos, las risas, las pesadillas... quizá había llegado el momento de hacer las cosas tal como quería mi madre. Quizá hablar con alguien me ayudaría.

–Ha dicho el médico que debiste de tener el brazo metido en el agua mucho tiempo para hacerte esas quemaduras de segundo grado. ¿Estuviste allí hasta que te encontré? –preguntó con voz ronca–. ¿En qué estabas pensando, Mara?

Noté mi voz atenazada por la frustración.

–Iba a darme un baño, pero los pendientes... –Tomé aire temblorosa–. Los pendientes que me prestaste se cayeron dentro de la bañera. Tenía que cogerlos antes de quitar el tapón.

–¿Y los cogiste?

Negué con la cabeza.

–No.

Mi voz se quebró.

Mi madre frunció el ceño hasta que sus cejas se juntaron. Se acercó a mí y llevó la mano a mi oreja. Sentí cómo sus dedos abrían el cierre del pendiente. Me mostró sobre la palma de su mano el pendiente de esmeraldas y diamantes. Me llevé la mano a la otra oreja; allí estaba el otro. Me lo quité y se lo puse en la mano mientras se me llenaban los ojos de lágrimas.

Todo había sido producto de mi imaginación.

–¿Mara Dyer? –llamó la recepcionista.

Me puse en pie de un salto. La revista que estaba leyendo se cayó al suelo, abierta por la página que mostraba una fotografía no apta para menores de dos modelos desnudas a horcajadas sobre un actor elegantemente vestido. Un tanto subida de tono para la consulta de un psiquiatra. Recogí la revista, la dejé encima de la mesita y me acerqué a la puerta que me indicaba la sonriente recepcionista. Entré.

La psiquiatra se quitó las gafas y las dejó encima del escritorio al levantarse.

–Encantada de conocerte, Mara. Soy Rebecca Maillard.

Nos saludamos con un apretón de manos.

Estudié las opciones que tenía antes de sentarme. Un sillón. El inevitable diván. Una silla de escritorio. Probablemente se trataba de una especie de prueba. Escogí el sillón.

La doctora Maillard sonrió y cruzó las piernas. Era muy delgada. De la edad de mi madre. Quizá hasta se conociesen.

–Bueno, ¿y qué te trae por aquí, Mara? –me preguntó.

Mostré mi brazo vendado. La doctora Maillard alzó las cejas y esperó a que hablase. Así que hablé.

–Me quemé.

–¿Quieres decir que sufriste una quemadura o que te quemaste deliberadamente?

Vaya, era rápida.

–Sufrí una quemadura, pero mi madre cree que me quemé deliberadamente.

–¿Cómo ocurrió?

Respiré hondo y le conté lo de los pendientes y la bañera. Pero no que me había encontrado la puerta de la casa abierta, sin cerrar con llave. Ni lo de la caja que no recordaba haber cogido del estante. Cada cosa a su tiempo.

–¿Te había pasado algo así anteriormente?

–¿Así... como qué? –Escruté los libros de las estanterías; el manual diagnóstico, libros de farmacología, revistas. Nada interesante ni anormal. Una consulta como cualquier otra. Sin personalidad.

La doctora Maillard hizo una pausa antes de contestar.

–¿Anoche fue la primera vez que estuviste en un hospital?

La miré con los ojos entornados. Hablaba más como un abogado que como un psiquiatra.

–¿Por qué me lo pregunta si ya sabe la respuesta?

–No sé la respuesta –dijo la doctora Maillard muy serena.

–¿No se lo ha dicho mi madre?

–Me dijo que os habíais mudado aquí hace poco porque habías sufrido una experiencia traumática en Rhode Island, pero no tuve oportunidad de extenderme más. Tuve que cambiar la cita de uno de mis pacientes para poder recibirte tan pronto.

–Lo siento –dije.

La doctora Maillard frunció el ceño.

–No tienes por qué sentirlo, Mara. Lo único que espero es poder ayudarte.

Yo también, pero estaba empezando a dudar.

–¿Qué tiene planeado?

–Bueno, puedes empezar diciéndome si habías estado antes en un hospital –dijo entrelazando las manos sobre los muslos; hice un signo afirmativo con la cabeza–. ¿Por qué?

Me miró con un interés nada profesional. No tomó ninguna nota.

–Mis amigos murieron en un accidente. Mi mejor amiga. Yo estaba allí, pero no sufrí ningún daño. Pareció desconcertada.

–Entonces, ¿por qué fuiste al hospital?

–Pasé tres días inconsciente. –Parecía como si mi boca se negase a pronunciar la palabra «coma».

–Tus amigos... –dijo despacio–, ¿cómo murieron?

Intenté dar una respuesta, repetir lo que mi madre me había contado, pero no me salían las palabras. Estaban como sepultadas en mi garganta, fuera de mi alcance. El silencio se hizo cada vez más incómodo mientras yo luchaba por desenterrarlas.

La doctora Maillard se inclinó hacia mí.

–No te preocupes, Mara –dijo–. No tienes por qué contármelo.

Respiré hondo.

–No recuerdo cómo murieron, sencillamente.

Asintió con la cabeza. Un mechón de cabello color rubio oscuro cayó sobre su frente.

–Muy bien.

–¿Muy bien? –Le lancé una mirada escéptica–. ¿Así de simple?

La doctora Maillard sonrió con delicadeza y con expresión afable en sus ojos castaños.

–Así de simple. En esta sala no tenemos por qué hablar de nada que tú no quieras.

Me irrité un poco.

–No es que me importe hablar de ello. Es que no me acuerdo.

–Y no pasa nada. A veces la mente tiene sus propios recursos para protegernos de ciertas cosas hasta que estamos preparados para afrontarlas.

Su suposición me molestó más de lo debido.

–Me siento preparada para afrontarlas.

Se sujetó el mechón de pelo detrás de una oreja.

–Eso también está bien. ¿Cuándo ocurrió todo eso?

Pensé durante un minuto; era muy difícil tener una noción exacta del tiempo.

–Hace varios meses. ¿Diciembre?

Por primera vez, la doctora Maillard adoptó una actitud distinta. Pareció sorprendida.

–Eso es bastante reciente.

Me encogí de hombros y desvié la mirada. Mis ojos se fijaron en una planta que parecía de plástico en un rincón de la sala donde se concentraba la luz del sol. Me pregunté si sería natural.

–¿Y cómo te ha ido desde el traslado?

Asomó un atisbo de sonrisa en una de las comisuras de mi boca.

–¿Aparte de la quemadura, quiere decir?

La doctora Maillard me devolvió la sonrisa.

–Aparte de la quemadura.

La conversación podía evolucionar en mil direcciones distintas. La doctora Maillard cobraba por hablar conmigo; era su trabajo. Solo un trabajo. Cuando volviera a su casa junto a su familia, ya no sería

la doctora Maillard. Sería mamá. Becca, quizá. Otra persona, como mi madre. Y no volvería a acordarse de mí hasta la siguiente cita.

Pero yo estaba allí por un motivo. Las escenas retrospectivas, los sueños... podía afrontarlos. Las alucinaciones, también. Pero la quemadura ponía el listón muy alto. Pensé en Joseph, tan asustado, pequeño y perdido en el hospital. No quería volver a verlo así.

Tragué saliva y me lancé.

—Creo que me está pasando algo. —Mi gran declaración.

Su expresión no se inmutó.

—¿Qué crees que te está pasando?

—No lo sé. —Sentí la imperiosa necesidad de suspirar y pasarme las manos por el pelo, pero me contuve. No sabía qué tipo de señal estaría enviando con ello, y no quería que fuera la equivocada.

—Bien, volvamos atrás un minuto. ¿Por qué crees que te está pasando algo? ¿Qué te hace pensar eso?

Me esforcé por seguir mirándola a los ojos.

—A veces veo cosas que en realidad no están ahí.

—¿Qué clase de cosas?

Por dónde empezar. Decidí hacerlo por orden inverso al cronológico.

—Bueno, como ya le dije, creí que los pendientes que me había prestado mi madre se habían caído a la bañera, pero los tenía puestos.

La doctora Maillard hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Continúa.

—Y antes de ir a la fiesta anoche, vi a una de mis amigas muertas en el espejo. —¡Toma!

—¿Qué clase de fiesta era esa?

Aquella pregunta me descolocó un poco. Si a la doctora Maillard le había impresionado mi revelación, desde luego no lo demostraba.

—Una... ¿fiesta de disfraces?

No pretendía decirlo en tono interrogativo.

—¿Fuiste con alguien?

Asentí.

—Con mi hermano, pero él había quedado con otra persona.

Comenzaba a hacer calor en la sala.

—¿Entonces estabas sola?

Ante mis ojos apareció fugazmente la escena de Noah diciéndole algo al oído a aquella chica. Sola, desde luego.

—Sí.

—¿Has salido mucho desde que os vinisteis a vivir aquí?

Negué con la cabeza.

—Anoche fue la primera vez.

La doctora Maillard sonrió sutilmente.

—Bueno, parece que resultó un poco estresante.

Al oír aquello, solté un bufido. No pude evitarlo.

—¿Comparado con qué?

Alzó las cejas.

–Dímelo tú.

–¿Comparado con que se muera tu mejor amiga? ¿O con irse a vivir lejos de toda la gente que conozco? ¿O con empezar el colegio con el curso tan avanzado?

¿O con enterarte de que tu padre va a representar al presunto asesino de una adolescente? La idea surgió de pronto sin previo aviso. Y sin que existiese un precedente. La aparté. El trabajo de papá no iba a suponer ningún problema para mí. No podía permitir que me afectara hasta ese punto; si mi madre se daba cuenta de que me estaba estresando, quizá le obligaría a dejar el caso, el primero que llevaba desde nuestro traslado. Y con tres hijos en colegios privados, probablemente necesitaban el dinero. Ya les había complicado bastante la vida. Decidí no comentárselo a la doctora Maillard. Lo que hablábamos era confidencial, pero aun así.

Habló con expresión seria.

–Tienes razón –dijo mientras se apoyaba en el respaldo de la silla–. Déjame hacerte una pregunta: ¿anoche fue la primera vez que viste a alguien que en realidad no estaba ahí?

Negué con la cabeza, algo aliviada al comprobar que había cambiado el tema central de la conversación.

–¿Te sientes cómoda para hablarme de las otras cosas que has visto?

No especialmente. Me puse a jugar sin motivo con un hilo de mis vaqueros gastados, y supe lo loca que iba a sonar, lo loca que ya sonaba. De todos modos, se lo dije.

–Una vez vi a mi exnovio, Jude, en el colegio.

–¿Cuándo?

–El primer día.

Después de ver cómo se venía abajo el aula de álgebra. Después de que Claire apareciese en el espejo por primera vez. Me mordí los labios.

–O sea, que ya estabas bastante estresada.

Asentí.

–¿Le echas de menos?

Su pregunta me pilló desprevenida. ¿Cómo la contestaba? Cuando estaba despierta, apenas me acordaba de Jude. Y cuando soñaba... no era lo que se dice agradable. Bajé la vista con la esperanza de que la doctora Maillard no se diese cuenta de que me ardían las mejillas, la única prueba de mi vergüenza. Me sentí una mala persona.

–A veces estas cosas son complicadas, Mara –dijo; seguro que se había dado cuenta a pesar de todo–. Cuando perdemos a seres que eran importantes para nosotros, hay una amplísima gama de sentimientos que podemos experimentar.

Me moví inquieta en el sillón.

–¿Podemos hablar de otra cosa?

–Podemos, pero la verdad es que me gustaría insistir un poco en esto. ¿Puedes hablarme un poco de vuestra relación?

Cerré los ojos.

–No fue una relación propiamente dicha. Solo estuvimos juntos un par de meses.

–¿Y ese par de meses fue bueno?

Me quedé pensándolo.

–Vale –dijo la doctora Maillard, y continuó; debía de haber leído la respuesta en mi cara–. ¿Qué me puedes contar sobre la relación con tu mejor amiga? La viste después de muerta, ¿no?

Negué con la cabeza.

–Fue a Claire a quien vi. Solo llevaba un año viviendo en Laurelton. Era la hermana de Jude; de mi novio. Se hizo íntima de Rachel.

La doctora Maillard entornó los ojos.

–Rachel. ¿Tu mejor amiga?

Asentí.

–Pero no se hizo íntima tuya.

–No mucho.

–Y a Rachel no la has vuelto a ver.

Negué con la cabeza.

–¿Hay algo más? ¿Algo que hayas visto y que no deberías? ¿Algo que hayas oído que no deberías?

Entrecerré los ojos.

–¿Como voces, por ejemplo? –Decididamente, pensaba que estaba loca.

Se encogió de hombros.

–Como cualquier cosa.

Me miré el regazo e intenté reprimir un bostezo. No lo conseguí.

–A veces. A veces oigo que alguien me llama.

La doctora Maillard hizo un gesto de asentimiento.

–¿Qué tal duermes?

–No demasiado bien –confesé.

–¿Pesadillas?

Se las podía llamar así.

–Sí.

–¿Te acuerdas de alguna?

Me froté la nuca.

–A veces. A veces sueño con aquella noche.

–Eres muy valiente al contarme todo esto. –Su voz no sonaba paternalista cuando lo dijo.

–No quiero estar loca –le dije. Con todo mi corazón.

–No creo que estés loca.

–¿Entonces es normal ver cosas que en realidad no están ahí?

–Cuando una persona ha experimentado una situación traumática, sí.

–¿Aunque no la recuerde?

La doctora Maillard alzó una ceja.

–Pero ¿no recuerdas nada?

Me froté la frente, y a continuación me retiré el pelo hacia atrás y me lo recogí en la nuca. No dije nada.

–Creo que estás empezando a recordar –dijo–. Poco a poco, y de una manera en que tu mente no sufra demasiado al procesarlo. Y aunque quiero profundizar sobre ello si decides volver a verme, me parece que es posible que el hecho de ver a Jude o a Claire sea la forma en que tu mente expresa los

sentimientos ambiguos que experimentas hacia ellos.

–¿Entonces qué hago? ¿Para conseguir que pare? –pregunté.

–Bueno, si crees que vas a querer volver a verme, podemos concretar un plan de terapia.

–¿Sin fármacos? –Me imaginaba que mi madre me había llevado al psiquiatra por algún motivo. Probablemente se figuraba que tenía que sacar la artillería pesada. Y después de lo de la noche anterior, no podía discutirlo, precisamente.

–Bueno, normalmente prescribo medicación para tomar conjuntamente con la terapia. Pero eso lo decidirás tú. Puedo recomendarte a un psicólogo si de momento no quieres tomar medicación, o podemos probar. Espera a ver qué tal te va.

Me pregunté si de verdad una pastilla haría desaparecer las cosas que habían estado ocurriendo desde que nos habíamos mudado (los sueños, las alucinaciones...).

–¿Cree que me vendría bien?

–¿Por sí sola? Puede. Pero con terapia de conducta cognitiva hay más posibilidades de que comiences a encontrarte mejor mucho antes, aunque desde luego es un proceso largo.

–¿Terapia de conducta cognitiva?

La doctora Maillard asintió.

–Cambia el modo de pensar sobre las cosas. Cómo enfrentarte a lo que has estado viendo. Lo que sientes. También te ayudaría con las pesadillas que has tenido.

–Los recuerdos –corregí; y luego me vino una idea a la cabeza–. ¿Y si... y si lo único que necesito es recordar?

Se inclinó ligeramente hacia delante en su silla.

–Puede que eso sea una parte, Mara. Pero no es una cosa que puedas forzar. Tu mente ya está trabajando sobre ello a su manera.

Una sonrisita alargó las comisuras de mi boca.

–Entonces ¿aquí no vamos a hacer terapia de hipnosis ni nada?

La doctora Maillard sonrió.

–Me temo que no –dijo.

Hice un gesto de aprobación.

–Mi madre tampoco cree en ella.

La doctora Maillard cogió un cuaderno que había encima del escritorio y anotó algo. Arrancó la hoja y me la entregó.

–Que tu madre compre esto. Si quieres tomártelo, genial. Si no, no pasa nada. De todos modos, puede que no comience a hacer efecto hasta pasadas unas semanas. O quizá empiece a notarse a los pocos días. Cada persona es distinta.

No entendí la letra de la doctora Maillard.

–¿Zoloft?

Negó con la cabeza.

–No me gusta recetar inhibidores selectivos de recaptación de serotonina a adolescentes.

–¿Y eso?

Los ojos de la doctora Maillard examinaron el calendario de su escritorio.

–Hay estudios que demuestran cierta relación entre los inhibidores selectivos de recaptación de serotonina y el suicidio en adolescentes. ¿Podemos vernos el jueves?

Repasé mentalmente las fechas a toda prisa.

–La verdad es que tengo encima los exámenes. Los más duros de este curso.

–Eso es mucha presión.

Solté una carcajada brusca.

–Sí. Supongo que sí.

Cogió las gafas y se las volvió a poner.

–Mara, ¿has pensado en dejar de asistir al colegio durante algún tiempo?

Me levanté del sillón.

–¿Para quedarme todo el día sentada pensando en lo mucho que echo de menos a Rachel? ¿Y echar por tierra la oportunidad de graduarme cuando me corresponde? ¿Y estropear mi expediente académico?

–De acuerdo, tú ganas.

La doctora Maillard sonrió y se puso en pie. Me tendió la mano y se la estreché, pero no fui capaz de mirarla a los ojos. Estaba demasiado abochornada por mi arrebató de autocompasión.

–De todos modos, intenta tener cuidado con el estrés –dijo, y a continuación se encogió de hombros–. Todo el cuidado que puedas. Los episodios de trastorno de estrés postraumático tienden a desencadenarse en momentos de... bueno, de estrés. Y llámame en cuanto termines los exámenes, especialmente si decides tomarte la medicación. O antes, si me necesitas. –Me dio su tarjeta–. Me ha encantado conocerte, Mara. Me alegro de que hayas venido.

–Gracias –le dije de corazón.

Cuando salí de la consulta, mi madre estaba fuera esperándome. Sorprendentemente, no me cosió a preguntas. Le entregué la receta y se tensaron todos los músculos de su cara.

–¿Qué pasa? –pregunté.

–Nada –dijo, y arrancó en dirección a la carretera. Por el camino paramos en una farmacia. Dejó la bolsa en el salpicadero.

La abrí y saqué el frasco de pastillas.

–Zyprexa–leí en voz alta–. ¿Qué es?

–Debería ayudarte a afrontar las cosas con más facilidad –dijo mi madre sin apartar la vista de la carretera. Una no-respuesta. No volvió a abrir la boca hasta que llegamos a casa.

Mi madre entró en casa con la bolsa en la mano y yo me fui a mi habitación. Encendí el ordenador y busqué Zyprexa en Google. Pinché en la primera página que apareció y se me secó la boca.

Era un antipsicótico.

No sabía cómo debía reaccionar cuando viera a Noah en clase al día siguiente. Parecía que había pasado una eternidad desde la fiesta de disfraces, pero la humillación aún seguía fresca. Agradecí tener que llevar camisa de manga larga; al menos minimizaba el impacto del vendaje en mi brazo izquierdo. Mi madre se había convertido en la Guardiana de las Pastillas, y aquella mañana me había dado mi dosis de Tylenol con codeína antes de que me fuera al colegio. Me dolía todo, pero no me la tomé, y tampoco tenía ninguna intención de comenzar aún con el Zyprexa. Necesitaba que mi mente estuviera despejada.

Cuando entré en el aula de inglés, Noah ya estaba allí. Nuestras miradas se cruzaron durante un segundo antes de que yo bajara la vista y pasase a su lado sin decirle nada. Tenía que preguntarle por *Mabel* (¿hacía solo una semana que la habíamos llevado al veterinario?) y pensar cómo iba a hacer para presentarme con ella de golpe y porrazo ante mis padres, después de todo lo que había sucedido. Pero no sabía cómo abordar el tema con Noah, cómo hablarle después de la fiesta. Me senté en un pupitre al otro extremo de la clase, pero él se puso en pie, me siguió y fue a sentarse justo detrás de mí. Cuando la señorita Leib comenzó su explicación, me sorprendí dando golpecitos con el lápiz en la mesa. Noah hizo crujir sus nudillos a mi espalda, cosa que me puso nerviosísima.

Cuando tocó el timbre, me escabullí entre mis compañeros, ansiosa por llegar al aula de álgebra, por primera vez en mi vida. Noah volvía locas a las chicas, y yo ya estaba loca. Tenía que conseguir que se me pasara. Tenía que apartarlo de mi mente. Como Jamie había dicho de forma tan atinada, yo ya tenía bastantes problemas.

Sentí tal alivio cuando vi a Jamie en clase de álgebra que probablemente hasta sonreí. Enseñando dientes y todo. Pero mi destello de buen humor no duró mucho; Noah me dio alcance en cuanto sonó el timbre.

–Hola –saludó al llegar a mi lado con una elegante zancada.

–Hola.

Mantuve la mirada al frente. Pregúntale por la perra. Pregúntale por la perra. Intenté que me salieran las palabras, pero en lugar de hacerlo apreté los dientes.

–*Mabel* está un poco pachucha –dijo Noah con voz tranquila.

Se me cayó el alma a los pies y frené mi paso durante una fracción de segundo.

–¿Se va a poner bien?

–Creo que sí, pero probablemente lo mejor será que se quede con nosotros una temporada. Así mi madre podrá cuidarla –dijo mientras se pasaba la mano por la nuca–. ¿Te importa?

–No –dije, y me cambié la bandolera de hombro de camino a la siguiente clase–. Probablemente sea lo mejor.

–Quería preguntarte... –comenzó a decir Noah, y luego se llevó la mano a la cabeza y se puso a jugar con sus mechones–. Mi madre quiere saber si podemos quedarnos con *Mabel*. Se ha encariñado con ella.

Giré la cabeza para mirarlo. O no se había fijado en mi vendaje o estaba pasando de todo. Parecía indiferente. Distante. Sus palabras no encajaban con su tono de voz.

–Quiero decir, es tu perra –dijo–, haremos lo que tú decidas...

–Me parece bien –corté. Recordé el modo en que *Mabel* se había acurrucado contra su pecho cuando

la llevaba en brazos. Estaría mejor con él. Sin lugar a dudas—. Dile a tu madre que por mí vale.

—Iba a preguntártelo cuando te vi en la fiesta, pero te marchaste.

—Tenía que irme a otro sitio —dije evitando su mirada.

—Ya. ¿Qué te pasa? —me preguntó sin el más mínimo tono de interés.

—Nada —respondí.

—No te creo.

—No me importa. —Mentira.

—Vale. Pues comamos juntos —dijo con toda tranquilidad.

Hice una pausa mientras me debatía entre el sí y el no.

—No —dije al final.

—¿Por qué no?

—He quedado para estudiar —dije. Con un poco de suerte, Jamie me haría el favor.

—¿Con quién?

—¿Por qué te importa tanto? —pregunté en tono de burla. Para el interés que mostraba, podíamos estar hablando de física molecular.

—Eso mismo estoy empezando a preguntarme —dijo Noah, y se alejó. Sin mirar atrás.

Genial.

En clase de plástica dibujé mi mano vendada, aunque en realidad se suponía que teníamos que hacer rostros. Y cuando llegó la hora de comer, preferí la soledad en lugar de buscar a Jamie. Saqué el plátano que había traído, lo pelé y le di un mordisco tranquilamente mientras dejaba que la delicada pulpa se deshiciese entre los dientes de camino hacia mi taquilla. Me alegré de no ver a Noah por allí. Me sentí incluso aliviada mientras dejaba unos libros y cogía otros.

Hasta que vi la nota.

Doblada de manera que podía introducirse por la rendija de la taquilla, coronando inocentemente mi torre de libros. Una hoja de papel grueso con mi nombre escrito.

Papel blanco luminoso, libre de ácidos.

Papel de cuaderno de dibujo.

Desdoblé la nota y reconocí al instante uno de los dibujos que había hecho de Noah. En la otra cara ponía simplemente:

TENGO UNA COSA QUE TE PERTENECE. ESPÉRAME JUNTO A LAS
MÁQUINAS DISPENSADORAS A LA HORA DE COMER SI QUIERES
QUE TE LA DEVUELVA.

Noté cómo una oleada de calor abrasaba mi piel. ¿Me había robado Noah el cuaderno de dibujo? Me sorprendí de mi furia repentina. Jamás le había dado un puñetazo a nadie, pero para todo había una primera vez. Rubriqué mi pensamiento con un sonoro portazo al cerrar la taquilla.

No recuerdo cómo bajé las escaleras. En un momento dado estaba junto a mi taquilla y al minuto siguiente estaba doblando la esquina que había justo antes de las máquinas expendedoras. Y luego me asaltó una idea horrible: ¿y si no era Noah? ¿Y si era otra persona? Como por ejemplo... oh, no. Como por ejemplo Anna. Me la imaginé presa de un ataque de risa mientras enseñaba mis dibujos de Noah a sus amigos.

Y en efecto, cuando llegué, Anna me estaba esperando con aire de suficiencia y satisfacción, y un

gesto desdeñoso en su estereotípicamente bonito rostro. Flanqueada por Aiden, me cortó el paso regodeándose en la situación y mostrando una expresión de superioridad.

Cuando los vi allí, estaba segura de que sería capaz de manejar la situación. Podía imaginar la sarta de gilipolleces que me iba a decir.

Lo que no esperaba era ver a docenas de alumnos congregados para presenciar el espectáculo de aquel choque de trenes.

Y lo que provocó que una especie de chillido desgarrador me recorriese la espina dorsal fue ver a Noah, rodeado de una corte de admiradores de ambos sexos.

En aquel momento, la magnitud de las maquinaciones de Anna ultrajó mi mente. Se me revolvió el estómago cuando de repente todo encajó; por qué estaba allí todo el mundo, por qué estaba allí Noah. Anna había comenzado a montar aquel circo de tres pistas desde la primera vez que Noah me había hablado el día que llegué. Y ahora, lo único que necesitaba para meterse por completo en su papel de maestra de ceremonias era un sombrero de copa y un monóculo. Oh, Anna. Te había infravalorado. Todos los ojos estaban clavados en mí. Me tocaba mover ficha. Si es que quería jugar.

Mis ojos recorrieron el montón de alumnos mientras seguía allí parada y pensaba. Finalmente, me limité a mirar a Anna y con ello la reté a que hablase. Quien habla primero, pierde. No me defraudó.

—¿Buscabas esto? —preguntó con voz cantarina y tono inocente mientras blandía mi cuaderno de dibujo.

Alargué el brazo para cogerlo, pero ella lo apartó con brusquedad.

—Calientapollas —mascullé.

Anna fingió escandalizarse.

—Bueno, bueno, Mara. ¡Vaya vocabulario! Lo único que estoy haciendo es devolver un objeto perdido a su legítima dueña. Porque tú eres la legítima dueña, ¿no? —dijo a la vez que abría el cuaderno para ver la parte interior de la tapa—. «Mara Dyer» —leyó en voz alta—, esa eres tú —añadió con énfasis al tiempo que rubricaba sus palabras con un mohín de superioridad; yo no dije nada—. Aiden tuvo la amabilidad de recogerlo cuando te lo dejaste olvidado en clase de álgebra.

Aiden sonrió en perfecta sincronía.

Debió de quitármelo de la bolsa.

—En realidad lo robó.

—Me temo que no, Mara. Debiste de dejártelo allí por no andar con cuidado.

Ahora que había creado el ambiente idóneo, comenzó a hojear mi cuaderno. Si pegaba a Anna, Aiden se lo quedaría y yo no podría impedir que Noah viese lo que había dibujado. Y, seamos sinceros, jamás le había puesto la mano encima a nadie. Tampoco podía decir nada para minimizar el daño. Los bocetos eran tan fieles a la realidad, imágenes plasmadas con tal veneración, que dejarían en evidencia mi enamoramiento obsesivo en el mismo momento en que los viese. La humillación sería absoluta, y ella lo sabía.

El sonrojo de la derrota asomó a mis mejillas y se extendió a la garganta y hasta a las clavículas. No podía hacer otra cosa más que dejar que me desollaran virtualmente y quedarme inmóvil, despellejada ante todo el colegio hasta que Anna se emborrachara con su sobredosis de crueldad.

Y recoger mi cuaderno cuando todo terminara. Porque era mío, y lo iba a recuperar.

No quise ver la cara de Noah cuando Anna por fin llegó a la página donde él aparecía por primera

vez. Verlo sonreír o poner un mohín de suficiencia o reírse o hacer un gesto burlón con los ojos me desarmaría, y no quería llorar delante de ellos. Así que clavé los ojos en el rostro de Anna y contemplé cómo se estremecía de perversa satisfacción mientras avanzaba hacia él con el cuaderno en la mano. El grupo se apartó y deshizo el semicírculo para convertirse en una cuña cuyo vértice era Noah.

—¿Noah? —llamó con un gorgorito.

—Anna —respondió él sin expresión.

Ella comenzó a pasar las hojas una a una y percibí cómo los susurros se convertían en murmullos y oí una risa cantarina que provenía de la parte más alejada de la zona de las mesas de picnic, pero enseguida se desvaneció. Anna pasó las páginas despacio para conseguir un mayor efecto y, como una diabólica maestra de escuela, sostuvo el cuaderno en alto, en el ángulo adecuado para que el grupo lo viese de la mejor manera posible. Todos querían disfrutar de una apreciación larga y abochornante de mi vergüenza.

—Este se parece muchísimo a ti —le dijo a Noah mientras se apretaba contra su cuerpo.

—Mi chica tiene talento —contestó Noah.

Mi corazón dejó de latir.

El corazón de Anna dejó de latir.

El corazón de todo el mundo dejó de latir. El zumbido de un mosquito solitario habría resultado obsceno en medio de aquel silencio.

—Qué gilipollez —acertó a murmurar Anna, pero en un tono lo suficientemente alto como para que todo el mundo lo oyese. No se había movido ni un centímetro.

Noah se encogió de hombros.

—Soy un cabrón engreído, y Mara satisface mi vanidad. —Tras una pausa, añadió—: Me alegro de que el otro cuaderno no haya caído en tus ávidas y pequeñas garras. Ese sí que habría resultado comprometedor.

Sus labios se curvaron dibujando una sonrisa pícaro cuando se deslizó al suelo desde lo alto de la mesa donde estaba sentado.

—Y ahora déjame en paz de una puñetera vez —dijo flemático a una Anna estupefacta y boquiabierta mientras la apartaba para abrirse paso y le arrebató el cuaderno de las manos.

Y se acercó a mí.

—Vámonos —indicó con dulzura cuando llegó a mi lado. Su cuerpo rozó mi hombro y mi brazo con aire protector. Y entonces extendió la mano hacia mí.

Quise cogerla y quise escupir a Anna a la cara y quise besarla y quise darle a Aiden un rodillazo en la entrepierna. Al final se impuso la corrección, y rogué con todas mis fuerzas a cada uno de mis nervios que respondiesen a la señal que estaba enviándoles mi cerebro, y puse mis dedos sobre los suyos. Una corriente fluyó desde las yemas de los dedos hasta el hueco vacío donde antes estaba mi estómago.

Y de esa manera tan simple, pasé a ser completa, total y enteramente SUYA.

Ninguno de los dos habló hasta que nos encontramos a una distancia prudencial para que el grupo de confundidos y perplejos estudiantes no nos oyera ni nos viera. Estábamos junto a un banco al lado de la pista de baloncesto cuando Noah se detuvo y por fin soltó mi mano. Noté un vacío en la mía; pero apenas tuve tiempo para procesar la pérdida.

–¿Estás bien? –me preguntó con delicadeza.

Asentí con la mirada fija en un punto lejano. Tenía la lengua entumecida.

–¿Estás segura?

Volví a asentir.

–¿Completamente?

Lo fulminé con la mirada.

–Estoy perfectamente –dije.

–Esa es mi chica.

–Yo no soy tu chica –dije, con peor intención de la que pretendía transmitir.

–Vale, de acuerdo –dijo Noah, y me miró con curiosidad; alzó una ceja–. En cuanto a eso.

No supe qué decir, así que no dije nada.

–Yo te gusto –dijo tras la pausa–. Yo te gusto, te gusto. –Estaba intentando no sonreír.

–No. Te odio –respondí, con la esperanza de que al decirlo se convirtiera en realidad.

–Ya, y sin embargo, me dibujas. –Noah no había abandonado su aire de suficiencia, impertérrito ante mi declaración. Aquello era una tortura; peor aun que lo que acababa de ocurrir; aunque ahora estuviésemos los dos solos. O quizá precisamente porque ahora estábamos los dos solos–. ¿Por qué?

–¿Por qué qué?

¿Qué podía decir? Noah, a pesar de que seas un imbécil, o quizá porque lo eres, me gustaría arrancarte la ropa y ser la madre de tus hijos. Venga ya.

–Por qué todo –prosiguió–. Empieza por explicarme por qué me odias. Y luego sigue hasta que llegues a la parte de los dibujos.

–En realidad no te odio.

–Lo sé.

–Entonces, ¿por qué me lo preguntas?

–Porque quería que lo confesaras –dijo con una media sonrisa.

–Pues ya está –dije, desarmada–. ¿Hemos terminado?

–Eres la persona más desagradecida que existe sobre la tierra –meditó en voz alta.

–Tienes razón –dije en tono frío–. Gracias por rescatarme. Me tengo que ir.

Eché a andar.

–No tan rápido. –Noah me sujetó por la muñeca sana. La asió con suavidad y yo me giré. Mi corazón latía a una velocidad vertiginosa–. Seguimos teniendo un problema.

Lo miré sin comprender. Aún sostenía mi muñeca y el contacto interfería con el buen funcionamiento de mi cerebro.

–Todos creen que salimos juntos–dijo Noah.

Ah. Noah necesitaba saber cómo salir del paso. Naturalmente; en realidad, no salíamos juntos. Yo solo era... Ni siquiera sabía lo que era para él. Bajé la vista mientras escarbaba en la gravilla del camino con la puntera de mi zapatilla como una niña huraña mientras intentaba que se me ocurriera algo que decir.

–Dile a tus amigos el lunes que me has dejado –dije al fin.

Noah me soltó la muñeca con expresión de genuina perplejidad.

–¿Cómo?

–Si les dices que rompimos el fin de semana todo el mundo terminará olvidándose de esto. Diles que era demasiado absorbente –contesté.

Noah alzó ligeramente las cejas.

–Eso no es exactamente lo que yo tenía pensado.

–Vale –dije, también muy perpleja–. Me amoldaré a lo que tú quieras decir, ¿te parece?

–Domingo.

–¿Cómo?

–Quiero el domingo. Mis padres tienen no sé qué evento el sábado, pero el domingo estoy libre.

No entendía.

–¿Y?

–Y tú vas a pasar el día conmigo.

Aquello no era lo que yo esperaba.

–Ah, ¿sí?

–Sí. Me lo debes –dijo.

Y tenía razón: se lo debía. Noah no habría tenido que mover un solo dedo para convertir en realidad el sueño de Anna y mi pesadilla; podía haberse quedado allí sentado, encogerse de hombros y limitarse a mirar. Habría sido suficiente para que mi humillación a ojos de todo el colegio fuese completa.

Pero no lo hizo. Me había salvado, y no entendía por qué.

–¿Sirve de algo que te pregunte qué me vas a obligar a hacer el domingo?

–La verdad es que no.

Vale.

–¿Sirve de algo que te pregunte qué me vas a hacer?

Sonrió con malicia.

–La verdad es que no.

Fabuloso.

–¿Algo para lo que haga falta utilizar una palabra de seguridad?

–Eso dependerá enteramente de ti. –Noah estaba peligrosamente cerca, a solo unos centímetros. Unas cuantas pecas habían desaparecido entre la pelusilla de su mentón–. Me comportaré con delicadeza –añadió.

Se me cortó la respiración cuando me miró desde el marco de aquellas pestañas y con ello me fulminó.

Lo miré con los ojos entrecerrados.

–Eres malo.

Como única respuesta, Noah sonrió y levantó el dedo para darme un toquecillo suave en la punta de la nariz.

–Y tú eres mía –dijo, y se fue.

Al terminar las clases, Daniel me estaba esperando junto a la verja de atrás. Cambió de hombro su sobrecargada mochila.

–Vaya, vaya. Mira por dónde viene la comidilla del lugar.

–¿Corren rápido las noticias por aquí o qué? –pregunté, y al hacerlo me di cuenta de cómo se me quedaban mirando varios alumnos de Croyden mientras nos dirigíamos al coche.

–Todo lo contrario, hermanita. No me enteré del enfrentamiento en el recinto de las mesas de picnic hasta media hora después de que terminara –dijo cuando llegamos al coche–. ¿Me lo vas a contar?

Solté una carcajada mientras abría la puerta y me sentaba en mi asiento.

–No.

Daniel hizo lo propio medio segundo después.

–Con que Noah Shaw, ¿eh?

–He dicho que no.

–¿Cuándo ocurrió?

–No significa «no».

–No creerás que en casa te van a dejar salir con ese tipo sin mi ayuda, ¿verdad?

–Aun así, no.

Daniel salió del aparcamiento.

–Algo me dice que terminarás por cambiar de opinión –dijo, y se pasó todo el camino a casa con la vista puesta en la carretera y una sonrisa en los labios. Qué impertinente.

Cuando aparcó en el camino de entrada, salí del coche como una bala, y a punto estuve de no ver a nuestro hermano pequeño, que estaba agachado entre los arbustos que separaban nuestro jardín del de los vecinos. Daniel ya había entrado en la casa.

Me acerqué a Joseph. A pesar de lo del día anterior, parecía encontrarse bien. Como si lo del hospital no hubiese ocurrido nunca. Quería asegurarme de que así era.

–Hola –saludé mientras me dirigía hacia él–. Eh, ¿qué...?

El gato negro al que estaba acariciando me lanzó una mirada asesina con sus ojos amarillos y soltó un bufido. Di un paso atrás.

Joseph apartó la mano y se giró, todavía agachado.

–La estás asustando.

Alcé las manos como pidiendo disculpas.

–Lo siento. ¿Vas a entrar?

El gato emitió un ligero maullido y a continuación salió disparado. Mi hermano se puso en pie y se limpió las manos con la camisa.

–Ahora sí.

Cuando entré, dejé mi bolsa sobre la mesa de la entrada, sin hacer caso del crujido de un objeto no identificado que se intuía dentro de la lona, y fui a la cocina. Sonó el teléfono y Joseph se lanzó a por él.

–Residencia Dyer –contestó todo formal–. Un momento, por favor –dijo mientras cubría el micrófono con la mano; estaba muerto de risa–. Mara, es para ti. Y es un chiiiiicoooo –anunció con voz burlona.

Alcé la vista en gesto de desesperación, pero no tenía ni idea de quién podía ser.

–Ya lo cojo en mi habitación –dije mientras a Joseph le entraba la risa floja. Horror.

Una vez fuera de su campo de visión, recorrí al trote el tramo de pasillo que quedaba hasta mi cuarto y cogí el teléfono.

–¿Sí?

–Hola –respondió Noah imitando mi acento americano. Pero habría reconocido esa voz en cualquier lugar.

–¿Cómo has conseguido mi número de teléfono? –le espeté con brusquedad antes de poder contenerme.

–Se llama investigación. –Reconocí su sonrisita de suficiencia al otro lado del teléfono.

–O acoso.

Noah se rio entre dientes.

–Eres adorable cuando estás de mala leche.

–Pues tú no –respondí, pero no pude evitar sonreír.

–¿A qué hora te recojo el domingo? ¿Y dónde vives exactamente?

No podía permitir que Noah conociese a mi familia. Me darían la tabarra hasta el fin de los tiempos.

–No es necesario que me recojas –contesté rápidamente.

–Teniendo en cuenta que no tienes ni idea de adónde vamos y que no tengo la menor intención de decírtelo, estoy seguro de que sí lo es.

–Podemos quedar en algún sitio del centro.

Noah parecía divertido.

–Prometo plancharme los pantalones antes de conocer a tu familia. Hasta compraré unas flores para la ocasión.

–No es eso –dije; quizá la sinceridad sería la mejor política–. Es que mi familia se va a pasar la vida metiéndose conmigo si vienes.

Los conocía demasiado bien.

–Enhorabuena... Acabas de conseguir que el plan resulte aún más apetecible. Dame tu dirección.

–Te odio más de lo que puedas llegar a imaginarte.

–No te molestes, Mara. Sabes que lo averiguaré de todos modos.

Suspiré, derrotada, y se la di.

–Estaré allí a las diez.

–Ah –dije sorprendida–. No sé por qué creí que era un plan para el día.

–Me parto contigo. A las diez de la mañana, querida.

–¿Es que no puede una chica dormir hasta tarde el fin de semana?

–Tú no duermes. Hasta el domingo, y no te pongas zapatos ridículos –dijo Noah, y colgó antes de que me diera tiempo a responder.

Me quedé allí de pie, mirando el auricular. Era irritante. Pero un cosquilleo nervioso recorrió mi estómago. Noah y yo. El domingo. Solos.

Mi madre asomó la cabeza en mi cuarto y habló, sobresaltándome.

–Hoy viene papá a cenar. ¿Me ayudas a poner la mesa? ¿O te duele mucho el brazo?

El brazo. Mi madre. ¿Me dejaría ir?

–Ahora mismo voy –dije mientras colgaba el teléfono. Parecía que al final sí que iba a necesitar la

ayuda de Daniel.

Salí al pasillo y me colé en su habitación. Estaba tumbado encima de la cama leyendo un libro.

–Hola –dije.

–Hola –contestó sin levantar la vista.

–Bueno, es que necesito tu ayuda.

–¿Para qué, si se puede saber?

Me lo iba a poner todo lo difícil que pudiese. Estupendo.

–He quedado con Noah para salir el domingo.

Se rio.

–Me alegra causarte tanta diversión.

–Lo siento, es que... es que estoy impresionado, eso es todo.

–Por Dios, Daniel, ¿tan horrenda soy?

–Ah, venga. No es eso. Estoy impresionado de que al final hayas dicho que sí. Eso es todo.

Puse gesto hosco y levanté el brazo.

–No creo que mamá quiera volver a perderme de vista.

Al oír estas palabras, Daniel finalmente me miró y alzó una ceja.

–Estaba cabreadísima el miércoles por la noche, pero ahora que tienes... bueno... relación con alguien, podría intentar hacer algún truco de magia. –Su sonrisa se hizo más amplia–. Si me cantas la historia entera.

Si alguien podía conseguir algo de mi madre, ese era Daniel.

–Vale. ¿Qué?

–¿Sabías que iba a ocurrir?

–El miércoles eché en falta el cuaderno de dibujo.

–Buen intento. ¿Y la parte donde Shaw anunció delante de prácticamente todo el colegio que lo habías utilizado como modelo para practicar tus desnudos?

Suspiré.

–Una completa sorpresa.

–Eso es lo que yo pensé cuando lo oí. En serio. Apenas has salido de casa... –No completó la frase, pero sin embargo oí las cosas que no dijo: Apenas has salido de casa excepto para huir de una fiesta, acudir a urgencias y visitar a una psiquiatra.

Interrumpí el incómodo silencio.

–Bueno, ¿me vas a ayudar o no?

Daniel inclinó la cabeza hacia un lado y sonrió.

–¿Te gusta?

Esto ya era insoportable.

–Vale, olvídalo.

Daniel se sentó en la cama.

–Vale, vale. Te ayudaré. Pero solo porque me siento culpable. –Se levantó y se acercó–. Debería haberte dicho lo del caso de papá.

–Bueno, pues ya estamos en paz –dije. Y sonreí–. Si me ayudas a poner la mesa.

–Bueno, ¿y a qué se debe esta ocasión especial? –pregunté a mi padre durante la cena aquella noche. Me dirigió una mirada interrogante—. Es que debe de ser como la tercera vez que vuelves a casa temprano desde que nos vinimos a vivir aquí.

–Ah –dijo, y sonrió—. Bueno, ha sido un buen día en el despacho. –Se metió en la boca un trozo de pollo al curry, y se lo tragó—. Resulta que mi cliente lo tiene muy fácil. La llamada testigo tiene por lo menos cien años. No se va a sostener ni clavada a una cruz.

Mi madre se levantó para traer más comida de la cocina.

–Vaya expresión, Marcus –dijo sin quitarme el ojo de encima. Yo mantuve una perfecta compostura.

–¿Y entonces qué quieres que diga? Lassiter tiene una coartada. Está muy arraigado en la comunidad. Es uno de los promotores inmobiliarios más respetados de Florida, ha donado cientos de miles de dólares a sociedades de protección del patrimonio...

–¿Y eso no es así como un poco paradójico? –Joseph metió baza en la conversación.

Daniel sonrió ante la salida de nuestro hermano pequeño, pero luego también se manifestó.

–Me parece que Joseph tiene razón. Quizá solo sea una fachada. A ver, ¿es un promotor y está dando dinero a los grupos que lo odian? Está claro que solo lo hace por aparentar, probablemente con eso se habrá ganado la buena voluntad de los miembros del jurado.

Decidí participar yo también, para guardar las apariencias.

–Estoy de acuerdo. Parece como si tuviese algo que ocultar.

Mi tono de voz fue lo suficientemente despreocupado. Mi madre incluso me hizo una señal de aprobación con el pulgar hacia arriba desde la cocina. Misión cumplida.

–Muy bien –dijo mi padre—. Sé reconocer un ataque en grupo. Pero no tiene gracia, chicos. Ese hombre va a ser juzgado por asesinato, y los indicios no demuestran nada.

–Pero papá, ¿tu trabajo no consiste precisamente en decir eso?

–Déjalo ya, Joseph. Díselo tú, papá –dijo Daniel a mi padre. Cuando este volvió la espalda, Daniel guiñó el ojo a nuestro hermano pequeño.

–Lo que a mí me gustaría saber –intervino mi madre cuando mi padre abrió la boca para replicar— es en qué universidad va a estudiar mi hijo mayor el curso que viene.

Y entonces fue Daniel quien quedó en el punto de mira. Se puso a enumerar diligentemente las universidades que creía que lo podían aceptar y yo desconecté y me serví un poco más de arroz basmati. Ya me había llevado un poco a la boca cuando me di cuenta de que algo resbalaba por las púas de mi tenedor. Algo pequeño. Algo blanco.

Algo que se movía.

Me quedé helada y dejé de masticar cuando bajé la vista y miré mi plato. Gusanos blancos serpenteaban por la porcelana, medio ahogados en curry. Me tapé la boca.

–¿Estás bien? –preguntó Daniel, y a continuación cogió arroz con el tenedor y se lo llevó a la boca.

Lo miré con los ojos como platos y la boca todavía llena, y después volví a mirar mi plato. No había gusanos. Solo arroz. Pero no fui capaz de tragar.

Me levanté de la mesa y caminé a paso normal hacia el pasillo. En cuanto doblé la esquina, corrí al cuarto de baño y escupí la comida. Me temblaban las rodillas y notaba el cuerpo húmedo y pegajoso. Me refresqué la cara, pálida y sudorosa, con agua fría, y me miré al espejo por puro instinto.

Jude estaba detrás de mí, vestido con la misma ropa que llevaba la última noche que lo vi y una

sonrisa completamente desprovista de afecto. Apenas podía respirar.

–Tienes que apartar este lugar de tu mente –dijo, justo antes de que yo me girase hacia el inodoro para vomitar.

El sonido del despertador en domingo me dio un susto de muerte. No recordaba cómo me había quedado dormida. Aún tenía puesta la ropa del día anterior.

Es que estaba agotada. Y quizá algo nerviosa por mi cita con Noah. Quizá. Un poco. Centré mi atención en el armario y sopesé mis opciones.

Falda no. Vestido aún menos. O sea, que tendría que llevar vaqueros. Saqué un par muy desgastado, saqué una de mis camisetas favoritas del chifonier y me la puse a toda prisa.

Me latía el corazón aceleradamente en contraste con los movimientos parsimoniosos del resto de mi cuerpo cuando me dirigí a la cocina aquella mañana, como si no pasara nada. Porque no pasaba nada.

Cuando entré, mi madre estaba metiendo unas rebanadas de pan en el tostador.

–Buenos días, mamá.

Mi voz sonaba tranquila. Me concedí una ovación a mí misma.

–Buenos días, cariño. –Sonrió y sacó un filtro para la cafetera–. Qué temprano te has levantado hoy. – Se apartó un mechón de pelo y lo sujetó detrás de la oreja.

–Sí.

Me había levantado temprano. Y ella no sabía por qué. Llevaba desde el miércoles pensando en la manera de sacar el tema de mis no-planes para el domingo, pero mi mente seguía en blanco. Y ahora Noah estaba a punto de llegar.

–¿Algún plan para hoy?

Era el momento.

–Sí, la verdad es que sí. –Con naturalidad. Nada de darle importancia.

–¿Qué vas a hacer? –Andaba revolviendo en las alacenas y no le veía la cara.

–En realidad no lo sé.

Y era cierto; no lo sabía, aunque eso no sea lo que los padres en general quieran escuchar. Mis padres en particular, no. Mi madre en particular, no.

–Ya, ¿y con quién vas a salir? –preguntó. Si aún no se mostraba suspicaz, empezaría a hacerlo inmediatamente.

–Con un chico del colegio... –Mi voz se fue desinflando mientras me preparaba para el tercer grado.

–¿Quieres llevarte mi coche?

¿Qué?

–¿Mara?

Parpadeé.

–Perdona. Creí que había dicho ¿qué? ¿Qué?

–Te he preguntado si te quieres llevar el Acura. Hoy no lo voy a necesitar, y no has tomado codeína.

Daniel debía de haber cumplido su parte del trato. Tendría que preguntarle cómo se las había arreglado.

Decidí no sacar a mi madre de su error y no confesarle que llevaba varios días sin tomar codeína. Aún me dolía la quemadura, aunque el dolor había disminuido un poco desde el viernes. Y no tenía tan mal aspecto como yo me temía cuando me miraba levantando cuidadosamente el vendaje. El médico de urgencias me dijo que probablemente me quedaría una cicatriz, pero parecía que las ampollas se estaban

curando bien. De momento, sin problema.

–Gracias, mamá, eres muy... pero en realidad va a venir él a recogerme. Estará aquí dentro de... –
Miré el reloj. Mierda–. Cinco minutos.

Mi madre se giró para mirarme sorprendida.

–Me gustaría que me hubieras avisado con un poco más de antelación –dijo mientras se miraba en el cristal de la puerta del microondas.

–Estás estupenda, mamá. Lo más probable es que no haga más que tocar la bocina o algo así. –Me sentí tentada de echarme yo también una mirada rápida en el cristal del microondas, pero no quería arriesgarme a ver en el cristal una imagen que no fuese la mía. En vez de hacerlo, me serví un vaso de zumo de naranja y me senté a la mesa de la cocina–. ¿Está papá en casa?

–No. Se ha ido al despacho. ¿Por qué?

Porque eso significa que habrá una persona menos presenciando mi inminente humillación. Pero antes de poder encontrarle a este pensamiento una expresión aceptable, Daniel entró en la cocina con paso tranquilo. Se estiró cuan largo era, con las yemas de sus dedos apuntando al techo.

–Hola, madre –dijo, y la besó en la mejilla antes de dirigirse a la nevera–. ¿Algún plan para hoy, Mara? –preguntó con la cabeza hundida entre las cosas que había en el frigorífico.

–Cállate –respondí, pero sin mala intención.

–No te metas con ella, Daniel –dijo mi madre.

Tres golpes en la puerta de entrada anunciaron la llegada de Noah.

Daniel y yo nos miramos durante medio segundo. Luego me levanté de la mesa como un rayo y él cerró la nevera de un portazo. Ambos echamos a correr hacia el vestíbulo. Daniel fue el primero en llegar. El muy cabrito. Mi madre venía detrás de mí en plan fisgón.

Daniel abrió la puerta hasta el fondo. Allí estaba Noah, merecedor de una ovación, con vaqueros oscuros y una camiseta, y derrochando su atractivo desaliñado por todos los poros.

Y además traía flores. Mi rostro dudaba entre palidecer o sonrojarse.

–Buenas –saludó Noah al tiempo que nos dedicaba una sonrisa radiante a los tres–. Soy Noah Shaw –dijo mientras miraba por encima de mi hombro; ofreció el ramo de lirios a mi madre, que avanzó hasta ponerse delante de mí para recibirlo. Era un ramo precioso. Noah tenía buen gusto–. Es un placer conocerla, señora Dyer.

–Pasa, Noah –respondió ella muy efusiva–. Puedes llamarme Indi.

Yo me quería morir. Los hombros de Daniel temblaban por la risa contenida.

Noah entró en casa y sonrió a mi hermano.

–Tú debes de ser Daniel.

–Exactamente. Encantado de conocerte –dijo mi hermano.

Era una muerte lenta y dolorosa.

–Siéntate, por favor, Noah. –Mi madre señaló los sofás de la sala de estar–. Voy a poner las flores en agua.

Vi una oportunidad y me aferré a ella.

–Bueno, la verdad es que creo que deberíamos...

–Encantado, gracias –dijo Noah. Intentó sin éxito contener una sonrisa de suficiencia, mientras Daniel lo miraba con ojos de felino a punto de saltar sobre un canario. Entraron los dos en la sala. Daniel se

sentó en un sillón con exceso de relleno mientras que Noah se acomodó en uno de los sofás. Yo preferí quedarme de pie.

–Bueno, entonces, ¿qué vas a hacer hoy con mi hermana pequeña? –preguntó Daniel. Yo cerré los ojos como quien acepta su derrota.

–Me temo que no puedo estropear la sorpresa –dijo Noah–. Pero os prometo que os la devolveré intacta.

Sus palabras escondían algo. Daniel soltó una risa socarrona y luego cambiaron de tema. Me pareció que hablaban de música, pero no estaba segura. Estaba demasiado absorta tratando de ahogar mi bochorno como para poner demasiada atención, cuando mi madre salió de la cocina, entró en la sala y pasó por delante de mí con total naturalidad para sentarse justo enfrente de Noah.

–¿Y de qué parte de Londres sois? –preguntó.

La mañana parecía estar colmada de sorpresas. ¿Cómo sabía de qué parte de Inglaterra era Noah? Me quedé mirando a mi madre.

–Del Soho –respondió Noah–. ¿Has estado allí?

Mi madre asintió con la cabeza al tiempo que Joseph entraba en la sala con paso perezoso y en pijama.

–Mi madre vivió en Londres antes de venirse a Estados Unidos –explicó–. Cuando era pequeña solíamos ir todos los años. –Hizo que Joseph se acercara al sofá que estaba junto al suyo y dijo con una sonrisa–: Por cierto, este es mi pequeñín.

Noah sonrió a mi hermano pequeño.

–Noah –se presentó.

–Joseph –contestó él, y extendió la mano para estrechar la suya.

Mi madre y Noah se pusieron a charlar como viejos camaradas sobre la Madre Patria, y yo me movía nerviosa y me apoyaba alternativamente sobre un pie y otro mientras esperaba a que decidiesen terminar la conversación.

Mi madre fue la primera en levantarse.

–Me alegro mucho de haberte conocido, Noah. De verdad. Tienes que venir a cenar algún día –dijo antes de que yo pudiese hacer nada por evitarlo.

–Me encantaría; si Mara está de acuerdo.

Cuatro pares de cejas se alzaron expectantes.

–Claro. Algún día –dije, y abrí la puerta.

Noah puso una sonrisa asimétrica.

–Lo estoy deseando –dijo–. Ha sido un verdadero placer, Indi. Daniel, tenemos que hablar. Y Joseph, encantado de conocerte.

–¡Espera! –Mi hermano pequeño se levantó del sofá como impulsado por un resorte y corrió a su cuarto. Volvió con su móvil en la mano–. ¿Cuál es tu número de teléfono? –preguntó a Noah.

Noah pareció sorprenderse, pero de todos modos se lo dio.

–Joseph, ¿qué haces? –pregunté.

–Estoy ampliando mis contactos –contestó mi hermano, concentrado en el móvil; luego levantó la vista y su cara se iluminó con una sonrisa–. Vale; agregado.

Mi madre sonrió a Noah cuando este salió de la casa detrás de mí.

–¡Pasadlo bien! –dijo mientras nos dirigíamos al coche.

–Adiós, mamá, volveré... más tarde.

–Espera, Mara –me dijo mi madre tras avanzar unos pasos. Noah levantó la vista, pero cuando mi madre me llevó aparte, siguió caminando hacia su coche y nos dejó solas.

Mamá extendió la mano. Sobre ella había una pastillita blanca y redonda.

–¡Mamá! –rezongué entre dientes.

–Me quedo más tranquila si te la tomas.

–La doctora Maillard dijo que no me hacía falta –dije mientras le echaba una mirada furtiva a Noah, que estaba junto al coche y miraba hacia otro lado.

–Lo sé, cariño, pero...

–Vale, vale –susurré, y la cogí. Noah estaba esperando y no quería que lo viera. Era un chantaje de lo más atroz.

–Tómatela ahora, por favor.

Me metí la pastilla en la boca y la escondí debajo de la lengua mientras fingía que me la tragaba. Abrí la boca.

–Gracias –dijo con una sonrisa triste. No respondí y eché a andar hacia el coche. Cuando oí el sonido de la puerta al cerrarse, me saqué la pastilla de la boca y la tiré al suelo. No había decidido no tomar fármacos, pero tampoco quería que nadie me obligase.

–¿La típica charleta de antes de una cita? –preguntó Noah cuando se acercó a abrirme la puerta. Me pregunté si habría visto la entrega de la pastilla. Si lo vio, no lo parecía.

–No es una de esas citas –dije–. Pero hiciste una buena representación ahí dentro. Ni siquiera me has preguntado a qué hora iba a volver.

Noah sonrió.

–Me alegro de que te haya gustado. –Echó un vistazo a mi ropa e hizo un gesto de aprobación–. Vas bien.

–Eres un arrogante de mierda.

–Y tú tienes la boca muy sucia.

–¿Te molesta? –Sonreí, encantada con la perspectiva de que fuese cierto.

Noah sonrió a su vez y cerró la puerta de mi lado.

–Ni lo más mínimo.

Esperaba que Noah encendiese un cigarrillo nada más arrancar. Pero en vez de hacerlo, me pasó un vaso de plástico lleno de café helado.

–Gracias –dije algo sorprendida. Aparentemente, tenía la cantidad justa de leche. Tomé un sorbo. Y de azúcar–. Bueno, ¿y cuánto vamos a tardar en llegar? ¿Y adónde?

Noah alzó su vaso de café y sacó la pajita que había en él con la boca. Los músculos de sus mandíbulas se tensaron al morderla. Yo no podía apartar los ojos de su rostro.

–Primero vamos a hacer una parada para ver a una amiga –contestó.

A una amiga. No sonaba nada siniestro, e intenté con todas mis fuerzas no dejarme llevar por ninguna paranoia. Pero una parte de mí se preguntaba si me estaba tendiendo una trampa para hacerme algo. Algo aún peor que lo que Anna había planeado. Tragué saliva con dificultad.

Noah encendió su iPod con una mano mientras sujetaba el volante con la otra.

–«Aleluya» –dije.

–¿Qué?

–Este tema. Me encanta esta versión.

–¿En serio? –Se sorprendió de un modo que resultaba casi insultante–. No me parece tu estilo.

–¿Ah, no? ¿Y cuál es mi estilo?

–Te tenía por una fan secreta del pop.

–Bésame el culo.

–Si no me queda más remedio...

La canción terminó y empezó a sonar un tema de música clásica. Alargué el brazo hacia el iPod.

–¿Puedo? –Noah sacudió la cabeza fingiendo una decepción exagerada, pero de todas maneras me hizo un gesto para que lo cogiera–. Tranquilo, no pensaba cambiarla, solo quiero ver lo que tienes.

Eché un vistazo a la lista de reproducción; Noah tenía un gusto excelente, pero monótono. El mío era mucho más variado. Sonreí de satisfacción.

Noah alzó una ceja.

–¿A qué viene esa sonrisita de suficiencia?

–Soy más completa que tú.

–No es posible. Eres americana –dijo–. Y si es cierto, será únicamente porque te gusta la mierda.

–¿Cómo es posible que tengas amigos, Noah?

–Esa pregunta me la hago yo a diario. –Mordisqueó la pajita de plástico.

–En serio. Curiosidad de una mente inquisitiva.

Noah frunció el ceño, pero siguió con la vista al frente.

–Creo que no tengo ninguno.

–Casi me engañas.

–Eso no resultaría difícil.

Aquello me dolió.

–Vete a la mierda –dije en voz baja.

–Ya estoy en ella –dijo Noah con voz pausada mientras se sacaba la pajita de la boca y la tiraba al suelo.

–¿Entonces por qué haces esto? –pregunté con cuidado de mantener la voz firme e inexpresiva, pero mi mente visualizó una imagen de mí misma en un baile de graduación cubierta de sangre de cerdo.

–Quiero enseñarte una cosa.

Giré la cabeza y me puse a mirar por la ventanilla. No tenía idea de qué Noah iba a ser cada día, o qué demonios, cada minuto.

A nuestro alrededor y sobre nuestras cabezas se sucedían numerosos y difíciles pasos elevados, y el único paisaje de esta parte de la I-95 estaba formado por descomunales monstruos de hormigón. Íbamos en dirección sur, y Noah y yo permanecemos en silencio buena parte del camino.

En un momento dado, el paisaje urbano dio paso al océano, que flanqueaba ambos lados de la autopista. Esta se estrechó y pasó a tener dos carriles en cada dirección en lugar de cuatro, y ante nosotros apareció un puente alto y empinado.

Muy alto. Muy empinado.

Subimos tras la caravana de luces de freno rojas que remontaban lentamente el paso elevado delante de nosotros. Se me cerró la garganta. Me aferré al salpicadero con la mano que tenía vendada mientras el dolor pugnaba por gritar bajo mi piel al tiempo que intentaba no mirar al frente ni a los lados, donde el agua color turquesa y el horizonte de Miami empequeñecían hasta desaparecer.

Noah colocó su mano sobre la mía. Con extrema delicadeza. Sin apenas tocarme.

Pero la sentí.

Incliné la cabeza para ver su rostro, y esbozó una media sonrisa, siempre con la vista al frente. Contagiosa. Yo también sonreí. Como respuesta, Noah entrelazó mis dedos vendados, que seguían pegados al salpicadero, en los suyos. Estaba demasiado absorta pensando en que tenía su mano sobre la mía como para sentir dolor alguno.

–¿Tienes miedo de algo? –pregunté.

Su sonrisa se desvaneció. Regresó el Noah hermético. Asintió con la cabeza una sola vez.

–¿Y bien? –insistí—. Yo te acabo de mostrar mi miedo...

–Me da miedo la falsedad.

Respuesta facilona. Aparté la vista. Ni siquiera fue capaz de corresponder. Ninguno de los dos habló durante unos minutos. Pero luego...

–Me da miedo ser falso. Vacío –dijo Noah sin expresión en su voz. Soltó los dedos y la palma de su mano descansó sobre la mía durante unos segundos. Me cabía la mano entera en la suya. Puse la mía encima y entrelacé mis dedos con los suyos sin ser consciente de lo que estaba haciendo.

Pero entonces fui consciente de lo que estaba haciendo. Me dio un vuelco el corazón. Observé el rostro de Noah en busca de algo, quizá de una señal; sinceramente, no sabía qué buscaba.

Pero no había nada en él. Su expresión era dulce, su frente lisa y sin arrugas. Impertérrita. Y nuestros dedos volvían a estar entrelazados. No sabía si los míos estaban reteniendo los suyos contra su voluntad ni si los de él estaban simplemente descansando, ni si...

–No hay nada que ambicione. No hay nada que pueda hacer. No hay nada que me importe. Soy un impostor, en todos los aspectos. Un actor que interpreta su propia vida.

Su arranque de sinceridad me dejó helada. No tenía ni idea de qué decir, así que no dije nada.

Retiró la mano de debajo de la mía y señaló una enorme cúpula dorada al otro lado del agua.

–Ese es el Seaquarium de Miami.

Seguí sin decir nada.

Noah rebuscó en el bolsillo con su mano libre. Sacó un cigarrillo, le dio unos golpecitos sobre la mano, lo encendió y expulsó el humo por la nariz.

–Deberíamos ir.

Quería llevarme de vuelta a casa. Y ante mi gran sorpresa, yo no lo deseaba.

–Noah, yo...

–Al Seaquarium. Tienen una ballena asesina.

–Ah...

–Se llama *Lolita*.

–Eso es...

–¿Perverso?

–Sí.

–Lo sé.

Y volvió a reinar el silencio incómodo. Salimos de la autovía en dirección contraria al Seaquarium, y la avenida describió una curva y nos condujo a una barriada muy bulliciosa llena de «cajas» de estuco –unas casitas todas iguales– de color melocotón, amarillo, naranja y rosa con barrotes en las ventanas. Todo estaba escrito en español: cada letrero, cada anuncio en los escaparates. Pero incluso cuando los miraba sentía la presencia de Noah a mi lado, a solo unos centímetros, esperando que dijese algo. Así que hablé.

–¿Y has visto a... Eeh... *Lolita*?

–No, qué va.

–¿Y entonces cómo sabes de su existencia?

Se pasó los dedos por el pelo y unos mechones le cayeron sobre los ojos y brillaron a la luz del sol de media mañana.

–Mi madre es una especie de activista por los derechos de los animales.

–Ya, típica veterinaria.

–No, ya desde antes. Estudió veterinaria precisamente por ese rollo de los animales. Y es mucho más que eso.

Fruncí el ceño.

–No creo que sea posible hablar de forma más abstracta.

–Es que no sé cómo describirlo, sinceramente.

–¿Liberar animales y esas movidas?

Me pregunté si la madre de Noah le habría hecho a alguien la jugarreta de robarle el perro como yo había hecho con *Mabel*.

–Algo así, pero no lo que estás pensando.

Ja.

–¿Entonces qué?

–¿Has oído hablar del Frente de Liberación Animal?

–¿No son esos los que liberan a los monos de laboratorio y propagan ese virus que convierte a la gente en zombis...?

–Creo que eso es una película.

–Vale.

–Pero esa es la idea.

Intenté imaginarme a la doctora Shaw cubierta con un pasamontañas liberando animales de laboratorio.

–Me cae bien tu madre.

Noah esbozó una leve sonrisa.

–Sus días de activista por la libertad de los simios terminaron cuando se casó con mi padre. Su familia política no lo aprobaba –explicó con una solemnidad burlona–. Pero sigue apoyando económicamente a esos grupos. Cuando nos mudamos aquí, se puso furiosa con lo de *Lolita* y organizó varias campañas para recaudar fondos e intentar conseguir dinero suficiente para construir un acuario más grande.

–¿Y qué pasó? –pregunté mientras Noah daba una larga calada al cigarrillo.

–Los muy cabrones subieron el precio una y otra vez sin garantías de que en realidad fueran a construirlo –dijo Noah mientras echaba el humo por la nariz–. De todos modos, y debido a mi padre, creo que ahora lo único que hace son donaciones. A veces he visto los sobres con franqueo pagado entre el correo.

Noah tomó una desviación a la derecha y miré por la ventanilla por puro instinto. No había prestado ninguna atención al paisaje (después de todo, estaba a solo unos centímetros de Noah), pero en aquel momento me di cuenta de que en algún punto del trayecto, North Cuba se había transformado en East Hampton. La luz del sol se filtraba entre las hojas de los enormes árboles que flanqueaban ambos lados de la calle y dibujaban manchas en nuestros rostros y manos a través del cristal del parabrisas y el techo solar. Las casas eran experimentos desmedidos; cada una de ellas era más ostentosa y más extravagante que la siguiente, y no había ningún tipo de uniformidad armónica entre ellas. Lo único que la casa moderna y acristalada de un lado de la calle tenía en común con la de enfrente, una majestuosa mansión victoriana, era el tamaño. Eran palacios.

–¿Noah? –pregunté suavemente.

–¿Sí?

–¿Adónde vamos?

–No pienso decírtelo.

–¿Y quién es esa amiga?

–No pienso decírtelo. –Luego, un segundo después–. No te preocupes, te va a caer bien.

Miré las rodilleras hechas jirones de mis vaqueros y mis zapatillas de deporte desgastadas.

–Me siento ridículamente mal vestida para un *brunch* dominical. Solo es un comentario.

–A ella no le importará –dijo mientras se pasaba los dedos por el pelo–. Y además estás perfecta.

Una sucesión de palmeras se alineaba a cada lado de la estrecha calle, y el océano se dejaba ver de manera intermitente por los huecos que se abrían entre casa y casa. Cuando llegamos al final del callejón, un enorme portalón de hierro se abrió automáticamente para dejarnos pasar. Había una cámara de vigilancia sobre la entrada. El día se iba poniendo cada vez más misterioso.

–Y... ¿a qué se dedica esta persona exactamente?

–Se la podría describir como una dama ociosa.

–Tiene sentido. Si te puedes permitir el lujo de vivir aquí probablemente no tengas que trabajar.

–No, probablemente no.

Pasamos junto a una enorme y ostentosa fuente en el centro del jardín de entrada; un griego musculoso y casi desnudo rodeaba con sus brazos la cintura de una chica que saltaba hacia el cielo. Los brazos de ella se transformaban en ramas y vertían chorros de agua que se veía pálida y dorada a la luz del sol. Noah atravesó el jardín hasta llegar a la puerta de la casa, donde esperaba un hombre vestido con traje.

–Buenos días, señor Shaw –dijo el hombre al tiempo que saludaba con una inclinación de cabeza, para luego dirigirse a la puerta del acompañante con intención de abrirla.

–Buenos días, Albert. Ya lo hago yo.

Noah salió del coche y abrió mi puerta. Le lancé una mirada interrogativa con los ojos entornados, pero la evitó.

–Debes de venir por aquí muy a menudo –dije con prudencia.

–Sí.

Albert abrió la puerta de la casa y Noah entró tan campante.

A pesar del lujo extravagante del jardín: la fuente, el camino de entrada y la verja de entrada, nada, nada podría haberme preparado para lo que me esperaba en el interior de la mansión. A cada lado se alzaban columnas y arcos que componían una doble balconada. Las suelas de mis Converse chirriaron sobre los dibujos del impecable suelo de mármol, y en el centro del patio interior nos dio la bienvenida otra fuente, también de inspiración griega, que representaba a tres mujeres que portaban vasijas de agua. La grandiosidad del lugar resultaba impactante.

–Es imposible que alguien viva aquí –dije para mí.

Noah me oyó.

–¿Por qué?

–Porque esto no es una casa. Es como... un decorado. Para una película sobre la mafia. O para una boda hortera. O para... *Annie*.

Noah inclinó la cabeza hacia un lado.

–Un análisis mordaz a la par que certero. Pero por desgracia me temo que aquí sí vive gente.

Se dirigió con toda naturalidad hacia el otro extremo del patio interior y giró hacia la izquierda. Lo seguí, asombrada y con los ojos como platos, y entramos en un vestíbulo igualmente gigantesco. No me fijé en el pequeño relámpago negro y peludo que corría en mi dirección hasta que estuvo a unos pasos de mis piernas. Noah lo levantó en el aire con un movimiento rápido justo cuando iba a saltar sobre mí.

–Oye, sinvergüenza –dijo Noah al perro, que no dejaba de gruñir–. Pórtate bien.

Miré a Noah y levanté una ceja.

–Mara, ven a saludar a *Ruby*.

Aquella bola de sebo peluda que no paraba de moverse, se estiró buscando mi yugular, pero Noah la mantuvo a distancia. El morro aplastado de la perrilla faldera solo conseguía magnificar su ruidosa furia. Resultaba molesto y cómico al mismo tiempo.

–Es... una monada –dije.

–¿Noah?

Me giré y vi a la madre de Noah a poco más de cincuenta metros de nosotros, descalza e impecablemente vestida de lino blanco.

–Creí que ibas a pasar el día fuera.

¿Pasar el día fuera?

–Me olvidé las llaves como un idiota.

Se olvidó las llaves... allí.

Fue entonces cuando me fijé en el perro color beis que intentaba esconderse detrás de las piernas de la doctora Shaw.

–¿Esa es...? –Mi mirada pasó del perro a Noah. En su cara se dibujó una amplia sonrisa.

–¡*Mabel*! –la llamó en voz alta. Como respuesta, la perra gimió y dio un paso atrás para ocultarse mejor tras la tela del vestido de la doctora Shaw.

–Ven aquí, preciosa.

Volvió a oírse un gemido como única respuesta. Sin apartar la mirada de la perra, dijo:

–Mamá, ¿te acuerdas de Mara? –Noah movió la cabeza en mi dirección mientras se agachaba e intentaba atraer a la perra.

–Claro –dijo ella con una sonrisa–. ¿Qué tal estás?

–Bien –respondí, pero estaba demasiado absorta en la escena que se estaba desarrollando ante mis ojos como para prestar la debida atención. La perrilla salvaje. El terror de *Mabel*. Y el hecho de que Noah vivía allí. Allí.

Se acercó a su madre y se inclinó para acariciar a *Mabel*, con *Ruby* aún forcejeando para escaparse de su otro brazo. *Mabel* movió el rabo y al hacerlo golpeó las piernas de la doctora Shaw. Era increíble lo que había mejorado en poco más de una semana. Aún se le marcaban los huesos del lomo y la pelvis bajo la piel, pero ya estaba comenzando a engordar un poquito. Y su pelaje tenía un aspecto asombrosamente saludable. Impresionante.

–¿Te la puedes llevar de aquí? –dijo Noah mientras ofrecía a *Ruby* a su madre para que la cogiera; ella extendió los brazos inmediatamente–. Ya que tenía que volver a pasar por casa, me pareció una buena idea que Mara y *Mabel* se reencontraron mientras estábamos aquí.

Mabel no estaba muy dispuesta a ser incluida en el plan, y la doctora Shaw pareció darse cuenta.

–¿Por qué no me llevo a las dos para arriba mientras vosotros...?

–Es el follón que monta *Ruby* lo que pone nerviosa a *Mabel*. Llévate a nos quedaremos tranquilos. –Noah se agachó para acariciar a *Mabel*.

La doctora Shaw se encogió de hombros.

–Me alegro de haberte visto de nuevo, Mara.

–Igualmente –dije con voz pausada mientras salía.

Noah levantó a *Mabel* como en una jugada de fútbol americano antes de que tuviese tiempo para salir

disparada detrás de la doctora Shaw. La pobre perra pataleó como si estuviese accionando una rueda de molino invisible. La imagen de la gata negra y el bufido que había soltado apareció en mi mente como un fogonazo.

«La estás asustando», había dicho Joseph.

Mabel también estaba asustada. Por mi culpa.

Casi no podía respirar. No tenía sentido pensar aquello. ¿Por qué iba a tenerme miedo? Eran paranoias mías. La estaría asustando cualquier otra cosa. Intenté que no se notase el disgusto en la voz cuando hablé.

–Quizá tenga razón tu madre, Noah.

–No le pasa nada. Ha sido *Ruby* la que la ha puesto nerviosa.

Mabel tenía los ojos desorbitados cuando Noah la trajo en brazos a donde yo me encontraba. Me miró estupefacto.

–¿Qué has hecho, bañarte en orina de leopardo antes de salir de casa esta mañana?

–Sí. Orina de leopardo. Jamás salgo de casa sin ella.

Mabel gemía y aullaba y forcejeaba para escaparse de los brazos de Noah.

–Está bien –dijo al fin–. Misión abortada.

Dejó a *Mabel* en el suelo y la observó salir del vestíbulo corriendo con dificultad y haciendo un ruidito sordo con las pezuñas sobre el suelo de mármol.

–Probablemente no se acuerda de ti –dijo Noah, que continuaba mirando a *Mabel*.

Bajé la vista.

–Seguro que es por eso –dije. No quería que Noah viese lo afligida que me sentía.

–Muy bien –dijo finalmente. Se levantó del suelo y me observó.

Deseé con todas mis fuerzas no sonrojarme ante su mirada.

–Muy bien. –Tocaba ya cambiar de tema–. Eres un mentiroso embustero que solo cuenta mentiras.

–¿Ah, sí?

Miré a nuestro alrededor, al techo altísimo y las amplias balconadas.

–Mantuviste todo esto en secreto.

–Nada de eso. Es que tú no me preguntaste.

–¿Y cómo iba a sospecharlo? Vistes como un vagabundo.

Al oír esto, se asomó una sonrisa burlona al rostro de Noah.

–¿No sabes que no se debe juzgar un libro por su cubierta?

–Si hubiera sabido que hoy era el Día de los Refranes Facilonos, me habría quedado en casa. –Me froté la frente y moví la cabeza–. No me puedo creer que no me dijese nada.

Los ojos de Noah me miraban retadores.

–¿Como qué?

–Pues no sé. Como «Mara, quizá quieras maquillarte un poco y ponerte tacones el domingo, porque te voy a llevar al palacio de mi familia en Miami Beach». Algo así.

Noah entrelazó sus dedos, alzó los brazos sobre la cabeza y estiró su flexible cuerpo cuan largo era. Se le subió la camiseta, que dejó al descubierto un trozo de vientre y el elástico de los calzoncillos que sobresalía por encima de la cintura de los vaqueros. De botones, me fijé.

Buena jugada.

–Primero, no necesitas maquillaje –dijo mientras yo hacía un gesto exagerado y ponía los ojos en

blanco—. Segundo, no aguantarías ni una hora en tacones en el sitio a donde vamos. Lo cual me recuerda que tengo que coger las llaves.

—Ah, es verdad, las llaves misteriosas.

—¿Vas a pasarte todo el día en ese plan? Creí que estábamos empezando a hacer progresos.

—Lo siento. Solo me he puesto un poco nerviosa por el ataque de la perrita y por el terror de *Mabel*.

Y por el hecho de que vivas en el Taj Mahal.

—Tonterías. El Taj Mahal solo mide diecisiete metros cuadrados. Esta casa tiene más de dos mil trescientos.

Lo miré sin comprender.

—Era una broma —dijo.

Lo miré sin comprender.

—Vale, no era una broma. Vámonos ya, ¿vale?

—Usted primero, mi señor.

Noah dejó escapar un suspiro exagerado mientras echaba a andar hacia una enorme escalera con un pasamanos primorosamente tallado. Subí tras él y, algo azorada, disfruté de la vista. Pero no de la vista de la casa: Noah llevaba unos vaqueros flojos que apenas se sostenían sobre sus caderas.

Cuando llegamos a lo alto de la escalera, Noah se metió por un largo pasillo que había a la izquierda. Las lujosas alfombras orientales amortiguaban nuestros pasos, y mis ojos captaban cada detalle de las pinturas al óleo que colgaban de las paredes. Finalmente, Noah se detuvo delante de una puerta de madera reluciente. Alargó la mano para abrirla, pero oímos el sonido de un portazo a nuestras espaldas y nos dimos la vuelta.

—¿Noah? —preguntó una voz soñolienta. Femenina.

—Hola, Katie.

A pesar de tener el rostro surcado por las arrugas de la almohada, la chica, que me resultaba familiar, era impresionante. Parecía como si hubiese venido de otro mundo, allí de pie, vestida con un conjunto de pantalón corto y camiseta lencera, recién levantada del país de las hadas. Sin el traje y los *flashes* de las luces del club, observé con toda claridad que compartía la belleza celestial de Noah. Tenía el pelo del mismo color miel oscuro, aunque más largo; las puntas rozaban el encaje del extremo inferior de la camiseta. Abrió sorprendida sus ojos azules cuando nuestras miradas se cruzaron.

—No sabía que tenías compañía —le dijo a Noah, reprimiendo una sonrisa.

Él la fulminó con la mirada y luego se volvió hacia mí.

—Mara, esta es mi hermana Katie.

—Kate —lo corrigió ella, y luego me dirigió una mirada cómplice—. Buenos días.

Apenas fui capaz de saludar con algo más que una inclinación de cabeza. En aquel momento una vivaracha animadora rubia daba volteretas dentro de mi corazón. Su hermana. ¡Su hermana!

—En realidad, ya es casi mediodía —dijo Noah.

Kate se encogió de hombros y bostezó.

—Bueno, me alegro de conocerte, Mara —dijo, y me guiñó el ojo antes de bajar la escalera.

—Yo también —logré articular. Mi corazón estaba montando un verdadero escándalo.

Noah abrió la puerta e intenté recobrar la compostura. Aquello no cambiaba nada. Nada en absoluto. Noah Shaw seguía siendo un putero, un gilipollas, y por desgracia seguíamos jugando en ligas distintas.

Ese era mi mantra interior, el que repetía una y otra vez hasta que Noah ladeó la cabeza y habló.

—¿No vas a pasar?

Sí. Iba a pasar.

La habitación de Noah me sorprendió. Una cama con una base baja de madera dominaba el centro del dormitorio, pero aparte de eso apenas había muebles, excepto un escritorio largo abatible que pasaba casi desapercibido empotrado en un hueco de la pared. No había pósteres. Ni cesta para la ropa sucia. Solo una guitarra descansaba en un lado de la cama. Y los libros.

Hileras e hileras de libros que cubrían unas estanterías empotradas que se extendían desde el suelo hasta el techo. La luz del sol entraba a raudales por las enormes ventanas con vistas a Cayo Vizcaíno.

Nunca me había imaginado cómo sería la habitación de Noah, pero si lo hubiera hecho, no me habría imaginado nada parecido. Era preciosa, desde luego. Pero tan... desnuda. Como si nadie la habitase. Me paseé por el cuarto, acariciando con los dedos algunos de los lomos de los libros mientras caminaba.

–Bienvenida a la colección privada de Noah Shaw – dijo.

Pasé la vista por todos los títulos.

–No los habrás leído todos.

–Aún no.

Se me escapó una sonrisa burlona.

–O sea, que es una táctica de caza.

–¿Cómo dices? –Percibí un tono divertido en su voz.

–Libros para presumir –dije sin mirarlo–. En realidad no los lees, solo los tienes aquí para impresionar a tus... invitadas.

–Qué mala idea tienes, Mara Dyer –dijo, de pie en el centro de la habitación. Noté que sus ojos me seguían, y me gustó la sensación.

–¿Me equivoco? –pregunté.

–Te equivocas.

–Muy bien –dije, y cogí un libro de la estantería al azar: *Maurice*, de E. M. Forster. ¿De qué trata? Venga, dímelo.

Noah me habló de su protagonista gay, que asistía a la universidad de Cambridge en la Inglaterra de principios del siglo xx. No lo creí, pero yo no lo había leído, así que continué.

–¿Y *Retrato del artista adolescente*?

Noah se tiró de bruces encima de la cama, fingiendo un tono de voz afectado mientras exponía otra sinopsis. Recorrí con los ojos la extensión de por lo menos mil millas de su espalda y sentí en los pies el gusanillo de un repentino impulso de acercarme y tumbarme a su lado. Pero en lugar de hacerlo, cogí otro libro sin leer antes el título del lomo.

–*Ulises* –dije en voz alta.

Noah negó con la cabeza, la cara hundida en la almohada.

Satisfecha, sonreí para mí, volví a dejar el libro en su sitio y cogí otro. No tenía cubierta, así que leí el título en la portada.

–*El placer de...* mierda –leí para mí el título completo de aquel libro gordo y anodino y me di cuenta de que me había puesto colorada.

Noah se giró para apoyarse de costado y dijo con seriedad fingida:

–No he leído *El placer de la mierda*. Debe de ser asqueroso. –Yo me puse aún más colorada–. Sin

embargo, sí he leído *El placer del sexo* –prosiguió con una sonrisa maliciosa que le transformaba la expresión–. Ya hace algún tiempo, pero creo que es uno de esos clásicos que se releen varias veces.

–Ya no me gusta este juego –dije mientras colocaba el libro en su sitio.

Noah se puso de pie junto a la cama, cerca de la guitarra acústica que se apoyaba sobre una funda cubierta de pegatinas. Hizo tintinar las llaves.

–Venga, ya podemos irnos. Puedes volver y someterme a un duro interrogatorio sobre el contenido de mi biblioteca en otra ocasión –dijo sin perder la sonrisa–. ¿Tienes hambre?

La verdad es que sí, y asentí con la cabeza. Noah se acercó a un intercomunicador perfectamente camuflado y apretó el botón de llamada.

–Si le vas ordenar a un criado que traiga algo de comer, me voy.

–Quería asegurarme de que Albert no había movido el coche.

–Ah, ya. Albert, el mayordomo.

–En realidad es un aparcacoches.

–Eso, tú arréglalo.

Noah no hizo caso y echó una ojeada al reloj que había junto a la cama.

–La verdad es que ya teníamos que estar allí; quiero que tengas tiempo para disfrutar de todo como es debido. Pero podemos parar por el camino y hacer una visita a Mireya.

–¿Otra amiga?

–Un restaurante. Cubano. El mejor.

Al llegar al coche, Albert sonrió cuando Noah abrió la puerta de mi lado. Cuando perdimos de vista la mansión, reuní el coraje suficiente para acribillar a Noah con las preguntas que me rondaban en la cabeza tras conocer sus activos. Los económicos.

–¿Quiénes sois?

–¿Sois?

–Muy agudo. Tu familia. Supuestamente, las únicas personas que viven aquí son jugadores de baloncesto y viejas glorias del pop.

–Mi padre tiene una empresa.

–Aaaaah, vale –dije–. ¿Qué tipo de empresa?

–Biotecnología.

–¿Y dónde estaba Papá Millonetis esta mañana?

La cara de Noah se quedó sorprendentemente inexpresiva.

–No lo sé, ni me importa –dijo tranquilamente. Mantuvo la mirada fija en la carretera–. No tenemos mucho... contacto –añadió.

–Está claro. –Esperé a que me diese una respuesta, pero en vez de hacerlo se puso las gafas de sol y ocultó sus ojos; momento de cambiar de tema–. ¿Y cómo es que tu madre no tiene acento británico?

–No tiene acento inglés porque es americana.

–¡Oh, Dios mío, no me digas!, ¿en serio? –dije en tono de burla. Miré el perfil de Noah y vi que sonreía.

Hizo una pausa antes de continuar hablando:

–Es de Massachusetts. Y en realidad no es mi madre biológica.

Me miró de reojo, expectante ante mi reacción. Yo mantuve la expresión impertérrita. No sabía gran

cosa de Noah, aparte de sus comentadas actividades extracurriculares. Pero entonces me di cuenta de que quería saber más. Cuando me recogió aquella mañana no tenía ni idea de qué debía esperar, y hasta cierto punto seguía sin tenerla. Pero ya no pensaba que podía tratarse de un plan perverso, y ello aumentó mi curiosidad.

–Mi madre murió cuando yo tenía cinco años y Katie iba a cumplir cuatro.

La revelación me hizo perder el hilo de mis pensamientos. Y me hizo sentir como una gilipollas, después de sacar no uno, sino dos temas de conversación delicados.

–Lo siento –dije con voz débil.

–Gracias –dijo con la mirada puesta en la luminosa carretera que se extendía ante nosotros–. Fue hace tanto tiempo que no me acuerdo mucho de ella –dijo, pero se había puesto tenso.

Durante un minuto permaneció en silencio, y me pregunté si yo debería decir algo. Pero luego recordé cómo todo el mundo se había acercado a decirme cómo sentían la muerte de Rachel y lo poco que a mí me apetecía oírlos. Simplemente, no había nada que decir.

Noah me sorprendió cuando continuó hablando.

–Antes de morir mi madre, ella, mi padre y Ruth –hizo un gesto con la cabeza hacia atrás, como señalando la casa– eran muy amigos. Ruth estudió el bachillerato en Inglaterra y así fue como se conocieron, y siguieron siendo amigos en Cambridge, montando follones y organizando protestas.

Levanté las cejas en gesto de asombro.

–Ruth me contó que mi madre era la más... entusiasta. Se encadenaba a los árboles, irrumpía en los departamentos de ciencias de la universidad, liberaba animales de laboratorio y cosas así –dijo Noah mientras se llevaba un cigarrillo a la boca–. Los tres continuaron sus correrías juntos, algo incomprensible, conociendo a mi padre y, de alguna manera, convenció a mi madre de que se casara con él. –El cigarrillo colgaba de sus labios mientras hablaba, y atraía mi mirada como un imán–. Cuando aún estaban estudiando. Como un acto supremo de rebelión o algo parecido.

Encendió el cigarro, abrió la ventanilla y dio una calada. Su cara permaneció completamente impasible tras las gafas de sol mientras hablaba.

–Mis abuelos no se mostraron demasiado entusiasmados. Pertenecen a una familia de mucho dinero desde hace generaciones; mi madre nunca les había caído demasiado bien y les parecía que mi padre estaba arruinando su futuro. Etcétera, etcétera. Pero se casaron de todos modos. Mi madrastra volvió a Estados Unidos a estudiar veterinaria y mis padres se dedicaron a *la vie bohème* durante una temporada. Cuando tuvieron hijos, mis abuelos se las prometieron muy felices. Katie y yo nacimos tan seguidos que creo que tenían la esperanza de que mi madre cogería la baja de maternidad y dejaría a un lado la desobediencia civil. –Noah alfombró con la ceniza del cigarrillo el tramo de carretera que dejábamos atrás–. Pero mi madre no dejó su actividad frenética. Lo que hacía era llevarnos con ella allá donde fuese. Hasta que murió. La apuñalaron.

Dios mío.

–Durante una protesta.

Jesús.

–Aquel día hizo que mi padre se quedara en casa con Katie, pero yo estaba con ella. Había cumplido cinco años unos días antes, pero no me acuerdo de nada. En realidad, tampoco me acuerdo mucho de ella. Mi padre ni siquiera quiere mencionar su nombre, y se pone hecho una furia si alguien lo hace en su presencia –dijo Noah sin alterar su tono de voz.

Me había quedado sin palabras. La madre de Noah había muerto... La habían asesinado... y Noah estaba allí cuando ocurrió.

Noah expulsó el humo por la nariz, que formó una nube a su alrededor antes de escapar por la ventanilla. Hacía un día precioso, soleado y sin una nube. Pero por mí podía haber hasta un huracán. En un instante, a mis ojos Noah se había convertido en alguien totalmente distinto. Estaba como hipnotizada.

—Ruth volvió a Inglaterra cuando se enteró de lo de mi madre. Hace mucho tiempo, me contó que después de su muerte, mi padre no era capaz de hacer nada. No era capaz de cuidarnos, no era capaz de cuidar de sí mismo. Literalmente, un desastre; por supuesto, todo esto ocurrió antes de vender su alma a los accionistas. Y ella se quedó, y se casaron, aunque él no la merece, aunque se había convertido en otra persona. Y aquí estamos ahora, una gran familia feliz.

Su expresión seguía siendo inescrutable tras las gafas de sol, y deseé poder verla. ¿Sabría alguien en el colegio lo de su madre? ¿Lo conocían de verdad? Y de pronto me vino a la cabeza que Noah no sabía lo que me había ocurrido a mí. Bajé la vista y me puse a jugar con los jirones de las rodilleras de mis vaqueros. Si se lo contaba ahora, parecería que estaba comparando tragedias, como si creyera que perder a tu mejor amiga era comparable a quedarse sin madre, cosa que no era cierta. Pero si no decía nada, ¿qué iba a pensar él?

—Yo... —comencé—. Yo ni siquiera...

—Gracias. —Me cortó muy seco—. No pasa nada.

—Sí, sí que pasa.

—No, no pasa —dijo con firmeza; se ajustó las gafas; su rostro seguía oculto—. Sin embargo, tener un padre que es un hacha en el mundo empresarial tiene sus ventajas.

Lo dijo en tono frívolo, así que yo le imité.

—¿Como que te regalen un coche al cumplir dieciséis años?

Noah puso una sonrisa traviesa.

—Katie tiene un Maserati.

Parpadeé.

—¿Qué me dices?

—Lo que oyes. Y ni siquiera tiene la edad legal para conducir.

Alcé las cejas.

—¿Y tu coche? ¿Es tu forma de rebelión adolescente o qué?

La boca de Noah se curvó para esbozar una leve sonrisa ladeada.

—Patético, ¿a que sí?

Lo dijo como sin darle importancia, pero su expresión ocultaba algo más. Había fruncido el ceño y yo me moría de ganas de poner mis manos sobre él y alisárselo.

—No creo —dije para contenerme—. Creo que es señal de valentía. Hay miles de cosas que se pueden comprar si se tiene mucho dinero. No hacerlo es... bastante ético.

Noah fingió horrorizarse.

—¿Acabas de llamarme ético?

—Creo que sí.

—«Qué poco sabe ella» —dijo, y subió el volumen de su iPod.

—¿Death Cab? —pregunté— ¿En serio?

–Pareces sorprendida.

–Jamás habría imaginado que te gustase.

–Es una de las pocas bandas modernas que me gustan.

–Voy a tener que ampliar tus gustos musicales –dije.

–Aún es pronto para amenazas –dijo Noah mientras tomaba una desviación para circular por una carretera estrecha y transitada. Se veía mucha gente muy animada disfrutando del buen tiempo. Noah aparcó justo cuando terminó la canción y dejé que me abriese la puerta. Ya empezaba a acostumbrarme. Atravesamos un parquecillo donde había un pequeño grupo de señores mayores sentados jugando al dominó. Había un mural grande y colorido pintado en una pared, y las mesas de juego estaban cubiertas con unas telas de rayas. Nunca había visto nada igual.

–Pero no significa nada, ¿sabes? –dijo Noah sin venir a cuento.

–¿El qué?

–El dinero.

Miré las tiendas y los coches que había a mi alrededor, la mayoría de ellos bastante viejos. El más nuevo debía de ser el de Noah.

–Me parece que tu punto de vista está algo condicionado, porque en realidad ya lo tienes.

Noah se detuvo y miró al frente.

–Es dinero seguro –dijo, y su voz adquirió un tono extraño–. Y mi padre no tiene que pasar tiempo con nosotros. –Pero entonces su tono se suavizó–. Aunque no me diese nada, ahí están todos los fondos de inversión de los que dispondré cuando cumpla dieciocho años.

–Qué bien. ¿Y cuándo será eso?

Noah comenzó a andar de nuevo.

–El veintiuno de diciembre.

–Me perdí tu cumpleaños. –Y sin saber por qué, me dio pena.

–Sí.

–¿Qué crees que harás con el dinero?

Noah sonrió.

–Convertirlo en monedas de oro y nadar en ellas. Pero antes. –Me agarró de la mano–. Vamos a comer.

La temperatura de mi cuerpo subió al notar su contacto cuando Noah me abrió la puerta para entrar en el bullicioso restaurante. De alguna manera, no parecía la misma persona que había conocido hacía dos semanas. Ni la misma que había venido a buscarme a casa por la mañana. Noah –el sarcástico, distante e intocable Noah– tenía sentimientos. Y ello lo hacía más real.

Me pregunté si lo sabría alguien más, pero disfruté durante unos breves instantes pensando que quizá yo fuese la única, hasta que el dueño del restaurante se aproximó para conducirnos a una mesa junto a la ventana. Pero entonces Noah me apretó la mano con fuerza. Lo miré. Había perdido el color en el rostro.

–¿Noah? –Había cerrado los ojos con los párpados muy apretados y comencé a asustarme sin saber por qué–. ¿Estás bien?

–Dame un minuto –dijo sin abrir los ojos; me soltó la mano–. Vuelvo ahora mismo.

Noah volvió sobre sus pasos y salió del restaurante. Algo aturdida, me senté a la mesa y me puse a examinar el menú. Pero tenía sed, y levanté la vista en busca de un camarero cuando lo vi.

A Jude.

Me miraba por debajo de la visera de su gorra. En medio de un grupo de gente que esperaba mesa.

Comenzó a andar hacia donde yo me encontraba.

Cerré los ojos con fuerza. No era real.

–¿Qué se siente al ser la chica más guapa de este lugar?

Me sobresalté al oír aquella voz con un fuerte acento. No era la de Noah. Y desde luego, tampoco la de Jude. Cuando abrí los ojos, vi a un chico de piel clara y pelo rubio de pie junto a mi mesa con expresión muy seria. Era guapísimo.

–¿Te importa si me siento? –preguntó mientras se deslizaba en la silla que había frente a mí. Aparentemente, no tenía intención de esperar mi respuesta.

Lo miré con los ojos entornados.

–En realidad no estoy sola –dije. ¿Dónde estaba Noah?

–¡Ah! ¿Un novio?

Hice una pausa antes de responder.

–Un amigo.

Su sonrisa se hizo más amplia.

–Es un idiota.

–¿Cómo?

–Si no es más que un amigo, es un idiota. Creo que yo no podría soportar no ser más que un amigo para ti. Por cierto, me llamo Alain.

Se me escapó un bufido. ¿Quién era aquel tío?

–Por suerte, Alan –dije, pronunciando mal su nombre a propósito–, no creo que eso vaya a ser un problema.

–¿No? ¿Y por qué?

–Porque ya te ibas –dijo Noah a mis espaldas. Me giré a medias y alcé la mirada. Noah estaba a pocos centímetros, ligeramente inclinado sobre mí. Por la posición de sus hombros era evidente que estaba en tensión.

Alain se levantó, rebuscó en el bolsillo de sus vaqueros y sacó un bolígrafo.

–Por si te hartas de tener solo amigos –dijo mientras garabateaba algo en una servilleta de papel–, aquí tienes mi número.

Lo deslizó sobre la superficie de la mesa en mi dirección. Noah extendió el brazo por encima de mi hombro y lo agarró.

Alain miró a Noah con los ojos entrecerrados.

–Puede tomar sus propias decisiones.

Noah permaneció inmóvil durante un segundo sin quitarle la vista de encima. Luego se relajó y sus ojos se iluminaron con cierto regodeo.

–Por supuesto que puede –dijo, y levantó una ceja–. ¿Y?

Miré a Alain.

–El sitio está ocupado.

Alain sonrió.

–Desde luego, lo está.

Noah se volvió hacia él con demasiada familiaridad y le dijo algo en francés; observé cómo la expresión de Alain se volvía aún más seria.

–¿Sigues queriendo sentarte con nosotros? –preguntó Noah, pero Alain ya se estaba marchando.

Noah se sentó en la silla que había quedado vacía de nuevo y sonrió.

–Turistas... –dijo mientras se encogía de hombros con indolencia.

Le lancé una mirada feroz, aunque no estaba alterada. De hecho, estaba muy tranquila. Sorprendentemente tranquila, para acabar de tener una alucinación. Me alegré de que Noah hubiese vuelto. Pero no podía dejar pasar aquello así como así.

–¿Qué le has dicho?

Noah abrió la carta y respondió mientras le echaba un vistazo.

–Lo suficiente.

Pero no me di por satisfecha.

–Si no me lo vas a decir, dame su número.

–Le dije que estabas en el instituto –dijo sin levantar la vista.

–¿Eso fue todo? –Me mostré escéptica.

Un atisbo de sonrisa se asomó a los labios de Noah.

–Más o menos. Pareces mayor y eso te puede traer problemas.

Mis cejas se levantaron como resortes.

–Mira quién va a hablar.

Puso un gesto de suficiencia y dejó la carta sobre la mesa. Luego se puso a mirar por la ventana. Distráido.

–¿Qué pasa?

Se giró hacia mí y forzó una sonrisa.

–Nada.

No le creí.

En aquel momento se acercó el camarero, y Noah me quitó la carta de las manos y se la entregó a él, para pedir la comida inmediatamente en español. El camarero desapareció en dirección a la cocina.

Lo fulminé con la mirada.

–Aún no había decidido.

–Confía en mí.

–Creo que no tengo alternativa. –Sus labios dibujaron una sonrisa pícaro; respiré hondo y, para tener la fiesta en paz, cambié de tema–. Así que español y francés, ¿eh?

Noah me respondió con una sonrisa arrogante y parsimoniosa. Tuve que esforzarme para no derretirme sobre el asiento forrado de plástico de la silla.

–¿Sabes algún otro idioma? –pregunté.

–¿De qué grado de fluidez estamos hablando?

–Del que sea.

El camarero volvió y trajo dos vasos helados vacíos junto a unas botellas oscuras. Nos sirvió el líquido color caramelo que contenían y se fue.

Noah bebió un sorbo antes de contestar. Luego dijo:

–Alemán, español, holandés, chino mandarín y, por supuesto, francés.

Impresionante.

–Di algo en alemán –rogué, y tomé un sorbo de la bebida. Era dulce, con un fuerte regustillo final a especias. No estaba muy segura de si me gustaba o no.

–*Scheide* –dijo Noah.

Decidí hacer otro intento con la bebida.

–¿Y qué significa? –pregunté, y bebí otro trago.

–Vagina.

Estuve a punto de atragantarme y me tapé la boca con la mano. Cuando me recuperé, volví a hablar.

–Qué bonito. ¿Eso es lo único que sabes?

–En alemán, holandés y mandarín, sí.

Moví la cabeza.

–¿Y por qué sabes decir «vagina» en todos los idiomas?

–Porque soy europeo, y por lo tanto soy más culto que tú –dijo mientras bebía otro trago e intentaba no sonreír. Antes de que pudiese darle una bofetada, el camarero nos trajo una cesta de lo que parecían láminas de plátano fritas, acompañadas de una salsa viscosa de color amarillo pálido.

–Mariquitas –dijo Noah–. Prueba una y me lo agradecerás.

Probé una. Y se lo agradecí. Eran saladas con un toque dulce, y el sabor intenso del ajo hizo que me picara la lengua.

–Dios mío, qué buenas están –dijo Noah–. Casi sería capaz de esnifarlas.

El camarero regresó y nos llenó la mesa de platos con distintas comidas. No fui capaz de identificar nada, excepto el arroz y las judías; lo que tenía una pinta más rara eran unas fuentes con unas bolas fritas y relucientes de masa, y un plato con una verdura blanca y carnosa bañada en salsa y cebolla. La señalé.

–Yuca –dijo Noah.

Señalé las bolas de masa.

–Plátanos machos fritos.

Señalé un cuenco lleno de lo que aparentaba ser un estofado, pero entonces Noah preguntó:

–¿Te vas a dedicar a señalarlo todo o a comer?

–Es que me gusta saber qué me meto en la boca antes de tragar.

Noah levantó una ceja y yo deseé poder enterrarme en un agujero y morirme allí.

Sorprendentemente, lo dejó pasar sin ensañarse con mi metedura de pata. Por el contrario, me explicó lo que era todo aquello a medida que me iba pasando las fuentes para que me sirviera. Cuando ya estaba llena a reventar, el camarero trajo la cuenta y se la presentó a Noah. Como una réplica de su gesto cuando Alain dejó su número encima de la mesa, deslicé la cuenta hacia mi lado de la mesa al tiempo que buscaba dinero en el bolsillo.

Una expresión de horror se apoderó del rostro de Noah.

–¿Qué vas a hacer?

–Voy a pagar mi comida.

–No entiendo –dijo Noah.

–Comer cuesta dinero.

–Genial. Pero eso no explica por qué crees que la vas a pagar tú.

–Porque puedo pagarme mi propia comida.

–Son diez dólares.

–Y fijate tú, no te lo vas a creer, pero resulta que tengo diez dólares.

–Y yo tengo una American Express negra.

–Noah...

–Por cierto, tienes una cosa ahí –dijo mientras se señalaba un punto de su mandíbula sin afeitar.

Qué horror.

–¿Dónde? ¿Aquí? –Saqué una servilleta del servilletero y froté la zona donde me parecía que podía estar apostado aquel inoportuno resto de comida. Noah negó con la cabeza y yo volví a frotar.

–Sigue ahí –dijo–. ¿Me permites?

Noah señaló el servilletero y se inclinó sobre la mesa hasta ponerse a la altura de mis ojos, listo para limpiarme la cara como si yo fuese un bebé de esos que lo ponen todo perdido al comer. Qué contrariedad. Miré hacia otro lado para soportar mejor la vergüenza, preparada para notar el tacto de la servilleta sobre mi piel.

Pero lo que sentí fue el tacto de sus dedos. Contuve la respiración y abrí los ojos, luego sacudí la cabeza. Qué bochorno.

–Gracias –dije en voz baja–. Soy una auténtica salvaje.

–Entonces supongo que voy a tener que pulirte –dijo Noah, y me di cuenta de que la cuenta había desaparecido.

Con una simple mirada a Noah comprendí que la tenía él. Muy hábil. Lo miré con los ojos entornados.

–Te diré que ya me habían prevenido contra ti.

Y con una media sonrisa que me desarmó, Noah dijo:

–Y sin embargo estás aquí.

Media hora más tarde, Noah llevó el coche hasta el Palacio de Congresos de Miami Beach y aparcó junto a la puerta. Justo encima de las palabras «PROHIBIDO APARCAR» pintadas sobre el asfalto. Le lancé una mirada escéptica.

–Ventajas de ser Bebé Millonetis –dijo.

Noah sacó las llaves del bolsillo y se dirigió a la puerta como si fuese el dueño del edificio. Qué demonios, probablemente lo era. El interior estaba oscuro como boca de lobo, y Noah buscó a tientas el interruptor y encendió las luces.

Las obras de arte me dejaron boquiabierta.

Las había por todas partes. Cubrían todas las superficies; hasta los suelos eran obras de arte, motivos geográficos pintados bajo nuestros pies. Había creaciones allá donde miraras. Esculturas, fotografías, grabados; todas y cada una de las disciplinas artísticas.

–Dios mío.

–¿Sí?

Le di un golpe con la mano en el brazo.

–Noah, ¿qué es esto?

–Una exposición organizada por un grupo en cuya directiva está mi madre –explicó–. Se exhiben obras de dos mil artistas, creo.

–¿Y dónde está todo el mundo?

–La exposición no se inaugura hasta dentro de cinco días. Solo estamos nosotros.

Me quedé sin habla. Me volví hacia Noah y lo miré boquiabierta. Se lo veía delirantemente satisfecho consigo mismo.

–Otra ventaja –dijo con una sonrisa.

Peregrinamos por aquel laberinto de galerías recorriendo en zigzag el inmenso espacio. No se parecía a nada que hubiera visto antes. Algunas de las salas eran obras de arte por sí mismas; paredes con incrustaciones de carpintería metálica, o totalmente entretejidas como un tapiz que te acogía en su interior.

Me acerqué a una pieza escultórica y me vi rodeada por un bosque de piezas muy altas. Parecían árboles o personas según el ángulo desde donde se mirasen, hechas de una combinación de cobre y níquel que se elevaban y superaban mi estatura. Me sorprendió su tamaño, y el tremendo esfuerzo que habría supuesto para el artista semejante creación. Y Noah me había llevado allí, sabiendo que me iba a gustar, y había organizado aquel día en mi honor. Quise correr hacia él y darle el abrazo más fuerte que hubiese recibido en su vida.

–¿Noah?

Mi voz rebotó contra las paredes formando un eco vacío. No contestó.

Me giré. No estaba allí. Mi euforia se desvaneció y dio paso a un zumbido sordo de temor. Me dirigí a la pared opuesta en busca de la salida y por primera vez me di cuenta de que me dolían las pantorrillas y los muslos. Debía de llevar un buen rato andando. El inmenso espacio amortiguó el sonido de mis pasos. En aquella pared no había ninguna salida.

Tenía que volver sobre mis pasos, e intenté recordar el recorrido. Al pasar junto a los árboles –¿o

eran personas? sentí cómo sus troncos deformes y sin rostro se retorcieron hacia mí y me seguían. Mantuve la mirada fija al frente, hasta cuando sus miembros se estiraron e intentaron atraparme. Porque no se estaban estirando. No se movían. No era real. Lo único que ocurría era que yo me había asustado y aquello no era real y quizá debería empezar a tomar las pastillas cuando volviera a casa.

Si es que volvía a casa.

Por supuesto, escapé del bosque de metal sana y salva, pero a continuación me vi rodeada de enormes fotografías de casas y edificios en distintos estados de decrepitud. Las imágenes ocupaban toda la altura de la pared, desde el suelo hasta el techo, y parecía como si estuviese caminando por una acera de verdad. La hiedra trepaba por las paredes de ladrillo, y los árboles se combaban e inclinaban sobre las estructuras; a veces llegaban a tragárselas por completo. Quizá también crecía hierba en el suelo de hormigón del Palacio de Congresos. Y en las fotos había gente. Tres personas con mochilas que saltaban una verja que rodeaba uno de los edificios. Rachel. Claire. Jude.

Parpadeé. No, no eran ellos. No había nadie. En la fotografía no salía ninguna persona.

El aire me agobiaba cada vez más y aceleré el paso, sintiendo fuertes latidos en las sienes y los pies doloridos; avancé a toda prisa entre las fotografías y doblé una de las esquinas para intentar encontrar la salida. Pero cuando giré, me topé de frente con otra foto.

Toneladas de escombros de ladrillo y hormigón estaban esparcidas por el terreno arbolado. Era una imagen de destrucción, como si un tornado hubiera golpeado un edificio y lo único que quedase de él fuese una montaña de escombros y la vaga sensación de que había gente atrapada debajo. Una sensación sobrecogedora; cada rayo de sol que se filtraba entre los árboles proyectaba una sombra nítida y distorsionada sobre el suelo cubierto de nieve.

Y entonces el polvo y los ladrillos y los haces de luz comenzaron a moverse. La oscuridad fue limitando mi campo de visión a medida que la nieve y la luz del sol perdían terreno dejando tras de sí una estela de hojas secas. El polvo comenzó a girar sobre sí mismo, formando un torbellino, y los ladrillos y los haces de luz se levantaron del suelo, comenzaron a volar y se arremolinaron. No era capaz de respirar, no era capaz de ver nada. Perdí el equilibrio y me caí, y al golpear contra el suelo, mis ojos se abrieron con la fuerza del impacto. Pero ya no estaba en el Palacio de Congresos.

Ya no estaba en Miami. Estaba junto al hospital psiquiátrico, al lado de Rachel y Claire y Jude.

ANTES

Rachel extendió el mapa que había sacado de internet y que mostraba un plano detallado de las instalaciones. Era enorme, pero practicable si se disponía del tiempo suficiente. El plan era entrar por la puerta del sótano, recorrer la zona de almacenes y luego subir a la planta principal, que nos llevaría a la inmensa cocina. Después, otra escalera nos conduciría a las habitaciones de los pacientes y a las salas de tratamiento del ala de los niños.

Rachel y Claire se mostraron eufóricas y muy excitadas cuando forzaron con una palanca la puerta del sótano, que se abrió con un chirrido quejumbroso. El departamento de Policía de Laurelton prácticamente había renunciado a asegurar el edificio y se habían limitado a colocar unos simples carteles de «EDIFICIO EN RUINAS», que hicieron las delicias de Rachel; estaba deseando escribir nuestros nombres en la pizarra de una de las salas de los pacientes. Allí estaban también los nombres de otros buscadores de emociones fuertes –o de idiotas, una de dos– que se habían atrevido a pasar la noche en el edificio.

Claire fue la primera en bajar los escalones. La luz de su cámara de vídeo proyectó sombras en el sótano. Yo debía de tener una expresión que revelaba el terror que sentía, porque Rachel me sonrió y me prometió una vez más que todo iba a salir bien. A continuación siguió los pasos de Claire.

Descendí tras ellas al nivel inferior del edificio y noté cómo Jude, detrás de mí, enganchaba un dedo en la trabilla de mis vaqueros. Sentí un escalofrío. El sótano estaba cubierto de escombros, y las paredes llenas de grietas y con la pintura desprendida. Del techo sobresalían tuberías expuestas y rotas, y había señales más que evidentes de una plaga de ratas. Mientras avanzábamos entre los restos de lo que debió de ser una hilera de alacenas, nuestras luces dejaban ver alguna que otra columna de vapor o niebla o lo que fuese, que intenté evitar en vano.

En la pared de enfrente de esa zona del sótano, una escalera completa, con una barandilla de madera carcomida, subía en espiral hacia la planta baja. En el primer descansillo, solo cinco peldaños más arriba, alguien había puesto un sillón de respaldo alto. Estaba apostado allí como una especie de centinela fantasmagórico para bloquear el acceso al segundo tramo de escalones. Clic. El *flash* de la cámara de Rachel se disparó al hacer la foto. Me estremecí aun con el abrigo puesto, y debieron de castañetearme los dientes porque oí a Claire protestar.

–Por Dios, ya está muerta de miedo y eso que ni siquiera hemos llegado a las salas de tratamiento.

Jude se apresuró a salir en mi defensa.

–Déjala en paz, Claire. Aquí abajo hace un frío de muerte.

Sus palabras la hicieron callar. Rachel apartó el sillón y el sonido que hizo al raspar la dura superficie me dio dentera. Subimos la escalera de caracol, que crujió bajo nuestro peso, y contuve la respiración durante el tiempo que duró el ascenso. Cuando llegamos al piso de arriba, estuve a punto de dejarme caer al suelo por el alivio. Nos encontrábamos en una enorme despensa. Claire abrió camino a patadas entre la porquería acumulada tras décadas de aislamiento, evitando con cuidado las partes donde la podredumbre del suelo de madera era más visible, mientras avanzaba hacia la cocina y la cafetería de la institución. Clic. Otra foto. Tuve sensación de vértigo mientras seguía a Rachel e imaginé a las

enfermeras y auxiliares de gesto adusto, repartiendo papilla entre los pacientes con babas y andares bamboleantes desde detrás del largo mostrador que se extendía de un lado a otro de la enorme estancia.

Un sistema de poleas impresionante e increíblemente grande anunció que habíamos entrado en el vestíbulo que conducía al primer piso de las habitaciones de los pacientes. Las palancas de control estaban a la derecha; las pesas macizas que hacían de contrapeso aún podían verse detrás del puesto de guardia de las enfermeras. Los cables del sistema ascendían hasta el techo, se prolongaban hasta el vestíbulo y se bifurcaban a la entrada de cada celda individual, para terminar en puertas de hierro de casi media tonelada. La página web advertía: «No manipulen el sistema de poleas». Un niño que había entrado solo a explorar había quedado atrapado en el lado equivocado. Encontraron su cuerpo seis meses después.

Por supuesto, a mí no me hacía falta la advertencia. Mi padre nos había avisado a mí y a mis hermanos cientos de veces de lo peligroso que era aquel viejo edificio. Antes de pasarse al derecho penal, había representado a la familia del niño en una demanda contra el ayuntamiento y los propietarios del edificio, y debería haberla ganado; tenía pruebas de sobra. Pero, de forma inexplicable, el jurado se pronunció contra la familia. Quizá el niño debería haber tenido más cuidado. Quizá pensaron que la comunidad necesitaba una lección.

Pero yo solo pensaba en cómo debía de sentirse uno al oír el golpe de aquellas puertas al cerrarse, al sentir las vibraciones en el suelo carcomido, en las paredes, mientras kilos y kilos de hierro te separaban del resto de tu vida. Cómo se sentiría uno al saber que nadie iba a acudir a rescatarlo. Cómo se sentiría uno al morir de hambre.

La satisfacción de Rachel y Claire creció al pasar junto al enorme engranaje de cables y poleas. Clic. El *flash* iluminó el inmenso vestíbulo. Jude y yo caminábamos juntos detrás de ellas, sin apartarnos de la zona central del lúgubre vestíbulo. Estaba rodeado de las habitaciones de los pacientes, y yo no quería acercarme a ellas de ninguna manera.

Continuamos despacio, con el haz de luz de la cámara de Claire rebotando sobre las paredes mientras avanzábamos hacia el inescrutable agujero negro que se abría ante nosotros como un gigantesco bostezo. Cuando Rachel y Claire desaparecieron de nuestra vista tras doblar una esquina, aceleré el paso, aterrorizada al pensar que podía perderlas en el laberinto de pasillos. Pero Jude se había detenido y me sujetó con suavidad por la cinturilla de los pantalones. Me giré hacia él. Sonrió.

–No tenemos por qué seguir las.

–Gracias, pero ya he visto unas cuantas películas de terror como para saber que separarse no es lo más conveniente.

Quise ponerme en marcha de nuevo, pero no me soltó.

–En serio, no hay nada de qué tener miedo. No es más que un edificio viejo.

Antes de que pudiese contestar, Jude me agarró la mano y me arrastró tras él. Su linterna iluminó el número de la celda que había ante nosotros. Dos Uno Tres.

–Oye –susurró mientras me hacía entrar.

–Qué –rezongué.

Jude levantó una ceja.

–Tienes que apartar este lugar de tu mente.

Me encogí de hombros y di un paso atrás. Tropecé con algo y me caí.

Intenté abrir los ojos. Estaban húmedos e hinchados, y el oscurísimo mundo de un color negro azulado se balanceaba a mi alrededor. Solo veía algunos retazos. Curiosamente, sentía calor, pero tenía el cuerpo encogido.

–¿Mara? –llamó Noah. Su cara estaba casi junto a la mía. Mi cabeza descansaba en el hueco entre su cuello y su oreja. Me llevaba en brazos. No estábamos en el interior del hospital psiquiátrico. Ni en el Palacio de Congresos.

–Noah –susurré.

–Estoy aquí.

Me sentó en el asiento del acompañante y me apartó unos mechones de pelo al inclinarse sobre mí. Tardó en retirar la mano.

–¿Qué ha pasado? –pregunté, aunque ya lo sabía. Había perdido el conocimiento. Había tenido una visión retrospectiva. Y ahora estaba temblando.

–Te desmayaste en medio de mi regalo especial. – Hablaba con voz suave, pero era obvio que se había puesto nervioso.

–Un bajón de azúcar –mentí.

–Gritaste.

Pillada. Me recosté sobre el respaldo del asiento.

–Lo siento –murmuré. Y era verdad. Ni siquiera podía disfrutar de una cita sin venirme abajo. Me sentí como un trapo.

–No tienes que sentir nada. Nada.

Sonreí, pero sin ganas.

–Admítelo. Fue una cosa muy rara.

Noah no respondió.

–Puedo explicártelo –dije mientras se disipaba la niebla que empañaba mi mente. Podía explicárselo. Y se lo debía.

–No tienes por qué –dijo en voz baja.

Se me escapó una risotada.

–Gracias, pero no me gustaría que te quedases con la idea de que esta es mi reacción habitual ante una exposición de arte.

–No creo que lo sea.

Suspiré.

–Entonces, ¿qué es lo que crees? –pregunté con los ojos cerrados.

–No creo nada –dijo. Su voz sonaba tranquila.

No tenía sentido que Noah se quedase tan campante tras mi pequeño episodio. Abrí los ojos y lo miré.

–¿No sientes ninguna curiosidad? –comenzó a asaltarme una vaga sospecha.

–No. –Noah miró al frente, todavía de pie junto al coche.

Nada de una vaga sospecha. Una sospecha muy rotunda.

–¿Por qué no? –Mi pulso se aceleró mientras esperaba su respuesta. No tenía ni idea de lo que iba a

decir Noah.

–Porque creo que lo sé –confesó, y me miró–. Daniel.

Me froté la frente; no estaba segura de haber entendido bien.

–¿Qué? ¿Qué tiene que ver con...?

–Daniel me lo contó.

–¿Qué te contó? Pero si os conocisteis...

Oh. Oh.

Me habían engañado.

Lo cual explicaba por qué Noah jamás me había preguntado nada sobre mi antiguo colegio. Sobre mis antiguos amigos. Ni una pregunta sobre el traslado, aunque él también era relativamente nuevo en Miami. Ni siquiera me había preguntado por el brazo. Ahora entendía por qué; Daniel se lo había contado todo. Mi hermano jamás me haría daño deliberadamente, pero no era la primera vez que hacía de esbirro de mamá. Quizá le pareció que necesitaba un nuevo amigo y creyó que yo no iba a ser capaz de hacerlos. Qué idiota y qué hipócrita.

Noah cerró la puerta de mi lado y ocupó su asiento, pero no encendió el motor. Ninguno de los dos dijo nada durante un buen rato.

Cuando por fin logré volver a encontrar mi voz, pregunté:

–¿Cuánto sabes?

–Lo suficiente.

–¿Qué respuesta es esa?

Noah cerró los ojos, y durante una fracción de segundo, me sentí culpable. Aparté aquel sentimiento y me puse a mirar el cielo de un azul oscuro intenso en vez de mirarlo a la cara. Noah me había mentado. Él era quien debía sentirse culpable.

–Sé... lo de tus amigos. Lo siento.

–¿Y por qué no me lo dijiste? –pregunté en voz baja. ¿Por qué mentir?

–Supongo que creí que me lo contarías tú cuando estuvieses preparada.

En contra de lo que me aconsejaba mi mejor criterio, lo miré. Tenía las piernas estiradas lánguidamente. Hizo crujir los nudillos, sin inmutarse lo más mínimo. Me pregunté por qué se habría molestado en hacer todo aquello.

–¿Con qué te sobornó Daniel para conseguir que me sacaras de paseo?

Noah se giró hacia mí, incrédulo.

–¿Estás loca?

No tenía una buena respuesta para esa pregunta.

–Mara, fui yo quien le preguntó a Daniel –dijo Noah.

Parpadeé. ¿Qué?

–Le pregunté yo. Sobre ti. Cuando me soltaste todos aquellos tacos al salir de clase de inglés. Te recordaba de... Averigüé que tenías un hermano mayor y hablé con él y...

Lo interrumpí.

–Lo que intentas hacer es muy loable, pero no tienes por qué encubrir a Daniel.

La expresión de Noah se endureció. La luz de la farola que había sobre el coche proyectaba la sombra de sus pestañas en sus mejillas.

–No lo estoy encubriendo. Tú no querías hablar conmigo y yo no sabía... –Noah se detuvo y clavó sus ojos en los míos–. No sabía qué hacer, ¿vale? Tenía que conocerte.

Antes de que me diera tiempo a mover los labios para pronunciar las palabras «por qué», Noah siguió hablando.

–Cuando entramos en el cuarto de baño aquel día, ¿te acuerdas? –Y continuó sin esperar mi respuesta–: Aquel día pensé que lo había conseguido, que ya te tenía. –Se dibujó una sonrisa pícaro en sus labios durante una fracción de segundo–. Pero entonces dijiste que habías oído «cosas» sobre mí, y aparecieron aquellas chicas. No quería que fueran por ahí hablando mal de ti. Por el amor de Dios, era tu primera semana. No era justo que tuvieses que enfrentarte a ellas, y menos aún cuando nadie te conocía.

Me quedé sin habla.

–Y después te vi en South Beach. Con aquel vestido. Y entonces decidí, que les den por el culo, soy un cabrón egoísta, qué más da. Katie me había estado tomando el pelo por andar cabizbajo y pensativo toda la semana, y le conté que el motivo eras tú. Pero luego... saliste corriendo. Así que no, no estoy encubriendo a Daniel. No sé muy bien qué estoy haciendo, pero desde luego eso no.

Mantuvo la mirada perdida en la oscuridad.

El cuarto de baño. El club. Lo había entendido todo mal.

¿O no? Aquello, esa misma situación que estaba viviendo en aquel momento, podía no ser más que otra jugarreta. Qué difícil era saber lo que era real y lo que no.

Se echó hacia atrás para apoyarse en el reposacabezas, con el pelo oscuro alborotado y cada mechón apuntando en una dirección distinta.

–Vaya, debo de parecer una idiota.

–Puede.

Aún tenía los ojos cerrados y el rictus de sus labios parecía una sonrisa.

–Pero bueno, podía ser peor. Podrías estar acabado, como yo. –No era mi intención decir aquello en voz alta.

–No estás acabada –dijo con voz firme.

En mi interior, algo comenzó a rasgarse.

–Eso no lo sabes. –Me dije a mí misma que dejase de hablar, que me callase; no dio resultado–. No me conoces. Solo sabes lo que te contó Daniel, el resto se lo he ocultado. Me está pasando algo grave.

Mi voz se quebró al mismo tiempo que noté que se me cerraba la garganta, atenazada por un sollozo que luchaba por salir. Mierda.

–Has pasado por...

Y ahí perdí el control.

–No sabes por lo que he pasado –dije mientras dejaba escapar dos lágrimas cálidas–. Y Daniel tampoco. Si lo supiera, se lo contaría a nuestra madre y yo terminaría ingresada en un hospital psiquiátrico. Así que, por favor, no discutas conmigo cuando te digo que me está pasando algo verdaderamente grave.

Las palabras salieron a borbotones, pero después de decirlas comprendí toda la verdad que encerraban. Podía tomar fármacos, hacer terapia, lo que fuese. Pero entendía lo suficiente como para saber que los psicóticos solo te permiten sobrellevar la situación, pero nunca te curan. Y de repente la falta de esperanza se me hizo insoportable.

–Nadie puede hacer nada para curarme –dije en voz baja. Y me callé.

Pero entonces Noah se volvió hacia mí. Su expresión era franca y honesta, cosa rara en él, pero sus ojos mostraban un gesto de rebeldía al sostenerme la mirada. Mi pulso se aceleró sin pedirme permiso.

–Déjame intentarlo.

Me había imaginado varias consecuencias diferentes tras mi pequeño episodio de pánico. Noah haciendo gestos burlones con los ojos y riéndose de mí. Noah haciendo un comentario sarcástico de listillo, llevándome a casa y dejándome en la puerta como un saco de patatas.

Su reacción no fue ninguna de ellas.

Su pregunta quedó flotando en el aire. ¿Que le dejase intentar qué? No supe qué responder porque no entendía qué me estaba pidiendo. Noah me miró expectante, sin el menor atisbo de sonrisa en sus labios, y yo tenía que hacer algo.

Asentí con la cabeza. Me pareció suficiente.

Cuando llegamos al camino de entrada a mi casa, Noah salió del coche y se dirigió rápidamente al otro lado para abrirme la puerta. Le dirigí una mirada cargada de intención, pero me interrumpió antes de que pudiera abrir la boca.

–Me gusta hacerlo. Intenta recordarlo para que no tenga que hacer un *sprint* cada vez.

Cada vez. Me sentí rara al recorrer el caminito de losetas que conducía a la puerta de mi casa. Algo había cambiado entre nosotros.

–Te recojo mañana por la mañana –dijo Noah mientras me apartaba un mechón de pelo de la frente y me lo colocaba detrás de la oreja. Me sentí como si lo hubiera hecho toda la vida.

Parpadeé e hice un gesto con la cabeza para dejar de pensar en ello.

–Pero mi casa no te queda de camino.

–¿Y?

–Y Daniel tiene que ir al colegio de todos modos.

–¿Y?

–Y entonces, ¿por...?

Noah puso un dedo sobre mis labios.

–No. No preguntes por qué. Me molesta. Quiero hacerlo. Eso es todo. Y se acabó. Así que déjame hacerlo. –El rostro de Noah estaba muy cerca del mío. Muy cerca.

Mara, céntrate.

–Todo el mundo va a creer que estamos juntos.

–Que lo crean –dijo mientras me escrutaba el rostro.

–Pero...

–Pero nada. Quiero que lo crean.

Pensé en todo lo que ello implicaría. Al tratarse de Noah, la gente no iba a creer solo que salíamos juntos, sino que estábamos juntos... juntos.

–Soy una pésima actriz –respondí a modo de explicación.

Noah deslizó sus dedos por mi brazo, hasta la mano, y se la llevó a la boca. Sus labios acariciaron mis nudillos con una delicadeza increíble. Me miró a los ojos y casi me muero.

–Entonces no actúes. Te recojo a las ocho.

Me soltó la mano y volvió al coche.

Me quedé en la puerta, casi sin respiración, mientras Noah se iba. Medité sus palabras. «Déjame intentarlo. Quiero que lo crean. No actúes.»

Algo estaba surgiendo entre nosotros. Pero también acabaría conmigo si terminase. Cuando terminase, que sería pronto, si es que había que creer a Jamie. Aturdida, entré en casa, me apoyé en la puerta y cerré los ojos.

–Bienvenida. –Aunque no lo veía, adiviné una sonrisita burlona en la voz de Daniel.

Intenté recuperar la calma porque mi hermano estaba metido en el asunto hasta el cuello y no iba a dejar que se fuese de rositas solo porque yo estuviese temblando por dentro.

–Tienes que explicarme un par de cosas –fue todo lo que acerté a decir.

–Culpable –dijo Daniel; aunque no lo parecía–. ¿Te lo has pasado bien?

Sacudí la cabeza.

–No me pudo creer que me hayas hecho esto.

–¿Te. Lo. Has. Pasado. Bien?

–Eso. No. Tiene. Que. Ver.

La sonrisa de Daniel se hizo aún más amplia.

–Me cae bien.

–¿Y eso qué tiene que ver con todo lo demás? ¿Cómo fuiste capaz de contárselo, Daniel?

–Eh, un momento, un momento. Primero, lo único que le conté fue por qué nos vinimos de Laurelton. Sufriste un accidente, tus amigos murieron y nos trasladamos para que pudieses rehacer tu vida. No tienes el monopolio de esa explicación, así que relájate. –Abrí la boca para protestar, pero Daniel continuó–. Y segundo, es un buen tío.

Estaba de acuerdo con él, pero no pensaba reconocerlo. Por el contrario, dije:

–Hay gente que no opina lo mismo.

–Hay gente que suele equivocarse.

Le lancé una mirada furiosa.

–Cambiando de tema, cuéntame qué pasó. Sin omitir nada.

–Al terminar el primer día de clase, fui a hablar de mis clases extracurriculares de música con el profesor y Noah estaba allí. Por cierto, que compone, y es alucinantemente bueno. Sophie me contó que actuaron juntos en un par de sitios el año pasado.

Pensé en aquella rubita adorable y me entraron unas ganas irreprimibles de darle una patada en la espinilla y salir corriendo.

–Bueno, el caso es que cuando se enteró de mi apellido, me preguntó por ti.

Rebobiné mis pensamientos.

–Pero yo no lo conocí hasta el segundo día de clase.

Daniel se encogió de hombros.

–Pues está claro que él te conocía de algo.

Moví la cabeza despacio.

–¿Por qué mentisteis, Daniel? ¿Por qué fingisteis esta mañana que no os conocíais?

–Porque me imaginé, y creo que no me equivoco, que te hubieras puesto hecha una furia. La verdad, Mara, estás exagerando un poco. Apenas saliste en la conversación. Nos pasamos casi todo el tiempo discutiendo sobre el nexa Kafka-Nietzsche y los sonetos paródicos de *El Quijote*.

–No te pases de listo intentando desviar mi atención. No deberías haber pedido a nadie que fuese amigo mío. No soy tan patética.

–No fue eso lo que hice. Pero aunque lo hubiera hecho, ¿ya has excedido tu cuota de amigos en Miami? ¿Me he perdido algo?

Me puse tensa.

–Eso es una cabronada –dije en voz baja.

–Tienes razón. Lo es. Pero siempre insistes en que quieres que se te trate con normalidad, así que responde: ¿has hecho algún otro amigo desde que nos vinimos?

Le lancé una mirada asesina.

–Pues mira, sí.

–¿Quién? Dame nombres.

–Jamie Roth.

–¿El chaval del Ébola? Me han dicho que es un poco inestable.

–Fue un incidente aislado.

–Por lo que he oído, no.

Apreté los dientes.

–Te odio, Daniel. Te juro que te odio.

–Yo también te quiero, hermanita. Buenas noches.

Me fui a mi habitación y cerré de un portazo.

Cuando me desperté la mañana siguiente, me sentí pesada, como si hubiera dormido demasiado, pero me dolía la cabeza como si no hubiese dormido lo suficiente. Eché una mirada al reloj. Las 7.48.

Solté una palabrota, me levanté de la cama a trompicones y empecé a vestirme. Pero al pasar junto a la mesa, me detuve. Una pastillita blanca relucía sobre una servilleta. Cerré los ojos y respiré hondo. Odiaba la idea de tener que tomármela. La odiaba. Pero la debacle de la exposición me había asustado, por no hablar del incidente de la bañera de la semana anterior. Y no quería volver a tener otro episodio delante de Noah. Quería ser normal para él. Y para mi familia. Y para todo el mundo.

Antes de pensármelo demasiado, me tragué la pastilla y salí disparada de mi habitación. Choqué con mi padre al doblar la esquina del pasillo y la carpeta de fuelle que llevaba bajo el brazo salió volando por los aires. Los papeles quedaron esparcidos por todas partes.

–Eh, ¿dónde está el fuego? –dijo cuando aterrizó la carpeta, con más dispersión de papeles.

–Lo siento, tengo que irme... Llego tarde a clase.

Pareció sorprendido.

–El coche de Daniel no está. Creí que ya no quedaba nadie en casa.

–Me lleva un amigo –dije mientras me agachaba para recoger los papeles. Los reuní y se los entregué a mi padre.

–Gracias, cariño. ¿Cómo has estado estos días? Ya no te veo nada. Maldito juicio.

Nerviosa, me balanceé, impaciente por recibir a Noah antes de que saliera del coche.

–¿Cuándo es?

–Alegaciones previas dentro de dos semanas y, según las previsiones, una semana después –dijo, y me dio un beso en la frente–. Ya hablaremos antes de irme al campamento base.

Lo miré extrañada.

–De instalarme en un hotel para preparar el juicio.

–Ah.

–Pero no te preocupes, hablaremos antes de que me marche. Tú vete. Te quiero.

–Yo también. –Le di un beso rápido en la mejilla y me adelanté hacia el vestíbulo mientras me colgaba la bandolera al hombro. Pero cuando abrí la puerta, Noah ya estaba allí.

Esto era lo que lucía Noah aquella mañana, de abajo a arriba:

Zapatos: Converse grises.

Pantalones: color gris marengo.

Camisa: de vestir, ajustada, por fuera de los pantalones, con unas rayitas finísimas. Corbata superestrecha, sin ceñirse al cuello abierto que dejaba entrever una camiseta serigrafiada.

Días sin afeitarse: entre tres y cinco.

Sonrisa: pícara.

Ojos: azules e infinitos.

Pelo: un precioso, precioso revoltijo.

–Buenos días –dijo con voz cálida y sonora. Dios mío, ayúdame.

–Buenos días –conseguí contestar con los ojos algo bizcos. Por el sol, o por mirarlo demasiado tiempo seguido. Una de dos.

–Necesitas unas gafas de sol –dijo.

–Lo sé. –Me froté los ojos.

De pronto, se agachó.

–¿Qué...?

Con las prisas, me había olvidado de atarme los cordones de los zapatos. Noah me los estaba atando.

Levantó la vista para mirarme a través de aquel abanico de pestañas y sonrió. La expresión de su cara me derritió por completo. Era consciente de que tenía la sonrisa más bobalicona del mundo pegada en la cara, pero no me importaba.

–Ya está –dijo cuando terminó de atarme los cordones del zapato izquierdo–. Así no te caerás.

Demasiado tarde.

Cuando entramos en el aparcamiento del colegio, comencé a sudar a pesar del chorro de aire acondicionado. Unas nubes negras habían cubierto el cielo durante el trayecto y las primeras gotas de lluvia golpearon contra el parabrisas, provocando que un montón de alumnos corriera hacia la puerta del edificio. Estaba nerviosa –en realidad, muerta de miedo– ante la perspectiva de entrar en el colegio con Noah. Sería hacerlo público.

–¿Preparada? –me preguntó con fingida solemnidad.

–No mucho –confesé.

Noah pareció confundido.

–¿Qué pasa?

–Mira –dije mientras señalaba a las hordas–. Es que... todo el mundo va a empezar a hacer comentarios –añadí.

Esbozó una media sonrisa.

–Mara. Ya están haciendo comentarios.

Lo cual no hizo que me sintiera mejor. Me mordí el labio.

–Esto es distinto –dije–. Es sacarlo todo a la luz. A propósito. Por decisión propia.

Y entonces Noah me dijo lo único que podía hacer que me sintiera mejor.

–No voy a dejarte sola. Estaré a tu lado. Todo el día.

Lo dijo como si estuviese hablando con el corazón. Lo creí. En Croyden no parecía importarle a nadie lo que Noah hiciese o dejase de hacer, así que no era nada descabellado imaginármelo sentado en mis clases. Pero me moriría si llegase hasta ese extremo.

Noah alcanzó su chaqueta del asiento de atrás; se la puso de cualquier manera; abrió mi puerta y allá que salimos, uno junto al otro, mientras todo el mundo se volvía para mirar en nuestra dirección. El pánico me atenazó la garganta. Miré a Noah para observar su reacción. Se le veía... feliz. Le gustaba.

–Lo estás disfrutando –dije incrédula.

Levantó una ceja.

–Me gusta estar a tu lado. Y me gusta que nos vean juntos. –Me rodeó los hombros con el brazo y me acercó más a él, y mi ansiedad desapareció. Sin saber cómo.

Al acercarnos a la puerta, me fijé en varios chicos que se habían quedado remoloneando junto a sus coches, aparcados cerca de la entrada. También vi que todos ellos compartían la misma mirada de rumiante pasmado cuando se giraron en nuestra dirección.

–¡Eh, tío!

Un tipo llamado Parker saludó a Noah al tiempo que corría hacia nosotros. Noah le hizo un gesto con la ceja.

Los ojos de Parker y los míos se encontraron por primera vez desde mi llegada a Croyden.

–¿Qué pasa?

¿De verdad la gente se saludaba así?

–¿Qué hay? –contesté.

–¿Así que estáis...?

Noah le lanzó una mirada asesina.

–Lárgate, Parker.

–Vale, vale. Eeeh... Kent quiere saber si lo de mañana por la noche sigue en pie.

Noah giró levemente la cabeza para señalarme y respondió:

–Ya no.

Parker me miró contrariado.

–Eso duele.

Noah se frotó el ojo con la muñeca.

–¿Hemos terminado?

Parker sonrió con desdén.

–Sí, claro. Hasta luego, chicos –dijo, y me guiñó un ojo antes de alejarse.

–Parece... especial –dije mientras Parker se reunía con su grupo.

–No lo es –contestó Noah.

Me reí hasta que una voz a nuestras espaldas me cortó la risa en seco.

–Yo se la metería.

Seguí andando.

–Yo se la metería con más ganas –dijo otra voz. La sangre se me agolpó en la cabeza y comenzaron a zumbarme los oídos, pero no miré atrás.

–Pues yo se la metería con tantas ganas que el que lograra sacármela se convertiría en el rey de Inglaterra.

Cuando me giré, Noah ya no estaba a mi lado. Tenía a Kent, el de mi clase de álgebra, inmovilizado contra el coche.

–Debería partirte la cara –dijo entre dientes.

–Cálmate, tío. –Kent estaba tan tranquilo.

–Noah –me oí decir a mí misma–, no vale la pena.

Los ojos de Noah se habían entornado amenazadores, pero al oír mi voz soltó a Kent, que se estiró la camisa y se frotó la parte delantera de los pantalones.

–Que te follen, Kent –dijo Noah mientras se daba la vuelta.

El muy idiota se rio.

–¡Oh, eso dalo por hecho!

Noah se giró como un tornado, y oí el impacto inconfundible de unos nudillos al golpear una cara. Kent estaba tirado sobre el hormigón y se tapaba la nariz con las manos.

Cuando comenzó a ponerse en pie, Noah dijo:

–No te lo habría hecho. Pero ganas me dieron de darte una paliza cuando estabas ahí tirado. Ganas me dieron.

–¡Me has roto la nariz!

La sangre chorreaba por la camisa de Kent, y un montón de gente formó un corro a nuestro alrededor.

Un profesor dispersó la concentración y gritó:

–¡Shaw, al despacho del director AHORA MISMO!

Noah hizo caso omiso y se acercó a mí con una parsimonia exagerada. Puso su mano sana en la parte baja de mi espalda y mis piernas amenazaron con derretirse. Tocó el timbre, y miré a Noah al tiempo que se inclinaba y me rozaba la oreja con los labios. Me susurró al oído:

–Valió la pena.

El profesor seguía a pocos metros de distancia.

–Estoy hablando en serio, Shaw. No me importa de quién seas hijo, vas a ir al despacho del doctor Kahn.

Noah se separó un poco y observó mi rostro.

–¿Estarás bien?

Asentí con la cabeza. Noah mantuvo su mirada y se demoró unos segundos hasta que finalmente me dio un beso en la coronilla y se alejó despacio.

Tras unos segundos de aturdimiento, recobré la calma y seguí andando sola entre aquel mar de ojos que me acosaba. Llegué a clase de inglés justo cuando la señorita Leib empezaba. Nos hizo un resumen de lo que quería que preparásemos para los exámenes trimestrales; pero fui yo quien acaparó la atención de los alumnos. Miradas furtivas se asomaban sobre los hombros de mis compañeros, pasaron notas de un pupitre a otro, y yo me hundí en mi asiento e intenté inútilmente fundirme con el duro plástico. Pensaba en Noah en el despacho del director, donde tendría que dar cuentas sobre su arranque de caballerosidad. Su alarde de quién la tenía más larga. Fuese lo que fuese, me había gustado. Aunque no quisiera admitirlo.

Noah apareció hacia la mitad de la clase, y en el mismo momento en que lo vi una sonrisa ridícula me cambió la expresión. Cuando acabó la clase, me quitó la bandolera y se la echó al hombro al salir.

–¿Cuéntame qué paso en el despacho del doctor Kahn? –pregunté.

–Pues me senté y me quedé mirándolo durante cinco minutos, y él se sentó y se me quedó mirando cinco minutos. Luego me dijo que tenía que tratar de aprender a jugar correctamente con los demás durante los dos días de expulsión que me han impuesto, y dejó que prosiguiera mi camino alegremente.

Puse cara larga.

–¿Te han expulsado?

–Después de los exámenes –dijo, aparentemente muy despreocupado; a continuación sonrió–. Ese es el premio por defender tu honor.

Sonreí burlona.

–No fue por mi honor. Lo hiciste para marcar territorio –dije; Noah abrió la boca para decir algo, pero lo corté antes de que le diese tiempo a hablar–. Por así decirlo –concluí.

Noah sonrió.

–No confirmo ni desmiento tu afirmación.

–Ni tenías por qué haberlo hecho, por supuesto.

Noah se encogió de hombros con aire apático y fijó la vista al frente.

–Quise hacerlo.

–¿Y va a perjudicar tu expediente académico?

–¿Con mi excelente nota media? Lo dudo.

Me giré despacio para mirarlo, justo cuando llegábamos a la puerta del aula de álgebra.

–¿Excelente?

Noah sonrió burlón.

–Y tú que creías que no era más que una cara bonita...

Increíble.

–No entiendo. Nunca tomas apuntes. Nunca traes libros.

Noah se encogió de hombros.

–Tengo buena memoria –dijo justo cuando Jamie apareció camino de nuestra clase de álgebra–. Hola

–saludó Noah.

–Hola –respondió Jamie, y me lanzó una mirada al pasar junto a nosotros.

Si Noah se había percatado de la reacción de Jamie, no hizo ningún comentario.

–¿Te veo luego? –me preguntó.

La perspectiva me reconfortó.

–Sí. –Sonreí y entré en clase.

Jamie ya estaba en su pupitre y me senté a su lado; dejé caer mi cartera al suelo, que chocó con un ruido sordo.

–Han cambiado muchas cosas desde la última vez que te vi –dijo sin mirarme.

Decidí hacerle sudar para averiguarlo.

–Lo sé –dije con un suspiro dramático y crispado–. No sabes el miedo que tengo a los exámenes.

–Hablaba no de eso, y lo sabes.

–¿Por qué me estás hablando en plan Yoda?

–¿Y tú por qué estás eludiendo el tema del día? –preguntó Jamie mientras se dedicaba a rellenar cuadrículas de su papel milimetrado para formar un dibujo muy extravagante de un dragón con un brazo humano que arrojaba fuego por la boca.

–No estoy eludiéndolo, es que no hay nada que decir.

–Nada que decir. La chica nueva solitaria de repente se pasea con el tío bueno oficial de Croyden y hay un cuaderno de pornoshaw que ilustra esta relación tan especial. «Nada que decir», una mierda – Jamie seguía sin querer mirarme a los ojos.

Me incliné y le dije en un susurro:

–No hay tal cuaderno porno. Fue un farol.

Por fin, Jamie me miró y levantó una ceja.

–¿Es todo una farsa?

Cerré la boca con los labios hacia dentro y me los mordí; luego dije:

–No exactamente.

No estaba segura de cómo explicar lo que había ocurrido entre Noah y yo el día anterior, y tampoco estaba segura de querer hacerlo.

Jamie volvió a concentrarse en su papel milimetrado.

–Bueno, en algún momento vas a tener que explicármelo muy despacio.

Anna interrumpió el hilo de mis pensamientos antes de que pudiese responder a Jamie.

–¿Cuánto tiempo les das, Aiden?

Aiden fingió examinarme a fondo mientras contestaba:

–Hasta finales de esta semana, si ella se rinde. Si no, quizá duren un par de semanas más.

–¿Celosilla? –pregunté con aparente calma; aunque en mi interior estaba furiosa.

–¿De lo que vas a tener que pasar una vez que Noah consiga lo que quiere? –dijo Anna mientras su boquita remilgada se curvaba para dibujar una sonrisa malévol. Por favor... Pero lo cierto es que tiene un polvazo –me dijo Anna como en un aparte–, así que disfrútalo mientras puedas.

Anna volvió a sentarse en su sitio, el señor Walsh entró en el aula y yo me quedé en mi pupitre sintiendo que me hervía la sangre mientras escribía en mi cuaderno apretando con fuerza el lápiz. Noté que me subía la bilis al pensar cómo habría conseguido Anna esa información en concreto sobre Noah. Jamie me había contado que habían salido juntos. Pero eso no significaba necesariamente...

Quería saberlo y al mismo tiempo no.

Cuando tocó el timbre me levanté de la silla y otra compañera de clase, Jessica, me dio un codazo al pasar. ¿Qué mosca le había picado? Me hizo daño en el brazo y me froté antes de recoger mi libro y mi cuaderno del pupitre. Cuando me dirigía hacia la puerta, alguien los golpeó y provocó que se me cayeran de las manos. Me giré y miré a mi alrededor, pero nadie tenía cara de haber sido el causante.

—¿Qué coño...? —murmuré, y me agaché a recogerlos.

Jamie se agachó conmigo.

—Estás haciendo jirones el mismísimo tejido social de Croyden.

—¿De qué estás hablando? —Metí las cosas en mi bolsa con una brusquedad innecesaria.

—Noah te trajo al colegio.

—¿Y qué?

—Noah jamás trae a nadie en su coche.

—¿Y qué? —pregunté cada vez más contrariada.

—Se está portando como si fuera tu novio. Lo cual provoca que las chicas a las que ha tratado como si fuesen condones se pongan un poquito celosas.

—¿Cómo condones? —pregunté sin comprender.

—De usar y tirar.

—Asqueroso.

—Él lo es.

Preferí no hacer caso de su comentario, sabiendo que no conseguiría avanzar nada en aquel tema en particular.

—Entonces ¿qué quieres decir? ¿Que antes era invisible y que ahora estoy en el punto de mira de todo el mundo?

Jamie ladeó la cabeza y se echó a reír.

—¡Oh, tú nunca fuiste invisible!

Noah me estaba esperando cuando salimos del aula. Jamie dio un rodeo y se dirigió a su clase sin decir una palabra. Noah ni siquiera se fijó en él.

La lluvia se filtraba por el techo del pasadizo cubierto, pero él caminaba por la parte exterior sin que le importara empaparse. En cuanto nos encontramos a una distancia prudencial a la que nadie podía oírnos, no pude reprimir por más tiempo la pregunta que llevaba haciéndome sentir náuseas desde la clase de álgebra. Levanté la vista hacia él.

—Así que el año pasado saliste con Anna, ¿no?

La expresión despreocupada de Noah se transformó en un gesto de desagrado.

—Yo no lo describiría exactamente como «salir».

Entonces Jamie tenía razón.

—Asqueroso —murmuré.

—Tampoco fue tan horrible —dijo.

Me entraron ganas de darme de cabezazos contra el arco de ladrillo.

–No es eso lo que quiero oír, Noah.

–Vale, ¿y entonces qué quieres oír?

–Que debajo del uniforme tiene escamas.

–No sabría decirte.

Mi corazón se puso a dar saltos enloquecido, pero intenté mostrar solo una leve curiosidad.

–¿En serio?

–En serio –respondió Noah en tono jocoso.

–Entonces... Eeh... ¿Qué hubo entre vosotros? –pregunté como sin darle la más mínima importancia.

Noah hizo un gesto de indiferencia con un hombro.

–Pues más o menos se me pegó como una lapa el año pasado, y la soporté hasta que lo mezquino de su carácter y mi incapacidad para traducir su idioma de idiota fueron demasiado.

Todavía era pronto para echar las campanas al vuelo.

–Pues dijo que tenías un polvazo –dije mientras fingía dedicarle mi atención al chorro de agua que caía a borbotones por el canalón que había junto a las taquillas. Mi expresión me traicionaría si me miraba.

–Bueno, eso es verdad –reconoció Noah.

Genial.

–Pero ella no puede saberlo por experiencia personal. –Solo entonces puso su mano en mi barbilla y me giró la cabeza para que lo mirara de frente–. Vaya, vaya, Mara Dyer.

Me mordí el labio y bajé la vista.

–¿Qué?

–No me lo puedo creer –dijo con tono de incredulidad.

–¿¿Qué?!

–Estás celosa. –Oí la sonrisa que escondía su voz.

–No –mentí.

–Sí lo estás. Y te convencería de que no tienes ningún motivo, pero está empezando a gustarme esta situación.

–No estoy celosa –insistí con la cara ardiendo debido al contacto de los dedos de Noah. Me separé para apoyarme en mi taquilla.

Noah alzó una ceja.

–Entonces, ¿por qué te importa tanto?

–No me importa. Es que es tan... repulsiva –dije sin levantar la vista del suelo; finalmente reuní el coraje para mirarlo a la cara. No sonreía–. ¿Y por qué permites que diga que se ha acostado contigo?

–Porque jamás cuento intimidades –dijo al tiempo que inclinaba un poco la cabeza para mirarme a los ojos.

Me aparté de él y abrí la puerta de la taquilla.

–Entonces cualquiera puede decir que ha hecho cualquier cosa contigo –dije como si estuviera hablando con el interior oscuro.

–¿Y eso hierde tus sentimientos? –preguntó con voz suave desde detrás de mi hombro.

–No tengo sentimientos –contesté con la cara aún metida en la taquilla.

La mano de Noah apareció en la taquilla contigua y noté que se estaba inclinando hacia mi espalda. El aire estaba cargado de electricidad.

–Bésame –dijo sin más.

–¿Qué? –Me volví y me encontré casi pegada a él. Me ruboricé como si la sangre estuviese pugnando por traspasar la piel.

–Ya me has oído –dijo Noah.

Noté las miradas de los demás alumnos. Con el rabillo del ojo vi cómo se refugiaban bajo el pasillo cubierto mientras esperaban a que la lluvia amainase un poco. Se quedaron mirando medio embobados la larga silueta de Noah al inclinarse sobre la mía, con una mano apoyada firmemente en el metal junto a mi oreja. No se aproximó ni un centímetro más; estaba esperando, pidiéndome que fuese yo quien hiciera el siguiente movimiento. Pero mientras seguía con la cara ardiendo, a causa del sentimiento que transmitían los ojos de Noah, y de notar los ojos de los demás clavados en mí, los otros alumnos comenzaron a desaparecer uno a uno. Y no me refiero a que se fueron marchando. Desaparecieron.

–No me van los besos –espeté sin pensar, con los ojos clavados de nuevo en los de Noah.

La boca de Noah compuso la más leve de las sonrisas.

–Ah, ¿no?

Tragué saliva y asentí con la cabeza.

–Son una idiotez –dije mientras comprobaba si seguía allí el grupito que se había formado hacía unos minutos. No. Desaparecidos–. Meter la lengua en la boca de otra persona es una idiotez. Y asqueroso. – Buena ocasión para practicar mi vocabulario de inglés avanzado. Paréceme que Mara promete demasiado.

Vi unas arruguillas en los extremos de los ojos de Noah, pero no se estaba riendo de mí. Se pasó la mano libre por el pelo y se lo revolvió al mismo tiempo, pero unos cuantos mechones rebeldes siguieron cayendo sobre su frente. No se movió. Estaba tan cerca... Respiré y me impregné de su olor: a lluvia, a tabaco, y a sal.

–¿Has besado a muchos chicos? –preguntó suavemente.

Su pregunta hizo que mi mente volviera a centrarse. Levanté una ceja.

–¿Chicos? Eso es mucho suponer.

Noah soltó una risa baja y ronca.

–¿A chicas, entonces?

–No.

–¿No a muchas chicas? ¿O no a muchos chicos?

–Ninguna de las dos cosas –dije. Que pensara lo que quisiera.

–¿A cuántos?

–¿Por qué...?

–Voy a borrar esa pregunta del diccionario. Desde ahora, no tienes permiso para usarla. ¿A cuántos?

Me ardían las mejillas, pero mi voz sonó firme cuando respondí:

–A uno.

Al oírlo, Noah se inclinó hasta quedarse imposiblemente cerca, con los largos músculos de su antebrazo muy tensos al flexionar el codo para aproximarse más a mí; hasta casi tocarme. Su cercanía me embriagaba y comencé a preocuparme seriamente ante la posibilidad de que me fuera a estallar el

corazón. Quizá Noah no estaba pidiendo nada. Quizá tampoco me importaba. Cerré los ojos y sentí la barbilla de tres días de Noah rozando mi barbilla, y el más suave de sus susurros junto a mi oído.

–Pues lo hizo mal.

Los labios de Noah presionaron con delicadeza la piel de mi mejilla y se detuvieron allí. Yo estaba sofocada. Cuando abrí los ojos y mi respiración recuperó su ritmo normal, Noah ya no estaba delante de mí. Estaba colgado tranquilamente del arco del rincón de las taquillas, esperando a que terminase de recoger mis cosas para la clase de plástica.

Sonó el timbre.

Seguí allí, sin moverme. Aún sentía sobre mi mejilla la huella del beso de Noah. Me quedé mirándolo como una idiota. La sonrisa de Noah se transformó en un gesto de complicidad.

Cerré los ojos, respiré hondo, e hice acopio de la dignidad que aún me quedaba antes de pasar por delante de él, con cuidado de evitar la lluvia que caía sesgada y se colaba por los vanos del pasadizo cubierto. Me alegré de que la siguiente clase fuera la de plástica. Tenía que liberar tensión, controlar mi nivel de estrés, como había dicho la doctora Maillard. Y era imposible no estar pendiente de Noah. Cuando llegamos a la puerta del aula, le dije que me reuniría con él más tarde.

Noah frunció el ceño mientras seguían pasando alumnos junto a nosotros.

–Pero tengo hora de estudio.

–Pues vete a estudiar.

–Pero quiero verte dibujar.

Mi respuesta fue cerrar los ojos y pasarme la mano por la frente. Noah era tremendo.

–¿No quieres que vaya? –preguntó. Abrí los ojos. Se le veía alicaído y adorable.

–Me distraes –dije con franqueza.

–No te distraeré. Te lo prometo –dijo Noah–. Puedo agenciarme unos lápices y dibujar en silencio.

Solo. En un rincón.

No pude contener una sonrisa y Noah vio el cielo abierto; se coló en el aula delante de mí. Yo me dirigí tranquilamente a una mesa en el otro extremo de la clase. Noah me siguió con la vista hasta que me senté y saqué mis lápices de grafito y mis carboncillos.

No le presté atención y me encerré en mi burbuja. Abrí el cuaderno de dibujo y pasé de prisa las páginas que había cubierto con sus dibujos, mientras la profesora sustituta carraspeaba antes de dirigirse a nosotros.

–¡Hola, chicos! Soy la señorita Adams. La señora Gallo ha tenido un imprevisto familiar, así que hoy seré yo vuestra profesora. –Con sus gafas y su flequillito aparentaba doce años. Y hablaba como si los tuviera.

Cuando la señorita Adams pasó lista y leyó el nombre de un alumno ausente, Noah levantó la mano como un resorte. Lo miré con recelo. Cuando terminó de pasar lista, Noah se levantó con todo descaro mientras el resto de la clase observaba su avance hacia la mesa del profesor.

–Eeeh... –La señorita Adams consultó su lista–. ¿Ibrahim Hassin?

Noah asintió con la cabeza. Yo me quería morir.

–¿Qué haces?

Noah puso cara de asombro.

–¿No se lo ha dicho la señora Gallo? –le preguntó–. Hoy teníamos que empezar a trabajar con modelos del natural.

Era como si me estuviesen torturando.

–Oh, eeh... Yo no...

–Es cierto –terció una chica vestida con el uniforme de las animadoras; Brittany, creo–. N... Ibrahim iba a ser el primero en posar. Lo dijo la señora Gallo.

Un coro de murmullos y signos de asentimiento apoyó la declaración de Brittany.

La señorita Adams mostró perplejidad y cierta impotencia.

–Eh... bien, supongo. ¿Y ya sabéis lo que tenéis que hacer?

Noah le dedicó una sonrisa radiante al tiempo que llevaba una banqueta hacia el centro del aula.

–Por supuesto –dijo. Se sentó y yo miré a mi hoja en blanco mientras notaba la presión de su mirada sobre mí en todo momento.

–Oye, espera... –dijo la sustituta con un deje de desesperación en su voz.

Mi mirada voló hacia la zona de delante. Noah estaba desabrochándose la camisa. Cielo santo.

–No me siento muy cómoda...

Se quitó la corbata. Mis compañeras soltaron risitas nerviosas.

–¡Madre mía!

–Dios bendito.

–Buenísimo. Está buenísimo.

Comenzó a subirse el borde de la camiseta. Adiós, dignidad. Si Noah había oído a las chicas, no dio muestras de ello. Me pilló mirándolo y me dedicó una sonrisita picarona.

–Señor... señor Hassin, por favor, vuelva a ponerse la ropa –tartamudeó la señorita Adams.

Noah hizo una pausa para que el resto de la clase disfrutara de la vista un poco más, y después volvió a ponerse la camiseta y luego la camisa, aunque se la abotonó mal y se dejó los puños desabrochados.

La señorita Adams emitió un audible:

–Muy bien, chicos, pónganse a trabajar.

Los ojos de Noah se quedaron clavados en mí. Tragué con dificultad. El hecho de que estuviese sentado en un aula llena de gente y que no mirase a nadie más que a mí era irresistible. Algo se estremeció en mi interior provocado por la intimidad que compartíamos al cruzar nuestras miradas entre el sonido de veinte lápices de grafito deslizándose sobre el papel.

Sombreeé su rostro con facilidad en el vacío de la hoja en blanco. Difuminé la curva de su cuello y di un tono más oscuro a su boca burlona, mientras que la luz iluminaba el ángulo marcado de su mentón al recortarse contra el cielo cubierto del exterior. No oí el timbre. No oí a mis compañeros cuando se levantaron y salieron del aula. Ni siquiera me di cuenta de que Noah ya no estaba posando.

Noté el contacto suave de unos dedos sobre la espalda y me sobresalté.

–Hola –dijo Noah. Su voz sonaba muy dulce.

–Hola –contesté. Seguí medio ocultando la hoja en ademán protector; pero me giré ligeramente para poder mirarlo a los ojos.

–¿Puedo?

No se lo podía negar y no repliqué. Me eché a un lado para que pudiese ver el dibujo.

Lo oí respirar hondo. Ninguno de los dos dijo nada durante un largo rato. Luego:

–¿Así es como soy? –La expresión de Noah era indescifrable.

–Para mí, sí.

Noah no dijo nada.

–Así es exactamente como te vi en ese momento –dije.

Siguió callado. Me revolví incómoda.

–Si miras los dibujos de los demás, seguro que son todos completamente distintos –añadí.

Noah seguía mirando sin decir nada.

–No está tan mal –dije mientras volvía a inclinarme sobre el cuaderno.

Noah me cortó.

–No –dijo con una voz apenas audible.

–¿No?

–Está perfecto.

Seguía mirándolo, pero parecía... distante. Cerré el cuaderno y lo guardé en mi bolsa. Cuando salimos del aula, me asió de la muñeca.

–¿Puedo quedarme con él? –preguntó; alzó una ceja. Con el dibujo.

–Oh –dije yo–. Claro.

–Gracias –dijo mientras su boca dibujaba una sonrisa. ¿Sería pecado de avaricia pedirte uno tuyo?

–¿Un autorretrato? –pregunté. Noah sonrió como respuesta–. Hace mil años que no hago uno –confesé.

–Pues entonces ya va siendo hora.

Medité la idea. Tendría que dibujarme a mí misma sin mirarme al espejo, con tanta gente muerta como veía en ellos últimamente. Me encogí de hombros sin querer comprometerme y me concentré en las gotas de lluvia que se filtraban por el techo de paja que cubría la mesa a la que habíamos ido.

Oí un zumbido sordo procedente del bolsillo de Noah. Sacó su móvil e hizo un gesto de asombro al mirarlo.

–¿Todo bien?

–Mmm –murmuró, sin dejar de mirar el teléfono–. Es tu hermano.

–¿Daniel? ¿Qué quiere?

–No, Joseph –dijo Noah mientras escribía un mensaje respondiendo–. Para recomendarme en qué acciones debo invertir.

De verdad que tenía una familia rarita.

Noah volvió a guardar el teléfono en el bolsillo.

–Vamos al comedor –dijo de pronto.

–Vale.

–No eh... espera un momento, ¿qué has dicho? –Se quedó desconcertado.

–Si quieres ir, vamos.

Me miró extrañado.

–Ha sido más fácil de lo que esperaba. Se ve que la visión de mi cuerpo ha trastornado tu buen criterio.

Suspiré.

–¿Por qué te empeñas en que te odie?

–No pretendo que me odies. Pretendo que me quieras.

Y lo estaba consiguiendo, el muy idiota.

–¿Entonces vamos? ¿Así de fácil?

Eché a andar.

–¿Es que puede ser mucho peor que lo que ya he soportado esta mañana?

Noah se detuvo.

–¿Peor?

–Que todo el mundo se te quede mirando y se pregunte a qué tipo de juegos y travesuras se ha entregado tu vagina no es tan fascinante como uno puede imaginar.

–Lo sabía –se limitó a decir Noah. Aún sostenía mi mano. La sentí pequeña y caliente al abrigo de la suya–. Sabía que esto iba a ocurrir –repitió.

Me aparté el pelo de la frente.

–Puedo soportarlo.

–Pero no deberías tener que hacerlo –dijo Noah con las fosas nasales dilatadas–. Quería demostrarles que tú eras diferente. Ese es el motivo... Dios... –dijo Noah entre dientes–. Ese es el motivo de todo. Que tú eres diferente –dijo para sí mismo.

Una sombra oscureció su rostro y se quedó en silencio mientras me miraba. Me estudiaba. Yo me había perdido, pero no me dejó tiempo para preguntarle de qué estaba hablando. Su expresión cambió y me soltó la mano.

–Si vas a pasar un infierno por ir...

Sin pensar en lo que hacía, volví a darle la mano.

–Pues entonces tendré que portarme como una niña mayor y hacerle frente. –Señalé la cafetería–. ¿Vamos?

Noah pasó el resto del trayecto en silencio, y yo reflexioné sobre lo que había dicho y lo que ello significaba. La gente iba a pensar que era un putón. Lo más probable era que ya lo pensarán. Y aunque Noah era distinto –o parecía distinto– de la persona sobre la cual Jamie me había prevenido, eso no quería decir que no se pudiese terminar todo al día siguiente. ¿Valía la pena? La reputación de Noah no parecía haber echado para atrás a Daniel, y yo creía, más bien tenía la esperanza, que Jamie y yo seguiríamos siendo amigos. Y de momento, Noah estaba allí.

Decidí que eso bastaba.

Aún íbamos de la mano cuando llegamos a la cafetería. Solo cuando Noah abrió la puerta para dejarme pasar, comprendí por qué lo llamaba el comedor. Los techos eran altos como los de una iglesia, y había arcos que ocupaban toda la pared y que servían de marco a unos enormes ventanales. El sobrio color blanco de las paredes contrastaba con el brillante suelo de madera de nogal. Nada podía parecerse menos a la primera imagen que nos viene a la cabeza cuando uno oye la palabra «cafetería».

–¿Te apetece sentarte en algún sitio en especial? –preguntó Noah.

Mis ojos recorrieron la bulliciosa estancia, llena de alumnos con el uniforme de Croyden.

–¿Estás de broma, no?

Noah me llevó de la mano mientras atravesábamos la sala, y todos nos siguieron con la vista. Su mirada se cruzó con la de alguien que conocía y que estaba sentado al fondo, lo saludó con la mano, y la otra persona devolvió el saludo.

Era Daniel. Abrió los ojos como platos y su mesa entera se quedó en silencio mientras nos abríamos paso entre las sillas para llegar junto a donde se encontraba.

–¡Dios mío, pero si es mi hermana pequeña! ¡Aquí, en esta cafetería!

–Cállate.

Me senté junto a Noah y saqué lo que había traído para comer, demasiado cohibida como para enfrentarme a las miradas del resto de los alumnos de bachillerato que ocupaban la mesa.

–Veo que has conseguido traer a Mara la gruñona. Gracias, Noah.

Noah alzó las manos a la defensiva.

Daniel carraspeó.

–A ver, Mara. –Levanté la vista de mi bocadillo–. Estos son todos –prosiguió–. Todos, esta es mi hermana Mara.

Reuní algo de coraje y recorrí la mesa con la mirada. Reconocí a Sophie, pero a nadie más. Noah cambió de sitio su silla para sentarse frente a mi hermano y yo me quedé sentada junto a él y enfrente de Sophie.

–Hola –saludé.

–Hola –respondió ella a medio masticar con una sonrisa. Tragó y me presentó al resto de su grupo. Noah y mi hermano se habían puesto a hablar como si fuesen íntimos; los amigos de Daniel fueron amabilísimos conmigo, y unos minutos más tarde, Sophie me hizo reír de tal manera que casi se me saltaron las lágrimas. Cuando recuperé el ritmo normal de respiración, Noah me miró, nuestros ojos se encontraron, me dio la mano por debajo de la mesa y sonrió. Yo le devolví la sonrisa.

Era feliz. Y lo que más quería en el mundo era que aquello durase.

Los exámenes fueron durísimos, tal como esperaba. Historia e inglés me salieron de cine, en álgebra no lo hice mal, y al de español, que sería el penúltimo, le tenía pánico.

Noah intentó estudiar conmigo la primera tarde de la semana de exámenes, pero como profesor era un desastre total; a los diez minutos terminé tirándole un paquete de fichas a la cabeza. Gracias a Dios que tenía a Jamie. Estudiamos juntos varias horas al día, y al final de la semana hasta me explicó álgebra en español. Era genial y yo me sentí genial a pesar del estrés. Desde que empecé a tomar Zyprexa la semana anterior, las pesadillas habían cesado, las alucinaciones habían desaparecido y, aunque nerviosa, entré en clase de español con la convicción de que estaba bien preparada.

El examen oral debería haber resultado sencillo; nos habían dado una lista de temas para preparar y teníamos que ser capaces de hablar de cualesquiera de ellos en plan poético, con pronunciación gramática correcta hasta que a Morales le pareciera bien. Y, por supuesto, en el mismo momento en que Jamie y yo pusimos el pie en clase, Morales me pilló por banda.

–*Meez Deer* –llamó con un mohín altanero. Siempre decía mi nombre mal y en inglés. Irritante–, es usted la siguiente.

Me señaló, y a continuación señaló el encerado.

Jamie me dirigió una mirada de solidaridad cuando pasé junto a su pupitre. Me costó recorrer el aula mientras intentaba en vano calmar el ritmo de mi respiración. Morales prolongó mi agonía cuando se puso a hacer anotaciones en su cuaderno, revolver papeles y cosas por el estilo. Me preparé para el ataque que se avecinaba mientras cambiaba mi peso de un pie a otro alternativamente.

–¿Quién fue Pedro Arias Dávila?

Dejé de moverme. No estaba en la lista de temas que nos había dado; jamás había mencionado a Dávila en clase. Estaba intentando desconcertarme. Levanté la vista hacia Morales, que estaba sentada sola en primera fila con el cuerpo desparramado sobre la silla del alumno con una postura bastante impropia. Estaba preparada para lanzarse a mi yugular.

–No tenemos todo el día, *Meez Deer*. –Golpeteó con sus largas uñas la superficie metálica del pupitre.

De pronto noté en mi flujo sanguíneo un cosquilleo de victoria. El año anterior había estudiado historia universal como optativa, y daba la casualidad de que había hecho el trabajo de fin de curso sobre el Panamá del siglo XVI. ¿Qué posibilidades tenía? Me pareció una señal.

–Pedro Arias Dávila dirigió la primera gran expedición española al Nuevo Mundo –respondí en un español impecable: no tenía ni idea de cómo estaba siendo capaz, y me sentí algo mareada. Todos los ojos de la clase estaban clavados en mí.

Hice una pausa para reflexionar sobre mi momento de genialidad y continué:

–Participó en las campañas militares de Granada, España, y el norte de África. El rey Fernando II lo nombró comandante de la expedición en 1514. –Mara Dyer al poder.

Morales habló con voz fría y serena.

–Puede sentarse, *Meez Deer*.

–No he terminado. –No podía creer que lo hubiera dicho de verdad; durante un segundo, mis piernas amenazaron con salir huyendo hacia el pupitre más cercano. Pero al mismo tiempo que Morales

recobraba la compostura, comenzó a correr por mis venas un escalofrío de emoción. No pude resistirme—. En 1519 fundó la ciudad de Panamá. Junto con Francisco Pizarro y Diego de Almagro firmó el tratado que permitió el descubrimiento de Perú.

Chúpate esa, Morales.

—Siéntese, *Meez Deer*. —Morales comenzó a resoplar y adquirió un prodigioso parecido con un personaje de dibujos animados. Treinta segundos después empezaría a echar humo por las orejas.

—No he terminado —repetí, encantada con mi audacia. Ese mismo año, Pedro de los Ríos lo sucedió en el cargo como gobernador de Panamá. Dávila murió en 1531 a los noventa y un años de edad.

—¡Siéntese! —gritó.

Pero yo me sentía invencible.

—Se le recuerda como un hombre cruel y mentiroso — recalqué cada uno de los adjetivos mientras miraba a Morales con desagrado y observaba cómo las venas de su frente amenazaban con estallar. Su escote adquirió un tono púrpura.

—Salga de mi clase. —Su voz sonaba fría y furiosa—. Señor Coardes, es usted el siguiente.

Morales se giró ligeramente en aquella silla que le quedaba demasiado pequeña e hizo un gesto a un compañero pecoso, y boquiabierto.

—No he terminado —me oí decir; me encontraba con una energía que casi me obligaba a dar botes. La propia aula parecía viva y dinámica. Oí una a una las pisadas de las hormigas que correteaban hacia un trozo de goma pegado a una estantería que había a mi izquierda y luego hacían el recorrido inverso. Olí el sudor que resbalaba por la cara de Morales. Ví cómo caían a cámara lenta sobre la frente de Jamie cada uno de sus mechones cuando apoyó el rostro sobre el pupitre.

—¡SALGA DE MI CLASE! —bramó Morales, y me sorprendió su fuerza cuando se levantó de la silla y derribó la mesa al mismo tiempo.

Llegados a ese punto, no pude continuar. Mi cara se iluminó con una sonrisa de suficiencia y salí del aula con parsimonia.

Entre vítores y aplausos.

Esperé a Jamie hasta que terminó el examen. Cuando salió del aula, lo enganché de una de las tiras de su mochila y lo arrastré hasta mí.

–¿Qué te parecieron mis *cojones*?^[1] –Mi sonrisa amenazaba con partirme la cara en dos al tiempo que extendía la mano para que me la chocara.

Jamie hizo lo mismo.

–Fue... fue... –Me miró atónito.

–Lo sé –dije, crecida con la victoria.

–... una idiotez –concluyó.

–¿Qué? –Lo había hecho genial.

Jamie movió la cabeza y metió las manos en los bolsillos de los pantalones mientras caminábamos hacia la puerta de atrás.

–Ahora fijo que intentará suspenderte por todos los medios.

–¿Qué me estás contando? Clavé la respuesta.

Me miró como si yo fuera idiota.

–Era un examen oral, Mara. Totalmente subjetivo. – Hizo una pausa mientras me observaba, a la espera de que lo asimilara–. Nadie de los que estábamos en clase va a respaldar tu versión excepto yo, pobrecito de mí. Y aquí mi palabra no vale una mierda.

Estaba claro. Yo era idiota.

–¿Ahora lo entiendes?–dijo.

Jamie tenía razón. Mis hombros se hundieron como si mi corazón fuese un globo y alguien hubiese dejado escapar el aire. Después de todo, no había estado tan genial.

–Menos mal que te grabé.

Me giré al instante.

–¡No! –dije. ¡Sí!

La sonrisa de Jamie podía hacerle la competencia a la que yo había mostrado antes, diente por diente.

–Me pareció que si suspendías te ibas a poner hecha una fiera, así que grabé tu actuación para la posteridad. Pensé que quizá querrías analizarlo en otro momento. – Me enseñó su iPhone y su sonrisa se hizo aún más amplia. Feliz Purim.

Por primera vez en mi vida solté un chillido como un cerdito, y me lancé a los brazos de Jamie.

–Eres. Un. Genio.

–Veinticuatro horas al día, pequeña.

Comenzó un festival de abrazos y sonrisas, pero luego la situación cambió. Jamie carraspeó y yo bajé los brazos y me metí las manos en los bolsillos. Puede que incluso arrastrase los pies, nerviosa, hasta que Jamie dijo:

–Vaya, creo que tu hermano te está haciendo señas. O eso o está haciendo indicaciones a un avión para que estacione con seguridad.

Me volví. Era cierto, Daniel estaba gesticulando insistentemente.

–Creo que debería...

–Sí. Eeh... ¿Quieres que nos veamos alguna tarde después de clase esta semana?

–Claro –respondí–. ¿Me llamas tú?

Caminé hacia atrás en la dirección en que se encontraba Daniel hasta que Jamie me hizo un gesto afirmativo; luego me di la vuelta y le dije adiós con la mano. Cuando me reuní con Daniel, no lo vi demasiado contento.

–Se ha metido usted en un buen lío, señorita –me dijo Daniel de camino al coche.

–¿Qué pasa ahora?

–Me han contado tu intervención en clase de español.

¿Cómo era posible? Mierda.

–Mierda.

–Sí, ya. No tienes ni idea del follón en el que te acabas de meter –dijo mientras montábamos en el coche–. Si todo el mundo habla pestes de Morales es por algo –prosiguió. Sophie me deleitó con unas cuantas historias de terror después de darme la noticia.

Me recordé a mí misma que tenía que echarle la bronca a Sophie por chivata. Tenía el estómago medio revuelto, pero logré hablar con aplomo.

–No estoy muy segura de que vaya a ser mucho peor. Esa bruja me ha torturado todos los días.

–¿Qué hacía?

–Me obligaba a quedarme de pie delante de toda la clase mientras me disparaba una pregunta tras otra en español sobre cosas que ni siquiera habíamos dado, y se reía cuando mi respuesta era incorrecta.

–Me detuve; no sabía la razón, pero mis argumentos sonaban menos convincentes al expresarlos en voz alta; Daniel me miró de reojo–. Se reía con muy mala idea –añadí.

–Ajá.

–Y me tiró una tiza.

–¿Y eso es todo?

Me enfadé y le lancé una mirada asesina.

–Eso lo pregunta un alumno al que ningún profesor ha gritado jamás.

Daniel no dijo nada y siguió conduciendo con rostro inexpresivo sin apartar la vista de la carretera.

–Fue bastante cruel. Supongo que si no lo ves es difícil de entender. –No quería seguir pensando en Morales.

–Supongo –dijo, y me miró de forma extraña–. ¿Qué te pasa? –preguntó.

–Nada –farfullé.

–Mentirosa, cara de osa.

–Eso dejó de tener gracia cuando tenías cinco años. En realidad, nunca tuvo ninguna gracia.

–Escucha, no te preocupes demasiado por lo de Morales. Al menos tú no tienes que mandar solicitudes a siete sitios diferentes para hacer prácticas en verano.

–Te van a aceptar en todos.

–No es cierto. Voy bastante atrasado en las asignaturas extracurriculares y la señorita Dopiko aún no ha escrito mi carta de recomendación; y quizá haya calculado mal mi volumen de trabajo en estudios avanzados y no sé cómo me van a salir los exámenes. Puede que no entre en las universidades que quiero.

–Pues si eso te pasa a ti, yo no tengo ninguna oportunidad.

–Bueno, quizá tengas que ir pensando en poner los medios para conseguirlo antes de que sea demasiado tarde – dijo Daniel, siempre mirando al frente.

–Quizá no me resultaría tan difícil si fuese un genio como mi hermano mayor.

–Eres tan inteligente como yo. Lo único que ocurre es que trabajas menos. –Abrí la boca para protestar, pero mi hermano me lo impidió–. No es solo en lo relativo a las notas. ¿Qué vas a poner en tu currículum para las universidades? No estás en el grupo de teatro. Ni en música. Ni en el periódico. Ni...

–Pero dibujo.

–Pues sácale provecho. Preséntate a concursos. Gana algún premio. Y ponte en contacto con otras organizaciones, es importante que vean que estás bien...

–Por Dios, Daniel. Lo sé, ¿vale?, lo sé.

El resto del camino a casa transcurrió en completo silencio, pero me sentía fatal y lo rompí en cuanto enfilamos el camino de entrada.

–¿Qué va a hacer Sophie este fin de semana?–pregunté.

–No lo sé –dijo Daniel mientras cerraba de un portazo. Fantástico. Ahora él también estaba de un humor de perros.

Entré en casa y fui a la cocina a ver si encontraba algo de comer, mientras que Daniel desapareció camino de su cuarto, probablemente para delimitar el contorno de alguna constelación exquisita reunida en torno a cualquier mierda filosófica para incluir en sus solicitudes y con ello exhalar los últimos estertores de su trastorno obsesivo compulsivo que le obligaba a trabajar más de la cuenta. Mientras tanto, medité sobre un futuro sombrío del que yo era la protagonista, y en el que me veía convertida en una dibujante callejera en Nueva York que tenía que subsistir a base de sopa instantánea de fideos Ramen y vivir de ocupa en Alphabet City porque no había realizado ninguna actividad extracurricular. Entonces sonó el teléfono y respondí.

–¿Sí?

–Dígale a su marido que deje el caso –susurró una voz al otro lado de la línea. Hablaba tan bajo que no estaba segura de haber entendido bien.

Pero mi corazón tronó en mi pecho de todos modos.

–¿Quién es?

–Lo lamentará. –Y colgaron.

Un sudor frío cubrió mi cuerpo, y mi mente se quedó en blanco. Cuando Daniel entró en la cocina, yo aún tenía el teléfono en la mano, mucho tiempo después de que hubieran cortado la llamada.

–¿Qué estás haciendo? –me preguntó al pasar junto a mí cuando se dirigía a la nevera.

No le contesté. Miré el historial de llamadas y busqué la última recibida. La consulta de mi madre, hacía dos horas. Ningún registro de llamadas después de aquella. ¿Qué hora era? Miré el reloj del microondas; habían pasado veinte minutos. Llevaba veinte minutos allí de pie con el teléfono en la mano. ¿Había borrado la llamada? ¿Había existido en realidad esa llamada?

–¿Mara?

Me volví hacia Daniel.

–Caray –dijo retrocediendo un paso–. Parece que hayas visto un fantasma.

O que lo había oído.

Pasé de él y me fui a mi habitación con mi móvil. Esa mañana me había tomado la pastilla, como todas las mañanas desde lo de la exposición de arte. Pero si la llamada era real, ¿por qué no aparecía en el registro?

Llamé a mi padre, muy alterada. Atendió al sonar el segundo tono.

–Tengo una pregunta –solté de golpe sin ni siquiera saludar.

–¿Qué pasa, pequeña?

–Si ahora quisieras dejar el caso, ¿podrías hacerlo?

Mi padre hizo una pausa.

–Mara, ¿estás bien?

–Sí, sí. Es una pregunta puramente teórica.

Y más o menos era verdad. Al menos de momento.

–Ah, vale. Bueno, es más que improbable que la juez permitiese un cambio de abogados a estas alturas. De hecho, estoy casi seguro de que no lo permitiría.

Se me cayó el alma a los pies.

–¿Y cómo hizo el otro abogado para dejar el caso?

–El cliente accedió a que yo me hiciese cargo, si no Nate no habría tenido tanta suerte.

–¿Y ahora tu cliente no te deja dar marcha atrás?

–Lo dudo. Se le complicarían mucho las cosas. Y la juez no lo iba a consentir; me caería una sanción si hiciera una cosa así. Mara –dijo–, ¿seguro que estás bien? La semana pasada quise preguntarte qué tal te iba la terapia, pero me lié con...

Pensaba que era por él. Por no estar en casa.

–Bien. Estoy bien –dije en el tono más convincente que fui capaz de poner.

–¿Cuándo tienes la próxima cita?

–El jueves que viene.

–Muy bien. Tengo que dejarte, pero no pienso perderme tu cumpleaños, ¿de acuerdo?

Hice una pausa.

–¿Vas a venir a casa el sábado?

–Y a quedarme todo el tiempo que pueda. Te quiero, pequeña. Hasta pronto.

Colgué el teléfono. Me puse a dar vueltas por mi habitación como una loca sin dejar de pensar en la llamada. Estaba tomando antipsicóticos para las alucinaciones, y posiblemente, lo más seguro es que también para los delirios. Llevaba una semana bien, pero quizá la presión de los exámenes me estaba haciendo mella. Si les hablaba a mis padres de la llamada pero no había ninguna prueba, nada que respaldase mi palabra, ¿qué iban a pensar? ¿Qué harían? De todos modos, mi padre no podía dejar el caso, pero ¿y mi madre? Mi madre querría sacarme del colegio para ayudarme a sobrellevar el estrés. Y no poder graduarme en el año que me correspondía ni ir a la universidad el curso siguiente... no iba a ayudarme a sobrellevar el estrés.

No dije nada.

Debería haberlo hecho.

Noah me recogió a la mañana siguiente, pero yo estuve inquieta y callada todo el camino hasta el colegio. No me forzó. Aunque aquello se había convertido prácticamente en una rutina desde hacía más de una semana, todos los ojos se volvieron hacia nosotros cuando recorrimos el patio interior desde el portón de entrada. Noah no apartó su brazo de mi cintura, pero me soltó al llegar a la puerta de la clase de álgebra; aunque a regañadientes. Anna y Aiden pasaron junto a nosotros con un gesto de disgusto como si algo oliese mal.

–¿Estás bien? –preguntó Noah, con la cabeza inclinada hacia un lado.

–¿Qué? –Estaba distraída pensando en la llamada de la noche anterior. Y en el bosque de metal de la exposición de arte. Y en Claire y Jude en el espejo–. Estaba pensando en el examen de bio que tengo luego –le dije a Noah.

Hizo un gesto con la cabeza.

–¿Te veo después, entonces?

–Ajá –respondí, y entré en clase.

Cuando llegué a mi pupitre, Jamie se acercó despacio y se sentó a mi lado.

–¿Aún sigues con ese bobo engreído?

Apoyé la cabeza entre las manos y comencé a tirarme del pelo.

–Por Dios, Jamie. Déjalo ya.

Abrió la boca para decir algo, pero el señor Walsh ya había empezado la clase. Estaba harta de escuchar a Jamie hablar mal de Noah y aquel día quería zanjar el tema de una vez. Lo miré con los ojos entornados y articulé «comida» sin emitir sonido alguno. Hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

Las demás clases de la mañana transcurrieron despacio, y a la hora fijada Jamie ya me estaba esperando junto a las mesas de picnic. Y por primera vez, que yo me diese cuenta, sus ojos estaban a la altura de los míos.

–¿Has crecido? –le pregunté.

Jamie arqueó las cejas.

–Ah, ¿sí? Qué locura de hormonas. Más vale tarde que nunca, supongo –dijo al tiempo que se encogía de hombros; luego entrecerró los ojos para mirarme–. Pero no cambies de tema. Deberíamos estar hablando de tu pésimo gusto para los hombres.

–¿Qué problema tienes?

–Yo no tengo ningún problema. Tú sí tienes un problema.

–¡Ah! ¿Y cuál es mi problema?

–Shaw está jugando contigo –dijo Jamie en voz baja.

Comencé a enfadarme.

–No creo.

–¿Hasta qué punto lo conoces, Mara?

Hice una pausa. Luego dije:

–Lo suficiente.

Jamie apartó la vista.

–Bueno, yo lo conozco desde hace más tiempo.

Se apartó unos mechones de la cara y se mordió el labio inferior.

Lo observé con atención, allí sentado, y un minuto después todo encajó.

—¡Dios mío! —dije en su susurro—. Estás celoso.

Jamie me miró como si me hubiese vuelto loca.

—¿Estás loca? —preguntó.

—Eeh... —¿Quizá lo estaba?

—No te ofendas, cariño, pero no eres mi tipo.

Solté una risita.

—Celoso de él no, celoso de mí.

El rostro de Jamie se ensombreció.

—El chico está apetitoso, no voy a mentirte, pero no. No sé cómo lo aguantas, sinceramente.

—¿Qué te ha hecho, Jamie? —Permaneció en silencio. ¿Se ha acostado con tu madre o algo así?

La expresión de Jamie se endureció.

—Con mi hermana.

Abrí la boca, pero en un primer momento no fui capaz de articular palabra. Luego dije:

—No sabía que tenías una hermana.

—Ya se graduó. Cuando llegó Noah ella estaba en primero de bachillerato.

—Quizá... Quizá le gustaba —dije. Sentí una punzada en el pecho.

Jamie soltó una risotada.

—No. Solo la utilizó deliberadamente para vengarse.

—¿Para vengarse de qué?

Jamie echó la cabeza hacia atrás y fijó la vista en el tejado de paja.

—Ya te conté que me pasaron de curso, ¿no? —preguntó Jamie; asentí con la cabeza—. Bueno, pues antes estaba en la clase de Katie, su hermana pequeña. Cuando Noah y Katie entraron en el colegio, ella estaba algo perdida. Así que la ayudé.

—Igual que a mí.

—Excepto que quizá hubo o no besitos de por medio. No me acuerdo —dijo Jamie mientras yo levantaba una ceja escéptica—. Bueno, el caso es que —dijo con sarcasmo— Noah me pilló metiéndole mano por debajo de la falda; por cierto, usa tanga. Qué sugerente. Y al día siguiente, llegué a casa, y el único tema de conversación de mi extraordinariamente inteligente y pragmática hermana, Stephanie, era Noah.

Noté un pinchazo en el pecho.

—Quizá le gustaba —dije en voz baja.

—Oh, ya lo creo. Una barbaridad. Hasta que un sábado por la noche, después de salir juntos, llegó a casa llorando. —Jamie entrecerró los ojos al ver a Noah acercarse desde el edificio contiguo—. Noah la humilló. Ella insistió en marcharse de Croyden y mis padres accedieron.

—¿Y está bien?

Jamie se rio.

—Sí. O sea, está en la universidad, y aquello pasó hace un par de años. ¿Pero utilizarla deliberadamente de ese modo? Vomitivo.

No supe qué decir. Quería defender a Noah, pero, la verdad, ¿podía hacerlo? Así que dije:

—¿Y qué pasó con Katie y contigo?

–Nada. No quería que le amargase la vida a Katie todavía más, así que puse fin a toda aquella mierda. –Jamie se chupó el labio inferior–. Y a mí también me gustaba mucho. –Me miró con la cabeza ladeada y sus mechones descolocados–. Pero nada de eso tiene ninguna importancia, porque no vas a escuchar a tu amigo judío, bisexual y simbólicamente negro, ¿verdad?

Mis ojos se cruzaron con los de Noah, que estaba acercándose despacio.

–No lo sé –contesté sin dejar de mirar a Noah.

–Será tu funeral. –Jamie dejó de hablar unos segundos antes de que Noah llegase hasta nosotros.

–Roth –saludó con una inclinación de cabeza.

–Shaw –Jamie le devolvió el saludo.

Noah se situó a mi espalda y me dio un beso en el hombro, justo en el preciso instante en que Anna y Aiden aparecieron desde detrás de la escalera.

–Dios mío, Mara, ¿aún sigues pendiente de él? –dijo Anna mientras hacía un gesto con la cabeza para referirse a Noah; chasqueó la lengua–. ¿Era eso lo que me faltaba a mí, Noah?

–La lista de tus carencias, Anna, es más larga que la cola de pacientes sin cita previa que acuden al centro de salud de South Beach para recibir atención gratuita –dijo Jamie, y me sorprendió su tono de voz–. Aunque estoy seguro de que tu lista de amantes incluye los mismos nombres.

Noah se rio en silencio, escondido detrás de mí, y yo obsequié a Jamie con una sonrisa cómplice. Me había defendido. Aunque no estuviera de acuerdo con mi elección. Era un buen amigo.

Anna se quedó parada y boquiabierta hasta que Aiden tiró de su camisa y la atrajo para decirle algo al oído. Una sonrisa malévola le cambió la cara, y nos dieron la espalda justo cuando tocó el timbre.

Solo cuando vi la expresión de Noah al salir del examen de bio me di cuenta de que algo iba mal. Muy mal.

–¿Qué ha pasado? –le pregunté cuando me condujo hacia la zona de las taquillas en vez de ir al aparcamiento.

–Jamie quiere contártelo él mismo. Me pidió que viniese a buscarte –dijo Noah–. Y desde hace años no me ha dirigido la palabra más que en una ocasión, así que vamos.

Me quedé sin habla. ¿Qué le había podido pasar en las últimas dos horas? Cuando giramos la esquina antes de llegar a la taquilla de Jamie, vi que estaba recogiendo sus cosas. No solo sus libros, sino también sus fotos, sus apuntes... todo. Vaciándola.

Metió el guion de la obra de teatro en su mochila y sonrió al verme.

–Aiden ha dicho que lo había amenazado –prorrumpió precipitadamente.

–¿Qué?

–Con un cuchillo. Anna confirmó su versión. –Jamie metió en la mochila un fajo de folios–. Y uno de los dos lo metió en mi mochila sin que me diese cuenta. Me han expulsado.

–¿Qué? –Mi voz retumbó y vibró contra el metal–. ¡Menuda gilipollez! ¿Cómo van a expulsarte así como así?

Jamie se detuvo y se volvió hacia mí con los puños cerrados.

–Aunque Croyden no tuviese una política de tolerancia cero, tengo antecedentes. Lo del Ébola del año pasado, por ejemplo. Mis padres ya han venido a recogerme.

–¿Así, sin más? –pregunté con un tono estridente.

–Así, sin más –respondió, y cerró la taquilla de un portazo–. Técnicamente, es una expulsión cautelar pendiente de revisión, pero ya está casi todo dicho; ya estaba en período de prueba y con un expediente disciplinario abierto. Así que ahora voy a tener que hacer todo mi trabajo por correspondencia –imitó la voz grave del doctor Kahn–. Vi a Noah cerca del edificio de administración y le pedí que fuese a buscarte. Me han castigado a arresto domiciliario hasta después de la graduación. O hasta que saque el diploma de convalidación en secundaria. Lo que llegue antes. Me va a joder totalmente las solicitudes a la universidad del año que viene.

Tuve la sensación de que mi estómago caía en picado. No me lo podía creer. Calificar aquello de injusticia era quedarse corto.

–Vaya, vaya. Pero si es el matón del colegio. –Oí la voz de Aiden y me giré furiosa. A su lado estaba Anna, con expresión de triunfo.

Así que eso era lo que iba a ocurrir. De un plumazo, habían echado a perder la vida de Jamie, simplemente porque me había defendido. Porque éramos amigos. Y al ver sus repulsivas caras, supe, sin ningún atisbo de duda, que no sería la última vez.

Me moría de ganas de lanzarme sobre ellos. Era capaz de matarlos por lo que habían hecho. Lo estaba deseando.

Jamie le lanzó a Aiden una mirada asesina.

–No me obligues a pincharte, Davis.

Aiden se echó a reír.

–¿Con qué, con un palillo de dientes?

Me revolví contra él antes de ser consciente de lo que estaba haciendo.

–Lárgate. Lárgate ahora mismo antes de que te haga daño.

Aiden recorrió la distancia que nos separaba en cuestión de segundos. De cerca todavía era más grande. Vi cómo se le contraían las fibras de los bíceps.

–¿A qué esperas?

Al instante, la mano de Noah le atenazó la garganta, y lo empujó hacia las taquillas.

–¡Cabrón hijo de puta! –le gritó Noah–. Jamie, llévate a Mara de aquí.

–¡Noah! –intenté contenerlo.

–¡Vete! –espetó.

Jamie me agarró de la mano y me arrastró más allá de donde se encontraba Anna. Oí el ruido de sus cuerpos al golpear el metal e intenté darme la vuelta, pero Jamie era más fuerte de lo que parecía.

–Noah sabe cuidarse solito, Mara.

Intenté soltarme.

–Pero Aiden es enorme.

Jamie esbozó una leve sonrisa amarga mientras me agarraba más fuerte y me obligaba a alejarme.

–Pero Noah pelea sucio. No le va a pasar nada. Te lo prometo.

No me soltó hasta llegar junto al callejón, delante del coche de sus padres.

–Arresto domiciliario significa sin teléfono y ordenador –dijo Jamie–. Pero si consigo encontrar un búho, enviaré a escondidas un mensaje al mundo exterior, como Harry Potter, ¿de acuerdo?

Asentí con la cabeza, justo en el momento en que el padre de Jamie bajaba la ventanilla.

–Adiós, preciosa –dijo Jamie, y me dio un beso en la mejilla–. Y que El Hombre no te decepcione.
Y, sin más, se fue.

Me quedé allí, sin moverme, completamente atontada y con la vista perdida en el colegio vacío. El único amigo que había hecho en el poco tiempo que llevaba, aparte de Noah, ya no estaba. Sentí que una mano me rozaba la espalda. Me volví.

El rostro perfecto de Noah estaba hecho un desastre. Tenía la señal de un golpe de un intenso color rojo debajo del pómulos izquierdo, además de unos cuantos cortes que se extendían desde la ceja hasta la sien.

–Dios mío –musité.

Noah dejó escapar una sonrisa maliciosa. Y a continuación un gesto de dolor.

–Vamos. Tenemos que irnos.

Me llevó al aparcamiento, y solo miró atrás una vez antes de llegar al coche. De sus nudillos brotaron unas gotitas de sangre que cayeron sobre la palanca de cambios.

–¿No sería conveniente ir al hospital?

Noah volvió a sonreír. Parecía doloroso.

–Tendrías que ver cómo quedó el otro.

–¿Qué le hiciste? –pregunté.

–Bah, cuando se cure podrá volver a llevar una vida normal.

Levanté las cejas asustada.

–Estoy de coña –Noah me apartó el pelo de la cara y me lo sujetó detrás de la oreja, y de nuevo hizo una mueca de dolor–. Siento decir que estará como nuevo dentro de unos días –dijo Noah con la mandíbula en tensión–. Tiene suerte de que le haya dejado con vida. Si te amenaza de nuevo, no volverá a tenerla. –Noah volvió la vista hacia la carretera–. Pero lo cierto es que mañana comienza mi periodo de expulsión por lo de Kent la semana pasada, y si a Aiden o Anna se les ocurre chivarse... en fin. Voy a tener que pasarme algún tiempo fuera de combate, por así decirlo.

Cuando llegamos a mi casa, Noah aparcó, pero no se bajó del coche.

–Te veo el viernes –dijo mientras se subía las gafas de sol–. No creo que sea conveniente que tus padres me vean con esta pinta. No favorecería nada lo nuestro.

–¿Lo nuestro?

Noah alargó el brazo para ponerme la mano en la nuca, y me acarició con el dedo pulgar el hueco de detrás de la oreja. Contuvo la respiración al hacerlo.

–Me gustaría seguir a tu lado mucho tiempo.

Mi corazón golpeó con fuerza contra mis costillas al notar el tacto de la mano de Noah sobre mi nuca. Qué incoherencia. Lo que me había contado Jamie y el aspecto de Noah y lo cerca que estaba... se me agolparon las ideas en la cabeza antes de que fuese capaz de procesarlas.

–¿Por qué te acostaste con la hermana de Jamie? –solté de sopetón. Y sin ninguna delicadeza. Me entraron ganas de darme un puñetazo en la nariz.

Noah no apartó la mano de mi nuca, pero su cara mostró una expresión de desdén mezclada con regodeo.

–¿Qué te ha contado?

Bueno, ahora que la había liado no podía volverme atrás. Tragué saliva.

–Que no te gustó que él saliera con Katie, así que lo hiciste para vengarte.

Noah escrutó mis ojos.

–¿Y tú le creíste?

De pronto noté la garganta seca.

–¿Debería creerle?

Me sostuvo la mirada, con la mano todavía en mi nuca.

–Sí. Supongo que deberías –dijo sin ningún matiz en su voz. Tenía una mirada sombría y una expresión indescifrable.

Sabía que debía tener muy en cuenta su respuesta. Sabía que detrás de lo que Jamie me había contado había algo más, que yo era y había sido una idiota que codiciaba lo que muchas otras chicas habían codiciado y por lo que habían pagado un precio, y que pronto lo pagaría yo también. Debería recoger velas y darle un bofetón, y con ello asestar un golpe en nombre del feminismo o algo así o, como mínimo, salir del coche.

Pero entonces volvió a acariciarme con el pulgar detrás de la oreja, y casi sin darme cuenta de lo que hacía, me incliné hacia él y apoyé mi frente sobre la suya. Los labios de Noah se entreabrieron al notar el contacto.

–De verdad creo que debería verte un médico –fue lo único que fui capaz de decir. Me odié por ello.

Su sonrisa no era más que una mueca en un extremo de su boca. Tenía el labio inferior abierto. Entonces Noah me miró y se acercó más a mí. Su mirada se posó sobre mis labios.

–Tengo otras cosas más importantes que hacer –dijo en voz baja, al tiempo que hacía una pausa y se detenía; apenas nos separaban unos centímetros, y acerqué mi cara aún más a la suya sin pretenderlo.

–No quiero hacerte daño –susurré, aunque lo más probable era que fuese yo la que al final sufriese algún daño.

Nuestras narices se tocaron y lo único que separó nuestras bocas fue un instante perfecto y excitante.

–No puedes.

Alguien golpeó el cristal de la ventanilla y me sobresaltó sin motivo. Me aparté. Noah cerró los ojos un segundo, y luego bajó la ventanilla.

Daniel y Joseph estaban junto al coche; Daniel con la cara contraída en una mueca que fingía desaprobación, mientras que Joseph sonreía.

–Perdonad la interrupción –dijo Daniel con la mirada fija en mí–. Pensé que os gustaría saber que mamá venía detrás de nosotros y estará aquí dentro de cinco minutos.

–¿Qué le ha pasado a tu cara? –preguntó Joseph, visiblemente impresionado.

Noah se encogió de hombros ligeramente.

–Me metí en una pelea.

–Qué guay.

–¿Quieres pasar –le preguntó Daniel a Noah– y ponerte un poco de hielo?

Noah echó una mirada al reloj.

–¿Cinco minutos?

–Tuvo que parar en la tintorería. Hay tiempo si te das prisa.

Salimos del coche y nos dirigimos a casa los cuatro. Joseph abrió la puerta y corrió a la cocina, presumiblemente a por hielo para la cara de Noah. Daniel revisó el correo que había en la consola de la

entrada.

–¿Cuál es el afortunado centro universitario que me ha aceptado hoy? –preguntó con la vista puesta en los sobres. Ah, Harvard. Qué bien. ¡Y Stanford! –Daniel me dio la mano y me hizo girar.

Noah miró el montón de sobres.

–Y Northwestern. Y Nueva York. Deberías ir a Nueva York. Hay más diversidad. No es nada bueno para la salud tener demasiados cerebritos concentrados en un solo campus.

Daniel sonrió.

–No te falta razón. Pero sí es bueno tener donde elegir –dijo mientras volvía a poner los sobres en su sitio; observó los cortes de Noah con atención–. Aiden había exigido que llamaran a una ambulancia e insistió en que se lo llevaran en camilla.

–Habría preferido que se lo llevaran en un ataúd –dijo Noah.

–Para tu información, he oído que su madre pidió que te expulsaran a ti también.

Noah miró a mi hermano a los ojos.

–El resto de la directiva no lo va a consentir.

Daniel asintió con la cabeza.

–Eso es cierto.

Mis ojos iban de uno a otro como en un partido de tenis.

–¿De qué habláis cuando yo no estoy delante?

–Cómo te gustaría saberlo, ¿eh? –contestó Daniel mientras se guardaba las llaves en el bolsillo y agarraba su fajo de confirmaciones de admisión. Joseph reapareció con una bolsa llena de hielo y se la entregó a Noah.

–Gracias –dijo Noah con una sonrisa. Joseph se alegró tanto como si le hubiese tocado la lotería–. Será mejor que me vaya. ¿Te veo dentro de unos días? –me preguntó.

Hice un gesto de asentimiento.

–Que no se te olvide ir al médico.

Noah me dirigió una mirada.

–Adiós, Mara –dijo, y se fue en dirección a su coche. Contemplé cómo se iba con ojos entornados, y cerré la puerta cuando se marchó.

Cuando entré, Daniel me estaba esperando con los brazos cruzados. Lo miré.

–¿Qué?

–Tú sí que tienes que ir al médico –me dijo mientras me señalaba el brazo con la vista.

Me tapé los ojos con las palmas de las manos y presioné.

–Venga, Daniel...

–Venga tú. ¿Desde cuándo no te cambias el vendaje?

–Desde hace unos días –mentí.

–Bueno, dice mamá que tienes cita para una revisión. Así que o te llevo yo o te lleva ella.

–Muy bien. –Solté un bufido y salí de casa. Daniel me siguió.

–Por cierto, ya me han contado lo de Jamie.

–¿Y sabes lo que ocurrió en realidad? –pregunté a mi hermano. Asintió con la cabeza. Yo bajé la vista–. No puedo creer que Anna y Aiden hicieran lo que hicieron. Y se van a salir con la suya.

De pronto sentí un dolor punzante en las manos y las miré. Había apretado tanto los puños que me había clavado las uñas en las palmas. Intenté tranquilizarme.

–El colegio va a ser un suplicio sin él.

–Al menos tienes a Noah.

Dirigí la mirada al frente.

–No parece que haya sobrepasado mi cuota de amigos –dije con voz apagada.

Daniel arrancó el coche y lo sacó del camino de entrada.

–Siento mucho haberte dicho eso; lo sabes, ¿verdad?

–No pasa nada –dije mirando por la ventanilla.

–¿Y por lo demás qué tal?

–Bien.

–¿Cuándo tienes la próxima cita para terapia?

Le lancé una mirada herida.

–El jueves, ¿se lo has dicho a Noah?

–Por supuesto que no. Pero no creo que le importara mucho.

Eché la cabeza hacia atrás para apoyarla en el asiento y la giré hacia la ventanilla.

–Preferiría que no se enterase de mi grado de locura.

–Ah, vamos... Ese tío se ha metido en dos peleas en dos semanas. Tiene sus propios problemas.

–Y tú, sin embargo, vas y te pones a hacer de celestino.

–Nadie es perfecto. Y no estoy haciendo de celestino. Creo que te conviene. Él también ha pasado lo suyo, ¿sabes?

–Lo sé.

–Y creo que en realidad no tiene a nadie con quién hablar del tema.

–Lo dices como si hubiese hablado de ello contigo.

–En realidad, no. Los tíos no nos reunimos para contárnoslo todo como hacéis las chicas. Sé lo justo... de lo que sea. Lo único que te quiero decir es que lo aceptaría.

–Ya, claro. Nada como enterarte de que la chica con la que has empezado a salir toma antipsicóticos.

Daniel aprovechó la oportunidad para cambiar de tema.

–Por cierto, ¿cómo te van? ¿Algún efecto secundario?

–Ninguno que haya notado.

–¿Y crees que funcionan?

Con la excepción de aquella inquietante llamada telefónica...

–Creo que sí.

–Genial. Entonces, ¿crees que vas a estar en forma para la fiesta sorpresa de cumpleaños de Sophie el viernes por la noche? Estoy preparando un gran evento. Bueno. No tan grande. Pero una buena movida.

–No lo sé –dije sin dejar de pensar en la llamada telefónica. En la amenaza. En Jamie. No estaba muy segura de estar de humor para fiestas–. Quizá.

–¿Y tu cumpleaños? ¿Habéis hecho algún plan Noah y tú?

–No se lo he dicho –respondí con voz apagada mientras veía pasar los coches desde la ventanilla. Ya estábamos llegando a la consulta del médico. Se me encogió el estómago cuando me di cuenta.

–¿Por qué no?

Suspiré.

–No quiero darle demasiada importancia, Daniel.

Movió la cabeza en señal de desaprobación cuando entrábamos en el aparcamiento de la clínica.

–Deberías contárselo, Mara.

–Lo tendré en cuenta.

Abrí la puerta de la clínica y Daniel me siguió. Firmé en la lista de pacientes y esperé hasta que me llamaron. Era mejor que estar en el hospital, pero el mismo olor –a medicina– hizo que mi respiración se acelerase y que notara la garganta cerrada. Cuando la enfermera me tomó la tensión, mi pulso golpeó furioso el manguito al comprimirme el brazo. Respiré a boqueadas y la enfermera me miró como si estuviese loca. Qué poco sabía ella.

Me llevó a una sala y señaló la camilla de vinilo cubierta del papel que utilizan en las consultas. Me senté, pero no me gustó nada cómo rechinó y crujió. La doctora llegó pocos minutos después.

–¿Mara? –preguntó al leer mi nombre en su ficha. Luego me miró a los ojos y extendió la mano–. Soy la doctora Everett. ¿Qué tal va ese brazo?

–Lo noto bien –dije, alargándolo para que lo examinara.

–¿Te has cambiado el vendaje cada dos días?

No.

–Ajá...

–¿Qué tal el dolor?

–La verdad es que no me ha molestado mucho –contesté; ella alzó las cejas–. He tenido mucho que hacer con los exámenes y las cosas del colegio –dije a modo de explicación.

–A veces la distracción es una buena medicina. Muy bien, Mara, vamos a echarle un vistazo. –Primero me retiró las gasas del codo, luego continuó por el antebrazo. Frunció el ceño y los labios a medida que iba retirando el vendaje y dejando al descubierto mi piel pálida e intacta. Consultó su ficha–. ¿Cuándo ocurrió?

–Hace dos semanas.

–Mmm. El médico de urgencias debió de equivocarse. Probablemente estaba en prácticas –dijo para sí.

–¿Cómo?

–A veces las quemaduras de primer grado se confunden con las de segundo grado, sobre todo en brazos y pies –dijo mientras me giraba y examinaba el brazo–. Pero aun así, normalmente las señales duran cierto tiempo. ¿Te duele al hacer esto? –preguntó al tiempo que me extendía los dedos.

Negué con la cabeza.

–No entiendo. ¿Qué pasa?

–No pasa nada, Mara –dijo con la mirada fija en mi brazo–. Está totalmente curado.

El hecho de no tener un vendaje que me picara y se empapara de sudor fue el único detalle agradable de los dos días siguientes. Sin Noah, y sobre todo sin Jamie, en el colegio mostraba menos paciencia, y se me notaba. Contesté de malos modos a mi profesora de historia, que me encantaba, y estuve a punto de darle a Anna un puñetazo en la cara cuando pasó a mi lado y me dio un golpe en el hombro con el bolso. Por su culpa habían expulsado a mi único amigo. Era lo menos que podría hacer.

Me contuve. Por poco. Pero me llevé a casa el mal humor. Lo único que quería era estar sola.

Cuando entré en casa, saqué inmediatamente mi cuaderno y me fui a la salita a dibujar. Para hacer bocetos siempre era mejor el suelo, y la moqueta de mi habitación no era lo más adecuado.

Como una hora después, Daniel asomó la cabeza por la puerta.

–Hola.

Levanté la vista del cuaderno y sonreí sin ganas.

–¿Has pensado si vas a querer ir a la fiesta de Sophie mañana por la noche?

Seguí garabateando el papel. Los autorretratos son difíciles de hacer sin un espejo.

–¿Es temática?

–No –contestó Daniel.

–Ah.

–¿Eso quiere decir que vienes?

–No –respondí–. Solo quería saberlo.

–Sabes que papá y mamá van a salir esta noche, ¿no? –preguntó Daniel.

–Sí.

–Y que Joseph va a venir conmigo para ayudarme a preparar todo para mañana.

–Sí –contesté sin levantar la vista.

–Entonces, ¿qué vas a hacer? –preguntó Daniel.

–Me voy a quedar aquí sentada. Y voy a dibujar.

Daniel alzó una ceja.

–¿Estás segura de que vas a estar bien?

Suspiré.

–Es que prefiero regodearme a placer en mi autocompasión, Daniel. Estaré bien.

–Si es por tus notas, puedo hablar con mamá. Amortiguar el golpe.

–¿Qué? –No había hecho demasiado caso a lo que me había estado diciendo, pero desde luego en ese momento le presté toda mi atención.

–¿No has visto tus notas?

Mi corazón comenzó a latir con fuerza.

–¿Ya han salido?

Daniel asintió.

–No sabía que no lo sabías.

Me levanté del suelo de un salto, sin el cuaderno, y salí disparada hacia mi habitación. Me senté en la silla de mi escritorio impaciente y giré para ver la pantalla. La ansiedad corría por mis venas. Llevaba unos días sintiéndome muy segura, pero en ese momento...

A medida que mis ojos iban leyendo la pantalla, comencé a relajarme.

Inglés avanzado: SB

Biología: N+

Historia: N

Plástica: SB

Español: S

Álgebra II: N

Parpadeé incrédula. Luego volví a leer la pantalla. Letra S, situada entre SB y N. S de suspenso. S de seguro. Suspenso seguro. Mi primer suspenso.

Se me cortó la respiración y me incliné hasta apoyar la cabeza entre las rodillas. Debería haberlo sabido. Dios mío, qué boba. Pero en mi defensa había que decir que jamás había suspendido nada en mi vida, y que esas cosas parece que nunca van a pasar hasta que pasan. ¿Cómo se lo iba a explicar a mis padres?

Aunque me daba mucha vergüenza, tenía la esperanza de que Daniel aún estuviera en casa. Fui a la cocina a toda prisa, con la cara al rojo vivo. Me había dejado una nota en la nevera:

Fui a preparar las cosas. Lláname si quieres y volveré a recogerte.

Solté una palabrota para mis adentros y me apoyé sobre la superficie de acero, dejando huellas por todas partes. Y entonces me di cuenta.

Jamie.

Había grabado mi examen oral. Existía la prueba de que lo había bordado. Saqué el móvil del bolsillo y presioné la foto que el propio Jamie había instalado en mi teléfono. Una cabeza de carnero. Vaya bicho más raro. Alcé la cabeza para mirar al techo y recé para que contestara.

Salió directamente el buzón de voz.

«Arresto domiciliario significa sin teléfono y ordenador –había dicho Jamie–. Pero si consigo encontrar un búho, enviaré a escondidas un mensaje al mundo exterior, como Harry Potter, ¿de acuerdo?»

Se me llenaron los ojos de lágrimas y tiré el móvil contra la pared, con lo cual quedó una marca en la pintura y el teléfono se desarmó. Pero no importaba un bledo. Había un suspenso en mis notas. Un suspenso.

Escondí la cabeza entre las manos y me las pasé por la cara. Mi mente era un hervidero de pensamientos funestos. Necesitaba contárselo a alguien para decidir qué debía hacer. Necesitaba un amigo; necesitaba a mi mejor amiga; pero se había ido. Y Jamie también se había ido. Pero tenía a Noah. Me acerqué a mi maltrecho teléfono y recogí las piezas. Intenté volver a montarlo. No hubo suerte. Saqué el teléfono fijo de su base y apreté el botón de llamada, pero entonces me di cuenta de que no me sabía su número de memoria. Después de todo, solo hacía unas semanas que lo conocía.

Las lágrimas se secaron sobre mi rostro y me dejaron la piel tirante. No terminé mi dibujo. No hice nada. Estaba demasiado disgustada, furiosa conmigo misma por haber sido tan idiota, pero estaba aún más enfadada con Morales. Y cuanto más lo pensaba, más me enfadaba.

Ella tenía la culpa de todo. Yo no le había hecho nada cuando entré en Croyden, y sin embargo ella había hecho lo imposible para complicarme la vida. Quizá podría averiguar la dirección de Jamie y

recoger el MP3, pero ¿serviría de algo? ¿Sabría español el doctor Kahn? Y aunque yo sabía que había clavado la respuesta, también sabía que Morales mentiría.

Miré por la ventana de la cocina al cielo oscuro. Ya me ocuparía al día siguiente.

El día siguiente no empezó con normalidad. Me desperté muerta de hambre a las cuatro de la mañana y me fui a la cocina a hacerme unas tostadas. Saqué de la nevera una botella de litro y medio de leche y me serví un vaso mientras se tostaba el pan. Cuando las rebanadas saltaron de la tostadora, me las comí despacio mientras daba vueltas en la cabeza a lo ocurrido la noche anterior. No me di cuenta de la presencia de Joseph hasta que comenzó a agitar la mano delante de mi cara.

–¡Tierra llamando a Mara!

Di un respingo y le aparté la mano de un cachete.

–Déjame en paz.

Oí a una segunda persona trasteando por la cocina y giré la cabeza. Daniel sacó una barrita de cereales de la despensa y le dio un mordisco.

–Vaya careto que tienes. ¿Te has levantado con el pie izquierdo? –me preguntó con la boca llena.

Me incliné sobre la mesa y apoyé la cabeza, que me estaba martilleando, en las manos. Era el dolor más intenso que había tenido desde hacía semanas.

–¿Viene Noah a recogerte? Su periodo de expulsión terminaba hoy, ¿no?

–No sé. Supongo.

Daniel miró el reloj.

–Pues ya llega tarde. Lo cual quiere decir que te llevo yo. Lo cual quiere decir que tienes que vestirte. Ya.

Abrí la boca para informar a Daniel de que aún teníamos bastante tiempo por delante hasta la hora de ir al colegio y para preguntarle qué hacía levantado tan temprano, pero vi por casualidad el reloj del microondas. Las siete y media. Llevaba horas sentada en la cocina. Horas... masticando. Me tragué el pan frío y el pánico por haber perdido tanto tiempo.

Daniel me miró con el rabillo del ojo.

–Venga –dijo con suavidad–; no puedo llegar tarde.

Cuando llegamos, no vi el coche de Noah en el aparcamiento del colegio. Quizá había decidido tomarse otro día libre. Deambulé por el colegio, apenas consciente de lo que hacía. No vi a Noah en clase de inglés, ni tampoco por los pasillos en los cambios de clase. Se suponía que tenía que estar allí. Quería averiguar dónde vivía Jamie, y aunque se odiaban, no tenía la suficiente confianza con nadie más para preguntárselo.

Entre clase y clase, fui al edificio de administración para pedir una cita con el doctor Kahn, y cuando llegó la hora aciaga, entré en su despacho armada con razones de peso. Iba a pelear por la nota que merecía. Le contaría lo del MP3. Mantendría la calma. No me echaría a llorar.

El despacho del director se parecía más al estudio de un caballero distinguido del siglo XIX; desde las paredes recubiertas con madera oscura hasta el montón de libros con tapas de piel y el busto de Palas colgado encima del marco de la puerta. Lo digo de broma. Lo de los libros.

El doctor Kahn estaba sentado detrás de su escritorio de caoba con su rostro extraordinariamente

dulce iluminado por la luz verdosa de la lámpara de mesa. No podía tener menos aspecto de doctor, con sus pantalones chinos y un polo blanco en el que destacaba el escudo de Croyden.

–Señorita Dyer –dijo mientras señalaba una de las sillas situadas delante de su escritorio–, ¿en qué puedo ayudarla?

Lo miré a los ojos.

–Creo que mi nota de español debería modificarse – dije. Con voz tranquila. Con confianza.

–Ya.

–Puedo demostrar que merecía sobresaliente en el examen –dije, y era cierto. Existía una grabación. Solo que no la tenía en mi poder.

–Eso no va a ser necesario –dijo el doctor Kahn mientras se apoyaba en el alto respaldo de su silla de cuero.

Parpadeé.

–Ah –dije, algo desconcertada–. Estupendo. ¿Y cuándo me la van a cambiar?

–Me temo que no puedo hacer nada, Mara.

Parpadeé de nuevo, pero cuando abrí los ojos solo vi oscuridad.

–¿Mara?

La voz del doctor Kahn sonaba muy lejana. Volví a parpadear. El doctor Kahn se había tomado la libertad de poner sus pies enfundados en zapatos bicolor encima de la mesa. Demasiado informal. Me dieron ganas de hacérselos bajar de un manotazo y de quitarle la silla de paso.

–¿Por qué no? –pregunté entre dientes. Tenía que conservar la calma. Si me ponía a gritar, me quedaría con el suspenso.

Pero me vi tentada a hacerlo.

El doctor Kahn alcanzó un papel de encima de su escritorio y lo examinó con atención.

–Los profesores tienen que remitir a la dirección un informe por escrito cada vez que suspenden a algún alumno –explicó–. La señorita Morales dice que copió usted en el examen.

Se me dilataron las fosas nasales y comencé a ver puntitos rojos.

–Miente –dije con voz calmada–. ¿Cómo voy a copiar en un examen oral? Es ridículo.

–Según su cuaderno de clase, las primeras notas fueron muy bajas.

No podía creer lo que estaba oyendo.

–O sea, ¿que se me está sancionando por haber mejorado?

–No se trata solo de haber mejorado, Mara. Su mejoría fue absolutamente prodigiosa, ¿no cree?

Las palabras del doctor Kahn avivaron mi furia.

–Tuve un profesor particular –contesté con los dientes apretados, mientras trataba de deshacerme de los puntitos rojos a base de parpadear.

–Dice la profesora que la vio echar miradas furtivas por debajo del brazo durante su examen. Dice que la vio escribir algo en el brazo.

–¡Está mintiendo! –grité, y al momento fui consciente de mi error–. Está mintiendo –dije en tono más bajo y con voz temblorosa–. Cuando hice el examen tenía el brazo vendado. Había sufrido un accidente.

–También comenta que la había visto mirar en distintas direcciones cuando le preguntaba algo en clase.

–O sea, que, básicamente, ¿puede decir que copié sin aportar ninguna prueba?

–No me gusta ese tono, señorita Dyer.

–Entonces estamos igual –repliqué sin poder reprimirme.

El doctor Kahn alzó las cejas flemático. Su voz era exasperantemente templada cuando habló.

–Leona Morales lleva más de veinte años trabajando en este centro. Es exigente, pero justa; las quejas por parte de sus alumnos pueden contarse con los dedos de una mano.

Interrumpí.

–Porque tendrán miedo de decir...

–Usted, por el contrario –prosiguió el doctor Kahn–, no lleva aquí más que unas semanas, y ya ha llegado tarde a clase en múltiples ocasiones, ha contestado mal a la profesora de historia esta misma mañana –sí, estoy informado y ha conseguido que la señorita Morales la haya tenido que expulsar de clase tras causar una seria perturbación. ¿A quién creería usted?

Literalmente, lo vi todo rojo. Intenté con tanto empeño no gritar que mi voz, cuando conseguí hablar, salió como un susurro.

–Pero... escúcheme. Hay una grabación de mi examen. Haré que alguien se lo traduzca. Podemos escucharlo. La señorita Morales puede...

El doctor Kahn ni siquiera descruzó las piernas antes de interrumpirme.

–Vamos a hacer una cosa. Llamaré a la señorita Morales y volveremos a revisarlo todo. Después le comunicaré mi decisión final.

Mi mente se vio invadida de pensamientos funestos que giraban sin cesar y el tiempo transcurrió tan lento como si se arrastrase. Me levanté de la silla y al hacerlo la tiré al suelo, pero me temblaban demasiado las manos como para poder recogerla. Todo... todo aquello rebasaba los límites de la injusticia. Y a mí me estaba desquiciando. Abrí con tanta furia la puerta del despacho que la oí chocar con estrépito contra el tope antes de rebotar. Me dio exactamente igual. Sentía los pies como si fuesen de acero al dirigirme a clase de español. Desearía haber podido triturar la hierba y convertirla en polvillo. Morales se iba a salir con la suya. Ojalá se ahogase con esa lengua embustera que tenía. Hasta podía visualizar la escena con claridad meridiana. Daba tumbos por la clase vacía con los ojos fuera de sus órbitas, se metía en la boca los dedos huesudos mientras intentaba averiguar qué le estaba pasando. Se ponía azul y emitía un extraño sonido ronco. Es difícil mentir cuando no puedes ni hablar.

Quería enfrentarme a ella. Quería escupirle en un ojo. Pero mientras subía las escaleras a toda prisa para ir a su clase, supe que no lo iba a hacer. De todos modos, le iba a soltar cuatro frescas. Doblé la esquina y recorrí los últimos metros que me separaban de la puerta mientras pensaba en varios epítetos que iba a lanzarle. Hoy en clase de español íbamos a practicar la letra Z.

Cuando derrapé para frenar delante de la puerta del aula, dentro no había nadie más que Jude. Estaba tendido en el suelo, cubierto de un polvillo blanco. Tenía encima una enorme viga de madera, y vi el lugar donde las astillas habían traspasado la piel. Su torso estaba ensangrentado, y le resbalaban gotas de sangre por una de las comisuras de la boca. Le hacían parecerse un poco al Joker de *Batman*.

Parpadeé.

Ya no era el cuerpo de Jude. Era el del gañán gilipollas que había maltratado a *Mabel*, quien estaba tumbado en el suelo, con una parte del cráneo transformada en una masa rosada y una pierna flexionada formando un ángulo absurdo. Como una bailarina palurda. El linóleo se había convertido en tierra y las moscas taponaban sus heridas.

Volví a parpadear. Había desaparecido. En su lugar estaba Morales. Estaba tendida en el suelo, con

la cara más violeta que azul. Tenía su lógica según lo que había aprendido sobre los colores primarios en la clase de plástica de segundo. La mezcla de rojo y azul da violeta, y Morales siempre tenía la cara colorada. Pero juro por Dios que parecía la persona que se transforma en un arándano gigante en *Charlie y la fábrica de chocolate*. Ladeé la cabeza y parpadeé de nuevo sin apartar la vista del cuerpo con ojos saltones que se encontraba tendido sobre el suelo de linóleo, segura de que si dejaba de mirarlo desaparecería como los otros dos. Así que aparté la vista.

Pero cuando volví a mirar, seguía allí.

Los cinco segundos siguientes se hicieron tan largos como cinco horas. Sonó el segundo timbre, y una chica rubia llamada Vera, que traía detrás a una de las orientadoras, me apartó a un lado. Vera estaba llorando. Mmm.

–¡Cuando llegué vi que se estaba ahogando, pero no supe qué hacer! –Al hablar, a Vera le salió por la nariz una pompa de mocos que le fue resbalando por la cara hasta más debajo de los labios. Qué asco.

–¡Apartaos todos! –gritó la señora Connolly, la orientadora. La puerta estaba atestada de alumnos medio histéricos.

Oí una sirena a lo lejos y enseguida aparecieron los sanitarios y la Policía, que apartaron a los alumnos y establecieron un pequeño perímetro de seguridad en torno a la puerta. La gente lloraba y empujaba y en general me estaban sacando de quicio, así que me alejé de la aglomeración y baje las escaleras de dos en dos a paso ligero hasta que llegué a la planta baja. No había comido. Estaba mareada y muerta de hambre, y además, por Dios bendito, aquello no podía estar sucediendo. ¿No me había tomado la pastilla por la mañana? No me acordaba.

Me alejé del pasadizo cubierto y me dirigí, dando tumbos, a la explanada de hierba. El sol me cegaba, y sentí deseos de darle un puñetazo en la nariz. Me entró una risa nerviosa al pensarlo. Después, la risa nerviosa se convirtió en una carcajada. Al poco rato me estaba riendo de tal manera que no pude contener las lágrimas. Noté el cuello húmedo, me quedé sin aliento y me dejé caer al pie de un árbol en el otro extremo del recinto, mientras seguía riéndome como una loca y revolcándome sobre la hierba, sujetándome los costados porque me dolían de la risa, maldita sea, pero es que aquello tenía su gracia.

De repente y sin saber de dónde, una mano se posó en mi hombro y tiró de mí hasta que me quedé sentada. Alcé la vista.

–Mara Dyer, ¿verdad? –dijo el detective Gadsen. Habló con voz calmada y denotaba curiosidad, pero no tenía una mirada amable.

Un movimiento borroso tras él captó mi atención. Noah apareció dentro de mi campo de visión; cuando vio con quién estaba hablando, se detuvo. Bajé la vista.

–¿Cómo está el perro? –preguntó el detective.

Hice lo que pude para no mirarlo en estado de *shock*. Incliné la cabeza hacia un lado y el pelo me tapó la cara como si fuese una cortina. Para esconderme mejor, Caperucita.

–¿Qué perro?

–Tiene gracia –dijo–. ¿Te acuerdas del perro de la persona a la que denunciaste al departamento de maltrato animal hace unas semanas? Después de que hablase contigo, desapareció sin dejar rastro.

–Sí, tiene gracia –dije, aunque no la tenía. No tenía ninguna gracia.

–¿La señorita Morales te daba clase? –preguntó sin vacilar.

¿Daba? Entonces es que había muerto. Bueno, al menos aquello sí era real. Imposible, pero real. Asentí con la cabeza.

–Debe de ser muy duro para ti.

Casi me dio la risa. No tenía ni idea. O quizá... ¿quizá sí la tenía?

Había que reconocer que la paranoia tenía su gracia. ¿Qué podía saber aquel detective? ¿Qué me imaginé a Morales muerta y había muerto? ¿Qué quería que el dueño del perro recibiera su merecido por

su comportamiento y lo había recibido? Hilarante. Imaginarse algo no lo convierte en una certeza. Desear algo no lo convierte en realidad.

–Sí, es muy duro –dije con otro gesto de asentimiento que consiguió que el pelo me tapase aún más la cara para esconder mi sonrisa de loca.

–Siento mucho la pérdida –dijo. Me temblaron los hombros debido al esfuerzo por contener la risa–. ¿Sabes si Morales era alérgica a algo?

Negué con la cabeza.

–¿Te fijaste alguna vez si llevaba con ella EpiPen o algún fármaco antihistamínico?

Negué con la cabeza y me puse en pie, algo tambaleante. Después de todo, era hija de abogado, e incluso con mi leve capacidad de percepción de la realidad, me di cuenta de que la conversación había terminado.

–Tengo que irme –dije.

–Por supuesto. Que te mejores. Y siento mucho lo de tu profesora.

Me alejé. Del detective y de Noah.

Pero Noah me alcanzó.

–¿Qué ha pasado? –Parecía anormalmente preocupado.

–No se te vio el pelo esta mañana –le dije sin mirarlo.

–Mara...

–No. No... –Mantuve la vista al frente y me concentré en el camino de vuelta a clase–. No pasa nada, Noah. No estoy loca. Es que... me tengo que ir. Voy a llegar tarde a bio.

–Se han acabado las clases –dijo pausadamente.

Me paré en seco.

–¿Qué?

–Son casi las cuatro –dijo con tranquilidad–. Y suspendieron la última hora. Te he estado buscando por todas partes.

Dos horas. Llevaba ausente casi dos horas. Tuve la sensación de estar hundiéndome, como si alguien hubiese apartado la tierra de debajo de mis pies.

–¡Eh, cuidado! –dijo Noah a la vez que me ponía la mano en la espalda para ayudarme a recuperar el equilibrio. Aparté aquellos pensamientos de mi cabeza.

–Tengo que irme –dije, mareada. Pero entonces otra mano me dio un golpecito en el hombro, y estuvieron a punto de doblármese las rodillas.

–Hola, chicos –dijo Daniel con voz seria–. Qué locura de día.

Tragué la bilis que me subía por la garganta.

–No tienes muy buen aspecto, Mara –dijo Daniel. Utilizó un tono más desenfadado, pero seguía teniendo un punto de ansiedad.

Me aparté un mechón de pelo que se me había quedado en la frente.

–Estoy bien. Solo un poco mareada.

–Justo a tiempo para tu cumpleaños –dijo Daniel con una sonrisa algo forzada–. Vaya chasco.

–¿Tu cumpleaños? –Los ojos de Noah se apartaron de mí para mirar a Daniel.

Lancé a Daniel una mirada cargada de veneno puro. No me hizo caso.

–Mara cumple diecisiete mañana. El 15 de marzo cumple este diablillo. Pero lo lleva medio en

secreto –explicó Daniel mientras se quitaba las gafas de sol para limpiar algo que se le había pegado a uno de los cristales–. Siempre se pone tristonza, así que es mi deber de hermano mayor distraerla de su disgusto cumpleaños.

–Ya me ocupo yo de eso –respondió Noah inmediatamente–. Quedas relevado del servicio.

Daniel miró a Noah con una amplia sonrisa.

–Gracias, tío, eres un buen colega.

Daniel y Noah hicieron entrechocar sus puños. No podía creer lo que me estaba haciendo mi hermano. Ahora Noah se iba a sentir obligado a hacer algo especial. Me dieron ganas de darle un puñetazo en la cara a cada uno, y de vomitar.

–Bueno –dijo Daniel mientras me rodeaba con un brazo–, creo que lo mejor será que lleve yo a Mara a casa. ¿A no ser que prefieras vomitar en el coche de Noah? –preguntó Daniel. Negué con la cabeza.

–Te recojo mañana a las once –me dijo Noah, sosteniéndome la mirada mientras Daniel me ayudaba a caminar–. Necesito decirte varias cosas.

Cuando Daniel y yo llegamos a casa, las carpetas de fuelle de mi padre estaban atípicamente desperdigadas por toda la superficie de la mesa del comedor. Oímos discutir a nuestros padres antes de que nos diese tiempo a cerrar la puerta. Hice señas a Daniel para que la cerrara sin hacer ruido.

–Creo que deberías pedir que se celebre una vista.

–Las alegaciones iniciales son el lunes, Indi. El lunes. Y el martes hay una audiencia probatoria urgente. La juez no va a permitir que me retire del caso. Es imposible.

¿Qué estaba pasando?

–Pues llama a Michael Lassiter. Pídele que te despida. Dile que le conseguirás un especialista. Quizá en ese caso la juez conceda un aplazamiento. A él le vendría bien, ¿no?

–Lo dudo. Lo que quiere es quitarse todo esto de encima cuanto antes. –Oí suspirar a mi padre–. ¿En serio crees que Mara está tan mal?

Daniel y yo intercambiamos una mirada.

Mi madre respondió sin vacilar:

–Sí.

–Desde la quemadura no le ha vuelto a pasar nada – dijo papá.

–Que sepamos.

–¿Crees que le está pasando algo?

–¿La has visto últimamente, Marcus? Apenas duerme. Creo que está peor de lo que deja traslucir. Y que tú estés implicado en un juicio por asesinato no la está ayudando.

–¿Tan mal como para que merezca la pena que me inhabiliten?

Mi madre hizo una pausa.

–Si eso ocurre, podemos volver a Rhode Island –dijo en voz baja.

Esperaba que mi padre se echase a reír. O que soltara un bufido furioso. O que dijese cualquier cosa excepto lo que dijo.

–Muy bien –respondió mi padre inmediatamente–. Llamaré a Michael Lassiter para decirle que me retiro del caso.

El sentimiento de culpabilidad me revolvió el estómago. Hice un movimiento para dirigirme a la cocina, pero Daniel me retuvo y me indicó que no lo hiciera con un movimiento de cabeza. Lo miré con los ojos tan entrecerrados como dos ranuras.

Confía en mí, me indicó, moviendo los labios. Los dos permanecemos completamente inmóviles, y volvimos a oír la voz de mi padre.

–Hola, ¿Michael? Sí, soy Marcus, ¿qué tal? Pues la verdad, no demasiado bien. –Y a continuación procedió a comunicarle la noticia.

Oí las palabras «inestable», «traumática», y «atención psiquiátrica». Mi mirada se clavó en la cabeza de Daniel.

Tras unos minutos, mi padre colgó el teléfono.

–¿Qué? –Era la voz de mi madre.

–Lo va a pensar. Es un buen tipo –dijo mi padre con voz apagada mientras mi madre abría los armarios con estrépito.

Daniel me hizo señas para que me acercara.

–Escucha –susurró–, vamos a entrar ahí, y tú vas a comportarte como si hubiese sido el día más feliz de tu vida. No digas nada de lo de Morales, ¿de acuerdo? Ya me ocupo yo.

Ni siquiera tuve oportunidad de responder antes de que Daniel cerrara la puerta con un tremendo golpe. Probablemente lo oyeron en el condado de Broward.

Mamá asomó la cabeza por la puerta de la cocina.

–¡Hola, chicos! –saludó con un entusiasmo exagerado.

–Hola, mamá –También con sonrisa fingida. Me sentía mareada y abatida y hecha polvo por el sentimiento de culpa, y lo estaba pasando fatal al tener que asumir que mi vida era así. Entramos en la cocina y allí encontramos a mi padre sentado a la mesa. Tenía ojeras, y parecía más delgado de lo habitual.

–Vaya, pero si son mis niños perdidos –dijo con una sonrisa.

Me limpié el sudor de la frente y me acerqué para darle un beso en la mejilla.

–¿Cómo ha ido el día, pequeña?

Daniel me lanzó una mirada elocuente por encima del hombro.

–¡Genial! –respondí sin demasiado entusiasmo.

–Mara ha estado ayudándome a preparar la fiesta sorpresa de Sophie –dijo Daniel mientras abría la nevera.

Ah, ¿sí?

–Ah, ¿sí? –dijo mi madre–. ¿Y cuándo es?

Daniel alcanzó una manzana.

–Esta noche –dijo, al tiempo que le daba un mordisco. Nos vamos dentro de un par de horas. ¿Vosotros tenéis algún plan?

Mi madre negó con la cabeza.

–¿Dónde está Joseph? –pregunté.

–En casa de un amigo –contestó mi madre.

Abrí la boca para sugerirles que salieran, pero Daniel fue más rápido que yo y lo propuso él.

Mi madre miró a papá.

–Tu padre anda bastante liado, me parece.

Él le devolvió la mirada. Al hacerlo, expresó mil cosas sin palabras.

–Creo que me puedo tomar la tarde libre.

–Genial –dijo Daniel–. Te lo mereces. Mara y yo vamos a planear un par de cosas, y luego voy a echarme una siestecita antes de la fiesta.

Dios mío, qué ganas de darle un beso a Daniel...

–Yo también –dije, y lo seguí. Le di un beso rápido a mi madre en la mejilla y me volví inmediatamente, antes de que se fijase en el fino barniz de sudor que me cubría la piel. Comencé a andar hacia mi cuarto.

–Entonces, ya tenéis planes, ¿no? –preguntó mamá a nuestras espaldas.

–¡Sí! –respondió Daniel. Yo asentí con la cabeza e hice un gesto con la mano antes de doblar la esquina del pasillo. Allí nos detuvimos.

–Daniel...

Alzó las manos.

–De nada. Tú solo... relájate, ¿vale? Tienes una cara que parece que estás a punto de vomitar.

–¿Crees que se lo han tragado?

–Sí. Lo hiciste bárbaro.

–Pero ¿y lo del caso de papá? No puede dejarlo, no por mi culpa... –Tragué saliva con dificultad e intenté mantener el equilibrio.

–Ya me ocuparé de insistir sobre lo bien que vas a estar mañana antes de que llegue Noah. Y lo mucho que me has ayudado a preparar la fiesta.

–Eres un cielo. En serio.

–Yo también te quiero, hermanita. Ve a acostarte un rato.

Daniel y yo nos separamos y nos fuimos a nuestras respectivas habitaciones. En el exterior ya había oscurecido, y se me erizó el vello de la nuca cuando pasé por delante de las fotos de familia. Giré la cabeza hacia el otro lado, hacia las puertas acristaladas que daban al jardín trasero. Con la luz del vestíbulo encendida, la oscuridad exterior parecía opaca, y, curiosamente, cada vez que me acercaba al cristal, me asaltaba la sensación de que había alguien o algo justo ahí fuera, algo escurridizo que se arrastraba, algo... No. Nada. No había nada. Entré a mi habitación y me dirigí directamente al escritorio y al frasco de Zyprexa que había encima. Después de una semana, mi madre se fiaba de mí lo suficiente como para dejarme tener el frasco entero en mi habitación. No recordaba si había tomado una por la mañana. Probablemente no. Por eso pasó todo lo de Morales; su muerte no había sido más que una coincidencia. Tenía un nudo en la garganta. Una coincidencia. Dejé caer una pastilla en mi mano temblorosa, me la puse en la boca y me la tragué sin agua. Pasó lenta y dolorosamente, y me dejó un regusto amargo.

Di un par de patadas al aire para quitarme los zapatos, me metí en la cama y sumergí la cara en las sábanas frescas de algodón. Ya pasaba un buen rato de la medianoche cuando, por segunda vez en mi vida, me despertó el ruido de alguien golpeando la ventana de mi cuarto.

La sensación de *déjà vu* me envolvió como una manta húmeda, que me picaba y me hacía sentir incómoda. ¿Cuántas veces iba a tener que volver a revivirlo? Me levanté nerviosa y a ciegas y me acerqué despacio a la ventana. Se me subió el corazón a la garganta cuando abrí las contraventanas, preparada para ver el rostro de Jude.

Pero lo que vi fue el puño de Noah levantado para volver a llamar.

Llevaba una gorra de béisbol raída con la visera echada hacia abajo, y apenas pude verle la cara; solo lo suficiente para darme cuenta de que estaba agotado. Y furioso. Un chorro de aire cálido entró por la ventana se esparció en el interior.

–¿Dónde está Joseph? –preguntó inmediatamente con una nota de pánico en su voz.

Me froté la frente dolorida.

–En casa de un amigo, iba...

–No está allí –dijo Noah–. Vístete. Tenemos que irnos. Ahora mismo.

Intenté poner algo de orden en el torrente de mis pensamientos. Aún no me había dominado el pánico.

–Deberíamos decirles a mis padres que no está...

–Mara. Escúchame, porque solo te voy a decir esto una vez.

Se me secó la boca y me pasé la lengua por los labios mientras esperaba a que terminase de hablar.

–Vamos a encontrar a Joseph. No tenemos mucho tiempo. Pero necesito que confíes en mí.

Notaba el corazón pesado y la mente nublada por la confusión y el sueño. No fui capaz de formular la pregunta que quería hacer. Quizá porque aquello no era real. Quizá porque estaba soñando.

–Date prisa –dijo Noah, y lo obedecí.

Me puse unos vaqueros a toda prisa y una camiseta, y al ir a buscar los zapatos me di un golpe en un dedo del pie. El dolor comenzó a palpar y me tragué el torrente de palabrotas que estuve a punto gritar. Eché una mirada a Noah, pero tenía la cabeza girada en dirección contraria, hacia la farola de la calle. Su mandíbula se tensó al morderse las paredes laterales de la boca. Había algo peligroso detrás de esa expresión. Explosivo.

Cuando estuve lista, apoyé las manos en el alféizar y me impulsé para saltar al otro lado, hacia el césped húmedo bajo la ventana. Me tambaleé, a punto de perder el equilibrio. Noah me ayudó a mantenerme en pie medio segundo y luego echó a andar deprisa. Troté para darle alcance. Me costó trabajo, como si el aire húmedo y pesado me estuviera empujando hacia atrás.

Noah había aparcado en el camino de entrada. Era el único coche que había. No estaba el de Daniel, no estaba el de mi padre, y el de mi madre tampoco estaba allí. Debían de haber salido por separado.

Noah abrió la puerta del conductor y encendió el motor de inmediato. Apenas me había sentado cuando pisó el acelerador. La fuerza con la que arrancó me empujó contra el respaldo del asiento.

–El cinturón –me indicó.

Lo miré enfadada. Cuando nos incorporamos a la I-75, Noah aún no había encendido un cigarrillo, y seguía en silencio. El estómago se me heló. Todavía lo notaba revuelto. Pero logré hablar.

–¿Qué está pasando?

Respiró hondo, y luego se pasó la mano por el mentón sin afeitarse. Entonces vi que se le debía de haber curado el labio durante los últimos días. Desde ese ángulo no había posibilidad de verle los ojos.

Cuando Noah habló, lo hizo con cautela. Con un tono de voz controlado.

–Joseph me mandó un mensaje de texto. Su amigo canceló el plan y necesitaba que alguien le trajera del colegio. Cuando llegué, no estaba allí.

–Y entonces, ¿dónde está?

–Creo que se lo han llevado.

No.

La última vez que había visto a Joseph había sido durante el desayuno. Había agitado la mano delante de mi cara y yo le había dicho..., le había dicho...

«Déjame en paz.» Oh, Dios.

El pánico comenzó a correr por mis venas y me apelmazó la sangre.

—¿Por qué? —pregunté en un susurro. Aquello no estaba ocurriendo. No estaba ocurriendo.

—No lo sé.

Mi garganta estaba llena de alfileres.

—¿Quién se lo ha llevado?

—No lo sé.

Apreté las manos contra las cuencas de los ojos. Deseé poder llegar hasta el cerebro. Había dos posibilidades, a saber: una, que aquello no fuese real. Que fuese una pesadilla. Eso parecía lo más probable. Dos, que no fuese una pesadilla. Que de verdad Joseph hubiera desaparecido. Que lo último que le había dicho, «déjame en paz», se hubiese hecho realidad.

—¿Cómo sabes dónde está? —le pregunté a Noah, porque en la cabeza solo tenía preguntas y, de todas ellas, aquella era la única que fui capaz de articular.

—No lo sé. Estoy yendo al lugar donde creo que está. Puede que esté allí, o puede que no. De momento nos tiene que valer, ¿de acuerdo?

—Deberíamos llamar a la Policía —dije como si tuviese la boca entumecida mientras buscaba el móvil en el bolsillo trasero.

No estaba allí.

No estaba allí porque el día anterior lo había estrellado contra la pared. Precisamente el día anterior. Cerré los ojos y todo comenzó a darme vueltas al tiempo que se me iba la cabeza.

La voz de Noah detuvo mi caída libre.

—¿Qué pensarías si alguien te dijera que cree saber dónde se encuentra un niño desaparecido?

Pensaría que esa persona ocultaba algo.

—Me harían preguntas que no iba a poder contestar. — Por primera vez fui consciente del tono áspero de su voz, un tono áspero que me dio miedo—. No puede hacerlo la Policía. Ni tus padres. Tenemos que hacerlo nosotros.

Me incliné hacia delante y metí la cabeza entre las rodillas. Aquello ya no parecía una pesadilla. Ni un sueño. Parecía real.

La mano de Noah me acarició la parte posterior del cuello.

—Si no lo encontramos, entonces sí llamaremos a la Policía —dijo con voz suave.

Mi mente era como un páramo desierto. No era capaz de hablar. No era capaz de pensar. Me limité a asentir con la cabeza, y luego alcé la vista para consultar la hora en el reloj del salpicadero. La una de la madrugada. Nos cruzamos con varios coches en la autopista, pero cuando Noah tomó una salida después de una hora de trayecto, los sonidos de Miami se desvanecieron. Las pocas farolas que encontrábamos bañaban el coche en una extraña luz amarillenta. Continuamos nuestro viaje en silencio, y cada vez se iban viendo menos farolas. Luego desaparecieron del todo, y ante nosotros no quedó más que una autovía mal iluminada por los faros del coche. La oscuridad, que amenazaba con engullirnos, se cernía ante nosotros como un túnel. Eché una mirada a Noah, con los dientes apretados para no llorar. Y para no

gritar. Tenía una expresión sombría.

Cuando por fin aparcamos, lo único que vi fue una extensión de hierbas altas que se mecían por la brisa cálida. No había edificios, no había nada más.

–¿Dónde estamos? –pregunté en voz baja, casi ahogada por el sonido de los grillos y las cigarras.

–En Everglades City –respondió Noah.

–No se parece demasiado a una ciudad.

–Linda con el parque natural de los Everglades. –Noah se volvió hacia mí–. No te vas a quedar aquí ni aunque yo te lo pida.

Era una afirmación, no una pregunta, pero de todos modos respondí:

–No.

–Ni siquiera pese a que lo que vamos a hacer sea arriesgado de cojones.

–Ni siquiera.

–Ni siquiera pese a que quizá ninguno de los dos...

Los labios de Noah no concluyeron la frase, pero sus ojos sí. Pese a que ninguno de los dos consiga llegar, me dijeron. Era una pesadilla. Se me subió la bilis a la garganta.

–Y si yo... no... –dijo Noah–. Haz lo que tengas que hacer para despertar a Joseph. Toma –dijo mientras metía la mano en el bolsillo–. Toma la llave. Escribe tu dirección en el GPS. Y conduce sin parar, ¿me oyes? Después llama a la Policía.

Agarré el llavero de Noah y lo guardé en el bolsillo trasero. Intenté que no me temblara la voz.

–Me estás asustando.

–Lo sé. –Noah hizo un movimiento para salir del coche y yo hice lo mismo. Me detuvo.

El olor a vegetación pútrida invadió mis fosas nasales. Noah puso rumbo al mar de maleza que se extendía ante nosotros y sacó su linterna. Entonces me di cuenta de que seguía teniendo las marcas de los golpes; habían comenzado a curarse, pero el moretón de la mejilla hacía que un lado de su cara pareciese hundido. Sentí un escalofrío.

Estaba muerta de miedo. Por el pantano. Por la posibilidad de que Joseph de verdad estuviera en él. Por la eventualidad de que no lo encontrásemos. De que hubiera desaparecido, se hubiera ido, me hubiera dejado en paz, como yo quería, y nunca más volviera a verlo.

Noah pareció adivinar mi desesperación, y me tomó la cara entre las manos.

–No creo que vaya a pasar nada. Y no tenemos que ir demasiado lejos, quizá solo haya que recorrer medio kilómetro. Pero recuerda: llaves, GPS. Ve a la autopista y sigue hasta la salida hacia tu casa. – Noah bajó las manos y se internó en la espesura. Yo lo seguí.

Quizá Noah sabía algo más de lo que me había contado o quizá no. Quizá era una pesadilla o quizá no. Pero en cualquier caso, me encontraba en alguna dimensión. Y si Joseph estaba allí, lo rescataría. El agua me empapó las zapatillas inmediatamente. Noah no habló mientras avanzábamos sobre el barro con dificultad. Algo que había dicho me desconcertó por un momento, pero se fundió con la nada antes de que pudiese captar su significado. Y además tenía que concentrar mi atención en el suelo que pisaba.

Hordas de ranas que croaban sin cesar formaban un clamor sordo a nuestro alrededor. Cuando los mosquitos no me devoraban viva, los juncos me rozaban la piel. Me picaba todo el cuerpo, mis terminaciones nerviosas ardían, me zumbaban los oídos. Todo ello me torturaba y desviaba mi atención de tal manera que estuve a punto de adelantar a Noah.

Y de meterme en el agua antes que él.

Las raíces enmarañadas de los manglares crecían invisibles bajo el líquido negro, y al otro lado se abría una extensión de hierba que no podíamos abarcar con la vista. Del cielo no colgaba más que una fina rodaja de luna, pero jamás en mi vida había visto tantas estrellas. Vislumbré a duras penas la silueta difuminada de un edificio cercano en la oscuridad. Noah se detuvo frente a la masa de agua.

–Tenemos que llegar al otro lado –dijo Noah.

No hacía falta ser un lince para darse cuenta de lo que aquello significaba. Caimanes. Y serpientes. Pero lo cierto es que podían haber estado acechándonos en el trecho que distaba entre el coche de Noah y el lugar donde nos encontrábamos. Así que ¿por qué no cruzar el río? No había ningún problema.

Noah iluminó con su linterna la superficie del agua. El haz de luz se reflejó sobre ella; no se veía nada de lo que podía haber debajo. El río tendría una anchura de unos diez metros escasos, y no sabría decir cuánto se extendía en cada dirección. La hierba se convertía en tallos y los tallos en raíces, dificultando mi visión.

Noah se volvió hacia mí.

–¿Sabes nadar? –Asentí con la cabeza–. Muy bien. Sígueme, pero no hasta que yo haya terminado de cruzar. Y no chapotees.

Salvó el desnivel de la orilla y oí el ruido del agua cuando se metió. Noah llevaba la linterna en la mano derecha y caminó un buen trecho antes de tener que echarse a nadar. Pero es que él medía tranquilamente un metro ochenta. Yo no haría pie hasta tan lejos. Mi estómago se encogió de miedo por los dos, y se me cerró la garganta por la ansiedad.

Cuando oí que Noah salía del agua, mis rodillas estuvieron a punto de doblarse de alivio. Alzó la linterna, que iluminó su cara con un resplandor extraño. Hizo una señal con la cabeza, y descendí.

Resbalé y me deslicé por la orilla del río. Mis pies se hundieron en el agua llena de maleza hasta que pisaron fango. Estaba sorprendentemente fresca, a pesar de la temperatura del aire. El agua me llegaba por las rodillas. Di un paso. Por los muslos. Otro paso. Por las costillas. La superficie rozaba los aros de mi sujetador. Vadeé el río con precaución, pues mis pies se enredaban en la maleza del fondo. Noah iluminaba la superficie que había justo delante de mí, con cuidado de evitar mis ojos. Bajo el haz de luz todo se veía turbio y marrón, pero me tragué la repulsión que me causaba y continué avanzando y esperando a que mis pies dejaran de tocar fondo.

–No te muevas –dijo Noah.

Me quedé helada.

Su linterna iluminó la superficie del agua a mi alrededor. Los caimanes aparecieron de la nada.

Sentí los latidos de mi corazón en los oídos al descubrir varios puntos de luz incorpóreos que flotaban en la oscuridad a un lado y a otro. Un par de ojos. Tres. Siete. Perdí la cuenta.

Estaba paralizada; no podía avanzar, pero tampoco retroceder. Miré a Noah. Estaba a menos de cinco metros de distancia, pero el agua que nos separaba bien podía haber sido un océano.

–Voy a volver a entrar –dijo–. Para distraerlos.

–¡No! –susurré. Sin saber por qué, sentía la necesidad de hablar en voz baja.

–Es preciso. Hay demasiados, y no tenemos tiempo.

Sabía que no debía hacerlo, pero aparté la vista de la silueta de Noah y miré a mi alrededor. Estaban

por todas partes.

–Tienes que encontrar a Joseph –dije desesperada.

Noah dio un paso hacia la orilla del río.

–No.

Se deslizó por la orilla. El haz de luz rebotó sobre la superficie y otra vez oí el ruido del agua al entrar Noah. Cuando sujetó la linterna con firmeza, varios pares de ojos desaparecieron. Luego volvieron a aparecer. Mucho, mucho más cerca.

–¡Noah, sal!

–¡Mara, muévete! –Noah chapoteó en el agua, manteniéndose cerca de la orilla pero alejándose de mí.

Ví a los caimanes nadar hacia él, pero algunos pares de ojos siguieron fijos en mí. Estaba empeorando las cosas, el muy idiota. Pronto nos veríamos los dos atrapados, y mi hermano se quedaría solo.

Sentí que uno de ellos se acercaba incluso antes de verlo. Un hocico enorme y prehistórico emergió ante mí a poco más de un metro de distancia. Podía distinguir perfectamente la silueta de su cabeza rugosa. Estaba atrapada y muerta de miedo, pero también había algo más.

Mi hermano había sido secuestrado, y estaba solo y más asustado que yo. No tenía a nadie que pudiese ayudarlo, a nadie más que a nosotros. Y parecía que quizá no lo lograríamos. Noah era el único que sabía dónde buscarlo, y si seguía así iba a conseguir que lo mataran.

Algo salvaje se revolvió en mi interior mientras aquellos ojos me miraban fijamente. Ojos grandes y negros, como de muñeca. Los odiaba. Deseé poder matarlos.

No tuve tiempo de preguntarme cómo demonios había tenido esa idea, porque algo cambió. Un retumbar sordo y apenas perceptible agitó el agua y oí un chapoteo a mi izquierda. Me giré, aturdida por el impulso repentino, pero allí no había nada. Mi mirada volvió a posarse rápidamente en el lugar donde había visto al animal que más se había acercado. Había desaparecido. Seguí con la vista el círculo luminoso mientras Noah inspeccionaba la superficie con la linterna. Había menos pares de ojos; podía contarlos. Cinco pares. Cuatro. Uno. Todos desaparecieron silenciosamente en la oscuridad.

–¡Sal! –grité a Noah, y alcé los pies para recorrer a nado el resto del trayecto. Oí a Noah impulsarse para salir del agua. Tropecé en la oscuridad y en un momento dado me enredé en la maleza, pero no me detuve. Ya en la orilla, mis manos resbalaban sobre las raíces enmarañadas y no era capaz de asirme a ellas. Noah se inclinó y alcancé su mano. Tiró para sacarme del agua mientras mis piernas resbalaban sobre la tierra. Una vez fuera, solté su mano y caí de rodillas, tosiendo.

–Eres –balbucí– un idiota.

No podía ver la expresión de Noah en la oscuridad, pero le oí tomar aire.

–Imposible –dijo en un susurro.

Me puse de pie.

–¿Qué? –pregunté cuando recuperé el ritmo normal de mi respiración.

No me hizo caso.

–Tenemos que irnos.

Tenía la ropa pegada al cuerpo y se le quedó el pelo de punta cuando se pasó la mano por la cabeza. Su gorra de béisbol había desaparecido. Noah comenzó a andar y lo seguí chapoteando entre los juncos.

Cuando llegamos a una extensión larga de hierba, echó a correr. Yo hice lo mismo. Se me hundían los pies en el barro y jadeaba con el esfuerzo. Sentí un dolor punzante bajo las costillas y respiré entrecortadamente. Estuve a punto de caerme cuando Noah se detuvo delante de una pequeña caseta de hormigón. Los ojos de Noah escudriñaron en la oscuridad. Distinguí la silueta de un edificio grande en la distancia y una cabaña a algo menos de quince metros.

Noah me miró con expresión insegura.

—¿Dónde miramos primero?

Mi corazón se recuperó al pensar que Joseph podía estar tan cerca.

—Aquí —dije, al tiempo que señalaba la caseta. Me adelanté a Noah e intenté hacer girar el pomo de la puerta, pero estaba cerrada con llave.

Sentí la mano de Noah en mi hombro y seguí la dirección de sus ojos hasta que vi una ventanita pequeña bajo el alero. Era diminuta; imposible que él cupiese. Quizá ni yo cupiese. Las paredes eran lisas; no había ningún saliente donde apoyar el pie para impulsarme hacia arriba.

—Súbeme —le dije sin vacilar.

Noah entrelazó sus dedos. Echó un vistazo hacia atrás justo antes de que apoyase el pie en sus manos. Intenté mantener el equilibrio encima de sus hombros hasta poder erguirme del todo. En cuanto lo logré, me aferré al alféizar para mantener la estabilidad. Estaba mugriento, pero había un punto de luz en el interior. Había herramientas apoyadas en las paredes, un pequeño generador, unas mantas sobre el suelo, y más allá... Joseph. Estaba tendido en el suelo en un rincón. Inconsciente.

Tuve que contener el aluvión de emociones; alivio mezclado con terror.

—Está ahí dentro —susurré a Noah mientras empujaba el cristal de la ventana. Pero ¿estaría bien? La ventana no cedía, y musité una oración a cualquier dios que estuviese escuchando para que se abriera, por favor, que se abriera.

Se abrió. Metí los brazos y serpenteé para hacer pasar el resto del cuerpo. Caí de cabeza y aterricé sobre un hombro. Una burbuja de dolor ardiente me estalló en un costado y apreté los dientes para no gritar.

Abrí los ojos. Joseph no se había movido.

Enloquecí de pánico. Me levanté con una mueca de dolor, pero no pensé en mi hombro cuando corrí hacia mi hermano pequeño. Parecía dormido, acurrucado entre un montón de mantas. Me acerqué despacio, aterrorizada al pensar que al tocarlo pudiera estar frío.

No lo estaba.

Respiraba, y con normalidad. Con un inmenso alivio, lo sacudí. Su cabeza cayó hacia un lado.

—Joseph —dije—, ¡Joseph, despierta!

Retiré la fina manta que lo cubría y vi que le habían atado de pies y manos por delante. Empezó a darme vueltas la cabeza, pero forcé mis ojos para que se concentraran. Recorrí la estancia con la vista y busqué algo con que cortar las cuerdas de plástico que rodeaban las muñecas y los tobillos de Joseph. No encontré nada.

—Noah —llamé—. Dime que has traído una navaja.

No respondió, pero oí el repiqueteo del metal al golpear la hoja abierta de la ventana. Y al rebotar y volver a caer fuera, oí a Noah soltar una sarta de palabrotas antes de que la navaja volviese a chocar contra el cristal. Esta vez, cayó dentro de la cabaña y aterrizó en el suelo. La abrí y comencé a deslizar la hoja por las cuerdas.

Cuando conseguí cortar las ataduras de las muñecas de Joseph tenía los dedos casi en carne viva, y cuando terminé de hacer lo propio con las de los pies se me habían quedado entumecidos. Por fin tuve oportunidad de examinarlo con calma. Aún llevaba el uniforme del colegio: pantalones chinos y un polo de rayas. Estaban limpios. No parecía estar herido.

–¡Mara! –Oí la voz de Noah llamándome desde el otro lado de la pared–. Mara, date prisa.

Intenté levantar a Joseph, pero el dolor me atravesó el hombro como un cuchillo. Mi garganta dejó escapar un sollozo ahogado.

–¿Qué ha pasado? –La voz de Noah sonaba frenética.

–Me he hecho daño en el hombro al caer. Joseph no se despierta y no puedo levantarlo para sacarlo por la ventana.

–¿Y la puerta? ¿No puedes abrirla desde dentro?

Yo era idiota. Me lancé a toda prisa hacia la parte delantera de la estancia de hormigón. Hice girar el cerrojo y abrí la puerta. Noah estaba al otro lado y me dio un susto de muerte.

–Supongo que eso es un «sí» –dijo Noah.

Mi corazón latió frenético cuando Noah se acercó a Joseph y lo levantó del suelo agarrándolo por las axilas. Mi hermano estaba totalmente exánime.

–¿Qué le pasa?

–Está inconsciente, pero no tiene señales de moretones ni nada. Parece que está bien.

–¿Cómo vamos a...?

Noah sacó su linterna del bolsillo de atrás y me la pasó. Luego se echó a Joseph sobre los hombros y lo sujetó con una mano detrás de la rodilla y la otra en la muñeca. Caminó hasta la puerta como si tal cosa y la abrió.

–Menos mal que está delgado el cabroncete.

Se me escapó una risita nerviosa al salir, justo antes de que el haz de luz de los faros de un vehículo nos iluminara a los tres.

Noah y yo nos miramos.

–¡Corre!

Salimos a la velocidad del rayo mientras nuestros pies aplastaban con fuerza la porquería que pisaban. La hierba azotaba mis brazos, y el aire penetraba con ímpetu en mis fosas nasales. Llegamos al río y encendí la linterna para iluminar la superficie del agua. Estaba despejada, pero aquello no quería decir gran cosa.

–Cruzo yo primero –dije con la vista puesta en el agua. Casi como si estuviese desafiando a los caimanes.

Me sumergí en el río. Noah bajó a Joseph de sus hombros y me siguió mientras procuraba mantener la cabeza de mi hermano fuera del agua. Cuando comenzó a nadar, sujetó el cuerpo de Joseph bajo el brazo.

Más o menos hacia la mitad del recorrido noté que algo me rozaba la pierna. Algo muy grande. Contuve un chillido y seguí nadando. Nada nos siguió.

Noah alzó a mi hermano para que yo lo sostuviera y lo sujeté como pude, mientras mi hombro aullaba de dolor. Noah subió a la orilla gateando por el barro, se echó a Joseph a los hombros y seguimos corriendo.

Cuando llegamos al coche de Noah, lo primero que hizo fue dejar a Joseph en el asiento de atrás, y luego se sentó en el suyo. Yo prácticamente me derrumbé sobre mi asiento, y de pronto me puse a temblar a causa de la ropa empapada adherida a mi piel. Noah encendió la calefacción a toda potencia, pisó el acelerador a fondo y condujo como un lunático hasta que llegamos sanos y salvos a la I-75.

El cielo aún estaba oscuro. Las vibraciones regulares del asfalto bajo las ruedas amenazaron con adormecerme, a pesar del dolor insoportable del hombro. No era capaz de llevarlo en una postura adecuada; daba igual cómo tratara de acomodarme en el asiento. Cuando Noah me pasó el brazo por encima y comenzó a acariciarme el cuello, solté un grito. Noah abrió los ojos como platos, alarmado.

–Mi hombro –gemí. Miré el asiento de atrás. Joseph seguía sin moverse.

Noah sujetó el volante con las rodillas para palparme la clavícula con las manos, y a continuación el hombro. Los examinó con los dedos cubiertos de mugre, y me mordí la lengua para no gritar.

–Está dislocado –dijo con voz suave.

–¿Cómo lo sabes?

–Está mal colocado, ¿no lo notas?

Me habría encogido de hombros; pero sí.

–Vas a tener que ir al hospital –dijo Noah.

Cerré los ojos. De la oscuridad surgieron personas sin rostro que se agolpaban en torno a mi cama y me obligaban a tumbarme. Agujas y tubos tiraban de mi piel. Negué con la cabeza categóricamente.

–No. Nada de hospitales.

–Tienen que encajártelo en el hueco de la articulación. –Noah me palpó los músculos con los dedos y sofoqué un sollozo en la garganta; retiró la mano–. No quería hacerte daño.

–Lo sé –dije entre lágrimas–. No es por eso. Es que odio los hospitales.

Me eché a temblar al recordar el olor. Las agujas. Y luego se me escapó una risita nerviosa porque había estado a punto de ser devorada por reptiles gigantes, pero, por la razón que fuese, las agujas me daban más miedo.

Noah se pasó la mano por el mentón.

–Puedo colocártelo yo –dijo con voz apagada.

Me giré en el asiento y reprimí el dolor que me produjo el movimiento.

–¿De verdad? ¿En serio, Noah?

Su rostro adquirió una expresión sombría, pero asintió con la cabeza.

–Eso sería.... Por favor, hazlo.

–Te va a doler. Es que no tienes ni idea de lo muchísimo que te va a doler.

–No me importa –dije sin aliento–. Me va a doler lo mismo que si me lo hicieran en el hospital.

–No necesariamente. Podrían darte algo –dijo Noah–. Para el dolor.

–No puedo ir al hospital. No puedo. Por favor, hazlo, Noah. Por favor.

Noah echó un vistazo rápido al reloj del salpicadero y luego miró por el retrovisor. Suspiró y tomó la siguiente salida de la autopista. Cuando detuvo el coche en un aparcamiento oscuro y vacío, examiné el asiento de atrás. Joseph seguía inconsciente.

–Vamos –dijo Noah mientras salía del coche. Yo hice lo mismo, y lo cerró. Recorrimos un corto trayecto hasta que Noah se detuvo bajo un pequeño grupo de árboles situado detrás del centro comercial.

Cerró los ojos y me fijé en que había cerrado los puños. Los músculos de sus antebrazos estaban tensos. Me dirigió una mirada sombría.

–Ven aquí –dijo.

Me acerqué a él.

–Más cerca.

Di otro paso, pero mentiría si dijera que no estaba asustada. Mi corazón latía con fuerza.

Noah suspiró y recorrió la distancia que aún había entre nosotros, y después pegó su pecho a mi espalda. Noté todo su cuerpo apretado firmemente contra el mío y me estremecí. Si fue por estar fuera del coche con la ropa mojada o por sentir el contacto de su cuerpo contra mi espalda, no sabría decirlo.

Me rodeó el torso con un brazo, paralelo a mi clavícula, y deslizó el otro por debajo de mi brazo, de modo que sus manos casi se tocaban.

–Quédate muy quieta –susurró. Yo asentí en silencio.

–Venga, vamos. Uno –me habló al oído con voz suave, haciéndome cosquillas. Sentía los latidos de mi corazón contra su antebrazo.

–Dos.

–¡Espera! –dije, presa del pánico–. ¿Y si grito?

–No lo hagas.

Y entonces todo el lado izquierdo de mi cuerpo se inflamó de dolor. Chispas incandescentes estallaron detrás de mis ojos y sentí que mis rodillas no me sostenían, pero no llegué a notar el contacto con el suelo. No vi nada más que oscuridad, negra e impenetrable, mientras me dejaba ir.

Recobré el conocimiento cuando noté que el coche describía un giro amplio sobre el asfalto. Alcé la vista justo en el momento en que pasábamos bajo el cartel que anunciaba nuestra salida.

–¿Qué pasó? –balbucí. Se me había secado el pelo con la calefacción y se me había quedado tieso, cubierto de porquería. Noté que crujía por la parte de atrás.

–Te coloqué el hombro en su sitio –dijo Noah sin quitarle ojo a la carretera que iba clareando ante

nosotros—. Te desmayaste.

Me froté los ojos. El dolor agudo del hombro se había suavizado para convertirse en una molestia amortiguada y punzante. Miré el reloj. Casi las seis de la mañana. Si aquello era real, mis padres se despertarían enseguida.

El que ya se había despertado era Joseph.

—¡Joseph! —exclamé.

Me sonrió.

—Hola, Mara.

—¿Estás bien?

—Sí. Solo un poco cansado. ¿Qué ha pasado?

—Creo que te caíste en la zanja donde te encontramos, al lado del campo de fútbol —respondió Noah.

Dirigí a Noah una mirada furtiva. Sus ojos se cruzaron con los míos e hizo un gesto casi imperceptible con la cabeza. ¿Cómo era capaz de creer que Joseph se iba a tragar aquello?

—Es curioso, ni siquiera recuerdo haber ido allí. De todos modos, ¿cómo me encontrasteis?

Noah se frotó la frente con la mano sucia.

—Tuve un pálpito —dijo mientras evitaba mirarme.

Joseph me miraba a mí aunque estaba hablando con Noah.

—Ni tampoco recuerdo haberte enviado un *sms* para que vinieras a buscarme. He debido de darme un buen golpe en la cabeza.

Esa debía de ser la mentira que acompañaba a la de la zanja y el campo de fútbol. Y por la expresión de Joseph, no se había creído ni una ni otra. Y sin embargo parecía que le estaba siguiendo el juego.

Así que yo hice lo propio.

—¿Te duele? —le pregunté a mi hermano.

—Un poco. Y tengo el estómago medio revuelto. ¿Qué le digo a mamá?

Noah siguió con la vista al frente a la espera de que fuese yo quien tomase la decisión. Y era obvio lo que Joseph quería saber. Si debía dejarnos en evidencia a Noah y a mí, o si debía confiar en nosotros. Porque yo sabía que si Joseph le contaba a nuestros padres la mentira que Noah le había contado a él, mi madre se iba a poner histérica. Del todo.

Y empezaría a hacer preguntas. Preguntas que Noah había dicho que no podía contestar.

Miré a mi hermano pequeño por encima de mi asiento. Estaba sucio, pero en buen estado. Suspicao, pero no preocupado. Ni asustado. Pero si le contábamos lo que había sucedido en realidad —que alguien, un desconocido, lo había secuestrado y lo había atado y encerrado en una caseta de hormigón en medio del pantano—, ¿qué efecto le causaría? ¿Cómo se iba a quedar? Me volvió a la cabeza el recuerdo de su rostro lívido y desconsolado, de su cuerpo abatido, pequeño y tenso, en la silla de la sala de espera. Y esto sería aún peor. Se me ocurrían pocas cosas más traumáticas que ser secuestrado, y sabía por experiencia propia lo duro que es recobrase de algo así. Si es que era posible.

Pero si no se lo contaba a Joseph, tampoco podía contárselo a mi madre. No después de lo del brazo. Ni de las pastillas. Jamás me creería.

Así que me decidí. Miré a Joseph por el espejo retrovisor.

—No creo que debamos decir nada. Mamá se iba a poner como una loca, o sea... como una auténtica loca. Y quizá se asustaría tanto que no te dejaría volver a jugar al fútbol, ¿te das cuenta? —El sentimiento de culpabilidad por mentir me estaba torturando por dentro, pero la verdad podía hacer que Joseph se

viniese abajo, y no quería ser yo precisamente quien lo provocase—. Y papá probablemente demandaría al colegio o algo así. Quizá lo mejor sea que uses la ducha de la piscina, te metas en la cama, y yo le cuente a mamá que anoche no te encontrabas muy bien y me pediste que fuese a recogerte, ¿te parece?

Joseph asintió desde el asiento trasero.

—Vale —dijo tan tranquilo. Ni siquiera cuestionó nada. Hasta ese punto confiaba en mí. Se me hizo un nudo en la garganta.

Noah enfiló nuestra calle.

—Esta es vuestra parada —le anunció a Joseph. Mi hermano salió del coche en cuanto Noah lo aparcó. Yo hice lo mismo antes de que Noah tuviese tiempo de abrir la puerta.

Joseph se acercó a la ventanilla del conductor y metió la mano para estrechar la de Noah.

—Gracias —dijo mi hermano, y le despidió con una sonrisa que formó hoyuelos en sus mejillas antes de dirigirse a nuestra casa.

Me incliné sobre la ventanilla abierta del otro lado y le pregunté:

—¿Hablamos luego?

Noah hizo una pausa sin dejar de mirar al frente.

—Sí.

Pero no hubo ocasión.

Me reuní con Joseph en el jardín de atrás. Los tres coches estaban aparcados en la entrada. Joseph se duchó fuera, y luego entramos en casa por la ventana de mi habitación para no despertar a nadie. Mi hermano estaba muy sonriente y se dirigió a su cuarto de puntillas y dando zancadas exageradas como si se tratase de un juego. Cerró la puerta de su habitación y, previsiblemente, se acostó.

No tenía ni idea de lo que podía pensar, de lo que le parecía todo aquello, ni de por qué había aceptado mi decisión con tanta facilidad y sin hacer preguntas. Pero estaba rota de agotamiento y no me podía poner a darle vueltas. Me despegué la ropa del cuerpo y abrí la ducha, pero me di cuenta de que era incapaz de tenerme en pie. Me senté bajo el chorro de agua, tiritando a pesar del calor. Fijé la mirada, vacía y sin expresión, en un azulejo. No me encontraba mal. No estaba cansada.

Estaba ausente.

Cuando el agua empezó a salir fría, me levanté, cerré el grifo y salí de la bañera, me puse una camiseta verde y un pantalón de pijama a cuadros y fui a la sala de estar, con la esperanza de que la televisión neutralizase el zumbido sordo de las ideas sin sentido que bullían en mi mente. Me hundí en el sofá de cuero y encendí la tele. Miré la guía, pero había poca cosa aparte de anuncios de teletienda, con el murmullo de las noticias como ruido de fondo.

—Fuentes locales han informado de la muerte masiva de peces en Everglades City.

Agucé el oído cuando mencionaron Everglades City. Cerré la guía, con los ojos y oídos pendientes de la presentadora con cara de plástico.

—Los biólogos que acudieron al lugar de los hechos dicen que la hipótesis más probable es que haya sido debido a una disminución del nivel de oxígeno en el agua. Se cree que la causa puede estar en el alarmante número de cadáveres de caimanes.

El vídeo mostró a continuación a una mujer rubia y pecosa, vestida con unos pantalones cortos de

color caqui que sujetaba un micrófono a la altura de la boca, cubierta con un pañuelo. Se encontraba ante una extensión de agua turbia que me resultó espeluznantemente familiar; la cámara mostró los vientres blancos de los caimanes muertos que flotaban en ella, rodeados de cientos de peces.

–La abundancia de materia en descomposición en el agua absorbe una gran cantidad de oxígeno, matando los peces de la zona en cuestión de horas. Por supuesto, en este caso, lo que haya causado la muerte de los caimanes pudo ser lo mismo que acabase con la vida de los peces. Por así decirlo, algo parecido al dilema del huevo y la gallina.

La presentadora-maniquí volvió a hablar:

–La posibilidad de que la causa sea un vertido ilegal de material peligroso también está siendo investigada. Se espera que los especialistas en reptiles y anfibios de Metro Zoo realicen necropsias a los animales muertos en los próximos días, entonces les informaremos de los resultados. Mientras tanto, es conveniente que los turistas se mantengan alejados de la zona –dijo al tiempo que se tapaba la nariz.

–No es ninguna broma, Marge. ¡Debe de apestar! Y ahora vamos con Bob y la información meteorológica.

Me temblaba el brazo cuando alcé el mando a distancia para apagar el televisor. Me incorporé y me tambaleé como si mis pies no fuesen los míos, y me acerqué al fregadero de la cocina para beber agua. Saqué un vaso de una alacena y me quedé junto a la encimera sin que mi cabeza dejara de dar vueltas.

El lugar que salía en las noticias no parecía exactamente aquel donde habíamos estado.

Pero yo había estado allí en plena noche; seguramente a la luz del día parecía distinto.

O quizá se tratase de otro completamente distinto. Y aunque no fuera el mismo, quizá alguien había envenenado el agua.

Y quizá yo nunca había estado allí.

Llené de agua el vaso y me lo llevé a los labios. Por casualidad, vi mi imagen reflejada en el oscuro cristal de la ventana de la cocina.

Parecía el fantasma de otra persona.

Algo me estaba pasando.

Vacíé el contenido del vaso sobre el cristal oscuro y vi cómo mi reflejo se difuminaba y desaparecía.

ANTES

A la mañana siguiente me desperté en una de las camas esqueléticas del Hospital Estatal para Enfermos Mentales de Tamerlane. El colchón estaba sucio y hecho jirones. El somier crujió cuando me moví y me miré. Estaba vestida de negro. Alguien detrás de mí me estaba besando el cuello. Me giré con brusquedad.

Era Jude. Estaba sonriendo y deslizó su brazo por debajo de mi cintura para atraerme hacia él.

–Venga, Jude. Aquí no. –Me liberé de su brazo y me levanté; tropecé con los escombros y la suciedad acumulada en el suelo a lo largo de los años. Me siguió y me atrapó, poniéndome contra la pared.

–Chissst, relájate –dijo mientras llevaba la mano a mi mejilla y buscaba mi boca. Aparté la cara. Noté su aliento caliente sobre el cuello.

–Ahora mismo no me apetece –dije en tono áspero. ¿Dónde estaba Rachel? ¿Y Claire?

–Nunca quieres –murmuró con la boca pegada a mi piel.

–Quizá porque lo haces fatal. –Se me contrajo el estómago en cuanto pronuncié aquellas palabras.

Jude se quedó inmóvil. Me arriesgué a echar un breve vistazo a su rostro; tenía la mirada vacía. Sin expresión. Luego sonrió, pero no había afecto en su sonrisa.

–Quizá porque me provocas –dijo, y su sonrisa se desvaneció. Tenía que salir de allí. En ese mismo instante.

Intenté escabullirme entre su cuerpo y la pared dándole un empujón en el pecho.

El me empujó a su vez. Me hizo daño.

¿Cómo podía estar pasando aquello? En los dos últimos meses había averiguado que Jude tenía sus momentos de gallito –malcriado, repugnante, que se creía con derecho a todo–, típica bazofia de macho Alfa. ¿Pero aquello? Era un nivel de asquerosidad desconocido para mí. Era...

Jude me aplastó contra la pared polvorienta y resquebrajada con todo el peso de su cuerpo y cortó el hilo de mis pensamientos. Noté cómo se me erizaban todos y cada uno de los pelos de la nuca y estudié mis posibilidades, cada vez más remotas.

Podía chillar. Quizá Rachel y Claire se encontraban lo suficientemente cerca como para oírme, pero quizá no. Y si no estaban, bueno. Las cosas se pondrían aún más feas.

Podía darle un bofetón. Probablemente sería una estupidez, porque había visto a Jude levantar pesas que doblaban el peso de mi cuerpo.

Podía no hacer nada. Rachel terminaría por venir a buscarme antes o después.

La opción número tres parecía la más prometedora. Me quedé inmóvil, como sin vida. A Jude no le importó para nada. Me aplastó con más fuerza, y comencé a luchar contra la histeria que amenazaba con surgir de mi garganta. Aquello iba mal, mal, mal, mal, mal, mal. Jude apretó su boca contra la mía, y el ímpetu me aplastó aún más contra la pared y provocó que se desprendieran pequeñas nubes de polvo que ascendieron en el aire a mi alrededor. Sentí náuseas.

–No –susurré. Mi voz sonaba distante.

Jude no respondió. Sus manos me sobaron, torpes y ásperas, por debajo del abrigo, de la chaqueta, de

la camisa. El contacto de su piel fría contra mi vientre hizo que se me escapara un grito ahogado. Jude se rio de mí.

Y al hacerlo encendió una chispa de furia fría y violenta. Quise matarlo. Deseé poder hacerlo. Aparté una de sus manos de mi cuerpo con una fuerza que yo misma desconocía. Volvió a ponerla, y sin pensar lo que hacía tomé impulso y le di una bofetada.

Ni siquiera me dio tiempo a sentir el escozor en la mano antes de sentirlo en la cara. En mi cara. El golpe de Jude fue tan rápido y tan brutal que tardé lo que me parecieron minutos u horas en darme cuenta de que me había devuelto el bofetón. Tuve la impresión de que el ojo se había salido de su órbita. El dolor me hirió desde dentro y enardeció todo mi ser.

Temblorosa y llorando –¿estaba llorando?– comencé a deslizarme hacia el suelo. Jude tiró de mí hacia arriba, me inmovilizó, y me aprisionó contra la pared. Temblaba de tal manera que mis manos, mis brazos, mis piernas comenzaron a ceder poco a poco. Jude me pasó la lengua por la mejilla y me dieron escalofríos.

Entonces se oyó la voz de Claire, rasgando el aire cargado y silencioso.

–¿Mara?

Jude se apartó solo un poco, muy poco, pero mis pies no se movieron. Tenía las mejillas húmedas y escocidas a causa de mis lágrimas y de su saliva, que no me podía limpiar. Respiraba entrecortadamente y sollozaba en silencio. Y estaba furiosa con él por haber ocultado tan bien sus intenciones, por haberme engañado, atrapado, aplastado. Sentí que algo tiraba con fuerza de los límites de mi mente y amenazaba con tirarme al suelo.

Unos pasos que resonaron a solo unos metros de nosotros me hicieron volver en mí. Claire volvió a llamarme desde el otro lado de la puerta; no la veía, pero me aferré a su voz, intenté librarme de la irritante impotencia y la indefensión que me atenazaban la garganta y me paralizaban los pies.

La luz de su linterna revoloteó por la habitación y finalmente fue a posarse sobre Jude, justo cuando este salió del otro lado de la pared levantando pequeñas nubes de polvo con su movimiento.

–Hola –dijo.

–Hola –respondió Jude con voz calmada, incluso con una sonrisa. Esta era increíblemente más aterradora que su furia–. ¿Dónde está Rachel?

–Está buscando la sala de la pizarra para añadir nuestros nombres a la lista –dijo en voz baja–. Quiso que volviera para comprobar que no os habíais perdido.

–Estamos bien –contestó Jude, y su cara se iluminó con una sonrisa radiante y esos hoyuelos tan típicamente americanos. Le guiñó un ojo.

La rabia destemplada que me invadía solo acertó a manifestarse mediante un susurro triste y lánguido.

–No te vayas.

Jude me dirigió una mirada dura; sus ojos destilaban furia en estado puro. No me dio oportunidad de hablar antes de volverse hacia Claire. Sonrió e hizo un gesto burlón con los ojos.

–Ya sabes cómo es Mara –dijo–. Está un poco asustada. Voy a intentar distraerla para que deje de pensar en ello.

–Ah –dijo Claire, y dejó escapar una risita–. Que os divirtáis, chicos.

Oí cómo se alejaban sus pasos.

–Por favor –dije, esta vez un poco más alto.

Los pasos se detuvieron por un instante –un instante de aliento y esperanza– antes de continuar su

camino. Luego se desvanecieron.

Jude había vuelto. Su mano carnosa me empujó el pecho y volvió a aprisionarme contra la pared.

–Cállate –dijo mientras me bajaba la cremallera del abrigo de un solo y violento tirón. Hizo lo mismo con la cremallera de la chaqueta. Ambas prendas quedaron colgadas de mis hombros como muertas.

–No te muevas –me advirtió.

Me quedé helada, completa y estúpidamente paralizada. Me castañetearon los dientes y todo mi cuerpo tembló de rabia aprisionado contra la pared cuando Jude buscó a tientas el botón de mis vaqueros y me lo desabrochó. Yo tenía un único pensamiento, solo uno, que se arrastró por mi cerebro como un insecto y agitó las alas hasta que no oí nada más, no pensé nada más, hasta que no me importó nada más.

Merecía morir.

Cuando Jude me bajó la cremallera, ocurrieron tres cosas simultáneamente.

La voz de Rachel me llamó.

Docenas de puertas de hierro se cerraron de golpe con un ruido metálico ensordecedor.

Todo se volvió negro.

Me desperté sobresaltada con el sonido de la voz de mi madre.

–¡Feliz cumpleaños! –Se acercó a mi cama y me sonrió–. ¡Chicos, está despierta! Pasad.

Miré medio aturdida cómo el resto de la familia entraba desfilando en mi cuarto y me traía una pila de tortitas con una vela en el medio.

–¡Cumpleaños feliz! –cantaron.

–¡Y que cuuuuimplas muuuchos máááás...! –añadió Joseph agitando las manos.

Me llevé las manos a la cara y me pellizqué las mejillas. Ni siquiera recordaba cómo me había quedado dormida la noche anterior, pero allí estaba, en mi cama. Recién despertada de mi sueño-recuerdo-pesadilla del hospital psiquiátrico.

¿Y los Everglades?

¿Qué había pasado la noche anterior? ¿Qué había pasado esa noche? ¿Qué me había pasado a mí? ¿Qué había pasado? ¿Qué había pasado?

Mi padre me acercó el plato. Una diminuta gotita de cera resbaló por un lado de la vela y se demoró en su caída, temblando como una lágrima solitaria, antes de llegar a la tortita de arriba. No quería que cayera. Sostuve el plato y soplé la vela.

–Son las nueve y media –dijo mi madre–. Tienes tiempo suficiente para desayunar y darte una ducha antes de que pase Noah a recogerte.

Me apartó un mechón de la frente. Dirigí la mirada a Daniel. Me guiñó un ojo. Luego miré a mi padre, que no parecía demasiado entusiasmado con el plan. Joseph sonrió y movió las cejas. No tenía aspecto de estar cansado. Ni asustado.

Y no me dolía el hombro.

¿Había sido un sueño?

Quería preguntárselo a Joseph, pero no veía manera de estar a solas. Si aquello había ocurrido de verdad, si lo habían secuestrado, no podía dejar que mi madre se enterase; no hasta haber hablado con Noah. Y si no había sucedido, no podía dejar que mi madre se enterase. Porque entonces seguro que me ingresaba.

Y llegados a ese punto, yo ya no tendría ningún argumento para negarme.

Seguí debatiéndome entre el sueño y el recuerdo mientras recibía los besos de toda la familia y mi regalo de cumpleaños: una cámara digital. Les di las gracias. Después salieron de la habitación. Saqué una pierna de la cama, luego la otra, y apoyé los pies en el suelo. Luego hice avanzar un pie, después el otro, hasta que llegué al cuarto de baño. La lluvia azotaba el cristal de la pequeña ventana y me quedé mirando la mampara de la ducha, indecisa entre el tocador y el inodoro. No fui capaz de mirarme al espejo.

Recordé aquella noche. En apariencia, solo el rato que permanecí inconsciente, y solo retazos; pero estaban comenzando a convertirse en algo muy grande y aterrador. Algo desagradable. Rebusqué en el resto de la evocación; aparecía Jude, aquel cobarde gilipollas y lo que había intentado hacer, y luego... luego... nada. Oscuridad. El recuerdo se me escapó, huyó hacia la inescrutable inmensidad de mi lóbulo frontal. Me provocó, me crispó; y yo estaba furiosa con él y con el mundo, cuando Noah llamó a la puerta para recogerme.

–¿Lista? –preguntó. Tenía un paraguas en la mano, pero el viento le impedía sujetarlo con firmeza. Observé su cara. El moretón había desaparecido, y solo se veían unos mínimos restos de contusiones encima del ojo.

No podían haberse curado casi del todo en una sola noche.

Lo cual quería decir que lo de la noche anterior había sido una pesadilla. Todo. Lo del psiquiátrico. Lo de los Everglades. No podía ser otra cosa.

Entonces me di cuenta de que Noah seguía allí de pie esperando mi respuesta. Asentí, y nos pusimos en marcha.

–Bueno –dijo una vez sentados en el coche; se echó el pelo mojado hacia atrás–. ¿Y adónde vamos? – Su tono de voz sonaba desenfadado.

Ahí estaba la confirmación. Dirigí mi mirada más allá de donde se encontraba Noah, y la fijé en una bolsa de plástico que se había quedado enganchada en el seto del vecino de enfrente y a la cual la lluvia estaba golpeando sin piedad.

–¿Qué pasa?

Me estaba comportando como una loca. Y no quería comportarme como una loca. Reprimí las ganas de preguntarle por el episodio de los Everglades porque no era real.

–Un mal sueño –respondí, y una de mis comisuras se curvó, esbozando algo parecido a una sonrisa.

Noah me miró a través de sus pestañas, en las que se habían engarzado unas gotas de lluvia.

–¿Sobre qué? –Sus ojos azules mantuvieron mi mirada.

Sobre qué, vaya pregunta. ¿Sobre Joseph? ¿Sobre Jude? No sabía lo que era real, lo que era una pesadilla, lo que era un recuerdo...

Así que le dije la verdad.

–No me acuerdo.

Fijó la vista al frente, en la carretera.

–¿Y te gustaría acordarte? –preguntó con calma.

La pregunta me pilló desprevenida. ¿Me gustaría acordarme?

¿Es que había elección?

El ruido de las puertas retumbó en mis oídos. Oí el sonido de la cremallera cuando Jude me la bajó. Luego la voz de Rachel y el eco que produjo en el vestíbulo y en mi cabeza. Después desapareció. Y ya no volví a oírla.

Pero quizá... quizá sí había una posibilidad. Quizá Rachel había venido a buscarme y aún no había recordado ese fragmento. Me había llamado, y quizá había vuelto antes de que el edificio la aplastara...

Antes de que el edificio la aplastara. Antes de que aplastara a Jude, que me estaba aplastando a mí. Se me secó la boca. Algún recuerdo fantasma perturbó mi cerebro al anunciar su presencia. Era importante, pero no sabía por qué.

–¿Mara?

La voz de Noah me hizo regresar al presente. Nos habíamos detenido en un semáforo en rojo, y ráfagas de lluvia azotaban el parabrisas. Las palmeras de la mediana se mecían, se inclinaban y amenazaban con quebrarse. Pero no se iban a quebrar. Eran lo suficientemente fuertes como para soportar aquello.

Y yo también.

Me giré hacia Noah y lo miré a los ojos.

–Creo que es peor no saberlo –respondí–. Prefiero recordar.

Y cuando pronuncié aquellas palabras, de repente lo vi todo con claridad meridiana. Todo lo que me había ocurrido –las alucinaciones, la paranoia, las pesadillas– no era más que la necesidad que yo tenía de saber, de entender qué pasó aquella noche. Qué le había pasado a Rachel. Qué me había pasado a mí. Recordé haberlo comentado con la doctora Maillard hacía solo semana y media, y que ella había sonreído y había dicho que era algo que yo no podía forzar.

Pero quizá, solo quizá, sí podía.

Quizá podía elegir si quería.

Y elegí.

–Necesito recordar –le dije a Noah con una intensidad que nos sorprendió a los dos; y a continuación–: ¿Puedes ayudarme?

Giró la cabeza hacia otro lado.

–¿Cómo?

Ahora que sabía lo que iba mal, podía remediarlo.

–Un hipnotista.

–Un hipnotista –repitió Noah despacio.

–Sí.

Mi madre no creía en la hipnosis. Creía en la terapia y en medicaciones que podían prolongarse durante semanas, meses, años. Yo no quería pasar por ahí. Mi vida se estaba desintegrando, mi universo se estaba desintegrando, y yo necesitaba saber lo que me ocurría ya. No al día siguiente. Ni el jueves, en mi próxima cita. Ya. Ese mismo día.

Noah no dijo nada, pero buscó el móvil en el bolsillo mientras seguía sosteniendo el volante con la otra mano. Marcó un número y oí el tono de llamada.

–Hola, Albert. ¿Podría conseguirme cita con un hipnotista para esta tarde?

No hice ningún comentario sobre Albert. Estaba demasiado excitada. Demasiado ansiosa.

–Ya sé que hoy es sábado –dijo Noah–. Dígame lo que haya averiguado. Gracias.

Cortó la llamada.

–Me va a mandar un mensaje de texto. Mientras tanto, ¿hay algo especial que te apetezca hacer hoy?

Negué con la cabeza.

–Bueno –dijo Noah–, yo tengo hambre. ¿Qué tal si comemos?

–Como quieras –respondí, y Noah me sonrió, pero era una sonrisa triste.

Cuando llegamos a la Calle Ocho, supe adónde íbamos. Dejó el coche en el aparcamiento del restaurante cubano y corrimos hacia el local, que volvía a estar alucinantemente lleno, a pesar de la épica tromba de agua.

Mientras esperábamos junto a la barra a que nos dieran mesa, me sentí lo suficientemente bien como para sonreír al recordar la otra vez que habíamos estado allí. Oí el silbido y el chisporroteo de la cebolla al echarla en el aceite caliente, y se me empezó a hacer la boca agua mientras miraba distraída el tablón de noticias que había al lado de la barra. Anuncios de inmobiliarias, de cursillos...

Me acerqué más al tablón.

«Por favor, acudan a Botánica Seis para el seminario “Libera los secretos de tu mente y de tu pasado”, con Abel Lukumi, ordenado sumo sacerdote. Comienzo de las sesiones: 15 de marzo. 30 dólares por persona. No se requiere reserva.»

Justo entonces llegó el camarero.

–Por aquí, por favor.

–Un segundo –dije, todavía con la vista puesta en el anuncio. Noah siguió la dirección de mis ojos y leyó el texto.

–¿Quieres ir? –preguntó.

Liberar secretos. Medité sobre la frase mientras me mordía el labio inferior y seguía con la mirada puesta en la hoja. ¿Por qué no?

–¿Sabes una cosa? Que sí quiero ir.

–A pesar de que sabes que va a ser una bobada *new age*, rollo espiritual.

Asentí.

–A pesar de que no crees en esas movidas.

Asentí.

Noah consultó su móvil.

–Aún no hay noticias de Albert. Y el seminario empieza dentro de... –miró el anuncio, luego el reloj– diez minutos.

–Entonces, ¿podemos ir? –pregunté, esta vez con una sonrisa que de verdad sentía.

–Podemos ir –dijo Noah.

Avisó al camarero de que no íbamos a sentarnos y se volvió hacia la barra para pedir algo para llevar.

–¿Te apetece algo de ahí? –me preguntó. Sentí su mirada sobre mí mientras echaba un vistazo al contenido del expositor de cristal.

–¿Compartimos algo?

Una sonrisa serena transformó la expresión de Noah.

–Por supuesto.

En la calle donde se encontraba Botánica Seis estaba prohibido aparcar, así que tuvimos que dejar el coche a tres manzanas. La lluvia torrencial había amainado para dar paso a una densa niebla; Noah me cubría con su paraguas. Lo moví para que quedase justo en medio de los dos y nos acurrucamos debajo. La consabida emoción de su proximidad me puso las pulsaciones al galope. Llevábamos días sin estar tan cerca uno del otro. El incidente del hombro de la noche anterior no contaba, porque no había ocurrido. El hombro no me dolía.

Sentí calor al lado de Noah, pero de todos modos me estremecí. Las nubes plomizas habían transformado en cierto modo el ambiente de la Pequeña Habana. Domino Park estaba desierto, pero unos cuantos hombres se apiñaban bajo la lluvia junto a la entrada, bajo los aleros de las pequeñas tiendas. Nos siguieron con la vista al pasar. De la puerta de una tienda de puros cercana salían volutas de humo que se mezclaban con la lluvia y el incienso proveniente del taller de servicio técnico informático que teníamos enfrente. El letrero de neón zumbaba y resonaba en mis oídos.

–Aquí es –dijo Noah–. Calle Ocho, 1821.

Miré el letrero.

–Pero ahí dice que es un taller de servicio técnico informático.

–Sí, eso dice.

Echamos un vistazo al interior del local con las frentes apoyadas en el escaparate empañado. Componentes electrónicos y ordenadores desmontados se mezclaban con grandes urnas de terracota y figuras de porcelana. Miré a Noah. Se encogió de hombros. Entré.

Resonó el ruido metálico de una campana al cruzar el estrecho umbral. Dos chicos muy jóvenes se asomaron tras un mostrador de cristal. No había adultos a la vista.

Mis ojos recorrieron el interior de la tienda, las estanterías llenas de cajas de plástico. Dentro de las cajas, sin criterio aparente, se amontonaban cáscaras de coco, recipientes para miel en forma de oso, distintas especies de conchas, herraduras oxidadas, huevos de avestruz, algodón absorbente, cascabeles diminutos, chanclas de plástico blanco, abalorios y velas. Montones de velas de todos los tamaños, formas y colores; velas con una imagen de Jesús, y velas decoradas con imágenes de mujeres desnudas. Había incluso velas en forma de copas de helado de varias docenas de sabores distintos. Y... esposas. ¿Qué clase de local era aquel?

–¿En qué puedo ayudaros?

Noah y yo nos volvimos. Una mujer de pelo negro, que caminaba con muletas, apareció en el umbral que separaba el local principal de una especie de trastienda.

Noah alzó las cejas.

–Hemos venido por lo del seminario –dijo–. ¿Estamos en el sitio correcto?

–Sí^[2], sí, pasad –dijo al tiempo que nos hacía un gesto para que nos acercásemos.

La seguimos y pasamos a otra estancia estrecha donde había unas sillas de jardín de plástico colocadas sobre el suelo de baldosas blancas. Nos dio dos folletos y Noah le entregó el dinero. Luego desapareció.

–Gracias –le dije cuando nos sentamos en la trastienda–. Seguro que tu plan para el sábado no era este.

–Si quieres que te diga la verdad, tenía la esperanza de que sugirieses la playa –dijo, y se sacudió el agua del pelo, pero una actuación en vivo bien puede ocupar un digno segundo puesto.

Sonreí. Estaba empezando a sentirme mejor, más normal. Más cuerda. Mis ojos recorrieron la estancia blanca. De color blanco hospital, los tubos fluorescentes la hacían aún más luminosa. Creaba un curioso contraste con los muebles; muebles pasados de moda, la verdad. Un sillón marrón y amarillo, un armario verde guisante, más estanterías con velas. Curioso.

Alguien tosió a mi izquierda; me volví, y un hombre pálido y delgado vestido con una túnica blanca y chancletas blancas que lucía un sombrero triangular también blanco se sentó en la fila de delante. Noah y yo intercambiamos una mirada. El resto de los asistentes llevaba un atuendo más normal; una mujer corpulenta, con pelo rubio corto y rizado, vestida con pantalones cortos, se abanicaba con un folleto. Dos hombres de mediana edad idénticos y con bigote estaban sentados cuchicheando uno junto al otro al fondo de la sala. Llevaban vaqueros.

Justo en aquel momento, el orador se acercó al estrado y se presentó. Me sorprendió verlo vestido con un traje impecablemente planchado, dado que era un sacerdote. Qué tipo de sacerdote, aún no lo sabía.

El señor Lukumi ordenó sus papeles antes de dirigirnos una amplia sonrisa y observar con atención los pocos asientos que estaban ocupados. Luego nuestras miradas se cruzaron. Abrió los ojos sorprendido.

Me volví, preguntándome si se habría fijado en alguien sentado detrás de mí, pero allí no había nadie. El señor Lukumi carraspeó para aclararse la garganta, pero cuando habló le tembló la voz.

Era una paranoia mía. Paranoia, paranoia, paranoia. Me concentré en la charla y en Noah, que estaba prestando un interés exagerado a lo que escuchaba. No estoy muy segura de lo que yo esperaba oír, pero desde luego no una disertación del señor Lukumi sobre las propiedades místicas de los collares de cuentas y las velas.

Me estaba partiendo de risa al ver a Noah fingir que escuchaba con total atención; asentía con la cabeza y murmuraba algo en los momentos menos oportunos. Nos pasamos el uno al otro el bocadillo que habíamos comprado en el restaurante cubano y hubo un momento en que tuve que hacer tal esfuerzo para no estallar en carcajadas que casi me ahogo en el intento. Por lo menos, y a falta de otra cosa, estaba disfrutando del rato de diversión que tanto merecía y necesitaba después de la semana infernal que había pasado.

Cuando terminó la charla, Noah se acercó al señor Lukumi para hablar con él mientras los demás asistentes iban saliendo. Yo me dediqué a curiosear por ahí.

Solo había una pequeña ventana en la sala, parcialmente tapada por una estantería. El exceso de lluvia salía a borbotones de una alcantarilla y emitía un sonido como el gorgoteo sordo de una fuente decorativa al otro lado de la barrera de cristal. Inspeccioné las etiquetas de las docenas de frasquitos y tarros de hierbas que tenía delante: «baño místico», «recuperación de la vida amorosa», «suerte», «confusión».

Confusión. Extendí el brazo para examinar el frasco y justo en aquel momento algo hizo un ruido estridente a mis espaldas. Me giré con brusquedad, y al hacerlo tiré un vaso con una vela de la estantería. Cayó a cámara lenta y se estrelló contra las baldosas; el cristal se deshizo en miles de esquirlas como diminutos diamantes. Noah y el señor Lukumi se volvieron para mirarme justo cuando se volcaba una

tacita de plata llena de cascabeles.

La mirada del señor Lukumi se dirigió como un rayo a la tacita, y luego a mí.

–Sal de aquí –dijo mientras se acercaba.

Su tono de voz me dejó petrificada.

–Lo siento, no pretendía...

El señor Lukumi se agachó para examinar el cristal roto, luego alzó la vista y me miró.

–Vete –dijo, pero su voz no transmitía enfado. Más bien apremio.

–Un momento –terció Noah, molesto–. No hay ninguna necesidad de ponerse tan borde. Pagaré los daños.

El señor Lukumi se puso en pie y extendió la mano hacia mi brazo. Pero en el último segundo, no lo tocó. Su alta figura se cernió sobre la mía. Intimidante.

–Aquí no tenemos nada para ti –dijo despacio–. Márchate, por favor.

Noah apareció a mi lado.

–Atrás –le dijo al señor Lukumi con voz grave. Peligroso. El sacerdote así lo hizo de inmediato, pero sus ojos continuaron clavados en los míos.

Yo me había quedado totalmente desconcertada, y sin palabras. Nos hallábamos a pocos pasos de la puerta. Se oyó a uno de los muchachos reír en la tienda. Intenté poner todo en orden, averiguar qué había hecho que resultaba tan ofensivo e insultante y mientras lo hacía observé con atención al señor Lukumi. Nuestras miradas se cruzaron, y vi algo brillar en sus ojos. Algo que no me esperaba.

Percepción.

–Usted sabe algo –le dije en voz baja, sin estar segura de cómo me había percatado. Con el rabillo del ojo, vi la cara de sorpresa de Noah mientras sostenía la mirada del señor Lukumi–. Usted sabe lo que me está pasando. –Y lo decía de corazón.

Pero yo estaba loca. Medicada. En terapia. Y creía que lo que me había llevado a meterme en aquel cuchitril con un chamán dentro tenía más sentido que la idea imposible de que algo funcionaba muy, muy mal dentro de mí. Peor que loca. El señor Lukumi bajó la vista y mi convicción comenzó a desvanecerse. Se comportaba como si supiese algo. Pero ¿qué era lo que sabía? ¿Cómo lo sabía? Y entonces me di cuenta de que no me importaba. Supiese lo que supiese, yo estaba desesperada por saberlo.

–Por favor –le dije–. Estoy...–Y me acordé del frasquito que apretaba en mi puño sudoroso–. Estoy confusa. Necesito ayuda.

El señor Lukumi dirigió su vista hacia mi puño.

–Eso no te va a ayudar –dijo; pero su tono de voz era ahora más suave.

Noah seguía con expresión de recelo, pero habló con voz pausada.

–Le pagaremos –dijo mientras rebuscaba en su bolsillo. No tenía ni idea de qué estaba pasando, pero lo aceptaba; me aceptaba. El temerario Noah se apuntaba a todo. Y yo lo quería.

Lo quería.

Sin dejarme tiempo para recrearme en aquella sensación, el señor Lukumi hizo un gesto negativo con la cabeza e hizo ademán de acompañarnos a la puerta, pero entonces Noah sacó del bolsillo un grueso fajo de billetes. Con los ojos como platos, observé cómo los contaba.

–Cinco mil si nos ayuda –dijo, y puso los billetes en la mano del señor Lukumi con decisión.

No fui la única que se quedó impresionada a la vista del dinero. El sacerdote vaciló por un momento antes de cerrar el puño sobre los billetes. Sus ojos examinaron a Noah.

–Tú sí que necesitas ayuda –le dijo, e hizo un gesto con la cabeza antes de cerrar la puerta. Luego me miró a los ojos–. Esperadme aquí.

El señor Lukumi se dirigió a una puerta trasera en la que ni siquiera me había fijado. ¿Hasta dónde llegaba aquel sitio?

Finalmente desapareció, y a mis oídos llegó un rumor de graznidos y cacareos.

–¿Gallinas? –pregunté–. ¿Qué están...?

Un chillido que no procedía de una garganta humana cortó en seco mi pregunta.

–¿No será que...? –Cerré los puños. No. No podía ser.

Noah ladeó la cabeza.

–¿Por qué te alteras así?

–¿Me estás tomando el pelo?

–La medianoche^[3] que acabamos de comer tenía fiambre de cerdo.

Pero era distinto.

–No tuve que oírlo –dije en voz alta.

–A nadie le gustan los hipócritas, Mara –dijo con una mueca de tristeza que quería ser una sonrisa–. Y además, eres tú la que dirige el cotarro. Yo solo lo financio.

Intenté no pensar en lo que pasaba o dejaba de pasar en la habitación de atrás al mismo tiempo que el bocado se me agriaba en el estómago.

–Hablando de financiación –dije mientras tragaba saliva con aprensión antes de continuar–, ¿tú qué demonios haces con cinco mil dólares en el bolsillo?

–Ocho mil, en realidad. Tenía un planazo para hoy. El alcohol, las drogas y el desenfreno no son baratos, pero supongo que tendré que conformarme con el sacrificio de un animal. Feliz cumpleaños.

–Gracias –contesté en tono socarrón. Comenzaba a sentirme más normal. Incluso relajada–. A ver, en serio, ¿para qué tanto dinero?

Los ojos de Noah seguían pendientes de la puerta trasera.

–Pensaba parar en el barrio de los artistas e ir a ver a un pintor que conozco. Iba a comprarle una cosa.

–¿Con todo ese dinero? ¿En efectivo?

–Tiene vicios que se pagan en efectivo, ¿sabes?

–¿Y tú le facilitas el acceso?

Noah encogió un hombro.

–Tiene un talento alucinante –dijo; le lancé una mirada de reproche–. ¿Qué? –preguntó Noah–. Nadie es perfecto.

Ya que el dinero de Noah había pasado a financiar el sacrificio animal en lugar del consumo de cocaína de un ser humano, dejé el tema. Mis ojos recorrieron la sala.

–¿Y qué pasa con todas estas cosas? –pregunté–. ¿Las herraduras oxidadas? ¿La miel?

–Es para hacer ofrendas de santería –explicó Noah–. Aquí es una religión muy popular. El señor Lukumi es uno de sus sumos sacerdotes.

Justo en aquel momento se abrió la puerta trasera y apareció el sumo sacerdote en persona con un pequeño vaso en las manos. Y un gallo pintado en él. Terrible.

Señaló el horroroso sillón marrón y amarillo que había en un rincón de la sala.

–Siéntate –me dijo mientras me acompañaba. Su voz carecía de emoción. Obedecí.

Me entregó el vaso. Estaba tibio.

–Bébetelo –dijo.

Mi extraño día –mi extraña vida– se volvía cada vez más estrambótico.

–¿Qué tiene? –pregunté con la mirada puesta en el brebaje. Parecía zumo de tomate. Preferí pensar que era zumo de tomate.

–Estás confundida, ¿sí? Necesitas recordar, ¿sí? Bébetelo. Te ayudará –dijo el señor Lukumi.

Miré a Noah y parpadeé, y él levantó las manos como desentendiéndose.

–A mí no me mires –dijo, y luego se volvió hacia el señor Lukumi–. Pero si después le pasa algo –dijo muy serio– acabaré con usted.

El señor Lukumi no se inmutó ante la amenaza.

–Dormirá. Recordará. Eso es todo. Ahora bebe.

Alcancé el vaso que me ofrecía y mis fosas nasales se dilataron cuando me lo llevé a la boca. El olor a óxido y a sal me revolvió el estómago y vacilé.

Probablemente todo aquello no fuera más que una farsa. La sangre, Botánica. El señor Lukumi nos estaba engañando para sacarnos dinero. El hipnotista probablemente haría lo propio. No me serviría de nada.

Pero tampoco las pastillas. Y la alternativa era esperar. Esperar y hablar con la doctora Maillard mientras mis pesadillas eran cada vez peores, mis alucinaciones cada vez más difíciles de ocultar, hasta que al final terminaran por sacarme del colegio y tirar por la borda mis esperanzas de graduarme a la edad que me correspondía, de ir a una buena universidad y de vivir una vida normal.

Qué demonios. Incliné el vaso y me estremecí cuando mis labios tocaron el líquido tibio. Mis papilas gustativas se rebelaron ante su sabor amargo y su metálico regusto herrumbroso. Cerré los ojos y apreté los labios. Fue lo único que pude hacer para no escupirlo. Tras unos cuantos sorbos dificultosos, aparté el vaso de mis labios, pero el señor Lukumi hizo un gesto con la cabeza.

–Todo –indicó.

Miré a Noah. Se encogió de hombros.

Volví a concentrarme en el vaso. La que elegía era yo. Y aquello era lo que quería. Tenía que terminarlo.

Cerré los ojos, eché la cabeza hacia atrás y me llevé el vaso a la boca. Tropezó contra mis dientes y tragué el líquido tibio y ligero. Me lo tragué de golpe cuando mi garganta protestó y me pidió a gritos que parase. Me resbaló hacia la barbilla como baba a ambos lados de la boca, y enseguida vacié el vaso. Volví a sentarme erguida con el vaso entre las manos. Lo había logrado. Sonreí triunfante.

–Pareces el Joker –dijo Noah.

Fue lo último que oí antes de perder el conocimiento.

Cuando me desperté, me encontré una pared de libros de frente. Tenía los ojos hinchados y congestionados de sueño y me los froté con los puños como una niña pequeña. La luz de una lámpara, situada en un hueco de la pared, atravesaba la habitación y llegaba hasta mis piernas, a los pies de la cama.

La cama de Noah.

En la habitación de Noah.

Desnuda.

Mierda.

Me envolví en la sábana y la apreté más fuerte contra mi pecho. Centelleó un relámpago que iluminó la turbulenta superficie de la bahía al otro lado de la ventana.

—¿Noah? —pregunté con voz temblorosa y ronca, medio adormilada.

Mi último recuerdo era el sabor de aquel brebaje apestoso que me había hecho beber el señor Lukumi. La sensación cálida cuando me resbaló hacia la barbilla. El olor. Y luego recordé el frío, recordé haber sentido mucho frío. Pero nada más. Nada más. Había dormido sin soñar.

—Ya estás despierta —dijo Noah cuando se acercó y pude verlo. Con la silueta recortada contra la luz de la lámpara de su escritorio, los pantalones de pijama caídos sobre las caderas y la camiseta ciñendo su esbelto contorno. La luz hacía destacar su elegante perfil; anguloso y perfecto, como tallado en cristal. Se acercó para sentarse en el borde de la cama, casi a un palmo de mis pies.

—¿Qué hora es? —pregunté. Tenía la voz pastosa de sueño.

—Alrededor de las diez.

Parpadeé.

—Cuando terminó el seminario eran casi las dos, ¿no? —Noah hizo un gesto afirmativo—. ¿Qué pasó?

Noah me dirigió una mirada cargada de intención.

—¿No te acuerdas?

Negué con la cabeza. Noah no dijo nada y miró a otro lado. Su expresión era serena, pero vi cómo tensaba los músculos de las mandíbulas. ¿Qué cosa tan grave había ocurrido que no podía...? Oh, no. Mi vista se posó en las sábanas en las que me había envuelto.

—¿Es que tú y yo...?

Por un momento, el rostro de Noah fue pura malicia.

—No. Te arrancaste la ropa y te pusiste a correr por toda la casa gritando: «¡Quema! ¡Quitadnos esto de encima!».

Me puse como un tomate.

—Es broma —dijo Noah con una sonrisa pícaro.

Estaba demasiado lejos como para darle una colleja.

—Pero sí te tiraste a la piscina vestida.

Fabuloso.

—La verdad es que me alegré de que no te diera por meterte en el mar con este temporal.

—¿Qué le pasó? —pregunté. Noah parecía divertido—. A mi ropa, quiero decir.

—Se está lavando.

–¿Cómo...? –El color de mis mejillas subió de tono. ¿Me la había quitado delante de él?

¿Me la había quitado él?

–Nada que no haya visto ya.

Escondí la cara entre las manos. Cielo santo.

Una risita suave escapó de los labios de Noah.

–Tranquila, la verdad es que fuiste muy pudorosa, considerando tu grado de intoxicación. Te desnudaste en el baño, te envolviste en una toalla, te metiste entre las sábanas y te quedaste dormida.

Noah se movió y debajo de su cuerpo se oyó un crujido extrañísimo. Miré la cama, lo que se dice mirarla, por primera vez.

–¿Qué... –pregunté lentamente al ver las galletitas en forma de animales desparramadas por toda la cama–... coño...?

–Te empeñaste en que eran tus mascotas –dijo Noah sin molestarse en reprimir una exquisita carcajada–. Ni me dejaste tocarlas.

Jesús bendito.

Noah subió la fina colcha con cuidado para no descolocar la sábana y la dobló de manera que ninguna de mis mascotas se pudiese caer al suelo. Se acercó a su armario y sacó una de sus camisas de cuadros y un par de calzoncillos bóxer y me los dio con toda naturalidad. Sujeté la sábana con la que me tapaba con una mano y alcancé la ropa con la otra mientras Noah se apartaba hacia el hueco donde estaba la lámpara. Me puse la camisa por la cabeza sin desabrocharla y metí las piernas en los calzoncillos, pero en todo momento fui profunda y vivamente consciente de su presencia.

De hecho, era profunda y vivamente consciente de todo. Los puntos en que la camisa de Noah se hinchaban y se curvaban sobre mi cuerpo. Las frescas sábanas de algodón que cubrían mis piernas y que tenían un tacto de seda. El olor a papel viejo y cuero mezclado con el aroma de la fragancia de Noah. Veía, sentía, olía todo lo que había en su habitación. Me sentía viva. Increíble. Por primera vez en un millón de años.

–Espera –dije cuando Noah sacó un libro de una de las estanterías y se dirigió a la puerta–. ¿Adónde vas?

–¿A leer?

Pero no quiero que te vayas.

–Pero tengo que irme a casa –dije mirándolo a los ojos. Mis padres me van a matar.

–Está todo bajo control. Estás en casa de Sophie.

Adoraba a Sophie.

–Entonces... ¿me quedo a dormir aquí?

–Daniel te está cubriendo.

Adoraba a Daniel.

–¿Dónde está Katie? –pregunté aparentando naturalidad.

–En casa de Eliza.

Adoraba a Eliza.

–¿Y tus padres? –pregunté.

–En no sé qué evento benéfico.

Adoraba los eventos benéficos.

–¿Y por qué te vas a leer precisamente hoy que estoy yo aquí?

Mi voz sonó a reto y provocación y yo misma me sorprendí al oírla. No pensé, no pensaba... en lo que había pasado la noche anterior, ni ese día, ni en lo que pasaría al día siguiente. Ni siquiera estaba registrado en mi memoria. Lo único que sabía era que estaba allí, en la cama de Noah, vestida con su ropa, y que él estaba demasiado lejos.

Vi que se ponía tenso. Y sentí cómo sus ojos lamían cada centímetro de mi piel cuando me miró.

–Es mi cumpleaños.

–Lo sé. –Su voz sonaba grave y ronca y quise tragármela.

–Ven aquí.

Noah dio un discreto paso hacia la cama.

–Más cerca.

Otro paso. Ya estaba allí. Mi cabeza estaba a la altura de su cintura, llevaba puesta su ropa y estaba envuelta en sus sábanas. Alcé la vista y lo miré.

–Más cerca.

Pasó su mano por mis rizos todavía húmedos, y su dedo pulgar dibujó un semicírculo desde mi frente hasta el pómulo pasando por mi sien. Clavó sus ojos en mí. Con una mirada seria.

–Mara, tengo que...

–Cállate –susurré mientras le daba la mano y tiraba de ella; cayó en la cama medio de rodillas, medio tumbado.

No me importaba lo que iba a decir. Lo único que quería era sentirle cerca. Giré el brazo para que se acurrucara a mi espalda, y él se tendió y nos quedamos así, tan juntos como un par de comillas en aquella habitación llena de palabras. Entrelazó sus dedos con los míos y sentí su aliento en la nuca. Permanecimos en silencio un rato hasta que él habló.

–Hueles bien –susurró junto a mi cuello; noté su calor. Instintivamente, me arqueé buscando su contacto y él sonrió.

–Ah, ¿sí?

–Mmm. De maravilla. A beicon.

Me eché a reír al tiempo que me daba la vuelta para mirarlo y levantaba la mano para darle un cachete. Me agarró la muñeca y me atraganté con la risa. Puse una sonrisa pícaro y levanté la otra mano. Él alargó el brazo y me agarró la otra muñeca, y después me sujetó las manos por encima de la cabeza mientras se sentaba a horcajadas sobre mí. El espacio que quedó entre los dos me hizo hervir la sangre.

Se inclinó ligeramente hacia adelante, aún sin tocarme y oliendo a deseo, y creí que me moría. Dijo en voz baja:

–¿Qué harías si te besara ahora mismo?

Me quedé mirando aquella cara preciosa y aquella boca preciosa y nada me apeteció más que saborearla.

–Te devolvería el beso.

Noah separó mis piernas con las rodillas y mis labios con la lengua y me sumergí en su boca y ooh. Como se lee a las puertas del infierno: «Abandonad toda esperanza, vosotros que entráis aquí». Sentí como si su boca insistente me abriese como una flor y dejase mi interior al descubierto. Cuando Noah se apartó gemí por su alejamiento, pero deslizó su brazo por debajo de mi espalda y me ayudó a

incorporarme, y nos quedamos sentados, e inclinó la cabeza y nuestras bocas se encontraron una y otra vez, y después lo empujé para que se tumbara y descendí lentamente sobre él.

Me sentí en la gloria durante lo que me pareció una eternidad. Sonreí con mis labios pegados a los de Noah, le acaricié el pelo y en un momento dado me eché hacia atrás para ver la expresión de sus ojos, pero los tenía cerrados, con las pestañas rozándole los pómulos. Me incorporé un poco para poder verlo mejor; tenía los labios azules.

–Noah.

Mi voz sonó áspera en medio de aquel silencio.

Pero no era Noah. Era Jude. Y Claire. Y Rachel, y estaban muertos, y los vi a todos, una hilera de cadáveres debajo de mi cuerpo; palidez y sangre sobre el polvo del hospital psiquiátrico. El recuerdo seccionó mi mente como una guadaña y dejó tras de sí una nitidez lúcida y despiadada.

Doce puertas de hierro se cerraron de golpe.

Las había cerrado yo.

Y antes de la oscuridad, terror. Pero no el mío.

El de Jude.

En un momento dado, me estaba apretando tan fuerte contra la pared que creí que me iba a fundir con ella. Al minuto siguiente, era él el que estaba atrapado, dentro de la sala de los pacientes, conmigo. Pero yo ya no era la víctima.

Él sí.

Me reí de él, presa de una furia enloquecida que había hecho temblar los cimientos del psiquiátrico y lo había derrumbado. Con Jude, Rachel y Claire dentro.

Yo los había matado, y no solo a ellos. También al maltratador de *Mabel* y a Morales.

El hecho de ser consciente de ello me devolvió de golpe a la habitación de Noah, que seguía inmóvil bajo mi cuerpo. Grité su nombre y no obtuve respuesta y me entró pánico de verdad. Lo sacudí, lo pellizqué, intenté forzarle a que me abrazara, pero sus brazos no ofrecieron cobijo. Me sujeté a la cabecera de la cama con una mano y con la otra busqué su teléfono a tientas, furiosa y aterrorizada. Lo encontré y empecé a marcar el teléfono de emergencias al tiempo que le daba un bofetón con el revés de la otra mano golpeando piel y hueso con furia.

Despertó con un brusco respingo. La mano me dolía de miedo.

–Increíble. –Noah respiró y se llevó la mano a la cara. El delicioso sabor que había paladeado ya se estaba diluyendo.

Abrí la boca para hablar, pero no tenía aire.

Noah parecía distante y confuso.

–Ha sido el mejor sueño que he tenido en mi vida. En toda mi vida.

–No respirabas –dije. Apenas era capaz de articular las palabras.

–Me duele la cara –Noah dirigió la vista a un punto impreciso más allá de donde yo me encontraba. Tenía la mirada perdida, las pupilas dilatadas. Por la oscuridad o por alguna otra razón, no lo sabía.

Le toqué la cara con manos temblorosas y con cuidado de no apoyar el peso de mi cuerpo contra él.

–Te estabas muriendo. –Mi voz se quebró al pronunciar aquellas palabras.

–Eso es ridículo –dijo Noah mientras esbozaba una sonrisa divertida.

–Tenías los labios azules.

Como seguramente los habría tenido Rachel después de asfixiarse. Después de que yo la hubiera matado.

Noah hizo un gesto de extrañeza.

–¿Cómo lo sabes?

–Lo vi.

No lo miraba, no era capaz. Me aparté y él se sentó en la cama y encendió la luz, iluminando la habitación. Los ojos de Noah eran oscuros, pero ahora parecían claros. Me miró sin titubear.

–Me dormí, Mara. Tú estabas dormida a mi lado. Tiraste de mí para que viniese a la cama y me tumbé contra tu espalda y... Dios mío, qué sueño más bueno tuve. –Noah se apoyó en la cabecera y cerró los ojos.

Me empezó a dar vueltas la cabeza.

–Nos besamos. ¿No te acuerdas?

Noah puso una sonrisita pícaro.

–Parece que tú también has tenido un sueño agradable.

Lo que decía... no tenía sentido.

–Me dijiste que olía... a beicon.

–Vaya –comentó tranquilamente–. Eso sí que es raro.

Me miré las manos, lánguidas sobre mis rodillas.

–Me preguntaste si podías besarme, y me besaste. Y después...

No encontraba palabras para expresarlo, para describir los rostros de los muertos que vi en mi interior. Quería borrarlos, pero no se iban. Eran reales. Todo era real. Lo que quiera que hubiera hecho el sacerdote aquel había funcionado. Y ahora que lo sabía, ahora que lo había recordado, todo lo que quería era olvidarlo.

–Te pegué. –Y aquello era solo el principio.

Noah se frotó la mejilla.

–Tranquila –dijo, y volvió a tumbarse a su lado, a acurrucarme contra él, con la cabeza en su hombro y la cara sobre su pecho. Sentí los latidos de su corazón.

–¿Recordaste algo? –susurró Noah entre mi pelo–. ¿Funcionó?

No contesté.

–Tranquila –dijo Noah muy suavemente mientras sus dedos acariciaban mis costillas–. Solo fue un sueño.

Pero el beso no lo había soñado. Noah se estaba muriendo. Lo ocurrido en el hospital psiquiátrico no había sido un accidente. Yo los había matado.

Todo era real. Yo era la causa de todo.

No entendía por qué Noah no se acordaba de lo que había ocurrido hacía solo unos segundos, pero finalmente entendí lo que me había ocurrido a mí hacía varios meses. Jude me había aprisionado, me había aplastado contra la pared. Yo quería que recibiera su merecido, que sintiera el terror que estaba sintiendo yo al verme atrapada, al verme aplastada. Y se lo hice sentir.

Y dejé abandonadas a su suerte a Rachel y a Claire.

Rachel, que se había pasado horas sentada conmigo en el neumático gigante del patio del colegio, las dos con los muslos cubiertos de arena, mientras yo le hablaba de un chico que me hacía tilín cuando estábamos en quinto de primaria y que no me hacía ni caso. Rachel, que se sentaba a posar para mis retratos, con quien reía, lloraba y lo compartía todo, cuyo cuerpo terminó convertido en una masa de carne. Por mi culpa.

Y no porque yo hubiera decidido participar en el plan de Tamerlane, a pesar de saber que podía ser peligroso. No porque no hubiese sentido algún vago atisbo de premonición. Era culpa mía porque había sido, literalmente, culpa mía; porque yo había derribado el edificio con Rachel y Claire dentro como si no fuera más que un paquete de pañuelos de papel que llevara en el bolsillo.

Volví a pensar en las ideas delirantes que me había inventado después de asesinar al dueño de *Mabel* y a la señorita Morales. Yo no era una loca.

Era letal.

La mano de Noah jugueteaba con mi pelo y me sentí tan bien, tan dolorosamente bien, que hice lo único que podía hacer para no echarme a llorar.

–Creo que debería irme –logré decir en un susurro; aunque en realidad no quería irme a ningún sitio. No quería estar en ningún otro sitio.

–¿Mara?

Noah se incorporó y se apoyó sobre el codo. Sus dedos recorrieron el contorno de mi pómulo e hicieron que mi piel reaccionara. Mi corazón no latió más deprisa. No latió en absoluto. Ya no tenía corazón.

Noah escrutó mi rostro durante un momento.

–Si quieres puedo llevarte a casa, pero tus padres van a empezar a hacerte preguntas –dijo despacio.

Yo no dije nada. No podía. Tenía la garganta llena de cristales rotos.

–¿Por qué no te quedas? –preguntó–. Puedo dormir en otra habitación. Di la palabra mágica.

No me salían las palabras.

Noah se sentó a mi lado y el colchón se hundió un poco bajo su peso. Sentí su calor cuando se inclinó, me retiró el pelo de la cara y me rozó la sien con los labios. Cerré los ojos y lo atesoré en mi memoria. Se marchó.

La lluvia azotó las ventanas cuando me metí entre las sábanas y me tapé con la colcha hasta la barbilla. Pero no hallaría cobijo ni en la cama ni en los brazos de Noah para protegerme de los aullidos de mis pecados.

Estar sentada en el coche junto a Noah la mañana siguiente de camino a casa fue la peor de las torturas. Daba dolor de corazón mirarlo, mirar su pelo que brillaba al sol y sus ojos preocupados. No podía hablar con él. No sabía qué decir.

Cuando llegamos al camino de entrada a casa, le dije que no me encontraba bien (verdad) y que lo llamaría más tarde (mentira). Luego me metí en mi cuarto y cerré la puerta.

Aquella tarde mi madre me encontró metida en la cama con las contraventanas cerradas. Sin embargo, el sol lograba colarse entre las rendijas y proyectaba barrotes sobre las paredes, sobre el techo, sobre mi cara.

–¿Te encuentras mal, Mara?

–Sí.

–¿Qué te pasa?

–De todo.

Cerró la puerta y me di la vuelta en el revoltijo de sábanas. Tenía razón: algo me estaba pasando, pero no sabía qué. ¿Qué podía hacer? Toda la familia se había ido a vivir a otra ciudad por mí, se había ido a vivir a otra ciudad para ayudarme a salir de mi vida entre los muertos, pero los cadáveres me seguían adondequiera que iba. ¿Y si la próxima vez eran Daniel o Joseph en vez de Rachel y Claire?

Una lágrima fría resbaló por mi mejilla acalorada. Me hizo cosquillas junto a la nariz, pero no me la sequé. Ni la siguiente. Y al poco tiempo, estaba hecha un mar de lágrimas, todas las que no había derramado en el funeral de Rachel.

Al día siguiente no me levanté para ir al colegio. Ni al siguiente. Y ya no tenía pesadillas. Lo cual no estaba bien, porque me las merecía. Respiraba, inhalaba y exhalaba aire, cuando Rachel jamás volvería a respirar. Si yo no existiese, ella seguiría existiendo.

La inconsciencia del sueño era maravillosa. Mi madre me traía comida, pero el resto del tiempo me dejaba tranquila. Entreoí una conversación de mis padres, pero ni siquiera sentí el suficiente interés como para sorprenderme de lo que decían.

–Dijo Daniel que se encontraba mejor –decía mi padre. Tenía que haberme retirado del caso. Ni siquiera come.

–Creo... Creo que se va a poner bien. He hablado con la doctora Maillard. Solo necesita un poco de tiempo –contestó mi madre.

–No lo entiendo. Le estaba yendo muy bien.

–Su cumpleaños ha tenido que resultarle muy duro – dijo mi madre–. Ella ha cumplido un año más, Rachel no. Para ella es absolutamente lógico pasarlo mal. Si no hay ningún cambio después de su cita del jueves, entonces nos preocuparemos.

–Está tan distinta... –dijo mi padre–. ¿Qué va a ser de nuestra pequeña?

Cuando aquella noche entré en el cuarto de baño, encendí la luz y miré al espejo para ver si la encontraba. Me devolvió la mirada una persona no-llamada Mara que tenía su aspecto. Me pregunté cómo podría matarla.

Y me volví a la cama de cabeza con temblor de piernas y castañeteo de dientes porque estaba asustada, muy asustada, y no tenía agallas.

Cuando Noah se presentó en mi habitación al caer la tarde, mi cuerpo lo supo antes de que mis ojos lo confirmasen. Traía un libro en la mano, *El conejo de terciopelo*, uno de mis favoritos. Pero no quería que estuviese allí. O mejor dicho, era yo la que no quería estar allí. Pero tampoco iba a moverme, así que me quedé tumbada en la cama, de cara a la pared, mientras se disponía a leer.

–«En las largas tardes de junio, entre los helechos que refulgían como plata escarchada, los pies pisaban con suavidad el mullido suelo. Las mariposas blancas revoloteaban a su alrededor. Lo estreché entre sus brazos, con perlas de rocío en el pelo y alrededor del cuello» –leyó Noah–. «“¿Qué es ser Real?”, preguntó el niño. “Es una cosa que te ocurre cuando una chica te quiere durante mucho, mucho tiempo. No solo para jugar, sino que te quiere de verdad”. “¿Y duele?”, preguntó el niño. “A veces. Pero cuando eres Real no te importa que te hagan daño”. Se acostó con él, mientras el fuego ardía en la chimenea. Despertó el amor.»

Mmm.

–«Se mecieron suavemente» –prosiguió–. «Gran crujido. Sábanas que los envolvían como túneles, paquetes que se abrían. Su cara enrojeció...»

Como la mía.

–«Medio dormida, se acercó más a la almohada y le susurró al oído, húmeda...»

–Eso no es *El conejo de terciopelo* –dije con la voz ronca por no haber hablado en todo el día.

–Vaya, has vuelto, bienvenida.

No cabía decir otra cosa más que la verdad.

–Qué cosa más espantosa.

Noah respondió profanando la rima del Doctor Seuss. Convirtió *Un pez, dos peces, pez rojo, pez azul* en un poema didáctico sobre la felación.

Por suerte, Joseph entró en mi cuarto justo cuando Noah estaba recitando su siguiente título: *Las aventuras de Jorge el curioso*.

–¿Puedo quedarme con vosotros? –preguntó mi hermano.

–Claro –respondió Noah.

Sucias imágenes del hombre del sombrero amarillo y su mono empañaron mi mente.

–No –dije con la cara hundida en la almohada.

–No le hagas caso, Joseph.

–No –dije en tono más alto, todavía de cara a la pared.

–Ven a sentarte a mi lado –le dijo Noah.

Me senté en la cama y lancé a Noah una mirada asesina.

–¿Por qué no? –preguntó.

–Porque no. Es asqueroso.

Se volvió hacia Joseph y le guiñó un ojo.

–Otra vez será.

Joseph salió de la habitación, pero iba sonriendo.

–Bueno –dijo Noah, prudente.

Estaba sentada en la cama con las piernas cruzadas y medio enredada en las sábanas.

–Bueno –repetí a modo de respuesta.

–¿Y a ti no te apetece conocer las nuevas aventuras de Jorge el curioso?

Negué con la cabeza.

–¿Estás segura?, el mono ha sido muy gamberro.

–Paso.

Entonces Noah me miró de una manera que me partió el corazón.

–¿Qué ocurrió, Mara? –preguntó en voz baja y suave.

Quizá porque ya era de noche, o quizá porque estaba cansada, o porque había vuelto a hablar. O porque era la primera vez que me preguntaba, o porque Noah estaba tan increíble y arrebatadoramente guapo sentado en el suelo junto a mi cama, rodeado por el halo de luz de mi lámpara, se lo conté.

Le conté todo, desde el principio. Sin dejar nada en el tintero. Noah permaneció inmóvil y sin apartar los ojos de mí.

–Por Dios bendito –dijo cuando terminé.

No me creía. Desvié la mirada.

–Y yo que creía que estaba loco... –dijo Noah como para sí mismo.

Volví a clavar mis ojos en los suyos.

–¿Cómo? ¿Qué has dicho?

Noah se quedó con la vista fija en la pared.

–Te vi... bueno, vi tus manos, y oí tu voz. Creí que me estaba volviendo loco. Y luego apareciste. Increíble.

–Noah –dije. Tenía una expresión ausente. Extendí los brazos, le agarré la cara y lo obligué a mirarme-. ¿De qué estás hablando?

–Precisamente tus manos –dijo mientras las tomaba entre las suyas, las volteaba y me flexionaba los dedos al tiempo que las examinaba-. Empujabas algo, pero estaba oscuro. Te dolía la cabeza. Podía incluso verte las uñas; estaban negras. Te zumbaban los oídos, pero yo oía tu voz.

Hiló las frases de una manera que no parecía tener sentido.

–No entiendo.

–Antes de que vinieras a vivir aquí, Mara. Oí tu voz antes de que vinieras.

La imagen del rostro de Noah aquel primer día de colegio se materializó con una viveza inimaginable. Me había mirado como si me conociese porque... porque de alguna manera ya me conocía. Cualquier palabra que hubiera podido decir se esfumó de mi boca, de mi mente. No encontraba sentido a lo que estaba escuchando.

–No fuiste la primera persona a la que vi. U oí. Hubo otras dos antes que tú, pero no llegué a conocerlas.

–Otras –susurré.

–Otras personas a las que vi. En mi mente. –Sus palabras cayeron como una piedra en el aire que nos rodeaba. La primera vez iba conduciendo; era de noche –comenzó a contar sin hacer pausa alguna–. Me vi a mí mismo dar un golpe a otro coche, pero era una carretera completamente distinta, y el coche no era el mío. Pero fui directamente a por ella. Era de nuestra edad, creo. Se le clavó la barra de dirección. Tardó horas en morir –prosiguió Noah sin emoción en su voz–. Vi todo lo que experimentó, oí todo lo que oyó ella y sentí todo lo que sintió; pero no sé cómo seguí en la misma carretera. Creí que era una alucinación, ¿sabes? Como ocurre a veces cuando vas conduciendo de noche y de pronto tienes la impresión de que te sales de la calzada o de que te vas contra otro coche. Pero era real –dijo Noah, y su voz parecía atormentada.

–La segunda persona estaba muy enferma. Era un chico, también de nuestra edad. Una noche soñé que le preparaba la comida y se la daba, pero las manos no eran las mías. Tenía algún tipo de infección y le dolía mucho el cuello. Sufría muchísimo. Lloraba. –El rostro de Noah estaba ahora pálido y demacrado. Incliné la cabeza, la apoyó en la mano y se pasó los dedos por el pelo, que se le quedó de punta. Luego levantó la vista y me miró–. Y después, en diciembre, te oí a ti.

Mi cara perdió el color.

–Reconocí tu voz el primer día de clase. Sentí vértigo, porque me parecía imposible. Creí que me estaba volviendo loco, imaginándome gente enferma y agonizante y sintiendo sus sensaciones, sintiendo un eco de lo que ellos debían de sentir. Y entonces apareciste tú y me llamaste gilipollas –dijo Noah con una leve sonrisa–. Le pregunté a Daniel por ti, y me contó, a grandes rasgos, lo que había ocurrido antes de vuestro traslado. Me imagino que eso es lo que vi. O soñé. Pero pensé que si... No sé... Pensé que si te conocía podría llegar a entender lo que me estaba pasando. Eso fue antes de lo de Joseph, obviamente.

Notaba la boca como si la tuviera llena de arena.

–¿Lo de Joseph? –Pero aquello no había sido real.

–Hace un par de semanas, en el restaurante, tuve una... una visión, supongo –dijo, como algo avergonzado–, de un documento, una escritura de los archivos del condado de Collier. –Noah movió la cabeza despacio–. Alguien, un hombre que llevaba un Rolex, estaba abriendo carpetas, haciendo fotocopias, y se detuvo en aquel documento. Lo vi como si fuese yo el que lo estaba consultando –dijo mientras inhalaba una gran bocanada de aire–. Tenía una dirección, una localización. Y cuando lo vi, me entró un dolor de cabeza espantoso, lo cual es normal. No podía soportar los sonidos. Así que no volví contigo hasta que acabó.

Noah se pasó los dedos por el pelo.

–Un par de días más tarde, cuando llegué a casa después de clase, me desmayé. Durante horas estuve inconsciente. Cuando desperté, me sentí genial. Y vi a Joseph dormido sobre cemento justo antes de que alguien cerrara una puerta. Y quienquiera que fuese llevaba el mismo reloj.

Yo seguía sentada sin moverme, con las piernas cruzadas, y se me estaban empezando a dormir los pies debido al peso de mi cuerpo mientras Noah seguía hablando.

–No sabía si era real o si lo había soñado, pero después de lo que te había ocurrido a ti, pensé que podía estar pasando de verdad. En tiempo real. Si echaba la vista atrás, con los otros siempre había percibido alguna señal de dónde estaban: en qué hospital, o en qué carretera. Pero jamás me había dado cuenta de que era real.

Noah fijó la vista en el suelo. Luego cerró los ojos. Su voz transmitía agotamiento.

–Y por eso cuando fui a buscar a Joseph te llevé conmigo... por si me volvía a desmayar o algo peor.

–Su mandíbula se tensó–. Y cuando resultó que sí estaba allí, ¿cómo podía explicártelo? Creí que estaba loco.

Hizo una pausa.

–Creí que lo había secuestrado yo.

En mi interior resonó el eco de las palabras de Noah aquella noche: «Haz lo que tengas que hacer para despertar a Joseph». Lo había dicho incluso antes de verlo.

–Mierda.

–Quería haberte dicho la verdad, sobre mí, sobre todo esto, incluso antes de que lo secuestraran. Pero cuando desapareció, no supe qué decir. Honestamente, creí que yo tenía parte de responsabilidad. Que quizá era yo el que había causado el daño de la gente que había visto, y que reprimía los recuerdos... o algo así. Pero ¿de quién era el coche cuyos faros vimos en los Everglades? ¿Y por qué se dirigían precisamente a la caseta?

Sacudí la cabeza. No lo sabía. No tenía sentido. Yo había creído que estaba loca, pero me había dado cuenta de que no lo estaba. Había creído que el secuestro de Joseph no había sido real, pero resulta que sí.

–No lo secuestré yo –dijo Noah. Con voz clara. Firme. Pero su intensa mirada seguía fija en la pared, no en mí.

Le creí, pero pregunté:

–Entonces ¿quién?

Por primera vez desde que comenzó a hablar, Noah se volvió hacia mí.

–Lo averiguaremos –dijo.

Traté de hacer encajar todas las piezas de su narración de modo que cobraran sentido.

–Entonces Joseph no te envió un mensaje de texto – dije. Mi corazón comenzó a latir más deprisa.

Noah negó con la cabeza, pero me dirigió un leve atisbo de sonrisa.

–¿Qué? –pregunté.

–Lo estoy oyendo –dijo Noah.

Me quedé mirándolo pasmada.

–A ti –dijo en voz baja–. Los latidos de tu corazón. Tu pulso. Tu respiración. Toda tú.

Mi pulso se disparó, y la sonrisa de Noah se hizo más amplia.

–Tienes tu propio sonido. Todo el mundo: los animales y las personas. Y yo soy capaz de oírlo. Cuando algo o alguien está herido, o agotado, o lo que sea... yo me doy cuenta. Y creo... Joder... –Noah agachó la cabeza y se recogió el pelo con las manos–. Bueno, ya sé que esto te va a parecer una locura. Creo que quizá puedo curarlos –añadió sin levantar la vista.

Cuando lo hizo, su mirada se dirigió a mi brazo. A mi hombro.

Imposible.

–Cuando me preguntaste por qué fumaba, te dije que nunca había estado enfermo. Es verdad; y cuando me peleo, me resiento un rato, y luego... nada. No me duele. Se me pasa.

Lo miré incrédula.

–¿Me estás diciendo que puedes...?

—¿Cómo tienes el hombro, Mara?

Me quedé sin palabras.

—Te debería doler mucho, a pesar de tenerlo otra vez en su sitio. ¿Y el brazo? —preguntó Noah al mismo tiempo que me agarraba la mano y me estiraba el brazo. Lo recorrió con el dedo desde la zona interna del codo hasta la muñeca—. Todavía tendrías ampollas, probablemente aún estaría empezando a cicatrizar —dijo mientras examinaba mi piel intacta. Luego me miró a los ojos.

—¿Quién te dijo lo del brazo? —le pregunté. Mi voz sonaba distante.

—Nadie. No hizo falta. *Mabel* se estaba muriendo cuando la trajiste. Se encontraba en tal estado que mi madre creyó que no pasaría de aquella noche. Me quedé con ella en el hospital y... no sé, me la puse en los brazos. Y oí cómo se curaba.

—No tiene sentido —dije sin dejar de mirarlo.

—Lo sé.

—Lo que me estás contando es que, de una manera u otra, has visto a unas cuantas personas que estaban a punto de morir. Que sentiste un eco de lo que ellos sentían. Y que cuando mi corazón, o el de quien sea, se acelera, también lo oyes.

—Lo sé.

—Y que, de alguna manera, eres capaz de oír lo que la gente tiene estropeado, o lo que les funciona mal, y lo arreglas.

—Lo sé.

—Mientras que lo único que yo soy capaz de hacer es...

Asesinar. Casi ni podía pensar en ello.

—Y también tuviste visiones, ¿no? ¿Viste cosas? —Los ojos de Noah escrutaron los míos.

Hice un gesto negativo.

—Alucinaciones. Nada era real excepto las pesadillas. Los recuerdos.

Noah hizo una breve pausa.

Volví a pensar en todas las alucinaciones sufridas. Las paredes de la clase. Jude y Claire en el espejo. Los pendientes en el fondo de la bañera. Nada de ello había sucedido de verdad. Y las cosas que creí que no habían pasado —la explicación de la muerte del dueño de *Mabel*, o de la muerte de Morales— sí sucedieron.

Padecía un trastorno de estrés postraumático. Eso era una realidad. Pero lo que había ocurrido —lo que había hecho, lo que podía hacer— también lo era.

—Lo sé, sencillamente —dije, y ahí lo dejé.

Nos miramos el uno al otro, sin reír, sin sonreírnos. Simplemente nos miramos; Noah serio, yo incrédula, hasta que me asaltó una idea tan urgente y tan imperiosa que me dieron ganas de expresarla a gritos.

—Cúrame —le ordené—. Esto, lo que he hecho... hay algo en mí que no funciona, Noah. Cúrame.

La expresión que vi en Noah mientras me apartaba el pelo de la cara y me miraba el escote, me partió el corazón.

—No puedo.

—¿Por qué no? —Mi voz amenazó con quebrarse.

Noah tomó mi cara entre sus manos.

–Porque –explicó– no tienes ningún daño físico.

Me senté, completamente inmóvil, respirando lentamente por la nariz. El más mínimo sonido me habría descompuesto. Cerré los ojos para evitar el llanto, pero las lágrimas afloraron de todos modos.

–Y no hay más –dije con la garganta atenazada.

–Y no hay más.

–¿Para los dos?

–Eso parece –dijo Noah. Una lágrima cayó sobre su pulgar, pero no movió las manos.

–¿Qué posibilidades hay de...?

–Pocas –me interrumpió Noah.

Sonreí tras sus dedos. Eran dolorosamente reales. Fui plenamente consciente de cómo se sentía, de cómo nos sentíamos los dos, perdidos y confusos, y sin haber conseguido sacar nada en claro de lo que estaba pasando ni de por qué.

Pero no estábamos solos.

Noah se acercó aún más y me besó en la frente. Su expresión era de calma. No, más que eso. Era de paz.

–Debes de estar muerta de hambre. Deja que te traiga algo de la cocina.

Asentí, y Noah se puso en pie. Cuando abrió la puerta de mi cuarto, hablé.

–Noah.

Se giró.

–Cuando me oíste antes... antes de que nos trasladáramos aquí. ¿Qué dije?

El rostro de Noah adquirió una expresión sombría.

–«Sacadlos.»

Bueno, tengo que decir que me gusta bastante esta disposición para dormir.

Tuve la sensación de que jamás me cansaría de oír la voz de Noah en la profunda oscuridad de mi habitación. Sentir su peso sobre mi cama era algo nuevo y emocionante. Se recostó sobre dos de mis almohadas y me acurrucó a su lado, compartiendo la misma manta. Apoyé la cabeza en su hombro y la cara sobre su pecho. Su corazón latía a un ritmo regular. El mío iba como una moto. Creo que yo sabía que no era seguro para él. Estar conmigo. Pero no tuve corazón para apartarme.

–¿Y cómo lo has organizado? –Aún no había salido de mi cuarto ni había vuelto a ver a mi madre desde que había entrado a verme a primera hora de la tarde, antes de la confesión de Noah. Antes de mi confesión. Me pregunté cómo íbamos a llevar todo aquello.

–Bueno, técnicamente, ahora mismo estoy durmiendo en la habitación de Daniel.

–¿Ahora mismo?

–En este mismo instante –dijo Noah mientras me rodeaba la espalda con el brazo; su mano descansaba justo sobre el borde de mi camiseta–. Tu madre no quiso que me fuese a casa tan tarde con el coche.

–¿Y mañana?

–Buena pregunta.

Me incorporé para verle mejor la cara. Su expresión era seria y pensativa, su mirada estaba clavada en el techo.

–¿Buena pregunta sobre si estarás aquí mañana?

Traté de no dejar traslucir ninguna emoción en mi voz. A esas alturas ya sabía que Noah no se andaba con tonterías. Y que si pensaba marcharse se marcharía y lo diría. Pero esperaba que no fuese esa la respuesta.

Esbozó una leve sonrisa.

–Sobre lo que nos pueda pasar mañana. Ahora que sabemos que no estamos locos.

Era la pregunta definitiva, la que llevaba torturándome desde la semana anterior, desde que había recordado el accidente. ¿Qué pasaría después? ¿Debía hacer algo con lo que ahora sabía? ¿Intentar pasar de ello? ¿Intentar que no siguiese ocurriendo? ¿Tenía siquiera posibilidad de elección? Era demasiado. Mi corazón se aceleró de nuevo.

–¿En qué piensas? –Noah cambió de postura en su lado de la cama, me apretó más fuerte contra su cuerpo y nos quedamos perfectamente acoplados.

–¿Qué? –susurré mientras mis pensamientos se desvanecían.

Noah se acercó aún más e inclinó la cabeza como si me fuese a decir algo al oído. Pero en lugar de hacerlo, su nariz me rozó la mandíbula hasta que sus labios encontraron el hueco de debajo de la oreja.

–Tu corazón se ha acelerado –dijo mientras recorría con los labios el contorno de mi cuello hasta la clavícula.

–No me acuerdo –dije, pues ahora estaba concentrada únicamente en el roce de la mano de Noah a través de la fina tela de mis pantalones. Deslizó la mano hacia la parte posterior de la rodilla. Hacia el muslo. Se incorporó para mirarme con una sonrisa pícaro en los labios.

–Mara, si estás cansada, lo oigo. Si te duele algo, lo percibo. Y si me mientes, lo sabré.

Cerré los ojos y comencé a ser plenamente consciente del alcance del don de Noah. Conocería cada una de mis reacciones, cada reacción que experimentase hacia él. Y no solo las mías: las de todo el mundo.

–Me encanta no tener que ocultártelo –dijo Noah mientras jugueteaba con el dedo por el cuello de mi camiseta. Tiró de la tela hacia un lado y me besó la piel descubierta del hombro.

Lo aparté un poco para poder verle la cara.

–¿Y cómo lo soportas? –Me pareció que se quedaba algo perplejo–. Lo de oír y sentir constantemente las reacciones físicas de todo el mundo. ¿No te vuelves loco?

Y si él no se volvía loco, yo desde luego sí me iba a volver loca al saber que mientras estuviera cerca de él no podría tener secretos.

Noah frunció el ceño.

–La mayoría se convierten en mero ruido de fondo. Hasta que me centro en una persona en particular. –Su dedo me rozó la rodilla y fue ascendiendo por la pierna hasta la cadera, y como respuesta mi pulso se aceleró.

–Para –dije, y le aparté la mano. Me miró con una amplia sonrisa–. ¿Decías...?

–Lo oigo todo (a todos), pero no lo siento todo. Solo a las cuatro personas que te dije, y solo cuando están (estáis) heridos físicamente. Tú fuiste la primera a la que a conocí, y luego a Joseph. Te vi, vi el lugar donde estabas, y sentí un eco, creo, de lo que ambos estabais sintiendo.

–Pero hay un montón de gente por ahí con lesiones físicas. –Lo miré fijamente–. ¿Por qué nosotros?

–No lo sé.

–¿Qué vamos a hacer?

Una sonrisa asomó a una de las comisuras de sus labios mientras acariciaba los míos con el pulgar.

–Se me ocurren unas cuantas cosas...

Sonreí.

–Eso no me va a ayudar –dije. Y según lo dije, me invadió una oleada de *déjà vu*. Me vi aferrando un frasquito de cristal en la Pequeña Habana.

«Estoy confusa», le había dicho al señor Lukumi. «Necesito ayuda.» «Eso no te va a ayudar, contestó él con la vista puesta en mi puño.»

Pero luego me había ayudado a recordar.

Quizá también podría ayudarme ahora.

En cuestión de segundos, ya me había levantado.

–Tenemos que volver a Botánica Seis –dije mientras salía disparada hacia la cómoda.

Noah me miró de soslayo.

–Ya es más de medianoche. Ahora no habrá nadie. – Sus ojos escudriñaron los míos–. Y además, ¿estás segura de que quieres volver? Aquel sacerdote no fue especialmente amable.

Recordé el rostro del señor Lukumi, cómo parecía conocerme, y me puse medio histérica.

–Noah –le dije mientras me volvía hacia él–. Ese hombre, el sacerdote, sabe lo que me pasa. Lo sabe. Por eso lo que hizo funcionó.

Noah levantó una ceja.

–Pero dijiste que no había funcionado.

–Me equivoqué. –Mi voz sonó extraña, y el silencio de la habitación engulló mis palabras–. Tenemos

que volver.

Se me había puesto carne de gallina.

Noah se acercó a mí, me atrajo hacia él y me acarició el pelo hasta que mi respiración recobró su ritmo normal, sin dejar de mirarme a los ojos mientras me calmaba. Yo tenía los brazos colgando a los largo del cuerpo, inertes.

–¿No sería posible que hubieses terminado recordando aquella noche de todas formas, Mara? – preguntó con delicadeza.

Entorné los ojos.

–Si tienes una idea mejor, proponla.

Noah me dio la mano y entrelazamos los dedos.

–Vale –dijo mientras volvíamos a la cama–. Tú ganas.

Pero sentí que, de algún modo, había perdido.

A la mañana siguiente, me desperté junto a Noah.

Con el brazo alrededor de su cintura, noté el movimiento de sus costillas al respirar bajo la fina tela de su camiseta. Era la primera vez que lo veía así; la primera vez que podía contemplarlo a placer. El volumen de sus bíceps bajo las mangas. El poco vello que asomaba por el borde de la camiseta. El cordón que siempre llevaba al cuello se había deslizado hacia afuera durante la noche. Lo observé con atención por primera vez; el colgante era una simple placa fina de plata. La mitad tenía forma de pluma y la otra mitad de daga. Era hermoso e interesante, exactamente igual que él.

Mis ojos siguieron recorriendo la belleza celestial que yacía en mi cama. Tenía una de las manos cerrada junto a la cara. Un tenue rayo de luz iluminaba los mechones alborotados de su pelo oscuro y les confería un tono dorado. Respiré hondo para empaparirme de su presencia; el olor de su piel se mezcló con el del champú.

Deseé besarlo.

Deseé besar la pequeña constelación de pecas que tenía en el cuello, medio escondidas junto al arranque del pelo. Sentir en mis labios el roce de su mentón sin afeitar, la suavidad de sus párpados como pétalos de flor bajo mis dedos. Entonces Noah dejó escapar un largo suspiro.

Estaba embriagada de felicidad, y era él quien me había intoxicado. Sentí una punzada de lástima por Anna y por las chicas que pudo haber antes que yo y por lo que habían perdido. Y ello trajo como consecuencia la idea de lo mucho que sufriría si yo también lo perdía. Su presencia suavizaba los extremos de mi locura, y era casi suficiente para hacerme olvidar lo que había hecho. Casi.

Deslicé la mano sobre la de Noah y se la apreté con suavidad.

–Buenos días –susurré.

Se revolvió.

–Mmm –murmuró, y esbozo una media sonrisa con los ojos cerrados–. Sí, es un buen día.

–Tenemos que irnos antes de que mi madre te encuentre aquí –dije, aunque no me apetecía nada.

Noah se dio la vuelta y se apoyó sobre los antebrazos, por encima de mí y sin tocarme durante un segundo, dos, tres. Mi corazón se aceleró. Noah sonrió, y a continuación salió de mi cama y de mi cuarto sin hacer ruido. Volvimos a encontrarnos en la cocina, una vez vestida y peinada y con un aspecto presentable. Él estaba en medio de Daniel y Joseph, y me sonrió ante una taza de café.

–¡Mara! –Mi madre abrió los ojos como platos al verme levantada y vestida en la cocina–. ¿Te preparo algo?

Disimuladamente, Noah me hizo un gesto para que aceptara.

–Eeeh, vale, ¿qué tal si me preparas... –dije, y pasé la vista por la encimera–, ... una tostada?

Mi madre sonrió, alcanzó una del plato y la metió en el tostador. Me senté a la mesa frente a los tres chicos. Nadie pareció darle importancia al hecho de que me había pasado los últimos días encerrada en mi habitación por decisión propia, y aparentaron normalidad absoluta.

–Entonces, ¿hoy vas a ir al colegio? –preguntó mi madre.

Noah asintió.

–Pensaba llevar yo a Mara –le dijo a Daniel– si no hay inconveniente.

Fruncí el ceño, pero Noah me lanzó una mirada significativa. Me agarró la mano por debajo de la

mesa. Yo me quedé callada.

Daniel se levantó de la mesa, sonrió y llevó su taza al fregadero.

—Por mí, genial, así no llego tarde.

Hice un gesto de fastidio con los ojos. Mi madre me pasó el plato con la tostada, y me la comí en silencio junto a ella, Joseph y Noah, que hablaban de ir al zoo el próximo fin de semana. Se palpaba el buen humor con el que se habían levantado los tres aquella mañana, me di cuenta de lo mucho que los quería y noté en el pecho una punzada de culpabilidad. Que los quería era obvio. La culpabilidad era por lo que les había hecho pasar. Y por lo que aún podía hacerles pasar si no solucionaba mi problema. Pero aparté ese pensamiento de mi mente, le di un beso a mi madre en la mejilla y me dirigí a la puerta de la calle.

—¿Estás lista? —preguntó Noah.

Asentí, aunque lo cierto era que no me sentía así.

—¿Adónde vamos en realidad? —pregunté a Noah, consciente de que no podía ser al colegio. No era un lugar seguro para mí, porque no me sentía segura con nadie a mi alrededor.

—Calle Ocho, 1821 —respondió Noah—. Querías volver a Botánica, ¿no?

—Daniel se va a dar cuenta de que no hemos ido a clase.

Noah se encogió de hombros.

—Le explicaré que necesitabas tomarte un día libre. No dirá nada.

Deseé que tuviera razón.

En cierto modo y sin saber por qué, la Pequeña Habana se había convertido en uno de los lugares que frecuentábamos, pero esa mañana todo parecía distinto. Montones de gente recorrían sus calles y hacían ondear banderas al ritmo de la música procedente de un lugar no identificado. La Calle Ocho estaba cerrada al tráfico, así que tuvimos que dejar el coche.

—¿Qué es esto?

Noah se había puesto las gafas de sol y observó a la multitud, vestida con ropa multicolor.

—Una fiesta —respondió, y lo fulminé con la mirada—. Vamos, hay que intentar abrirse paso.

Y lo intentamos, pero tardamos muchísimo. El sol caía con fuerza mientras avanzábamos a duras penas entre el gentío. Las madres llevaban a sus hijos de la mano, que tenían las caras pintadas, los hombres hablaban a gritos para hacerse oír por encima de la música. Las aceras estaban llenas de terrazas para que los clientes pudiesen ver el desarrollo de la fiesta mientras comían. Un grupo de chicos estaba apoyado sobre el escaparate de la tienda de puros, fumando y riendo, y la zona de las mesas de dominó estaba llena de espectadores. Busqué entre los escaparates el curioso surtido de componentes electrónicos mezclados con las figuras de santería, pero no lo vi.

—Espera —gritó Noah por encima del volumen de la música. Estaba unos metros detrás de mí.

—¿Qué?

Retrocedí para acercarme a él y al hacerlo tropecé violentamente con una persona. Una persona que llevaba una gorra de béisbol azul marino. Se dio la vuelta y me observó por debajo de la visera.

—Perdón —dijo, y siguió su camino.

Respiré hondo. No era más que un hombre con una gorra. Estaba demasiado sensible. Me acerqué al

lugar donde se encontraba Noah.

Noah se quitó las gafas al llegar frente al escaparate. Su rostro carecía de expresión, estaba totalmente impasible.

–Mira el número.

Mis ojos recorrieron el rótulo expuesto sobre la puerta de cristal de la juguetería.

–1823 –dije; di unos pasos en dirección contraria hacia la puerta contigua. Apenas fui capaz de leer el número en voz alta–. 1819.

¿Dónde estaba el 1821?

La expresión de Noah era impenetrable, pero sus ojos lo delataron. Estaba nervioso.

–Quizá esté en la otra acera –dije sin creérmelo.

Noah no respondió. Paseé la vista por el edificio y lo observé con atención. Volví a la juguetería y aplasté la nariz contra el cristal empañado para ver lo que había dentro. En el escaparate había un grupo de grandes animales de peluche, colocados como si estuviesen jugando, y unas marionetas que se habían quedado petrificadas en medio de un paso de baile, congregadas alrededor de un muñeco de ventrílocuo. Me aparté del cristal. La tienda tenía la misma entrada estrecha que Botánica, pero es que todas las tiendas a ambos lados de la calle la tenían.

–Quizá deberíamos preguntarle a alguien –dije mientras comenzaba a desesperarme. Mi corazón latió a toda velocidad mientras echaba un vistazo a las tiendas en busca de alguien a quien poder preguntar.

Noah seguía mirando el escaparate.

–Creo que no serviría de nada –dijo con voz hueca e inexpresiva–. Creo que estamos solos.

Mi sensación de miedo aumentó de manera exponencial al tomar la avenida de entrada al zoo, oscura y rodeada de palmeras.

–No me parece buena idea –dije.

Lo habíamos comentado durante el trayecto desde la Pequeña Habana, después de llamar a mi madre para decirle que al salir del colegio, que aquel día no habíamos pisado, me iba a quedar un rato en casa de Noah para cambiar un poco de ambiente. Como no había manera de dar con el señor Lukumi, si es que era ese su verdadero nombre, y no podíamos acudir a nadie en busca de ayuda sin comprometernos, tuvimos que ponernos a pensar qué íbamos a hacer. Yo era, por supuesto, la prioridad principal: tenía que averiguar qué provocaba mis reacciones si quería albergar una mínima esperanza de aprender a controlarlas. Acordamos que aquella sería la manera más fácil y efectiva de experimentar. Pero yo seguía asustada.

–Confía en mí. En esto tengo razón.

–«Antes del quebrantamiento es la soberbia, y antes de la caída la altivez de espíritu» –citó la Biblia con una leve sonrisa–. ¿Por qué no probamos antes contigo?

–Quiero saber si soy capaz de neutralizarte. Creo que es fundamental. Quizá por eso nos hemos encontrado el uno al otro, ¿sabes?

–La verdad es que no –dije con la cara vuelta hacia la ventanilla. Tenía el pelo reducido a un montón de rizos sudorosos que se me pegaban a la nuca. Me lo recogí en un moño para que no me molestara.

–Ahora estás en contra.

–Lo dice la persona que tiene... el don útil. –Me resultaba incómodo decir su nombre, ponerle nombre a lo que cada uno era capaz de hacer. Inapropiado. No hacía justicia a la realidad.

–Creo que puedes hacer más cosas, Mara. De verdad lo creo.

–Puede ser –admití, aunque con reservas–. Pero ojalá tuviera tu don.

–A mí también me gustaría que lo tuvieras –hizo una pausa–. Curar es cosa de chicas.

–Eres horrible –le dije, y sacudí la cabeza; los labios de Noah se curvaron en una sonrisa maliciosa–. No tiene gracia –añadí, con una sonrisa.

Seguía nerviosa, pero era increíble lo mucho mejor que me sentía con Noah a mi lado, y además sabiendo lo que me ocurría. Como si pudiese enfrentarme a ello. Como si pudiésemos enfrentarnos los dos juntos.

Noah aparcó en la misma puerta del zoo. No sé cómo consiguió tener acceso al interior después de que el recinto ya hubiera cerrado, y no lo pregunté. Un grupo de rocas esculpidas que se alzaba sobre un estanque artificial nos dio la bienvenida al entrar. Varios pelícanos dormían desperdigados por la superficie, con la cabeza bajo el ala. Al otro lado había flamencos, de color rosa pálido a la luz de los halógenos, de pie y formando grupitos. Las aves, como centinelas silenciosos, no se inmutaron ni emitieron sonido alguno ante nuestra presencia.

Avanzamos hacia el interior del parque de la mano mientras la brisa cálida nos acariciaba el pelo y el follaje de los árboles. Pasamos junto a las gacelas y los antílopes, que se sobresaltaron cuando nos acercamos. Sus pezuñas golpearon el suelo y un resuello suave recorrió la manada. Aceleramos el paso.

Se oyó un crujido entre las ramas que teníamos encima de nuestras cabezas, pero no veía nada en la

oscuridad. Leí el cartel informativo: «GIBONES BLANCOS A LA DERECHA, CHIMPANCÉS A LA IZQUIERDA». Apenas había terminado de leerlo, un aullido estridente rasgó el aire y algo aterrizó sobre la maleza cerca de nosotros. Se me paralizaron los pies y el corazón.

El chimpancé se detuvo casi junto al foso. Y no era uno de esos monísimos, encantadores y de color bronceado del mundo del espectáculo; este era enorme. Se sentó al borde del precipicio, tenso y en posición de ataque. Me miró con sus ojos de expresión humana y que nos siguieron cuando continuamos caminando. Se me erizó el vello de la nuca.

Noah se metió por un sendero estrecho y sacó unas llaves del bolsillo al tiempo que nos acercábamos a una pequeña estructura disimulada entre árboles y plantas altas. En la puerta se podía leer: «SOLO PERSONAL AUTORIZADO».

–¿Qué estamos haciendo?

–Es una especie de laboratorio. Están preparando una exposición sobre insectos del mundo o algo así –dijo Noah mientras abría la puerta.

Detestaba la idea de matar cualquier cosa, pero al menos los bichos se reproducían... bueno, como cucarachas, y si desaparecían unos cuantos nadie se iba a dar cuenta.

–¿Cómo has conseguido entrar? –pregunté al tiempo que echaba una mirada atrás. Notaba un picor en la piel. No podía librarme de la sensación de que nos estaban vigilando.

–Mi madre ha trabajado aquí como voluntaria. Y les dona una indecente cantidad de dinero.

Noah encendió las luces, que iluminaron la larga mesa de metal situada en el centro de la estancia, y cerró la puerta. Las paredes estaban cubiertas de estanterías también metálicas llenas de cubetas y cajas de plástico. Noah las recorrió y consultó las etiquetas. Yo me había quedado inmóvil junto a la puerta, y desde allí era imposible leerlas.

Finalmente, Noah se decidió por una caja de plástico translúcido. Entorne los ojos y lo miré.

–¿Qué son?

–Sanguijuelas –respondió Noah con naturalidad. Evitó mirarme a los ojos.

Me invadió una oleada de asco.

–Ah, no. Ni de broma.

–Tienes que hacerlo.

Me estremecí.

–No, otra cosa –le rogué, y me fui a paso ligero al otro lado de la sala–. Mira, eso. –Señalé una cubeta opaca con un nombre que fui incapaz de pronunciar–. Escorpiones no se qué y no sé qué más.

–Son venenosos –sentenció Noah mientras me observaba la cara.

–Mejor que mejor.

–Y además están en peligro de extinción.

–Vale –dije, al tiempo que empezaban a temblarme las piernas y los brazos cuando pasé ante una caja transparente y señalé–. Araña gordísima.

Noah cruzó la sala y leyó la etiqueta, todavía con la caja de sanguijuelas en la mano y muy cerca de mí. Demasiado cerca. Di un paso atrás.

–También venenosas –confirmó después de leerla.

–Así tendrá más aliciente.

–Podría morderte antes de que la mates.

Mi corazón estuvo a punto de salirse por la boca.

–La oportunidad perfecta para practicar tus propiedades curativas –le dije casi sin aliento.

Noah hizo un gesto negativo.

–No voy a experimentar con tu vida. No.

–Entonces, usa otra cosa –insistí, cada vez más asustada y con más dificultades para respirar–. Las sanguijuelas no.

Noah se frotó la frente.

–Son inofensivas, Mara.

–¡Me da igual!

Oí a los insectos repiquetear sus élitros contra las paredes de sus prisiones de plástico. Comencé a perder la calma y sentí que me tambaleaba.

–Si no funciona, la retiraré enseguida –dijo Noah–. No te hará ningún daño.

–No. Estoy hablando en serio, Noah –dije–. No puedo. Se meten debajo de la piel y chupan la sangre. Dios mío. Oh, Dios mío.

Apreté los brazos sobre el cuerpo para contener los temblores.

–Será muy rápido, te lo prometo. No vas a sentir nada.

Metió la mano en la cubeta.

–No –fue lo único que fui capaz de articular con voz ronca en un susurro sordo.

No podía respirar. Bajo mis párpados aparecieron puntitos multicolor que no pude hacer desaparecer por mucho que pestañeeé.

Noah sacó una sanguijuela y sentí que me iba a desplomar. Y luego...

Nada.

–Mara.

Pestañeeé hasta que logré abrir los ojos.

–Está muerta. Increíble –dijo–. Lo has hecho tú.

Noah se acercó a enseñármela, pero yo retrocedí y me apreté contra la puerta. Me miró con una expresión imposible de descifrar, luego se apartó para tirar la sanguijuela muerta. Cuando volvió para poner la cubeta en su sitio, se detuvo.

–Dios mío –dijo.

–¿Qué? –Mi voz seguía siendo un susurro tembloroso.

–Están todos muertos.

–¿Las sanguijuelas?

Noah volvió a colocar la cubeta en su sitio con pulso inseguro. Caminó entre las hileras de insectos mientras recorría con la vista las cubetas transparentes y abría las otras para examinar su interior.

Cuando completó la ronda, se quedó con la mirada fija en la pared.

–Todos –dijo–. Todos están muertos.

Un olor pútrido invadió mis fosas nasales, y en mis oídos zumbó una voz:

«Los biólogos que acudieron al lugar de los hechos dicen que la hipótesis más probable es que haya sido debido a una disminución del nivel de oxígeno en el agua.»

En mi oscura consciencia aparecieron imágenes de caimanes hinchados flotando panza arriba.

«Se cree que la causa puede estar en el alarmante número de cadáveres de caimanes.»

Lo había hecho yo. Igual que había hecho esto.

Noah contempló la destrucción con mirada inexpresiva. No era capaz de volver la vista hacia mí. Y no me extrañaba. Forcejeé con el pomo de la puerta y salí hacia la oscuridad exterior. Una salva de chillidos, ladridos y gritos resonó en mis oídos. Al menos, la masacre había sido limitada.

Sentía asco de mí misma. Y cuando Noah me siguió, vi que compartía mi sentimiento.

Evitó mi mirada y permaneció en silencio. La imagen de sus puños crispados, de su repugnancia, hirió mi corazón y me hizo llorar. Patético. Pero una vez que empecé, no pude parar, y la verdad es que tampoco quería. Los sollozos me abrasaban la garganta, pero era un dolor conveniente. Merecido.

Noah seguía en silencio. Solo cuando me dejé caer al suelo, incapaz de mantenerme en pie por más tiempo, reaccionó. Me agarró la mano e intentó levantarme, pero me temblaban las piernas. No podía moverme. No podía respirar. Noah me abrazó, pero en cuanto lo hizo, quise que me soltara. Quise echar a correr.

Forcejeé para escapar de sus brazos y golpeé su pecho con mi débiles hombros.

–Suéltame.

–No.

–Por favor –rogué con voz ahogada.

Aflojó un poco su abrazo.

–Solo si me prometes no salir corriendo.

Estaba fuera de control, y Noah lo sabía. Temía que yo causara aún más daño, tenía que asegurarse de que no siguiera haciéndolo.

–Te lo prometo –susurré.

Me giró hasta que estuvimos frente a frente y entonces me soltó. No tuve valor para mirarlo, así que fijé la vista en los cuadros de su camisa, y luego en el suelo.

–Vámonos.

Caminamos entre rugidos y gritos sin decirnos una sola palabra. Ahora todos los animales estaban despiertos; los antílopes habían hecho una piña al borde de su parcela y se agitaban y pateaban el suelo asustados. Las aves aleteaban excitadas, y un pelícano chocó directamente contra una de las rocas esculpidas cuando nos acercábamos. Cayó al agua y emergió arrastrando su extremidad rota y caída. Yo me quería morir.

En el mismo instante en que llegamos al coche de Noah, tiré de la manilla. Estaba cerrado con llave.

–Mara...

–Abre.

–Antes mírame.

–En este momento no soy capaz –murmuré entre dientes–. Abre la puerta.

La abrió. Me acomodé en el asiento del acompañante.

–Llévame a casa, por favor.

–Mara...

–¡Por favor!

Puso el coche en marcha y arrancamos en silencio. No levanté la vista de mis rodillas en todo el camino, pero cuando la velocidad comenzó a aminorar, por fin fui capaz de mirar por la ventanilla. El escenario me resultaba familiar, pero no era el apropiado. Cuando cruzamos la verja de entrada a su casa, le dirigí una mirada glacial.

–¿Qué estamos haciendo aquí?

No contestó, y yo comprendí. Desde mi confesión, Noah me había seguido la corriente. Había dicho que me creía, y quizá en realidad creía que algo iba mal en mi interior, que no funcionaba como debía. Pero no lo había captado del todo. Creía que cuando lo besé y se estaba muriendo había sido un sueño. Que Jude, Rachel y Claire habían muerto cuando un edificio viejo y ruinoso se vino abajo y los aplastó. Que el dueño de *Mabel* podía haberse caído y abierto la cabeza, que la señorita Morales podía haber muerto a consecuencia de un *shock*, y que todo aquello no era nada más que una suma de terribles coincidencias.

Pero ya no podía seguir creyéndolo. No después de lo ocurrido esa noche, no después de lo que yo acababa de hacer. Para aquello no había ninguna explicación. Había sido real. Y ahora, Noah iba a poner fin a nuestra relación, y yo me alegraba.

Tendría que ingeniármelas para dar el siguiente paso sola.

Aparcó el coche en el garaje y abrió la puerta del acompañante. No me moví.

–Mara, sal del coche.

–¿No puedes hacerlo aquí? Quiero irme a mi casa. – Necesitaba pensar, ahora que estaba completa y absolutamente sola con mi problema. No podía seguir viviendo así, y necesitaba idear un plan.

–Sal, por favor.

Me bajé del coche, pero me quedé vacilante junto a la puerta. Los perros habían percibido algo extraño en mí la otra vez que yo había ido a esa casa, y tenían motivos. No quería volver a acercarme a ellos.

–¿Y *Mabel* y *Ruby*?

–Están a buen recaudo al otro extremo de la casa.

Suspiré resignada y seguí a Noah; nos metimos por un pasillo y subimos unas escaleras muy estrechas. Hizo ademán de darme la mano, pero me estremecí al notar su contacto como si me quemara. Solo conseguiría que todo me resultara más difícil. Noah abrió la puerta de una patada y de pronto nos encontramos en su habitación. Se volvió para mirarme.

Su expresión era de calma tensa.

–Lo siento –dijo.

Ya estaba. Lo había perdido, pero me sorprendí al darme cuenta de que, en lugar de angustia, o tristeza, lo que sentía era indiferencia.

–No te preocupes.

–No sé qué decir.

Mi voz sonó fría y distante.

–No hay nada que decir.

–Mírame, Mara.

Erguí la cabeza para mirarlo a los ojos. Tenían una mirada salvaje. Si no hubiera conocido las circunstancias, me habría dado miedo. Pero lo que más miedo daba en aquel cuarto era yo.

–Estoy infinita y profundamente arrepentido –comenzó. Su voz sonaba inexpresiva y yo sentía una opresión en el pecho. No debería sentirse culpable. Yo no lo responsabilizaba a él. Negué con la cabeza.

–No, deja la cabeza quieta –dijo–. La cagué. Del todo.

La palabra escapó de mi garganta antes de que pudiera evitarlo.

–¿Qué?

–Jamás debí dejar que las cosas llegaran tan lejos.

Mi expresión pasó a mostrar confusión.

–Noah, tú no hiciste nada.

–¿Estás de coña? Yo te torturé. Te torturé. –Su voz transmitía rabia contenida. Tenía los músculos tensos y contraídos; parecía como si tuviese ganas de aplastar algo. Conocía esa sensación.

–Hiciste lo que había que hacer.

Su voz estaba dominada por el desdén.

–No te creí.

Lo sabía.

–Dime una cosa, ¿tú mentiste cuando me contaste lo que podías hacer?

–No.

–Entonces, ¿decidiste no hacer nada?

Su gesto se endureció.

–Todo ocurrió demasiado rápido. El... sonido, o lo que fuese, no fue igual que el de la última vez con Morales.

–¿Con Morales? –pregunté aturdida–. ¿Lo oíste entonces?

–Oí... algo. A ti. Un sonido que indicaba que tú no estabas bien. Pero no sabía por qué, ni qué era, ni lo que significaba. Y con Anna y Aiden, cuando expulsaron a Jamie, también te oí, pero no sabía qué estaba ocurriendo. No lo entendí; solo que te había amenazado, y quise cargármelo. Esta vez, esta noche, no fue el mismo sonido, y creo que el de la noche de los caimanes tampoco.

Se me quedó la boca seca cuando Noah me confirmó lo que había hecho. Se pasó las manos por la cara y después por el pelo.

–Estaban sucediendo demasiadas cosas a la vez; todo hacía demasiado ruido en el pantano. No sabía si no habían hecho más que desaparecer, pero tuve... tuve la sensación de que algo había ocurrido. –Hizo una pausa y su cara se quedó sin expresión–. Lo siento –dijo sin más.

Empecé a encontrarme mal al escuchar sus palabras; se me cerró la garganta y no podía respirar. Tenía que salir de allí. Me dirigí a la puerta.

–No –dijo Noah mientras atravesaba la habitación.

Extendió la mano hacia mí, pero la evité. Me asió la mano de todos modos y me acompañó hasta la cama. Accedí, consciente de que aquella sería nuestra última conversación. Y por mucho que me doliese; aunque sabía que era necesario, me sentía incapaz de separarme de él precisamente en aquel momento. Así que nos sentamos juntos, pero solté su mano. Noah se giró y miró hacia otro lado.

–Creí... creí que quizá solo veías lo que estaba a punto de ocurrir; que veías las cosas, un poco como me pasa a mí. Creí que lo único que te ocurría era que te sentías culpable por la muerte de Rachel. –Justo lo que diría mi madre–. No lo entendía y te presioné, y te presioné demasiado.

Me miró a través de aquellas pestañas y su mirada perforó la cavidad donde antes se encontraba mi corazón. Estaba furioso consigo mismo, no conmigo. Y aquello no estaba bien así que... marcha atrás.

–No fue culpa tuya, Noah. –Quiso decir algo, pero puse los dedos sobre su preciosa y perfecta boca; sentí dolor con el contacto–. Esta era la primera vez que lo veías. Pero no la primera vez que yo lo hacía. Si no... –dudé antes de decirle lo que creía que debía hacer. Lo que tenía que hacer. La próxima vez que ocurra algo así no podré soportar ver la expresión de tu cara, ¿lo entiendes?

Me miró furioso.

–La culpa la tuve yo, Mara, por lo que te obligué a hacer.

–No me obligaste a matar a todas las criaturas vivas de la sala. Eso lo hice yo solita.

–No mataste a todas las criaturas vivas.

–¿Qué?

–No mataste a todas las criaturas vivas de la sala.

–Excepto a nosotros, sí.

Noah se echó a reír, divertido.

–Pues ahí lo tienes. Podías haberme matado a mí. Yo te acosé, y podías haber puesto fin a la situación acabando conmigo. Pero no lo hiciste –dijo, y me apartó el pelo de la cara–. Eres más fuerte de lo que crees.

Su mano se demoró sobre mi mejilla y cerré los ojos angustiada.

–Sé que desconocemos por qué o cómo te está pasando... nos está pasando esto –matizó– pero lo averiguaremos.

Abrí los ojos y lo miré.

–No es responsabilidad tuya.

–Sé de sobra que no es responsabilidad mía. Pero quiero ayudarte.

Respiré hondo.

–¿Y qué va a pasar mañana? Alguien se va a preguntar quién ha matado cientos de especies en peligro de extinción.

–No te preocupes, yo...

–¿«Lo arreglaré»? ¿Lo vas a arreglar, Noah? –Al decir esas palabras, sabía que era exactamente eso lo que él pensaba; que contra toda lógica, creía firmemente que me podía curar, igual que creía que podía arreglar todo lo demás–. ¿Acaso ves que esté funcionando? Yo meto la pata y tú lo arreglas, ¿es eso?

Era un problema que solo podría solucionarse si invertíamos suficiente tiempo y dinero en él. En mí. Y cuando el experimento fracasara, cuando yo fracasara, y muriera gente, Noah se culparía a sí mismo, se odiaría por no haber sido capaz de detenerlo. Por no haber sido capaz de detenerme. Y yo no quería hacerle eso. Así que dije lo único que podía decir.

–No quiero tu ayuda. No te quiero a mi lado.

Las palabras salieron de mi boca contra su voluntad. Y Noah las sintió como una bofetada.

–Estás mintiendo –dijo Noah en voz baja y calmada.

La mía sonó fría y distante.

–Creo que lo mejor será que no volvamos a vernos.

No tenía ni idea de dónde había sacado fuerzas para decir semejante cosa, pero lo agradecía.

–¿Por qué haces esto? –Noah me taladró con una mirada glacial.

Comencé a perder la compostura.

–¿Me lo preguntas en serio? He asesinado a cinco personas.

–Por accidente.

–Quise matarlas.

–Por Dios, Mara, ¿crees que eres la única persona en el mundo que desea que les ocurran cosas malas a las malas personas?

–No, pero sí soy la única que consigue lo que quiere –dije–. Y Rachel, dicho sea de paso, no era una mala persona. Yo la quería, y nunca me había hecho nada malo, y ahora está muerta y la culpa es mía.

–Quizá.

Me giré hacia él a la velocidad del rayo.

–¿Cómo? ¿Qué acabas de decir?

–Sigues sin saber si lo del psiquiátrico fue un accidente.

–¿Otra vez volvemos al principio? ¿En serio?

–Escúchame. Aunque eso no hubiese sido...

–No lo fue –dije con los dientes apretados.

–Aunque no hubiese sido un accidente –prosiguió Noah–, la próxima vez yo puedo advertirte.

–Sí, igual que me advertiste antes de matar a Morales.

–Eso no es justo y lo sabes. Entonces yo aún no sabía lo que pasaba. Ahora sí. La próxima vez que ocurra te haré una advertencia y te detendrás.

–¿Quieres decir que me vas a hacer parar?

–No. Eso es elección tuya. Siempre será elección tuya. Pero quizá si en ese momento pierdes la concentración podré ayudarte a volver a la realidad.

–¿Y si pasa cuando tú no estés? –pregunté.

–Estaré.

–Pero ¿y si no estás?

–Entonces será culpa mía.

–Exactamente.

De repente su rostro expresó confusión.

–Quiero un novio, no una niñera, Noah. Pero vamos a suponer que acepto el plan y que tú estás ahí pero no puedes detenerme. Te culparás a ti mismo. ¿Quieres que también eso pese sobre mi conciencia? Deja de ser tan egoísta.

Noah tensó las mandíbulas.

–No.

–Muy bien. Pues no lo hagas. Yo me voy.

Me puse en pie, pero sentí los dedos de Noah sobre los muslos. La presión del contacto sobre mis vaqueros fue como la de una pluma, pero me quedé paralizada.

–Te seguiré –dijo.

Bajé la vista para mirar su pelo revuelto que enmarcaba su rostro serio; tenía los párpados

entrecerrados, como si le pesaran. Sentado en la cama, le quedaba la cabeza a la altura de mi talle. Un escalofrío me recorrió la espalda.

–Apártate –dije sin convicción.

Una sombra de sonrisa asomó a sus labios.

–Tú primero.

Pestañeeé y lo miré con atención.

–Vaya. Qué juego tan peligroso.

–Yo no estoy jugando.

Se me dilataron las fosas nasales. Noah me estaba provocando. A propósito, para ver lo que hacía.

En ese momento deseé darle una bofetada, agarrarlo del pelo y darle un buen tirón.

–No pienso dejar que lo hagas –le dije.

–No puedes detenerme. –Su voz sonaba grave. E indescriptiblemente *sexy*.

Pestañeeé con los ojos casi cerrados.

–Una mierda no puedo –susurré–. Podría matarte.

–Entonces moriría feliz.

–No tiene gracia.

–No estoy de broma.

Abrí los ojos y los clavé en los suyos.

–Viviría más feliz sin ti –intenté mentir con la mayor convicción que me fue posible.

–Qué pena.

La boca de Noah dibujó aquella media sonrisa que adoraba y odiaba a la vez, a solo unos centímetros de mi ombligo. Se me empezó a diluir la cabeza.

–Aquí era donde tenías que decir: «Lo único que quiero es tu felicidad. Haré lo que sea necesario para conseguirlo, aunque ello suponga no poder estar contigo».

–Lo siento –dijo Noah–. No soy tan generoso.

Sus manos se desplazaron por las costuras del pantalón hasta mi cintura. Las yemas de sus dedos acariciaron mi piel justo por debajo de la tela de la camisa. Intenté controlar la velocidad de mi pulso, pero fracasé.

–Me quieres a tu lado –se limitó a decir categórico–. No me mientas. Te oigo.

–Eso no importa –dije en un suspiro.

–Sí, sí importa. Tú me quieres a tu lado tanto como te quiero yo. Y tú eres lo único que quiero.

Mi lengua luchó contra mi mente.

–Hoy –susurré.

Noah se levantó despacio y al hacerlo rozó mi cuerpo con el suyo.

–Hoy. Esta noche. Mañana. Siempre. –Sus ojos sostuvieron mi mirada; tenían una profundidad infinita–. Estoy hecho para ti, Mara. –Y en aquel momento, aunque no sabía cómo era posible ni qué significaba, lo creí–. Y lo sabes. Así que dime la verdad. ¿Me quieres a tu lado?

Su voz era firme, y denotaba confianza en sí mismo al hacer aquella pregunta que más bien parecía una afirmación.

Pero su rostro... Era apenas perceptible, pero estaba ahí, en la más pequeña de las arruguitas y frunces de su entrecejo. La duda.

¿De verdad no lo sabía? Mientras yo trataba de asimilar la imposibilidad de la idea, la confianza de

Noah comenzó a deshilacharse en un extremo de su expresión.

Lo correcto habría sido dejar la pregunta sin respuesta. Dejar que Noah creyera, por imposible que fuese, que no lo quería a mi lado. Que no lo amaba. Entonces se acabaría todo. Noah se convertiría en lo mejor que había estado a punto de pasarme, pero estaría a salvo.

Escogí la opción incorrecta.

Rodeé el cuello de Noah con los brazos y apoyé la cabeza sobre él.

–Sí –susurré entre su pelo mientras me abrazaba.

–Sí ¿qué? –Percibí una sonrisa en su voz.

–Sí te quiero a mi lado –respondí, también con una sonrisa.

–Entonces, ¿qué importa todo lo demás?

Las manos de Noah se posaron en mi cintura, en mi cara, con tanta familiaridad como si aquel fuera su sitio natural. Como si se sintieran en casa. Me eché hacia atrás para mirarlo y comprobar si era eso lo que sentía, y cuando lo hice estallé en mil pedazos.

Noah me creía. Y yo no había entendido hasta entonces, hasta ese mismo momento, cuánto necesitaba darme cuenta.

Me estremecí con el contacto rugoso de su mentón contra mi piel. Me rozó la clavícula con los labios y cuando giró las caderas para encajarlas entre las mías, me dejé ir. Metí los dedos entre su pelo y uní mi boca a la suya. Al probar el sabor de su lengua, el resto del mundo desapareció.

Pero entonces el olor amargo del psiquiátrico invadió mis fosas nasales. El rostro de Jude comenzó a aparecerse a destellos en mi interior y me aparté entre jadeos.

–¿Mara? ¿Qué pasa? –preguntó Noah.

No le contesté. No supe qué decir. Habíamos estado a punto de besarnos miles de veces, pero casi siempre había algo que lo impedía: Noah, yo, el universo. Y la única vez que lo habíamos logrado, estaba segura, segurísima, de que él había estado a punto de morir. Mi corazón se rebeló ante la idea, aunque sabía que era cierta. ¿Qué me estaba pasando? ¿Y qué le pasaba a él cuando lo besaba?

–¿Qué tienes? –preguntó.

Tenía que decirle algo, pero no era el tipo de cosa que se pudiera soltar así como así.

–Es que.... No quiero que te mueras –tartamudeé.

Noah se quedó desconcertado, como era de esperar

–De acuerdo –dijo, y me echó el pelo hacia atrás–. No me moriré.

Bajé la vista, pero Noah inclinó la cabeza y me miró a los ojos.

–Escucha, Mara, no hay ningún tipo de presión. –Sus manos me acariciaron la cara–. Esto... –continuó mientras pasaba a acariciarme el cuello–. Tú. Mis brazos. Es suficiente.

Entrelazó sus dedos con los míos y me sostuvo la mirada. Comprendí a qué se refería.

–Solo quiero saber que te tengo. –Me soltó la mano, acercó la suya a mi cara y me rozó los labios con los dedos. Saber que soy el único que puede tocarme así –dijo–. Ver cómo me miras cuando lo hago. Y oír tu voz cuando lo hago.

Una leve sonrisa pugnó por asomarse a sus labios. Pero yo no tenía suficiente solo con mirarlos.

Presa del descaro y la frustración, me incorporé y me senté a horcajadas encima de él, sin hacer caso de su mirada de extrañeza. Mis dedos forcejearon furiosos y torpes con los botones de su camisa de cuadros. Mi habilidad había desaparecido junto con mi decoro.

Noah me puso un dedo bajo la barbilla e inclinó mi cabeza.

–¿Qué estás haciendo?

–Podemos hacer otras cosas –dije entre jadeos mientras le quitaba la camisa.

No estaba completamente segura de si aquello era cierto, pero sí estaba completamente segura de que en aquel momento era lo que menos me importaba. Estaba desesperada por sentir su piel contra la mía. Estaba desesperada por experimentarlo. Agarré el borde de mi camiseta y comencé a tirar de ella hacia arriba. Noah estiró los brazos y me sujetó las muñecas con delicadeza.

–¿Quieres acostarte conmigo, pero no quieres besarme?

Sí, claro. Abrí la boca para hablar, pero la cerré, porque me pareció que aquello no iba a salir bien.

Noah me hizo bajarme de encima de él.

–No –dijo, y se incorporó para ponerse la camisa con un movimiento rápido.

–¿No? –pregunté.

–No.

Lo miré con los ojos entrecerrados.

–¿Por qué no? Ya lo has hecho antes.

Noah desvió la mirada.

–Por diversión.

–Conmigo puede ser divertido –dije en voz baja.

–Lo sé.

La expresión de Noah me dejó chafada.

–No confías en mí. –Continuaba sin levantar la voz.

Noah midió sus palabras antes de hablar.

–Eres tú quien no confía en sí misma, Mara. No me voy a morir por que me beses; ya te lo he dicho.

Pero sigues creyendo que sí. Por lo tanto, no.

–Me estás tomando el pelo –proferí incrédula. Noah, Noah Shaw, estaba echando el freno.

–¿Tengo cara de estar tomándote el pelo? –Noah puso expresión de falsa seriedad.

No hice caso y me puse en pie.

–No me quieres a tu lado.

Noah echó la cabeza hacia atrás y soltó una intensa y sonora carcajada. Un vivo color rojo cubrió mis mejillas. Me entraron ganas de darle un puñetazo en el estómago.

–No tienes ni idea de lo que significas para mí –afirmó mientras se ponía de pie–. Anoche me costó trabajo mantener las manos a raya, a pesar de que sabía lo que habías pasado esta semana. A pesar de ser consciente de que estabas hecha polvo cuando me lo contaste. Y me pasaré toda una eternidad en el infierno por el sueño que tuve sobre ti el día de tu cumpleaños. Pero si pudiera volver a tenerlo, pasaría dos eternidades. –Me tomó la mano y la hizo girar entre las suyas, sin dejar de observarla–. Mara, nunca he sentido por nadie lo que siento por ti. Y cuando estés preparada para que te lo demuestre –prosiguió mientras me apartaba el pelo–, entonces te besaré.

Me rozó la oreja con el pulgar y posó la mano sobre mi cuello. Me echó hacia atrás, parpadeé y cerré los ojos. Inhalé su aroma cuando se inclinó y me besó en el hueco de debajo de la oreja. Mi pulso se aceleró bajo sus labios.

–Y no me conformaré con otra cosa. –Noah se apartó y me incorporó con él. Me sentí desorientada,

pero no tanto como para no ver la arrogante sonrisa que mostraba.

–Te odio –farfullé.

La sonrisa de Noah se hizo más amplia.

–Lo sé.

Al día siguiente tampoco pude ir a clase; parecía obvio. ¿Quién podía saber lo que desencadenaba las muertes? ¿Era suficiente un pensamiento aislado? ¿O tenía que visualizarlas? ¿Y los animales que murieron, aunque no lo hubiera deseado de forma explícita? ¿Y Rachel?

Tenía que reconstruir mi mundo y averiguar cuál era mi sitio en él antes de poder moverme sin peligro entre el resto de sus habitantes. Le dije a mi madre que quería quedarme en casa, que ir a clase el día anterior había sido un poco excesivo y que quería esperar hasta después de la cita que tenía esa tarde con la doctora Maillard para intentarlo. Dado mi comportamiento reciente, me lo permitió encantada.

Llegué a la hora de comer sin incidentes. Pero cuando estaba en la cocina haciéndome un bocadillo, alguien llamó a la puerta. Me quedé paralizada. Insistieron.

Fui hasta el vestíbulo sin hacer ruido y miré por la mirilla. Delante de la puerta estaba Noah, desgreñado y hecho una furia.

—Métete en el coche —dijo—. Tienes que ver una cosa.

—¿Cómo? ¿Qué estás...?

—Es sobre el caso de tu padre. Tenemos que llegar al juzgado antes de que termine el juicio. Te lo explicaré, pero ven.

Mi mente se puso a funcionar a pleno rendimiento para captar toda la información, cerré la puerta con llave y seguí a Noah sin pensármelo dos veces. En esa ocasión no se anduvo con ceremonias, así que abrí yo misma la puerta del acompañante y me metí en el coche. En unos segundos recorrió el camino de entrada marcha atrás, luego alcanzó un periódico del asiento trasero. Dejó caer un ejemplar del *Miami Herald* sobre mis rodillas mientras zigzagueaba entre los carriles sin hacer caso de los furiosos bocinazos que provocaba.

Leí el titular: «FOTOS DEL ESCENARIO DEL CRIMEN FILTRADAS EN EL ÚLTIMO DÍA DEL CASO PALMER ». Observé las fotos: unas eran del escenario del crimen y otra de Michael Lassiter, el cliente de mi padre. Luego eché un vistazo al artículo. Hacía un análisis detallado del caso, pero estaba segura de que me estaba perdiendo algo.

—No entiendo —dije a la vez que me fijaba en la mirada furiosa y la mandíbula crispada de Noah.

—¿Has mirado las fotos? ¿Con atención?

Mis ojos recorrieron las fotografías, aunque herían mi sensibilidad. Dos de ellas mostraban el cuerpo descuartizado de Jordana Palmer desperdigado en pedazos entre las hierbas altas, con jirones de carne arrancados de sus piernas, sus brazos, su torso. La tercera, tomada a cierta distancia, era de un paraje con marcadores que señalaban la posición y situación en que fue hallado el cadáver. La pequeña caseta de hormigón donde Noah y yo habíamos encontrado a mi hermano Joseph aparecía en la zona de la sombra proyectada por el disparo del *flash*.

Me llevé la mano a la boca.

—Dios mío.

—Lo vi cuando fui a comprar tabaco a la hora de comer. Intenté llamarte, pero nadie contestó al teléfono fijo, y tú sigues sin móvil. Así que me vine derecho desde el colegio —me explicó apresuradamente—. Es la misma caseta, Mara. Exactamente la misma.

Recordé a Joseph, tirado en el suelo de hormigón en medio de un revoltijo de mantas, con las manos y

pies atados con cuerdas de plástico. Y cómo Noah y yo estuvimos a punto de llegar demasiado tarde para salvarlo.

Para salvarlo de un final como el de Jordana. Se me revolvió el estómago.

—¿Qué significa esto? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

Noah se pasó la mano por el pelo a la vez que aceleraba, llegando a alcanzar más de ciento cincuenta kilómetros por hora.

—No lo sé. La foto que publican de Lassiter lo muestra con un Rolex en la mano derecha. Cuando mi mente vio los documentos del archivo del condado de Collier como te expliqué, la persona que estaba abriendo carpetas tenía el mismo reloj —concluyó antes de tragar saliva—. Pero no estoy seguro.

—Fue él quien se llevó a Joseph —dije con la mente y la voz turbias.

La expresión de Noah era dura.

—Sin embargo, no tiene sentido. ¿Por qué iba a actuar contra el hijo de su propio abogado?

Las imágenes se agolpaban en mi mente. Joseph, esperando que le fueran a buscar al colegio el día que lo secuestraron. Mis padres hablando con voz tensa sobre la conveniencia de dejar el caso. Mi padre informando a Lassiter...

Esa misma noche.

—Mi padre iba a retirarse del caso —dije extrañamente distante—. Por mí. Porque me estaba poniendo peor. Aquella tarde había hablado con Lassiter.

—Sigue sin tener sentido. Tu padre se habría retirado con toda seguridad si uno de sus hijos hubiese sido secuestrado. El juez habría ordenado un aplazamiento, fijo.

—Entonces lo secuestró porque está enfermo —dije con un hilillo de voz. Mi mente funcionaba a toda velocidad y procesaba sin que mi boca pudiese seguirle el ritmo. Retrocedí en el tiempo a la etapa en la que aún no sabía nada del caso, antes de que todo ocurriese. A una tarde en que mi hermano pequeño estaba viendo las noticias cuando Daniel vio un sobre sin remitente.

«¿De dónde ha salido esto?» «Lo trajo el cliente nuevo de papá dos minutos antes de que llegais.»

Conocía a Joseph. Sabía dónde vivíamos.

—Lo mataré —pronuncié aquellas palabras impactantes en voz tan baja que ni siquiera estaba segura de si las había llegado a decir. Y ni siquiera estaba segura de si había llegado a pensarlas hasta que Noah se giró y me miró.

—No —dijo prudente—. Vamos a ir a los juzgados a ver a tu padre y a intentar que continúe el juicio. Le contaremos lo que ha pasado. Se retirará del caso.

—Es demasiado tarde —repliqué; las palabras se solidificaron en mi boca y su peso me dificultó el habla—. El juicio termina hoy. Una vez que sale el jurado... se acabó.

Noah negó con la cabeza.

—He llamado. El jurado aún no ha salido. Podemos conseguirlo —afirmó mientras echaba una mirada rápida al reloj del salpicadero.

Di la vuelta al periódico y lo examiné mientras mis pensamientos se volvían cada vez más sombríos y monstruosos, y se expandían, y devoraban cualquier alternativa.

—Quienquiera que haya filtrado esas fotos lo hizo para influir en el jurado. Lo hizo porque mi padre, porque Lassiter, está ganando el caso. Va a ser absuelto. Va a quedar en libertad.

No podía permitir que eso ocurriera.

Pero ¿podría de verdad evitarlo?

Había deseado la muerte de Jude, y murió. Y había matado a Morales y al dueño de *Mabel* solo por desearlo, por pensarlo, por imaginarme a la una atragantada y al otro con la cabeza abierta. Me dieron náuseas al visualizarlo, pero tragué saliva con decisión y me obligué a mí misma a recordar, a intentar comprender si podría hacerlo de nuevo en caso de que fuera necesario. El derrumbamiento del edificio, la anafilaxia, la herida en la cabeza; esas eran las causas de las muertes.

Yo había sido el agente.

La voz de Noah me devolvió al presente.

—Hay algo muy turbio en todo esto. Lo sé, y por eso fui a buscarte. Pero no tenemos ni puñetera idea de qué se trata. Tenemos que ir al juzgado y hablar con tu padre.

—Y después, ¿qué?

—Después declararemos sobre el secuestro de Joseph y Lassiter será acusado.

—Y volverá a salir bajo fianza, igual que ahora. ¿Y qué pruebas podemos aportar? —dije alzando la voz. Había dicho, y pensado, mis palabras anteriores sin querer, pero un entusiasmo delirante se estaba apoderando de mí. La adrenalina corría a raudales por mis venas—. Joseph no recuerda nada, excepto las mentiras que le contamos. Y yo estoy tomando antipsicóticos —añadí con una voz cada vez más firme—. Nadie nos va a creer.

Noah cambió de táctica, sin duda porque yo tenía razón. En voz baja, dijo:

—Te traje porque confiaba en ti. No quieres hacerlo.

Cuando oí a Noah afirmar con tanta convicción lo que solo yo sabía, mi mente se rebeló.

—¿Por qué no? He matado a gente por mucho menos que asesinar y descuartizar a una adolescente y secuestrar a mi hermano pequeño. —Me invadió una incomprensible sensación de vértigo.

—Y la semana pasada... ¿eras tú la que parecía estar en paz después de todo eso?

Las palabras de Noah interrumpieron el hilo de mis pensamientos. Pero luego continué.

—Puede que sea una sociópata, pero no me arrepiento de la muerte del dueño de *Mabel*. Para nada.

—Yo tampoco me arrepentiría —admitió Noah. Los músculos de sus mandíbulas se tensaban continuamente—. Y Jude también se lo merecía, acuérdate.

Me giré hacia él.

—Ah, ¿sí? Lo dices porque estuvo a punto de hacerme daño...

—Es que te hizo daño —afirmó Noah, repentinamente furioso—. El hecho de que pudiese haber sido peor no significa que no te hiciera daño.

—No me violó, Noah. Me pegó. Me besó. Y por eso lo maté.

La mirada de Noah se hizo sombría.

—Pues bien hecho.

Sacudí la cabeza.

—¿Te parece justo? —Noah no contestó nada; sus ojos parecían fijos en algo que estuviera a más de mil millas de distancia—. Pues los mismos sentimientos que tienes tú respecto a Jude los tengo yo respecto a Lassiter.

—No —respondió al fin mientras tomaba la salida de la autopista para meterse por una calle atestada de tráfico en cuyo extremo se veían los juzgados—. Hay una diferencia. En el caso de Jude, estabas sola y aterrorizada y tu mente reaccionó sin que tú misma te dieras cuenta. Fue en defensa propia. En el caso de

Lassiter... sería una ejecución.

El aire engulló sus palabras en el mismo momento en que las dejó caer. Después añadió:

–Hay otras maneras de resolverlo, Mara.

Noah describió una curva cerrada para entrar en el aparcamiento a la sombra del edificio de los juzgados y apagó el motor. Salimos del coche a toda velocidad; mi mente no dejó de darle vueltas a sus palabras mientras subíamos las escaleras.

Había otras maneras de resolver el problema, había dicho Noah. Pero yo sabía que no iban a funcionar.

Cuando llegamos a las grandes puertas acristaladas estaba sin aliento. Después de que Noah pasara por el detector de metales, vacié el contenido de mis bolsillos en la pequeña bandeja de plástico y abrí los brazos para que el agente de seguridad pudiera pasar el detector manual. Me bamboleé ligeramente; me encontraba en un estado que sobrepasaba la ansiedad.

El eco de nuestros pasos resonó en el enorme vestíbulo, los míos detrás de los de Noah, y miré en ambas direcciones para ver los números de las salas que íbamos pasando. Noah se detuvo frente a la sala 213.

Me limpié el sudor de la frente con la manga.

—¿Y ahora qué?

Noah se internó por un pasillo y abrió la primera puerta a la izquierda. Me quedé a cierta distancia mientras hablaba con un chico joven que estaba sentado detrás de la mesa de la entrada. No podía oír lo que decían, pero observé su rostro. No me transmitió nada.

Cuando terminó, volvió a donde yo esperaba y echamos a andar en dirección contraria. No dijo una sola palabra hasta que nos encontramos de nuevo en el exterior, en las escaleras del juzgado.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté.

—El jurado salió hace ya dos horas.

Sentí como si mis pies se hubiesen convertido en piedras. No me podía mover.

—No es demasiado tarde —dijo Noah en tono tranquilo—. Quizá lo condenen. Mierda, en el Estado de Florida está vigente la pena de muerte. Puede que tengas suerte.

Me puse furiosa al oír el tono empleado por Noah.

—Actuó contra mi hermano, Noah. Contra mi familia.

Noah me puso las manos sobre los hombros y me obligó a mirarlo.

—Lo protegeré, Mara —espetó; intenté desviar la vista. Mírame, Mara. Encontraré la manera de hacerlo.

Quise creerlo. Mostraba una inquebrantable seguridad en sí mismo, y me vi tentada. Pero Noah siempre se mostraba seguro. Y a veces se equivocaba. En aquella situación no había lugar a errores.

—No puedes protegerlo, Noah. No es nada que tú puedas arreglar. —Noah abrió la boca para decir algo, pero lo corté—. He estado completamente perdida desde la muerte de Rachel. He intentado hacer las cosas bien. Con *Mabel*, con Morales... hice todo lo que se suponía que era correcto: llamé al departamento de maltrato animal, hablé con el responsable. Pero nada dio resultado hasta que lo arreglé a mi manera —dije, y mis propias palabras encendieron una chispa en mi interior—. Porque todo lo que ha pasado... ha tenido que ver conmigo desde el principio. Con comprender quién soy y lo que se supone que debo hacer. Esto es lo que se supone que debo hacer. Es lo que tengo que hacer.

Noah me dirigió una mirada intensa.

—No, Mara. Yo también quiero saber por qué nos está pasando esto. Pero eso no nos va a ayudar.

Miré a Noah incrédula.

—Contigo no importa, ¿te das cuenta? A ti te dan dolores de cabeza y ves gente herida. ¿Qué pasa si no llegas a solucionarlo? Nada —dije, y mi voz se quebró.

La mirada de Noah perdió toda expresión.

–¿Sabes lo que significa el hecho de que fuésemos capaces de rescatar a Joseph? –No contesté–. Significa que las otras dos personas que vi eran reales. Significa que no las ayudé y murieron.

Tragué saliva e intenté recobrar la compostura.

–No es lo mismo.

–¿No? ¿Por qué no?

–Porque tú ahora lo sabes. Ahora tienes la posibilidad de elegir. Yo no. A no ser que lo canalice, o quizá que lo use con algún fin, las cosas irán a peor. Consigo que todo vaya a peor.

Una lágrima rodó por mi sofocada mejilla. Cerré los ojos y sentí los dedos de Noah sobre mi piel.

–A mí me has hecho mejor.

No pude contenerme al oír sus palabras. Me quedé mirando la cara perfecta de Noah e intenté ver lo que él veía. Intenté vernos a nosotros dos; no al chico insensato, perdido, arrogante y guapísimo y a la chica furiosa y alterada, sino lo que éramos, y quiénes éramos, juntos. Intenté evocar el momento en que me agarró la mano por debajo de la mesa de la cocina en mi casa y cómo por primera vez desde que salí de Rhode Island había sentido que no estaba sola en todo esto. Que mi sitio estaba a su lado.

Noah volvió a hablar y con ello interrumpió mis reflexiones.

–Después de que recordaras lo que pasó, me di cuenta de cómo te había afectado. No es comparable con lo que sentirás si lo haces a propósito. –Noah cerró los ojos, y cuando los abrió, su mirada era de angustia–. Eres la única que lo sabe, Mara. Y la única persona del mundo que me conoce. No quiero perderte.

–Quizá no me pierdas –repliqué; pero ya me había perdido. Y cuando lo miré, me di cuenta de que él lo sabía.

Y pese a todo, me atrajo hacia sí; me puso una mano en la nuca, y con la otra me acarició la cara. En aquella situación, después de todo lo que había hecho, aún sentía deseos de besarme. Yo era puro veneno, y Noah el fármaco que me haría olvidarlo.

Así que no podía permitírselo.

Lo percibió en mis ojos, o quizá se lo oyó a mi corazón, y dejó caer los brazos a la vez que se apartaba.

–Dijiste que lo único que querías era ser normal.

Miré los escalones de mármol que descendían bajo mis pies.

–Me equivoqué –dije, intentando que no se me quebrase la voz–. Tengo que ser algo más que eso. Por Joseph.

Y por Rachel. Y también por Noah, aunque no lo dije. No fui capaz de decirlo.

–Si lo haces –pronunció despacio–, te convertirás en una persona distinta.

Levanté los ojos hacia él.

–Ya soy una persona distinta. –Y cuando nuestras miradas se encontraron, supe que él ya se había dado cuenta.

A los pocos segundos, desvió la vista e hizo un gesto con la cabeza.

–No –dijo como hablando consigo mismo–. No, no lo eres. Eres la chica que me llamó gilipollas la primera vez que hablamos. La chica que quiso pagarse la comida pese a que acababa de enterarse de que yo tenía más dinero que Dios. Eres la chica que se jugó la piel para salvar a una perra agonizante, que me vuelve loco cuando se pone un vestido de seda verde o unos vaqueros rotos. Eres la chica que... –Noah

se interrumpió y dio un paso hacia mí—. Eres mi chica —dijo sin más, porque esa era la realidad—. Pero si lo haces, te convertirás en otra persona.

Me esforcé por tomar aire, sintiendo que me dolía el corazón, sabiendo que nada de ello cambiaría lo que tenía que hacer.

—Sé cómo eres, Mara. Lo sé todo. Y no me importa.

Me entraron ganas de llorar cuando se lo oí decir en voz alta. Pero no hubo lágrimas. Mi voz sonó sorprendentemente dura cuando hablé.

—Quizá hoy no. Pero terminará por importarte.

Noah me asió la mano. La sencillez del gesto me conmovió de tal manera que comencé a dudar.

—No —recalcó Noah—. Tú me has hecho real, y me pegaré con quien sea por ti y para ti, y daré gracias a Dios por el dolor que ello me cause. ¿Pero esto? Esto no tiene vuelta atrás. No lo hagas.

Me senté en un escalón; me temblaban demasiado las piernas como para sostenerme en pie.

—Si lo declaran culpable, no lo haré.

—Pero si lo absuelven...

—Tendré que hacerlo —dije con voz temblorosa. Si quedaba en libertad, quizá intentaría secuestrar a mi hermano de nuevo. Y yo podía impedirlo. Yo era el agente—. No tengo elección.

Noah se sentó junto a mí con expresión triste.

—Siempre hay elección.

Durante unos minutos que parecieron horas, ninguno de los dos dijo nada. Permanecí sentada sobre la dura piedra y su frío antinatural traspasó mis vaqueros y llegó hasta mi piel. No dejaba de dar vueltas a la noche del derrumbamiento, hasta que las ideas y las imágenes se arremolinaron como un tornado.

Como un tornado. Claire y Rachel se vieron atrapadas por mi furia, que era demasiado explosiva, demasiado descontrolada como para poder canalizarla.

Pero ese día la situación era distinta.

Cuando oímos abrirse las puertas a nuestras espaldas, nos levantamos inmediatamente al tiempo que un tropel de gente inundaba los escalones del juzgado. Reporteros con micrófonos, cámaras, *flashes*, personas con cámaras de vídeo, disparando sus molestas luces contra mi padre. Él encabezaba el grupo.

Tras él iba Lassiter, radiante. Triunfante. Una cólera fría corrió por mis venas cuando lo vi aproximarse, seguido por los policías. Con las pistolas enfundadas. Y, en un segundo, lo supe. Supe cómo mantener a todo el mundo a salvo a la vez que castigaba a Lassiter por lo que había intentado hacer. Antes de que pudiera volver a hacer daño.

Mi padre se dirigió a un podio casi al lado de donde yo me encontraba, pero me hice a un lado y me aparté de su campo de visión. Noah me agarró la mano, me la apretó, y yo no la retiré. No me importó.

Los micrófonos apuntaron a la cara de mi padre, en pugna por conseguir el mejor emplazamiento, pero él mantuvo la calma.

—Hoy tengo muchas cosas que decir, como se pueden imaginar, supongo —comenzó mi padre, y se oyó un murmullo de risas—. Pero los que en realidad han ganado han sido mi cliente, Michael Lassiter, y la ciudad de Florida. Y como no puedo ceder el micrófono al pueblo de Florida, dejaré que sea Michael el que les diga unas palabras.

Ví la pistola. El metal negro mate era liso, normal y corriente. No tenía un tacto especial al contacto con las yemas de mis dedos. Las muescas de la culata me dejaban marcas en la piel. Casi parecía de juguete.

Mi padre se apartó, echó a un lado su brillante cabeza, y Michael Lassiter ocupó su lugar. Yo estaba justo detrás de él.

Su tacto me resultaba chocante; el peso, extraño y en cierto modo peligroso. Miré el cañón. No era más que un agujero.

—Gracias, Marcus. —Lassiter sonrió y dio una palmada en el hombro a mi padre—. Soy hombre de pocas palabras, pero quiero decir dos cosas. La primera, que estoy agradecido, muy agradecido, a mi abogado Marcus Dyer.

Apunté con la pistola.

—Ha robado tiempo a su vida, a su esposa, a sus hijos, para que se hiciera justicia, y no estoy seguro de si yo estaría aquí ahora mismo si no hubiera sido por él.

Mi campo de visión se tiñó de negro. Sentí unos brazos que me rodeaban, unos labios que me rozaban el lóbulo de la oreja, pero no oí nada.

—En segundo lugar, quiero agradecer a los padres de Jordana...

Y entonces ocurrió la cosa más extraña del mundo: antes de que pudiese aparecer cualquier otra idea en lo más recóndito de mi mente, alguien se puso a hacer palomitas de maíz allí mismo, delante del juzgado. Pop, pop, pop, pop. El ruido era tan intenso que me vibraron los tímpanos. Luego me empezaron a zumbar. Y solo entonces oí el griterío.

Unos instantes después conseguí volver a ver de nuevo; había cabezas inclinadas, escondidas y metidas entre brazos y rodillas. La mano que había agarrado la mía había desaparecido.

—¡Suelte la pistola! —gritó alguien—. ¡Suelte la pistola!

Yo seguía de pie. Miré al frente, justo delante de mí, y vi un brazo pálido que apuntaba en mi dirección. Con una pistola en la mano.

La pistola repiqueteó con un sonido metálico al caer sobre los escalones; la caída provocó una oleada de gritos.

No reconocí a la mujer que tenía delante. Era mayor, tenía la cara roja y manchas en la piel y restos de máscara de pestañas que resbalaban por sus mejillas. Su dedo me apuntaba como si me estuviera acusando de algo.

Oí en mi interior la voz de Rachel, la voz de mi mejor amiga.

«¿Cómo me voy a morir?»

—Él la mató —dijo la mujer con voz tranquila—. Mató a mi pequeña.

Varios agentes de policía rodearon a la mujer y, con delicadeza y respeto, le pusieron las manos a la espalda.

—Cheryl Palmer, tiene derecho a permanecer en silencio.

«La pieza describió un semicírculo sobre el tablero, pasó por delante de la A, de la K, y se arrastró lentamente dejando atrás la L. Se detuvo delante de la M.»

—Cualquier cosa que diga puede ser y será utilizada en su contra en un tribunal de justicia.

«Se situó frente a la A.»

El sonido se desvaneció, y dejé de notar la presión en mi mano. Miré a mi lado, pero Noah no estaba allí.

«La pieza se movió en zigzag por el tablero y le cortó la risa en seco. R.»

El pánico se apoderó de mí y amenazó con derribarme mientras lo buscaba con expresión de fiera.

en la mirada. A mi derecha se estaba desarrollando una actividad frenética: un equipo de sanitarios se afanaba junto al cuerpo que yacía cubierto de sangre en los escalones del juzgado.

«La pieza retrocedió hacia la letra anterior. A.»

Noah estaba arrodillado junto a él. Mis rodillas estuvieron a punto de doblarse cuando vi que estaba vivo. Me invadió una oleada de alivio, y di un paso para acercarme. Pero luego vi fugazmente el cuerpo tumbado en el suelo. No era Michael Lassiter.

Era mi padre.

Una máquina situada a la izquierda de la cama de hospital de mi padre hacía *bip, bip, bip*, mientras que a su derecha otra máquina emitía un sonido silbante. Una hora antes había estado bromeando, pero se había vuelto a quedar dormido a causa de la medicación. Mi madre, Daniel, Joseph y Noah estaban reunidos en torno a la cama.

Yo me había mantenido apartada. No había sitio para mí.

Hasta entonces nunca había sido consciente del momento exquisito en que mis pensamientos se convertían en hechos. Pero ayer había presenciado el caos –el caos que yo había querido causar– y me había quedado allí, de pie e impotente, mientras la sangre de mi padre se derramaba sobre los escalones de mármol blanco. Una madre afligida había sido arrestada, arrebatada a su familia para ser recluida en una cárcel. Pero ella no representaba un peligro para nadie.

Yo sí representaba un peligro para todo el mundo.

Un médico asomó la cabeza por la habitación.

–Señora Dyer, ¿podría hablar un momento con usted?

Mi madre se levantó y se sujetó el pelo detrás de la oreja. Había pasado la noche en el hospital, pero por su cara parecía que llevara mil años allí dentro. Se acercó a la puerta junto a la cual yo permanecía de pie y salió, rozándome la mano con la suya al pasar a mi lado. Me estremecí.

–Debo decirle, señora Dyer, que su marido es un hombre con suerte. –Las palabras del médico se oyeron a través de la puerta abierta. Escuché con atención.

–Entonces, ¿se va a poner bien? –La voz de mi madre sonaba tan tensa que parecía a punto de romperse. Se me llenaron los ojos de lágrimas.

–Se va a recuperar. Es un milagro que no se haya desangrado durante el trayecto al hospital –manifestó el médico; oí cómo se escapaba un sollozo de la garganta de mi madre–. Jamás había visto nada parecido en los años que llevo de profesión.

Rápidamente, dirigí una mirada a Noah. Estaba sentado junto a Joseph con la vista clavada en mi padre y los ojos tristes y apagados. No buscaron los míos.

–¿Cuándo podrá irse a casa? –preguntó mi madre.

–Dentro de unos días. Se está recuperando muy bien de la herida de bala, en realidad solo lo retenemos para que siga en observación. Para asegurarnos de que no tiene ninguna infección y que continúa recuperándose. Como le he dicho, es un hombre con suerte.

–¿Y el señor Lassiter?

El médico bajó su tono de voz.

–Sigue inconsciente, probablemente sufra daños cerebrales de consideración. Quizá no llegue a despertarse.

–Muchísimas gracias, doctor Tasker.

Mi madre volvió a entrar en la habitación sin hacer ruido y se dirigió a la cabecera de mi padre. La contemplé mientras se incorporaba limpiamente a la escena y ocupaba el lugar que le correspondía.

Volví a echar otra mirada a mi familia. Conocía cada arruga del rostro de mi madre, cada sonrisa de Joseph y cada cambio de expresión en los ojos de Daniel. Y también miré a mi padre; al rostro que me había enseñado a montar en bicicleta, que me había animado cuando me daba demasiado miedo tirarme a

la parte más profunda de la piscina. El rostro que yo amaba. El rostro al que yo había defraudado.

Y también estaba Noah. El chico que había curado a mi padre pero no podía curarme a mí. Sin embargo, lo había intentado. Ahora sabía que Noah era aquel al que siempre había esperado sin saberlo, pero al que había decidido dejar marchar. Y había tomado la decisión equivocada.

Todas mis decisiones eran equivocadas. Todo lo que tocaba lo destruía. Si me quedaba, el siguiente podía ser Daniel, o Joseph, o mi madre, o Noah. Pero no podía desaparecer por las buenas; con los recursos de mi padre, me encontrarían en cuestión de horas.

Mi madre se sorbió la nariz y desvió mi atención hacia ella. Y entonces me di cuenta... de que se lo podía contar. Podría contarle la verdad de lo que había hecho con Morales y el dueño de *Mabel* y en los Everglades. Seguramente me ingresaría.

Pero ¿estaba mi sitio en un hospital mental? Conocía a mis padres; se asegurarían de que fuese a algún lugar donde hubiera terapia a base de pintura y yoga e interminables charlas sobre mis sentimientos. Y lo cierto era que yo no era una loca. Yo era una delincuente.

De repente, supe adónde debía ir.

Los miré una vez más. Me despedí de ellos sin palabras. Salí sigilosamente de la habitación de mi padre justo en el momento en que la cabeza de Noah se giraba hacia mí. Deambulé por los pasillos abriéndome camino entre enfermeros y celadores. Pasé por delante de la sala de espera, donde aún quedaban algunos reporteros desde el día anterior. Pasé por delante de todo el mundo y fui derecha al coche de Daniel, aparcado bajo una bandada de cuervos que se habían posado en las copas de un pequeño grupo de árboles que había en el aparcamiento. Me subí al coche y giré la llave para ponerlo en marcha. Conduje hasta llegar a la comisaría de Policía n.º 13 de Miami-Dade. Salí del coche, cerré la puerta y subí las escaleras que conducían al edificio para confesarlo todo.

El detective Gadsen pareció sospechar de mí la última vez que habíamos hablado, y lo único que tenía que hacer era confirmar que sus suposiciones eran ciertas. Le diría que había aplastado la cabeza al dueño de *Mabel*. Que había robado el EpiPen de Morales. Era demasiado joven como para que me mandaran a la cárcel, pero había muchas posibilidades de que terminara en un correccional. El plan no era perfecto, pero era el más autodestructivo que se me ocurría, y necesitaba desesperadamente autodestruirme.

No oía nada más que mi corazón latiendo acelerado mientras caminaba sobre el suelo de hormigón. El sonido de mi respiración cuando daba los que serían mis últimos pasos en libertad. Entré en el edificio, me dirigí a la recepción y le dije al agente que necesitaba ver al detective Gadsen.

No me fijé en la persona que estaba a mi espalda hasta que oí su voz.

—¿Me podría decir dónde puedo denunciar la desaparición de una persona? Creo que me he perdido.

Noté como si tuviera plomo en las piernas. Me giré.

Me miró desde debajo de la visera de la gorra de los Patriots que llevaba siempre y me sonrió. En su muñeca relucía un Rolex de plata.

Era Jude.

Jude. En aquella comisaría. En Miami. Y a menos de dos metros de mí.

Cerré los ojos. No podía ser real. No era real. Eran alucinaciones mías, solo...

—Salga por esas puertas y después siga ese pasillo — indicó el poli. Abrí los ojos como platos y vi al agente indicarle el camino—. La primera puerta a la izquierda —le señaló.

Desvié la mirada lentamente del policía hacia Jude a la vez que el miedo invadía mis venas y los recuerdos, mi mente. El primer día de clase, cuando oí la risa de Jude y lo vi a poco más de diez metros de mí. El restaurante de la Pequeña Habana, cuando lo vi aparecer en cuanto Noah se fue y antes de que aquel chico llamado Alain ocupase su asiento.

¿La noche del baile de disfraces? ¿La puerta de casa abierta?

Destelló otro recuerdo: «Los investigadores están encontrando dificultades para localizar los restos de Jude Lowe, de dieciocho años de edad, debido a que hay partes del conocido edificio que aún siguen en pie, pero podrían derrumbarse en cualquier momento».

Era imposible. Imposible.

Jude levantó la mano para decir adiós al policía; su mirada se cruzó con la mía y su reloj se cruzó con un rayo de sol que le arrancó un destello.

Mis labios hicieron intención de articular para pronunciar el nombre de Jude, pero no emití ningún sonido.

Entonces apareció el detective Gadsen y dijo algo, pero su voz sonó amortiguada y no lo oí. Apenas sentí la presión de su mano sobre mi brazo cuando intentó apartarme.

–Jude –susurré, porque él era lo único que veía. Se acercó a mí y su brazo rozó el mío ligeramente, muy ligeramente, al pasar. Sentí como si me rompiera por dentro. Abrió las puertas. No miró atrás.

Intenté darle alcance cuando se cerraban las puertas, pero me di cuenta de que ni siquiera podía tenerme en pie.

–¡Jude! –grité.

Unas manos fuertes me levantaron del suelo, me sujetaron, pero no me importó. Porque aun estando como estaba, destrozada, y como una loca, tirada en el suelo, por primera vez desde aquella noche en el psiquiátrico mi mayor problema no era que estuviese perdiendo la cabeza. Ni siquiera que fuese una asesina.

Era que Jude seguía con vida.

Agradecimientos

Estoy enormemente agradecida a mucha gente por el apoyo incondicional que nos han prestado a *Mara Dyer* y a mí.

A mi editora, Courtney Bongiolatti, por hacerlo todo bien. Has sido la valedora de Mara desde el principio y jamás te lo agradeceré lo suficiente.

Al responsable de la editorial, Justin Chanda, por apostar fuerte por este librito mío tan raro y disfrutar con las historias escalofriantes tanto como yo.

A mi agente, Barry Goldblatt, por ser mi paladín y no creer en la palabra «imposible».

A mi increíble director de marketing, Paul Crichton, a Chrissy Noh, Siena Koncsol, Matt Pantoliano, Lucille Rettino, Laura Antonacci y todo el equipo genial de Simon & Schuster por su entusiasmo y dedicación sin límites, y a Lucy Ruth Cummins por diseñar la cubierta que cautiva a *todo el mundo*.

A Beth Revis, Rachel Hawkins, Kirsten Miller y Cassandra Claire por su generosidad, por hacer literalmente más de lo que yo pueda expresar con palabras, a Jodi Meadows y Sandra Mitchell por sus consejos siempre acertados; a Kody Keplinger por hacerme sentir aceptada y cómoda, y a Verónica Roth, la Intrépida, por ser una de las personas más valientes que conozco.

A todos los amables, inteligentes e ingeniosos amigos de mi blog y de Twitter. Me habéis ayudado a disfrutar aún más cada segundo de esta loca aventura. Gracias por acompañarme en mi viaje y por concederme el honor de acompañaros en los vuestros.

A mis salvadores, en todas las acepciones de la palabra; ya sabéis quiénes sois. El mundo es mejor porque vosotros estáis en él.

A mis lectoras Amanda, Noelle, Sarah, Ali y Mary por vuestra perspicacia. Y a los incansables soldados de mi ejército Beta; Emily L. por ser la primera en enamorarse de Noah, a Emily T., por gustarle Noah sin que nadie se lo pidiera; a Christi, por decirme «no» cuando tenía que oírlo; a Becca, por ser la diosa de las tramas; a Kate, por incontables milagros de última hora, y a Natan, por contar mis aciertos. Yo también podría contar los distintos motivos por los que me siento agradecida, pero no tengo suficientes dedos con los de las manos y los pies. Y todos sabemos que solo así soy capaz de contar. A Stella, por hacerme sitio en su sofá en todos los apartamentos en los que ha vivido en los últimos diez años, y a Stephanie, por ser la primera en hacerlo. Nunca lo digo lo suficiente, pero os quiero.

A la gente que consigue que viva con la impresión de que me ha tocado la lotería con la familia todos los días: a mi única y especial *Tante*, Helena, y al tío Jeff, por Pesach. Por Dulong. Por Jacob, Zev, Esther, Yehuda, Simcha y Rochul. A Jeffrey, por tantas cosas, a Bret y a Melissa por *La bruja de Blair*, entre otras cosas estupendas, a Bárbara y Peter por ser Bárbara y Peter, a la tía Viri y al tío Paul por inspirar la línea que me pareció más adecuada en la segunda parte de mi novela, y también por una vida entera de apoyo, y a Yardana Hodkin. Os adoro.

A Andrew, por hacerme los mejores regalos. Por ser muchísimo más amable de lo que yo podía desear. Te mereces una medalla, o diez. O mil.

A Nanny y Zadie, Z'’L. Os encantaría cómo está saliendo todo esto.

A Janie y al abuelo Bob, por ser mis más entusiastas animadores desde el momento que nací y durante el resto de mi vida.

A Martin y Jeremy, por ocupar el segundo y tercer lugar en mi lista de comodines. Por estar siempre

en mi corazón, aunque estemos tan lejos. Por hacer que me sienta encantada de no tener hermanas.

Y a mi madre por alcanzar siempre las cosas que están en estanterías altas. Por el cuento *The Joss Bird*. Por Brandy. Por ayudarme a convertirme en cantante y no en acróbata. Por ser la mujer con más coraje del mundo. Jamás lograré encontrar palabras para describirla.

Y por último, aunque desde luego no por ello menos importante, gracias también a ti por leer este libro. Estoy deseando contarte cómo sigue la historia.



Michelle Hodkin nació en Florida y estudió en Nueva York y Michigan. A los dieciséis años perdió su alma en una partida de póker en el sur de Misisipi. La oscura verdad de Mara Dyer es el primero de una trilogía, al que le siguen: *The evolution of Mara Dyer* y *The Retribution of Mara Dyer*; serie que se ha convertido en todo un fenómeno de ventas en Estados Unidos.

Notas

[1] En español en el original. <<

[2] En español en el original. <<

[3] En español en el original. <<